

HORROA

ANN AGUIRRE

Lectulandia

La comunidad de Salvación ha sido el hogar adoptivo de Deuce, una chica que vivía en un enclave subterráneo y que se vio obligada a subir a la superficie. En Salvación encontró un refugio que, aparentemente, le brindaría la seguridad que nunca había tenido. Sin embargo, esta comunidad está en peligro, pues el sitio está rodeado de Freaks. Las probabilidades de sobrevivir se reducen a cada momento y solamente un golpe de suerte podrá evitar la catástrofe. Con cuchillos en mano y sus compañeros al lado, Deuce está dispuesta a salvar a los suyos.

Lectulandia

Ann Aguirre

Horda

Razorland - 3

ePub r1.0

XcUiDi 05.12.17

Título original: *Horde*
Ann Aguirre, 2013
Traducción: Eva González Rosales

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

Uno



Ímpetu

Huelo una fiera salvaje... Por allí, por donde sopla el viento.

—GEORGE MACDONALD, *El Muchacho Diurno y la Chica Nocturna*.

Me marché sin mirar atrás.

No era fácil, pero teníamos que dejar a nuestros seres queridos bajo asedio en Salvación para ir a buscar ayuda. Me dolía tener que hacerlo; no podía alejar de mí el rostro de mi madre de acogida, sereno a pesar del sufrimiento, y fuerte y vital de un modo que yo no habría creído posible a su edad. Conocerla me había hecho albergar la esperanza de que mi llama no se extinguiera antes de que hubiera vivido lo suficiente. En el pasado llegué a creer que eras viejo cuando tenías veinticinco años, pero en Salvación descubrí que estaba equivocada. Era extraño pensar que ni siquiera había llegado a la mitad de mi vida.

Apresuré el paso en la oscuridad, atenta a los Freaks que merodeaban más allá del perímetro. Los escuchaba a nuestra espalda, desafiando con sus chillidos a los hombres que protegían la muralla. Los rifles restallaron cuando los monstruos cargaron, pero yo no podía volver por mucho que lo deseara. La borrosa línea trazada en el mapa que llevaba en la carpeta de cuero de mi mochila marcaba mi camino. Antes de marcharnos lo había estudiado con atención, memorizando cada giro de la ruta y cada anotación escrita a mano por Improbable sobre los puntos donde había buena caza o agua potable. Soldier's Pond estaba a dos días viaje, y tardaríamos dos más en volver después de reunir los refuerzos necesarios. Aquel punto en el pergamino era la mejor oportunidad que teníamos de salvar a la gente que me había enseñado que la vida podía ser algo más que cazar y matar.

Mamá Oaks, Edmund.

Si seguía pensando en ellos flaquearía. Así que continué adelante, en silencio y con cautela, atenta a los Freaks que dejábamos atrás. Eché una mirada sobre mi hombro para asegurarme de que Fade seguía allí. Tegan y Stalker caminaban a mi lado, la chica con su andar renqueante y su inquebrantable lealtad, y él con sus cuchillos curvados en las manos y los ojos fijos en el horizonte, aunque no podía ver lo que teníamos ante nosotros tan bien como yo.

Eso era lo bueno de ser la niña de la luna. Me ajusté la mochila y el peso del libro que había viajado con nosotros desde las ruinas me reconfortó. Quizá no lo necesitara, pero se había convertido en mi talismán, tanto como el naipe raído que llevaba cosido en un bolsillo del interior de mi camisa. Edmund me había explicado que mi amuleto de los túneles era parte de un juego de cincuenta y dos cartas, y que tenía poco valor. Aquello me parecía adecuado, me serviría para mantenerme humilde.

—¿Ves algo? —me preguntó Tegan.

—Solo algunos animales nocturnos. El enemigo está a nuestra espalda.

—Lo sé —me dijo en voz baja.

La hierba bajo nuestros pies estaba fría y generosamente salpicada por las primeras hojas caídas. Aún no era el momento del cambio, cuando todas las hojas cambian de color y se caen de las ramas, pero ya había algunas que crujían al pisarlas. Corrimos durante toda la noche haciendo paradas periódicas para descansar y beber agua mientras yo comprobaba los mapas a la luz de la luna que brillaba sobre nuestras cabezas. Cuando el sol reptó sobre el horizonte en delicadas espirales rosas y ámbar, estaba exhausta y disgustada por mi debilidad. En los túneles, Fade y yo habíamos hecho una ruta mucho más peligrosa y en mucho menos tiempo, pero ahora llevábamos a Tegan, cuyas zancadas eran mucho más lentas que las nuestras. Aunque la chica se esforzaba, su pierna le impedía llevar el ritmo de los demás, y lo cierto era que había empezado a cojear con una mueca de dolor en la boca. Sin embargo, no cometí el error de mencionarlo en voz alta.

—Hora de acampar.

Indiqué a Stalker con un ademán que explorara el perímetro, y el hecho de que no protestara ante la orden fue una demostración de cuánto había cambiado.

—¿No hacemos un fuego? —me preguntó Fade mientras extendía mis mantas.

Negué con la cabeza.

—El sol saldrá pronto. No lo necesitaremos.

—Si alguno de los que hemos dejado atrás se acerca, lo oleremos —añadió Tegan.

Asentí. Aquello me recordaba terriblemente al viaje que habíamos emprendido a través de la tierra salvaje con las historias del padre de Fade como única guía. *Al menos esta vez tenemos mapas, una ruta que seguir.* No era exactamente un camino, pero de vez en cuando veía las marcas que habían dejado las carretas de Improbable y los demás en sus trayectos de ida y vuelta, así que estaba segura de que seguíamos la ruta correcta.

—Cierto.

Stalker regresó mientras yo repartía la carne, el pan y el queso que Mamá Oaks me había empaquetado.

—La zona está limpia en general, pero no me gusta el olor que viene del este.

—¿Nos están siguiendo? —le pregunté.

Comí con bocados pequeños, solo lo suficiente para mantenerme en marcha y que un estómago demasiado lleno no me impidiera descansar. Los demás hicieron lo mismo, era vital equilibrar la necesidad de mantenerse con fuerzas con la prudencia de conservar nuestras provisiones. Después de aquella noche no tendríamos carne, así que el pan y el queso debían durarnos hasta el final de nuestro viaje.

Stalker asintió con serenidad.

—Deberíamos prepararnos para un ataque mientras dormimos... y esperar que no sea más de lo que podemos manejar.

Maldije en voz baja con la peor palabra que había aprendido durante las patrullas de verano.

—Tenía la esperanza de que no nos hubieran visto salir del túnel.

—No creo que lo hicieran —indicó Fade. Allí fuera volvía a ser el antiguo Fade, tranquilo y alerta, despojado ya de su débil desesperación—. Pero sospecho que pueden olerlos, igual que nosotros los olemos a ellos.

Por supuesto. Justo cuando lo dijo recordé algo y me di cuenta de que tenía razón. Los Freaks no necesitaban vernos salir: al hacerlo habíamos entrado en su territorio y, como cualquier depredador, haría todo lo necesario para eliminar la amenaza.

Con un poco de suerte sería solo un pequeño grupo de caza, en lugar de una parte importante de la horda. Aunque para Salvación sería bueno que nos persiguiera un grupo grande, ya que podríamos alejarlo del pueblo y dirigirlo a Soldier's Pond. Sus habitantes no nos darían las gracias por ello, pero al menos nos creerían cuando les habláramos de la amenaza.

—¿Cómo es posible? —preguntó Tegan, con tono irritado.

—Son animales —le contestó Stalker—. Tienen los agudos sentidos de un lobo, y notan cualquier cosa que no encaje con el hedor a Freak.

—Así fue como conseguí...

Me detuve antes de decir *rescatar a Fade*, porque para él sería duro escucharlo.

Es demasiado pronto. En mi interior deseaba que valorara lo que había hecho, lo que había arriesgado por él, porque quería que supiera que haría cualquier cosa por mi chico. Pero sus ojos negros resplandecieron: aunque no hubiera pronunciado las palabras en voz alta, Fade sabía lo que había estado a punto de decir. Abatida, lo observé mientras se daba la vuelta en su saco de dormir con exagerado cuidado.

—¿Cómo conseguiste qué? —me pregunto Tegan. Stalker respondió por mí con inesperado tacto.

—Paso junto a algunos Freaks sin que la descubrieran. Deuce se frotó con partes de sus cuerpos, sangre y cosas peores, hasta que apesto como ellos. No notaron su presencia, aunque es cierto que la mayoría estaban durmiendo.

Decir *algunos*, era quedarse corto. Aquella fue la primera vez que vimos la horda, un grupo lo suficientemente grande como para masacrar a todos los de Salvación y después seguir adelante con el resto de asentamientos supervivientes. Me dejé llevar por el recuerdo de los horribles y asombrosamente numerosos Freaks armados con el fuego que habían robado de nuestro campamento, pero contuve mi temblor para no asustar a mis compañeros.

—Qué ingenioso —dijo Tegan—. Y asqueroso. —Ladeó la cabeza, pensativa—. ¿Eso significa que no ven especialmente bien?

—No tengo ni idea.

Hasta donde yo sabía, nadie había estudiado nunca a los Freaks. Todos los que habían visto a uno de cerca se habían centrado en eliminarlo, por razones obvias.

—Me gustaría saberlo —murmuró.

Aunque le deseaba suerte a Tegan en su búsqueda de conocimiento, yo prefería matarlos.

—Estaba oscuro... y, como Stalker ha dicho, la mayoría estaban dormidos. No creo que tengan mala vista.

Stalker se sentó frente a mí y me miró fijamente con sus ojos glaciales. El beso que me había dado la noche anterior era un peso del que tendría que deshacerme antes de volver a acercarme a Fade. Y sabía que me odiaría aún más cuando le contara que había besado a Stalker por voluntad propia, para que me prometiera que advertiría a la gente de Salvación si Fade y yo no conseguíamos regresar.

Sin embargo, en aquel momento teníamos cosas mucho más importantes de las que preocuparnos, así que dejé el tema a un lado.

—Yo haré la primera guardia —dijo Stalker.

—Segunda —murmuré.

Los demás reclamaron la tercera y la cuarta respectivamente, lo que nos concedería a todos un rato decente de sueño. Fade entregó su reloj a Stalker para que supiera cuándo habían terminado las dos horas; en el pasado, Fade y Tegan se habrían opuesto a que Stalker protegiera el campamento a solas, pero ambos se involucraron en sus mantas mientras el sol se alzaba. Yo estaba tan cansada que me dormí inmediatamente, y soñé que Salvación ardía mientras Mamá Oaks lloraba y Seda, la líder de los Cazadores de los túneles, me gritaba que no había sido lo suficientemente rápida y fuerte, que era una Criadora en lugar de una Cazadora. Me desperté sobresaltada y me despojé de la manta para tumbarme sobre la hierba caldeada por el sol. Me quedé mirando el cielo azul ensartado de volutas blancas con los ojos entornados. Nubes, las llamaban. Se suponía que era de ahí de donde venía la lluvia.

—De toda la gente del enclave, ¿por qué tiene que ser Seda la que está en mi cabeza, en lugar de Thimble o Stone? —me pregunte en voz alta, creyendo que los demás estaban dormidos.

Mis amigos del enclave no habían hecho nada para evitar que me enviaran a la larga marcha, pero yo los recordaba con cariño. Thimble solía hacernos cosas incluso antes de ser oficialmente Constructora, y Stone nos protegía a ambas. Me habría gustado soñar con ellos en lugar de con Seda, que había atemorizado a todos los que estaban bajo sus órdenes.

—No lo sé —respondió Stalker—. Pero yo pienso en aquel cachorro todo el tiempo. Me seguía a todas partes, pero nunca se atrevió a reclamar el poder. Murió joven.

—¿Cómo se llamaba?

—Dócil —me dijo—. Porque siempre seguía las reglas.

Al parecer, los Lobos habían seguido unas tradiciones para los nombres similares a las nuestras, aunque ellos se inspiraban en un rasgo personal en lugar de en un objeto. Se lo dije en voz baja, y Stalker asintió.

—¿Cómo? —Era extraño pensar que tuvieran tradiciones distintas a capturar intrusos y a secuestrar chicas de otras bandas, pero por el modo en el que su rostro se tensó parecía no querer hablar de ello, así que añadí—. No importa. Deberías

descansar un poco.

—Gracias. Todo ha estado tranquilo.

Me entregó el reloj de Fade y se envolvió en sus mantas.

Me senté con las piernas cruzadas e hice de centinela mientras los demás dormían. Como había hecho en los túneles, me entretuve estudiando a Fade, pero la actividad tenía más significado ahora que había acariciado su cabello y besado su boca. Recordarlo me provocó un dolor tan feroz como una tormenta, y los truenos restallaron en mi corazón. Con férrea disciplina, aparté la mirada de las curvadas lunas de sus pestañas y de la muda curva de sus labios. Las horas pasaron sin más actividad que el tranquilo canto de los pájaros y el correteo de las pequeñas criaturas subterráneas. Habíamos elegido un punto sombrío bajo un grupo de árboles donde la hierba era suave y la luz se filtraba a través del follaje salpicándolo todo de verde.

Cuando llegó el turno de Fade, incluso con todo el sueño que yo tenía, fui lo bastante cauta como para despertarlo con cuidado. Me arrodillé a su lado y susurré.

—Tu turno.

Se incorporó inmediatamente, con una mano en su cuchillo.

—¿Algo?

—Ningún problema hasta ahora.

—Bien. Pero Stalker tiene razón. Están siguiéndonos.

—Lo sé.

Había sido una presa a menudo, así que reconocía la desagradable sensación de tener enemigos cerca. Desafortunadamente, hasta que el viento cambiara de dirección sería imposible saber a qué distancia estaban los Freaks. Teníamos que descansar mientras pudiéramos y después continuar nuestro viaje. Luchar no era una prioridad; nuestra misión era buscar ayuda, y no podíamos arriesgarnos a fracasar. Si era necesario, los evitaríamos y nos dirigiríamos a Soldier's Pond más rápido aún.

—No tenemos muchas posibilidades —me dijo Fade.

—¿De sobrevivir al viaje o de conseguir ayuda?

Se encogió de hombros, sin querer poner palabras a sus dudas. Me acerqué a él a propósito y coloqué mi mano junto a la suya sobre la hierba. Él sabía, tenía que saber, que, si la situación hubiera sido diferente, habría entrelazado mis dedos con los suyos. Pero Fade no quería que lo hiciera, no podía soportarlo, y me di cuenta de ello cuando cambió de postura. Tensó sus dedos junto a los míos y, durante algunos segundos, sentí las briznas de hierba bajo mi palma como si fueran las puntas de sus dedos.

—Espero resultar de ayuda —me dijo entonces.

—Estás aquí. Eso es suficiente.

Dudé. No habría un momento mejor y tenía que contárselo, así que, atropelladamente y en voz baja, le expliqué lo que había estado preocupándome sobre el beso de despedida que le di a Stalker en el bosque y el que me dio él por sorpresa la noche anterior. Sabía que esos momentos enturbiaban la promesa que le había

hecho a Fade respecto a la exclusividad de los besos, y me sentía como si hubiera roto un juramento, pero no me arrepentía porque había conseguido traerlo de vuelta a salvo.

Me miró de forma inexpresiva con unos ojos tan oscuros como el agua besada por la noche.

—No sé por qué me cuentas eso. Puedes hacer lo que quieras. Ya te lo he dicho, no somos...

Se detuvo y se encogió de hombros, como si yo debiera saber a qué se refería.

Y lo peor era que yo lo sabía. Estaba hablando del fin de todo lo que habíamos sido juntos. Pero si Fade creía que podíamos volver sin más a ser solo compañeros de caza, como lo habíamos sido en los túneles antes de que yo comprendiera algo sobre los sentimientos o sobre el modo en el que tenía mi corazón en sus manos sin ni siquiera rozarme, estaba totalmente equivocado. Apreté los dientes para no dejar escapar mi enfado en palabras. Aunque Tegan me había aconsejado que tuviera paciencia, a veces era difícil.

Fade continuó con tono dolido.

—No me importa lo que hicieras para traerme de vuelta. Para entonces ya era demasiado tarde.

—No es cierto —le dije—. No lo permitiré. Voy a ser sincero contigo: lo que ocurrió con Stalker no fue algo que yo deseara, pero haría cualquier cosa por ti, y eso es lo que hay.

—No deberías hacer según qué cosas —susurró.

No le pregunté si se refería a su rescate o al trato del beso con Stalker, pero no pude evitar insistir un poco.

—Entonces, ¿no te molestaría que yo encontrara a otra persona? Su mandíbula se tensó antes de que consiguiera controlarla.

—Pensé que habías dicho que lucharías por mí.

—Y tú has dicho que es demasiado tarde. —Le devolví el reloj con una débil sonrisa—. Así que mejor será que no te haga caso.

Fade suspiró aliviado, sin poder evitarlo. Aquella era la confirmación que yo necesitaba. En aquel momento no podía tomar en serio a Fade. Su boca decía cosas que su corazón negaba, debido al dolor y a oscuros sentimientos que seguramente a mí me destrozarían. Al final seguí el consejo de Tegan de no presionarlo demasiado y me envolví en mis mantas sin decir nada más. Cuando me dispuse a dormir, no me di la vuelta. *Que me miré si quiere*. De hecho, esperaba que lo hiciera y que sintiera al menos una fracción de lo que yo había sentido. Eso haría que se acercase a mí antes. Al igual que en aquella misión desesperada, yo estaba corriendo a ciegas, esperando que el viaje terminara con Fade a mi lado.

Cuando desperté, el mundo era un caos de gruñidos y colmillos amarillentos.

Mientras me ponía en pie supe por el ángulo del sol que aún no era mediodía, pero los Freaks nos habían encontrado. Eran nueve monstruos, fuertes y bien alimentados, así que aquella batalla no sería sencilla. Lo bueno era que todos mis compañeros estaban despiertos y preparados para luchar.

—¡Ponte a mi espalda! —le gritó Stalker a Tegan.

Deslicé mis dagas hasta las palmas de mis manos y me lancé hacia los cuatro que tenían rodeado a Fade. Pillé desprevenido al primero con una cuchillada en el torso que abrió un tajo en su piel. Me di cuenta de que aquellas criaturas no tenían las llagas infectadas de otros Freaks con los que me había encontrado. Su piel era tersa y dura, y estaba moteada de gris. Sin embargo, poseían los mismos colmillos y también las mismas manos con garras afiladas como navajas. Y las dirigían hacia mí. Giré hacia un lado y terminé la maniobra con un golpe doble hacia abajo. Mi daga izquierda golpeó el brazo de la criatura, pero ninguna de las heridas fue crítica. La bestia me gruñó, sangrando y furiosa, con una expresión desafiante en sus ojos extrañamente humanos. El iris era cristalino, de un asombroso amarillo ámbar que resaltaba el blanco de la esclerótica. Tuve la inconfundible sensación de que me consideraba un ser pensante, no solo comida, pero aun así tenía la intención de matarme. Eso me desconcertó, pero no tanto como para impedir que evitara el siguiente golpe mientras otro giraba para enfrentarse a mí.

Stalker abatió a uno con un eficiente golpe en la garganta. Quedaban tres. Fade se cobró al siguiente, destripándolo desde el pecho hasta la ingle. Sus entrañas cayeron con una salpicadura viscosa y mancharon la hierba a nuestros pies. Otro lanzó un lamento dolorido, aquel horrible y discordante gemido que afirmaba que los Freaks sentían y que sufrían sus pérdidas, y se abalanzó hacia Fade con una ferocidad que me pareció increíble. No solo estaba hambriento; estaba furioso. Aquellos Freaks se comportaban de un modo muy diferente a las criaturas estúpidas que habíamos encontrado en los túneles.

Rodé bajo sus garras, hundí mis dagas en su abdomen y después tiré de ellas hacia los lados con todas mis fuerzas. Fue un golpe mortal. El monstruo cayó mientras el siguiente se lanzaba hacia mí. Bloqueé el golpe, pero al hacerlo consiguió rastrillarme el antebrazo con sus garras. Aquel Freak era fuerte, tanto que sentí el impacto sobre mis huesos. Ya no morían tan rápido como antes, así que tendría que aprender un nuevo modo de luchar contra ellos. Aquella era una batalla de verdad, y no el caos al que me había enfrentado en el pasado. Fade gritó; uno de los Freaks le había hundido las garras en el hombro y estaba a punto de propinarle un mordisco letal. Para mi sorpresa, Tegan, desde los árboles, levantó mi rifle. Yo no confiaba en su puntería, pero el disparo atravesó el pecho del monstruo. Le di las gracias con un

movimiento de barbilla y giré de nuevo, golpeando cada vez más rápido.

Tegan disparó una vez más mientras yo terminaba con el segundo. Entonces me acerqué para ayudar a Stalker, que aún tenía a dos. Apuñalé a uno por la espalda y los relampagueantes tajos de Stalker terminaron con la criatura. Combatimos juntos para abatir al último mientras Fade acababa con otro.

Al final teníamos nueve cadáveres y un horrible hedor a sangre.

Tegan estaba temblando y tenía el rifle apretado contra el pecho.

—Lo he conseguido. Me daba miedo darle a Fade, pero no había otra opción.

—Gracias —murmuró él.

—Tenemos que continuar —dije—. Recoged el equipo. Estamos en campo abierto y los disparos pueden haberse oído muy lejos, así que espero que todo hayáis descansado lo suficiente. Lo necesitareis. Nos ocuparemos de las heridas más tarde.

En cuestión de minutos teníamos las mantas enrolladas y guardadas en las mochilas. Repartí un poco de pan para comerlo en marcha y después comprobé nuestra ruta en los mapas. Stalker me ayudó a orientarme y empezamos a correr. No sabía cuánto tardarían los Freaks en descubrir dónde se habían originado los disparos de rifle. No dudaba que pudiéramos enfrentarnos con éxito a otros grupos de exploración, pero cada combate nos retrasaba y debilitaba. Fade y yo estábamos heridos; si recibíamos más ataques, el viaje hasta Soldier's Pond podría demorarse aún más.

A Salvación no le queda mucho tiempo.

Mis pies golpearon la tierra levantando un rocío de polvo en mi estela.

—Creo que deberíamos intentar llegar a Soldier's Pond esta noche.

—Puedo hacerlo, si es lo que estás preguntando —dijo Tegan—. Mi pierna está bien.

Era eso, y me alegraba de que no estuviera a la defensiva. Teníamos que ser realistas sobre lo que podíamos o no podíamos hacer.

—Bien. Eres sorprendentemente diestra con el rifle. Quédatelo.

Tegan se sonrojó, complacida, o quizá fuera solo el efecto de correr aquel caluroso día. El sol caía impecable y me hacía daño en los ojos. No sabía si alguna vez llegaría a acostumbrarse del todo a él.

El antebrazo me escocía, pero no tanto como para hacerme aminorar la velocidad. Fade no me daría precisamente las gracias si cuestionaba su fortaleza, así que no le pregunté por el parche sanguinolento de su hombro. Aun así, mantenía el ritmo sin dificultad, de modo que no debía de dolerle demasiado. Examinaría su herida más tarde, si me dejaba.

Fue un largo y funesto día con apenas algunas paradas para ir al baño y para beber un poco de agua o tragar un trozo de queso. Cuando cayó la noche, Tegan estaba pálida por el agotamiento y por el dolor que se negaba a reconocer, pero no pidió que nos detuviéramos. Según las notas de Improbable aquel era un viaje duro, y en carreta se tardaba mucho más de dos días. Pero él tenía que ocuparse de las mulas

y dejarlas descansar, además de llevar a remolque sus mercancías, y nosotros nos movíamos tan rápido como podía un grupo de personas.

Cuando vislumbré nuestro destino al otro lado de la pradera, la luna ya estaba alta en el cielo. No sabía qué había estado esperando, pero no era aquello. Por lo que podía ver no se parecía nada a Salvación, y una sensación de temor reptó por mi espalda. Me detuve, jadeando, y cuando lo hice el cansancio me atravesó como una asfixiante ola, debilitando mis piernas hasta convertirlas en agua.

—Se parece a las ruinas —dijo Stalker. Asentí.

—Pero no está totalmente destruido.

Aquel era un pueblo del viejo mundo, pero habían acordonado su centro con vallas metálicas, barricadas y zanjas. También había luz, aunque distinta a la que habíamos visto en los túneles e incluso en Salvación. Eran extrañas y no contenían fuego, sino algo parecido a la magia de la que Edmund nos había hablado en sus historias del pasado.

—¿Alguna vez has visto algo así? —pregunté.

Tanto Stalker como Fade negaron con la cabeza, pero Tegan estaba estudiando aquel resplandor con el ceño fruncido por la fascinación.

—No desde que era pequeña. Teníamos algunas en el invernadero de la universidad; se llenaba de luz después de estar un tiempo bajo el sol. Se parecían un poco a estas, pero eran más pequeñas.

—Nunca había visto algo antiguo que funcionara —dijo Stalker—. A veces encontrábamos artilugios, pero, a excepción de las latas, no conseguimos descubrir cómo funcionaban.

—Porque sois unos salvajes —dijo la chica.

—Lo éramos —asintió Stalker en voz baja.

—¿Es muy tarde? —le pregunté a Fade. Él miró su reloj.

—Casi media noche. Suspiré.

—No tenemos elección. No es el mejor momento para hacer nuestra petición, pero esperar no serviría de nada. Vamos.

Aunque el perímetro parecía desierto, no confiaba en mis ojos. Tenía la sensación de que estaban observándonos, así que caminé por un sendero marcado en el campo esperando una advertencia o una voz preguntando qué quería. No ocurrió hasta que puse el pie en la trampa de metal que conducía a la calle llena de baches. La superficie era similar a la de Gotham. Parecía que los ciudadanos de Soldier's Pond habían intentado mantener la superficie lisa rellenando los agujeros con barro y tierra, pero no se había sellado lo bastante bien como para esconder los desperfectos, ni siquiera por la noche.

—¿Qué sois? —gritó un hombre a quien no podíamos ver—. ¿Nómadas o turistas?

Yo no tenía ni idea de qué significaban esas palabras. Miré a Tegan, que se encogió de hombros; al parecer ella tampoco lo sabía.

—Somos mensajeros de Salvación —respondí.

—¿Por qué no han enviado a Improbable? —preguntó el hombre.

Me relajé un poco. Si no me equivocaba en su tono había cierto afecto, seguramente nacido de la camaradería y de las noches que habían pasado intercambiando historias.

—Improbable murió en la batalla. Lo siento.

—Será mejor que entréis. —Se escuchó un sonido metálico y una sombra en movimiento me reveló la medida de seguridad que nos habría aplastado si hubiéramos dado un paso más sobre la rampa—. Ya podéis cruzar. Daos prisa.

Como no quería incomodar a nuestro anfitrión crucé rápidamente, y los demás me siguieron. A nuestra espalda, el pesado lastre volvió a subir al ritmo de los gruñidos de los hombres que tiraban de él para volver a colocarlo en su lugar. Seis de ellos salieron a la luz a continuación, guiados por el hombre que supe instintivamente que nos había invitado a entrar en Soldier's Pond. Todos iban vestidos con ropa de color verde caqui que había sido remendada más de una vez, y se mostraban como guerreros, con los hombros hacía atrás, las espaldas rectas, y desafiantes barbillas. Todos tenían una edad similar a la de Edmund, y sus barbas estaban teñidas de plata. Llevaban armas en las caderas, parecidas a los rifles, pero más pequeñas, y cuchillos de mango largo en los muslos.

—Has dicho que traes un mensaje de Salvación y que Improbable ha muerto. ¿Ha habido problemas?

—Un montón de problemas —le dije con sinceridad—. No pretendo ser irrespetuosa, pero... ¿tú eres el anciano?

Así era como llamaban al líder de Salvación y como llamábamos a Whitewall en los túneles.

—Esa es una palabra extraña para denominarlo... y no, resulta que no lo soy. No quiero que tengas que contar la historia dos veces. Davies, te quedas al mando de la guardia mientras yo no esté. Llevaré a nuestros invitados al cuartel general.

Uno de los hombres asintió mientras nuestro escolta nos conducía a través del laberinto. Aquella era una construcción del viejo mundo que había sido remendada y apuntalada para conservar su funcionalidad. Sin embargo, ya no teníamos los instrumentos para seguir construyendo así. El tamaño y la forma de aquellas estructuras era increíblemente parecido: una tras otra, las casas estaban calcadas con total precisión.

—Es espeluznante —dijo Fade a mi lado.

—Parece una maqueta infantil en lugar de un pueblo de verdad —asentí en voz baja.

—Por aquí. Me llamo Morgan. Si tenemos que despertar a Park no puedo garantizaros que vuestro mensaje vaya a ser bien recibido. —Su voz tenía tono extraño y divertido que yo no sabía cómo interpretar—. Los coroneles no suelen tener buen despertar.

No esperaba que nuestro mensaje fuera bien recibido, ya que no eran buenas noticias, pero la reacción del líder determinaría nuestro éxito. Morgan nos condujo a un enorme edificio con un alargado porche delantero; tenía luces fijas en la parte superior, lo que me hizo pensar que aquel era el cuartel general al que se había referido. En el interior, mi impresión inicial se confirmó. Había mesas y sillas llenas de documentos, algunos amarillentos por el tiempo y otros con aspecto de haber sido manufacturados recientemente. Sabía que las hojas nuevas eran de Salvación porque llevaban un sello en forma de un árbol tres veces rodeado. Así que, entre otras cosas, Soldier's Pond dependía de Salvación para el material de oficina, que era como se llamaba elegantemente al papel según Mamá Oaks.

Las velas estaban encendidas y la cera caía sobre sus platillos. También había algunas lámparas con las que no estaba familiarizada. Emitían un olor desagradable al arder y su llama parpadeaba en el interior del cristal como una luciérnaga atrapada. Allí también había sillas donde un par de hombres de aspecto cansado y preocupado estaban repantingados. Me pregunté quién sería el coronel, y qué era exactamente un coronel. Debía de ser un título similar al que ostentaba Elder Bigwater ya que, a diferencia de lo que ocurría en los túneles, en realidad él no era el hombre más vetusto de Salvación. Quizá era una especie de Guardián de las Palabras que se ocupaba de los asuntos importantes. Pero, cuando el coronel se giró, ninguna de mis especulaciones resultó ser cierta. Sonreí, tanto complacida como disgustada.

He dejado que Salvación cambie el modo en el que veo el mundo.

Jamás me habría imaginado esto.

Debería haberlo hecho. Tanto Cobre como Seda habían ocupado puestos importantes en los túneles. Aquella mujer era más joven que Mamá Oaks, pero tan joven como Ruth, la esposa de Rex. No sabía qué edad tendría, pero, comparada con los hombres a su alrededor, parecía joven. Llevaba el cabello negro recogido en un complicado moño y su ropa estaba impoluta, a pesar de la hora. Sus ojos también eran oscuros y estaban rodeados por unas tenues ojeras que delataban que no había dormido demasiado últimamente. Sus fuertes rasgos le daban un aire de persona inteligente; descubriríamos si lo era en cuanto habláramos.

—Informe, Morgan. —Su tono era brusco, pero no descortés. En el tiempo que había pasado en Salvación había llegado a apreciar la diferencia. Aun así, sus ojos poseían una calidez que contrastaba con sus palabras—. ¿Quiénes son esos jóvenes de los territorios?

Supuse que se refería a las tierras que estaban descritas en los mapas de Improbable. Resistí la tentación de comprobar si aquella palabra aparecía en alguno de sus documentos y me concentré en Morgan, que estaba diciendo:

—Vienen de Salvación, traen noticias. He creído adecuado presentártelos inmediatamente, coronel Park.

—Imagino que no será nada bueno, pero hablad —dijo el coronel. No podía hacer otra cosa que exponer el problema.

—Salvación está siendo asediada... E Improbable murió en el primer ataque. Yo lo apreciaba, y creo que vosotros también. Siento ser portadora de tan malas noticias. —Me tragué el nudo que tenía en la garganta, consciente de repente de que jamás volvería a oír su voz ronca ni a ver las arrugas que se formaban en sus ojos al sonreír —. El pueblo está rodeado y los Freaks, quiero decir, los Mutantes tienen fuego. No tenemos hombres suficientes para luchar, así Elder Bigwater nos ha enviado a buscar refuerzos. Este es el asentamiento más cercano.

Dada mi experiencia con la autoridad, esperaba que el coronel Park dijera que estaba loca y que debía tomar un poco de sopa e irme a la cama. Una vez más, me equivoqué. Nada de lo que había experimentado previamente me preparó para su reacción. Golpeó la mesa más cercana con una mano y tiró una taza que contenía algunos lápices. Un montón de papeles salieron volando.

—Os lo dije —les espetó a los hombres que la miraban con creciente horror.

—¿**S**abáis lo de Salvación? —preguntó Stalker con incredulidad. El coronel negó con la cabeza.

—Noté un cambio en el patrón de ataque de los Mutantes. Y de repente, todos desaparecieron. Dije que eso significaba que estaban planeando algo, pero mis consejeros creyeron que era demasiado alarmista.

No solo nos creía, sino que había vaticinado lo que ocurriría. Aquello nos ahorraría un montón de tiempo tratando de convencerle a alguien que no creía que el mundo pudiera cambiar. Me relajé un poco, aunque seguía estando agotada. Era consciente de que cada minuto que pasaba hablando era un minuto que Salvación perdía, y recordé a los hombres sobre las murallas, con los rostros macilentos por el cansancio, pero disparando valerosamente mientras Smith intentaba mantener el ritmo en la fabricación de la munición. Sin la ayuda de Stalker, eso estaría más allá de su capacidad. Teníamos que volver inmediatamente.

—Entonces seguramente imaginarás cuál es la situación —le dije—. ¿Cuándo podrás enviar a algunos hombres con nosotros?

Un hombre con bigote habló por primera vez.

—No podemos enviar a nuestras tropas por capricho.

Otro consejero se mostró de acuerdo.

—Partir en ayuda de Salvación podría significar la pérdida de Soldier's Pond.

—Eso podría ser lo que quieren los Mutantes. ¿Y si su ataque a Salvación es solo una táctica de distracción? En cuanto debilitemos nuestra posición, nos atacarán —predijo el último consejero.

—Al final vendrán por vosotros —murmuró Fade. El coronel habló con fría determinación.

—Ya basta.

—¿Has tomado una decisión? —le pregunté. La mujer suspiró, cansada.

—Desafortunadamente eso no está en mis manos. Algo tan importante debe someterse a votación.

—Entonces convoca una reunión de emergencia —sugirió Tegan.

Me mostré de acuerdo con ella. No podíamos permitirnos esperar a que la gente despertara. La coronel pensó en ello, y a continuación asintió en dirección a Morgan.

—Despierta al resto del consejo. Que estén aquí en media hora. Estos cuatro necesitan una respuesta. Sospecho que regresareis a casa para luchar, sea cual sea el resultado —terminó, dirigiéndose a nosotros.

—Sí, señora. —Fade había asimilado las lecciones sobre cómo dirigirse a los demás con respecto mejor que yo.

La coronel me puso una mano sobre el hombro. Me alegré de que no eligiera a

Fade para hacerlo, ya que podría no haber reaccionado bien.

—¿Tenéis hambre? Lo mínimo que puedo hacer es alimentaros mientras esperáis.

—Eso estaría bien —respondió Stalker. Park se dirigió a uno de sus consejeros.

—Trae algo caliente para que coman. Todavía debería quedar sopa en el fogón del comedor.

En cuestión de minutos nos trajeron un estofado caliente y pan para limpiar los cuencos. Me senté en una silla en un extremo de la habitación, y los demás me acompañaron. Comimos en silencio y, poco después, cinco personas más entraron en la sala: tres hombres y dos mujeres, lo que igualaba la representación de ambos géneros. Mientras terminaba de comer, me alegré de que existiera aquella paridad.

—¿Qué significa esto? —exigió saber un hombre de cabello cano.

La coronel resumió con pocas palabras lo que yo le había contado, y después añadió:

—Tenemos que votar si vamos a enviar ayuda.

Una mujer regordeta de aspecto maternal con un bonito cabello rubio se llevó los dedos a la boca, alarmada.

—Si los Mutantes se han organizado, no pasará mucho tiempo antes de que caigan sobre nosotros.

—Es exactamente lo que pienso —dijo la coronel.

Debatieron durante un tiempo. Yo tenía el estómago lleno y el corazón abatido, así que no presté atención al procedimiento. Lo único que importaba era lo que decidieran, no el modo en el que llegaran al consenso. Tegan se acercó a mí con determinación. Sin decir nada, señaló mi herida y yo le ofrecí el brazo para que lo tratara. Me tragué una maldición cuando el líquido limpiador corrió sobre los rasguños, profundos arroyos sobre la parte superior de mi brazo que añadían un contrapunto a las cicatrizadas marcas del interior de mis antebrazos, cortesía del enclave.

Aún me sentía orgullosa de aquellas seis cicatrices, aunque quizá no debería estarlo.

Cuando terminó, me aplicó un ungüento y me vendó la herida con silenciosa eficiencia.

—Fade no dejará que lo cure —susurró a continuación.

—Deja que lo intente yo.

Una vez me había permitido hacerlo. No sabía si volvería a dejarme ahora.

Tegan me entregó sus útiles y me acerqué lentamente al lugar donde Fade estaba sentado apoyado contra la pared. Escuché el debate de soslayo, esquivando de discusión sobre la viabilidad de ofrecer ayuda a un asentamiento con el que no tenían ningún tratado defensivo, solo acuerdos comerciales. Entonces llegó la réplica, que se basaba principalmente en que, si Salvación caía, Soldier's Pond sería la siguiente. Dejé de escuchar de nuevo cuando Fade abrió los ojos, oscuros y cautos bajo la luz de las velas. Las parpadeantes sombras teñían su rostro de un tono macilento.

—Si no lo limpiamos y vendamos, se te infectará el hombro —le dije en voz baja. Antes de suspirar, se estremeció casi imperceptiblemente.

—Preferiría que fueras tú quien lo hiciera.

Mi corazón cantó de alegría. Fade, a pesar de los problemas que teníamos, todavía confiaba en mí más que en los demás.

—Entonces prepárate. Te va a escocer, pero lo haré rápido.

Y lo hice. Aunque me habría gustado seguir tocándolo, el contacto fue rápido e impersonal. Cuando el antiséptico corrió sobre la herida siseó, pero apretó los puños y no se movió. Cerró los ojos y tragó saliva, pero tuve la sensación de que no fue debido al dolor. Cuando terminé, tenía una sábana de sudor frío sobre la frente.

—¿Tanto te ha dolido? —le pregunté.

—No. —Descansó los puños sobre sus muslos, pero no me miró—. Cuando me tocas... Cuando cualquiera me toca vuelvo a estar allí, en el redil. Lo revivo todo de nuevo.

—Encontraremos un modo de arreglarlo —le prometí.

—¿Cómo? Esta es la razón por la que te dije que no podíamos estar juntos. No fui lo bastante fuerte para evitar que me atraparan, y no soy lo bastante fuerte para superar esto. No puedo...

—Sí puedes —lo interrumpí—. Quizá no hoy, ni mañana. Tegan, que está superando lo suyo, dice que necesitas tiempo... y yo puedo ofrecértelo. Te prometo que lo conseguiremos.

Giró la cabeza para mirarme y sus ojos me abarcaron.

—¿Por qué?

—Porque te quiero —fue más fácil decirlo esta vez, porque ahora comprendía lo que significaba. Entonces repetí las palabras que él mismo me había dicho—. No solo cuando es sencillo. Siempre.

—¿No harás más tratos con Stalker?

Eso significaba que aún le importaba; a pesar del dolor, sus sentimientos hacia mí no habían cambiado.

—No volverá a tocarme, a pesar de lo que pueda estar en juego.

Encontraré otro modo.

—No te imaginas cuánto me gustaría poder abrazarte...

—No voy a irme a ninguna parte, Fade. Tú eres mi compañero. Te elegí a ti. Y siempre lo haré.

Después de eso me senté a su lado solo para escucharlo respirar. No era suficiente, pero era más de lo que me había permitido hacer hasta ahora. Poco a poco volvería a ser la de antes. Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el muro. Al final, Stalker me despertó. Por el ángulo de la luz, habían pasado un par de horas. Debían de haber hablado casi hasta el alba.

—El debate ha terminado. Es el momento de votar.

—Lo secundo —dijo el hombre de cabello cano.

—Todos los que estéis a favor de enviar refuerzos, decid sí y levantad la mano.

El resultado fue cuatro a dos a nuestro favor. Exhalé lentamente y cerré los ojos, aliviada; hasta aquel momento no me había dado cuenta de lo mucho que me preocupaba fracasar. Afortunadamente, la coronel Park prestaba atención al mundo en el que vivía y estaba dispuesta a aceptar el cambio, aunque este no fuera bueno para el pueblo. Ojalá los ancianos del enclave hubieran sido más parecidos a ella.

Pero aún nos retrasamos más de lo que me habría gustado porque tenían que debatir cuántos hombres podían permitirse enviar sin dejar Soldier's Pond indefenso. La interminable charla estaba poniéndome nerviosa, así que me envolví en la manta y me dispuse a dormir. Suponía que alguien me despertaría cuando fuera el momento de ponerse en marcha. Esta vez, al menos, no tuve pesadillas.

Cuando Tegan me tocó el hombro, no podía haber pasado más de una hora.

—Está decidido. Llevaremos cincuenta soldados a Salvación.

Eran muy pocos, teniendo en cuenta el número de Freaks al que nos enfrentábamos, pero no podía quejarme, ya que estaban poniendo en peligro a sus propios ciudadanos para ayudarnos. Me aparté el cabello de la cara, me puse en pie y recogí mis pertenencias. Todos los demás estaban reunidos fuera. Fade y Stalker estaban en extremos opuestos del patio, y no creo que el ceño fruncido con el que Fade miraba al otro chico fuera cosa de mi imaginación. Aunque me había dicho que no le importaba lo que yo hiciera, era evidente que no era verdad.

Morgan estaba a la cabeza de los hombres que habían elegido para nuestra causa. A la luz del amanecer, vi que tenía el cabello largo y oscuro, ligeramente salpicado de blanco, pero por su rostro no parecía tan viejo como había pensado al principio. Tenía arrugas en los rabillos de los ojos, pero parecían estar provocados por su sonrisa, pensé, o por la luz del sol, en lugar de por el paso de los años. Las comisuras de su boca se curvaban hacia arriba como si les resultara difícil no sonreír, una expresión repetida por el cálido gris de sus ojos, que eran como el humo, caliente y voluble.

Justo entonces estaba dando órdenes a sus hombres.

—La infantería, en buenas condiciones, puede cubrir a pie entre cincuenta y sesenta kilómetros al día. Si queremos servir de ayuda a Salvación tendremos que movernos a ese ritmo. Si alguno de vosotros cree que no podrá mantener ese paso, sea por la razón que sea, que lo diga.

—Yo tengo mal un pie —dijo un hombre—. Me lo rompí hace un par de años y no curó bien. Lo único que haría sería retrasaros.

—Gracias por tu sinceridad.

Morgan hizo una señal a alguien que asumí que era su segundo al mando.

El enorme y fornido hombre respondió gritando otro nombre, y un nuevo soldado ocupó el lugar del que acababa de abandonar la formación. A diferencia de los guardias de Salvación, aquellos hombres estaban bien entrenados. Su lenguaje corporal dejaba claro que habían entrenado juntos y que habían luchado algunas batallas reales más allá de los muros. Muchos de ellos tenían cicatrices causadas por

Freaks, marcas de garra en sus rostros o en sus brazos, insignias visibles de su valor y habilidad. Me acerqué a la coronel, conmovida por su valentía y su disposición a asumir riesgo por nuestro bien.

—No sé cómo darle las gracias, señora. No se imagina cuánto significa esto para nosotros.

—Dios quiera que sea suficiente —dijo—, pero es todo lo que podemos hacer. Si enviáramos a más hombres seríamos demasiado débiles para defendernos en el caso de que los Mutantes se dirijan al oeste.

Así será, pensé.

Pero no era el momento de hacer proclamas funestas. Poco después partimos de Soldier's Pond en fila india. Nunca antes había viajado con un grupo tan grande, ni en la superficie ni en los túneles. Parecía arriesgado, pero no podíamos hacer otra cosa. Aplastaríamos a todos los grupos de exploradores que encontráramos, a menos que la propia horda estuviera avanzando hacia el oeste. Dejé que mis pies se unieran al ritmo que marcaban los soldados hasta que Morgan me llamó.

—Necesito saber a cuantos nos enfrentamos.

—Sinceramente —le dije—, ni siquiera estoy segura de saber contar hasta ese número.

Al principio Morgan se rio, seguramente porque pensaba que estaba exagerando, pero la seriedad de mi expresión le aseguró que no era broma. Entonces maldijo en voz baja.

—Intenta hacer una estimación. Pensé un poco en ello.

—Una vez vi quinientas judías. Estoy totalmente segura de que eran más.

A continuación, le describí la pesadilla de la horda acampada en la muralla, así como los rediles de prisioneros humanos y las múltiples fogatas encendidas.

El hombre hizo un gesto extraño: se tocó le frente, el corazón, el hombro izquierdo y después el derecho. Yo no sabía que significaba, pero él pareció encontrar consuelo en ello.

—Casi preferiría que no me lo hubieras contado.

—¿Por qué?

—Porque ahora soy el bastardo que tiene que ocultar la verdad a estos hombres. Si lo supieran, regresarían a Soldier's Pond. Sabrían, como yo, que no podemos ganar esa batalla.

Una náusea agria provocada por el miedo me revolvió el estómago, no porque temiera morir, sino porque Morgan tenía razón y odiaba la idea de decepcionar a todo el mundo. Quería hacer lo imposible por mi nuevo hogar, pero no sabía cómo.

—Quizá podamos crear suficiente alboroto para que puedan evacuar Salvación —me sentía orgullosa de saber usar aquella palabra. La había visto por primera vez en la biblioteca de las ruinas y la señora James, la profesora que me había amargado la existencia, nos había explicado más tarde y con tono de superioridad qué significaba.

—Golpear y huir es nuestra única opción, porque los Mutantes conocen muy bien

los bosques. Será difícil llevar a cabo tácticas de guerrilla.

—Yo puedo ayudar con eso —dijo Stalker.

No me había dado cuenta de que se había unido a nosotros, lo que demostraba lo sigiloso que podía llegar a ser. Morgan se dirigió a él con interés.

—¿Cómo?

—Conozco el terreno bastante bien y soy un buen rastreador. Puedo ayudar a colocar trampas y a planear emboscadas. No podemos luchar contra ellos frontalmente, pero tengo experiencia reduciendo los números del enemigo.

Debí referirse a los combates que había librado en las ruinas, donde había destruido bandas más numerosas hasta que los Lobos fueron los más numerosos de la zona. En general Stalker no parecía orgulloso de aquella experiencia, pero debíamos hacer todo lo necesario para aumentar las posibles de Salvación. Era necesario que Stalker se diera cuenta de que podía sentirse orgulloso de su habilidad a pesar de todas las cosas malas que había hecho con ella. Ahora comprendía lo crueles que habían sido las normas del enclave, yo también habría preferido olvidar algunos de los momentos más oscuros. Morgan escuchó los comentarios de Stalker atentamente, asintiendo y añadiendo preguntas o sugerencias ocasionales. Después de un par de minutos me quedé atrás para unirme a Tegan, que estaba llevándolo mejor de lo que yo habría imaginado.

—Tienen algunas buenas ideas —me dijo.

—Stalker las tiene, en cualquier caso. Parece que ya ha luchado con el viento en contra antes.

La chica asintió, con la mirada perdida.

—Los lobos se alzaron contra los Reyes justo después de atraparme. Los Reyes eran más numerosos, pero Stalker los eliminó. La mitad de sus miembros eran cachorros, pero los enseñó a ser despiadados y astutos.

Entonces recordé que Fade y yo fuimos capturados debido a mis dudas sobre luchar contra niños. No me esperaba que lucharan tan ferozmente, ni tan bien. No a su edad. Si Stalker ponía su experiencia al servicio de la defensa de Salvación, era posible que no todo estuviera perdido. Exhalé mientras marchábamos, contenta de haberme quitado aquel peso de los hombros.

La tragedia bélica no era uno de mis puntos fuertes; lo que se me daba bien era luchar.

Cuando llegamos a Salvación, era demasiado tarde.

Me temía que ocurriera, pero había apartado el pesimismo de mi cabeza para concentrarme en mi misión. Cuando nos acercamos desde el oeste, el cielo del crepúsculo brillaba en el mismo tono naranja que las llamas que estaban devorando el asentamiento. Escuché a la horda cerca, pero no teníamos hombres suficientes para enfrentarnos a ella. El dolor me oprimió el pecho hasta que no pude respirar. A diferencia de lo que había ocurrido cuando Nassau envió al niño ciego a nuestro enclave para pedir ayuda, nosotros habíamos conseguido traer refuerzos, pero eso no había cambiado nada.

—Deberíamos volver a Soldier's Pond.

Por su expresión, Morgan parecía creerme respecto al número de Freaks de la horda y quería alertar a la coronel.

—Vosotros podéis iros —le dije—, pero yo tengo que acercarme. Si hay algo que pueda hacer para salvar a mi familia...

—No lo hay —me espetó Morgan.

Pero yo no estaba dispuesta a creerlo. Partí hacia las incendiadas ruinas de Salvación sin pedir a nadie que me acompañara. Tegan y Stalker no me vieron salir, pero Fade corrió tras de mí. Ni siquiera tuve que preguntarle.

—Esto es una temeridad —me dijo.

—Lo sé.

Desde la orilla del río hasta la carnicería de Salvación solo había campo abierto. Desde esa distancia podía oler la madera quemada, entremezclada con sangre y carne chamuscada. La orilla oeste se derrumbó ante mis ojos: sus ardientes vigas se colapsaron en una lluvia de chispas que se alzó en el aire de la noche como si fueran luciérnagas. El humo subía en espirales, espectral bajo la luz de la luna. Mamá Oaks me había contado que el alma sobrevivía después de la muerte, que era una especie de vapor que llenaba nuestro cuerpo y que nos ayudaba a recordar que teníamos que ser amables. Me pregunté si de verdad existiría, algo que salga por la nariz y la boca cuando una persona muere.

Un grupo de Freaks nos atacó. Eran diez, y lanzaron un gruñido desafiante que afortunadamente quedó ahogado por el rugido del incendio que habían provocado. A cierta distancia escuché los gritos de los ciudadanos, pero no podía concentrarme en ellos todavía. Si Fade y yo moríamos allí, no podríamos ayudar a nadie, y no estaba preparada para que mi alma se me escapara por las orejas. Saqué mis dagas con un movimiento suave y Fade se colocó a mi espalda. Teníamos pocas posibilidades, pero yo había luchado en esas condiciones desde el día en el que nací; no contra los Freaks, sino contra el hambre y la enfermedad, enemigos a los que no podía eliminar

con un cuchillo y una mirada feroz.

—Podemos con ellos —dijo Fade.

—Tenemos que poder.

No había otra opción. Si no lo matábamos rápidamente, el resto de la horda nos encontraría. Quizá podríamos acabar con diez, pero no tendríamos ninguna posibilidad contra cien, o mil. O más. Nos rodearon para que no pudiéramos huir, una muestra más de que estaban empleando tácticas y una estrategia predefinida, pero como no teníamos intención de salir corriendo, lo único que consiguieron fue ponerse a nuestro alcance. Esperaba que los refuerzos de Soldier's Pond no se retiraran, porque podríamos necesitarlos para cubrir nuestra retirada.

Demasiado tarde para preocuparse por eso ahora.

El primero se abalanzó contra mí y contrarresté su ataque con un tajo de mi daga que abrió su antebrazo del codo a la muñeca. Era extraño, pero su sangre pareció menos fétida, si no igual a la de los humanos normales. Olfateé mientras golpeaba con mi daga izquierda, que talló un camino a través de su pecho. Un toque salino y algo más, pero aquel Freak ya noapestaba como si estuviera pudriéndose desde el interior. Solo olía... distinto, y eso me preocupaba, pero reaccioné con tranquilidad y bloqueé su segundo y tercer embiste. El cuarto me acertó, y dolió. Como tenía a Fade a mi espalda, no podía retroceder. Tenía que mantenerme en mi puesto por él.

Notaba sus movimientos a mi espalda, llenos de su antigua elegancia. De vez en cuando gruñía una maldición o ahogaba un gemido de dolor. Terminé con el primero con un arco descendente de mi daga. *Quedan cuatro.* A algunos metros de distancia se escuchó la brusca repetición de las armas de fuego.

Así que no todos los guardias están muertos. Están luchando en ese infierno.

El Freak cayó a mis pies, dejando a los demás espacio para dispersarse. No gruñeron ni aullaron de dolor; estos eran guerreros y estaban decididos a darme muerte. Con más espacio para maniobrar pudieron moverse con mayor amplitud y al mismo tiempo. Luché contra dos a la vez mientras el tercero y el cuarto gruñían buscando un hueco para atacar, pero no podía acercarse a mí sin golpear a sus camaradas. Los Freaks habían progresado, y ya no se empujaban unos a otros para conseguir su presa.

Están totalmente organizados. El pensamiento me heló la sangre mientras amputaba dos garras. Cayeron sobre la hierba todavía retorciéndose, manchando el verde de rojo, aunque en la oscuridad era imposible verlo. Un rocío de sangre manó de los muñones y a continuación la bestia se lanzó sobre mí con el resto de sus garras. Su compañero me embistió desde el costado y casi se llevó mi cabeza. Estaba cansada por el viaje, y era demasiado lenta. Pero Fade apareció junto a mi hombro y apuñaló al Freak en el ojo.

Cuando miré atrás, solo un segundo, vi que Fade ya había abatido a tres y que los otros dos mostraban señales de miedo. No habían huido, pero habían retrocedido algunos pasos y gruñían para demostrar que iban en serio, pero sin atacar

inmediatamente. Eso significaba que Fade había conseguido intimidarlos. Eso significaba que Fade había conseguido intimidarlos. Me encantaba verlo en forma de nuevo, aunque estaba un poco avergonzada de mi propia actuación. Pero quizá Fade necesitaba que yo fuera débil de vez en cuando para que él pudiera ser fuerte. Aquella me parecía bien; yo no estaba haciéndolo propósito.

Estoy tan cansada...

—No me obligues a hacer todo el trabajo.

Su tono era más suave que el que había utilizado conmigo desde hacía días.

—Lo estoy intentando.

Pero cuando apenas pude bloquear un golpe que podría haberme atravesado, Fade gruñó como una bestia y, como había ocurrido en los túneles, se volvió loco. Sabía que cuando Fade se enfurecía tenía que apartarme de su camino. Sus cuchillas se convirtieron en un borrón plateado bajo la luz de las estrellas. Minutos después tenía diez cadáveres a sus pies y estaba cubierto de sangre y respirando con dificultad a través de la nariz.

Me acerqué con cuidado, manteniendo un ojo en el perímetro.

—Gracias. Estaba flaqueando.

—¿No te doy miedo cuando me pongo así? —me preguntó con gravedad.

—No —le contesté con convicción—. Tú nunca me harías daño.

—Ya lo he hecho.

—Pero no con tus cuchillos. Vamos.

Corté la discusión y me dirigí al pueblo en llamas, decidida a ayudar si era posible.

El calor junto a las murallas era tan abrasador que no pude cruzar. Quizá podría haberlo hecho si hubiera tenido una carreta, o algunos cubos, pero allí mis dagas no servían de ayuda y podía oír Freaks cerca. Aquello no era un rescate; era una insensatez. Mi corazón se desplomó hasta mi estómago. Entonces vi a alguien moviéndose cerca de las murallas.

—Hay una salida secreta bajo la casa de Elder Bigwater, un túnel que conduce fuera del pueblo. ¡Reúne a tanta gente como puedas y salid! —grité, desesperada.

—¡Gracias, Deuce! Lo haré —fue la respuesta. A través de las parpadeantes llamas naranjas capté un atisbo del hombre que se alejaba y me sentí aliviada al reconocer a Harry Carter. Él me había salvado la vida cuando Improbable murió, y era justo que le devolviera el favor.

Fade me hizo un gesto, impaciente.

—Tenemos que escapar y dirigir a los demás a la entrada del túnel, si están aún ahí.

Asentí.

—Tú primero.

La huida fue horrorosa, porque tuvimos que esquivar Freaks todo el tiempo. Me sentí aliviada al ver a Morgan y a los demás justo donde los habíamos dejado.

—Si fueras uno de mis soldados, te expulsaría tan rápido por desobedecerme que la cabeza te daría vueltas.

—Pero no lo soy —señalé. El hombre frunció el ceño.

—¿Has conseguido algo al menos?

Tegan y Stalker estaban hablando a la vez, recriminándonos incoherentemente. Yo tenía los dedos llenos de sangre y estaba manchada de hollín, pero no había recibido más heridas que en cualquier otro combate. Los hice callar con un ademán y me dirigí a Morgan.

—Creo que sí.

En pocas palabras, le expliqué lo de Harry Carter y el túnel. Tegan y Stalker estaban cerca, escuchando. El miedo y el dolor arrugaron la frente de la chica y convirtieron su boca en una pálida línea. Yo sabía que estaba preocupada por su familia.

Yo también lo estoy.

—¿Por qué crees que no los evacuaron antes? —me preguntó Tegan en voz baja.

Me encogí de hombros.

—Es posible que Elder Bigwater muriera antes de poder contárselo a alguien.

—Zach también lo sabía —afirmó Stalker.

Aquello era cierto, pero no descubriríamos la razón hasta que hubiéramos rescatado a algunos ciudadanos, si es que eso era posible. Con suerte, Harry Carter reuniría a los supervivientes y conseguiría que lo escucharan, pero el terror podía impedir que la gente pensara con claridad. Los ciudadanos de Salvación no estaban preparados para enfrentarse al peligro de aquel modo, rodeados de fuego y Freaks.

—¿Podrías encontrar la salida? —le pregunté.

Asintió, en lugar de contestar con palabras, y se marchó. Morgan indicó a sus hombres que lo siguieran.

—Manteneos atentos —ordenó.

Era un buen consejo, ya que probablemente tendríamos que luchar todos juntos en breve. Escuché los gritos distantes de los que no habían conseguido llegar hasta el túnel. Nunca había estado tan asustada. Quería rescatar a mi familia, a Mamá Oaks, a Rex y a Edmund, pero no sabía si sería posible. Deseaba salvarlos a todos.

—¿El túnel es amplio? —me preguntó Morgan.

—No mucho. Podrán cruzarlo pocos ciudadanos a la vez.

—Espero que tengan el sentido común de no dejarse llevar por el pánico al salir —murmuró.

Aunque pareciera insensible, yo también lo esperaba. Si la gente comenzaba a correr y gritar en la oscuridad, atraerían a la horda hacia nosotros y no tendríamos ninguna posibilidad de escapar. Corrimos detrás de Stalker, que se detenía de vez en cuando para examinar los puntos de referencia. Tenía la ruta en su cabeza, así que no necesitaba los mapas de Improbable. Si no conseguía recordar dónde terminaba el túnel...

Pero nos condujo directamente hasta él y, para mi alivio, encontramos a algunos ciudadanos escondidos en los alrededores, sobre todo mujeres y niños. No vi a Mamá Oaks entre ellos. Mi corazón se hundió a medida que más personas (mugrientas, aterrorizadas, algunas con quemaduras o heridas) salían del agujero de la tierra. Tegan comenzó a trabajar inmediatamente, atendiendo a los heridos.

Morgan me apartó a un lado.

—¿Durante cuánto tiempo tienes pensado esperar? Tenemos que irnos antes del amanecer. Así será más fácil marchar escoltando a los refugiados.

Tenía razón, pero eso no calmó mi ansiedad.

—Lo sé. Danos tanto tiempo como puedas.

El guardia de Soldier's Pond miró su reloj, uno parecido al que había pertenecido al padre de Fade.

—Tres horas, y después nos marcharemos. Está noche no dormiremos.

El eco de los gritos y los lamentos de dolor del asentamiento en llamas llegada hasta nosotros. El sonido de los rifles indicaba que los guardias estaban ganando todo el tiempo posible para que los civiles escaparan. Deseé poder salir de mi escondite e ir a matar algunos Freaks, pero eso solo serviría para desvelar nuestra posición. En cualquier caso, eso ocurriría pronto; no sería posible esconder a tanta gente. Cuando el viento cambiara de dirección llevaría nuestro olor hasta los monstruos. Y entonces tendríamos que cubrir la retirada.

Tegan trataba a los heridos con una expresión pétrea. Me acerqué a ella y le ofrecí mi ayuda. Admiraba su habilidad. El dolor acechaba en el interior de sus ojos mientras vendaba el brazo quemado de un niño. Yo no conocía al pequeño, pero Tegan lo llamó por su nombre y después lo envió con su madre, que estaba ilesa. Si hubiéramos podido entrar para ayudar, la huida sería más rápida, pero el túnel solo permitía el paso de una persona a la vez y eso provocaba que el éxodo fuera interminable. Un par de minutos después reconocí a Mamá Oaks saliendo del agujero. Tegan estaba esperando ver al médico, pero no dejó de trabajar.

Yo sí lo hice. Mamá Oaks me cogió de la mano para que la ayudara a salir, y después busqué a Edmund con la mirada.

La mujer negó con la cabeza.

—Está luchando con el resto de hombres. No sé si...

Antes de que pudiera poner palabras a sus dudas, la abracé.

—¿Estás herida?

—No, solo estoy cansada. Ha sido horrible. Sospechaba que decir horrible era quedarse corto.

Sabía lo que estaba pensando Tegan. *Todavía no se sabe nada del Doctor. Todavía no se sabe nada de mi madre de acogida.* Yo no había conocido bien a sus nuevos padres, pero sospechaba que el médico estaba aún dentro, atendiendo a los hombres, y que su mujer estaría ayudándolo. Sin embargo, aquella muestra de valor no haría que Tegan se sintiera mejor. Yo entendía cómo se sentía, así que intenté mantenerme

ocupada.

Morgan colocó guardias en el perímetro y yo envié a Stalker a explorar. Era el único que podría descubrir qué estaba pasando sin alertar al enemigo. Necesitábamos información, pero no podíamos permitirnos atraer a la horda. En aquel momento, nuestra prioridad era salvar a todos los ciudadanos que fuera posible. Volví a ayudar a Tegan pasándole ungüentos y líquidos, vendando heridas y quemaduras. El tiempo pasaba y, casi al final, vi a mi hermano adoptivo, Rex, arrastrando a Edmund fuera del túnel. Suspiré aliviada. Un par de hombres más se derrumbaron al salir al aire fresco, la mayor parte de ellos gravemente heridos.

—Ya está —dijo Rex con voz ronca—. No queda nadie más que pueda seguirnos.

Tegan ahogó un grito, pero inclinó la cabeza rápidamente y continuó trabajando. Estaba aún en ello cuando Stalker volvió. Lo aparté de los demás.

—¿Cómo está la cosa ahí fuera?

Una masacre. —Su rostro lleno de cicatrices parecía pálido bajo la luz de la luna—. Y te juro que hay incluso más de los que había en la llanura.

—¿De dónde han venido? ¿Y por qué?

No esperaba una respuesta. No hacía falta. Él tampoco podía proporcionármela.

—Tenemos que movernos. La horda está merodeando por las ruinas incendiadas justo ahora, pero hay grupos de exploradores por toda la zona. Hay un grupo de unos cien justo al suroeste.

Un escalofrío me recorrió al imaginarme intentando luchar contra tantos Freaks, con tan pocos guerreros y cincuenta criadores a los que proteger. Asentí.

—Gracias.

El rostro de Tegan era un estudio sobre la tristeza. Estaba aún vendando a los heridos, y no me miró hasta que le puse la mano en el hombro. Mientras anudaba la gasa y despedía al hombre herido, se le escapó un sollozo. La rodeé con los brazos y la abracé con fuerza. La chica enterró su rostro en mi hombro.

—No es justo —susurró—. La gente necesita al doctor más que nunca y él no...

—Te tienen a ti —le dije.

—Yo no soy tan buena. Hay demasiadas cosas que todavía no he aprendido.

—Seguro que tienen algún médico en Soldier's Pond. Cuando llegemos, búscalo y dile que quieres seguir estudiando.

Eso sofocó sus lágrimas.

—¿Estaremos allí tanto tiempo?

—No estoy segura —le dije con sinceridad—, pero cualquier cosa que aprendas nos vendrá bien en el futuro y te ayudará a sentirte mejor.

Tegan me devolvió el abrazo.

—Gracias.

No pronuncié las cosas que burbujeaban en el fondo de mi mente: que podría llorar más tarde, o que el médico y la señora Tuttle habían sido buenas personas, merecedoras de sus lágrimas. No había tiempo para mostrar debilidad. Me acerqué a

Morgan.

—Si tus hombres están preparados, podemos partir ya. Me han dicho que estamos a poca distancia de una batalla que no podemos ganar.

No me preguntó los detalles, y eso me dijo mucho de él. El hedor de los edificios en llamas entremezclado con el inconfundible olor de la carne quemada era motivación suficiente. Dio órdenes a sus hombres en voz baja y estos comenzaron a rodear a los heridos. A algunos de ellos habría que transportarlos, lo que significaba que el viaje nos llevaría tres o cuatro días en lugar de los dos que habíamos conseguido marchando sin tregua. Cuando pensé en todo lo que podía salir mal antes de que consiguiéramos llevar a los supervivientes hasta Soldier's Pond, se me formó un nudo en el estómago.

Fade se acercó a mi mientras los hombres de Morgan cortaban ramas para hacer camillas para los heridos.

A pesar de la funesta situación, parecía relajado. A diferencia de la mayoría, él se crecía en momentos como aquel. Probablemente este rasgo fue lo que le permitió sobrevivir solo en los túneles. En los momentos en los que otros se derrumbaban, él se fortalecía y aumentaba su determinación, y cuando más luchaba, cuantas más batallas vencía, más fuerte se hacía su confianza. No sabía si la victoria de aquella noche mejoraría su estado emocional, pero esperaba que fuera así. Tegan me había dejado claro que yo no podía hacer nada para ayudarlo. El cambio tenía que venir del interior de la cabeza del propio Fade.

Me dolía el cuerpo. Para esconder mi debilidad, le pregunté:

—¿Crees que tenemos posibilidades?

—No —admitió—. Pero tendremos menos si no lo intentamos. Aquello también resumía mi opinión.

—No podremos dormir hasta dentro de un tiempo. Espero que estés preparado.

Fade señaló los rostros manchados de hollín y los niños mudos por el terror ante el cambio drástico que había sufrido su pacífico mundo.

—¿Cómo puedes prepararte para algo así? Ojalá no hubiéramos tenido que enfrentarnos a una evacuación desesperada, pero me alegro de sentirme útil de nuevo.

Entre los supervivientes vi a Zachary Bigwater, aunque no estaban sus padres ni su hermana, Justine. El chico parecía mayor que hacía tan solo dos días, cuando me suplicó que lo dejara venir con nosotros porque estaba enamorado de Tegan. En un suspiro, todo había cambiado. Llevaba la desesperación como una soga al cuello que encorbaba sus hombros y mantenía gacha su cabeza. Por alguna razón, no podía mirar a los demás. Tegan intentó hablar con él, pero el chico le dio la espalda sin decir una palabra.

—Lleva una enorme carga —dije en voz baja.

—Perderlo todo no es fácil.

Fade lo sabía mejor que nadie. En el pasado había tenido un padre y una madre que lo habían querido. Ella fue la primera en ponerse enferma, y después lo hizo su padre. Al final se quedó solo. Un chico menos avisado habría caído en manos de las bandas y habría permitido que le arrebataran todo lo que sus padres le habían enseñado, pero Fade huyó hacia los peligros y la oscuridad de los túneles, decidido a aferrarse a la persona que le habían enseñado a ser. Ni siquiera los ancianos del enclave habían conseguido penetrar en el interior del núcleo de lo que lo hacía especial. Lo admiraba por eso.

Lo amaba por todo.

Examiné a los refugiados y negué con la cabeza, perpleja. Era absurdo imaginar que pudiéramos conducir a un grupo tan grande hasta Soldier's Pond sin que detectaran nuestra huida, pero no podíamos pensar en el fracaso. Teníamos que conseguir ponerlos a salvo de algún modo; si no, Salvación se habría perdido por completo. Me recordaría lo que había ocurrido en las ruinas. Todos los habitantes de Gotham habían desaparecido. No quería que le pasara eso a la gente que había tenido la amabilidad de acogernos.

—Si nosotros no tendrían ninguna posibilidad —susurré.

—Tendremos que evitar a los grupos de exploradores enemigos —dijo Stalker, uniéndose a Fade y a mí.

—¿Tienes alguna idea al respecto? —le pregunté. Se encogió de hombros.

—Quizá.

—Escuchémosla.

—Podríamos dividirnos en grupos más pequeños para intentar alejarlos de los refugiados.

Negué con la cabeza.

—En ese caso, si la estrategia fallara los habríamos dejado indefensos.

—Si nos enfrentamos a los Freaks directamente perderemos —dijo Stalker con rotundidad.

—Si eso es lo que piensas, ¿qué estás haciendo aquí? —le espetó Fade—. ¿No deberías estar poniendo tu propio pellejo a salvo? Creo recordar que eso se te da muy bien.

Ante la velada referencia al modo en el que había abandonado a sus cachorros en las ruinas ante la primera señal de peligro, uniéndose a nosotros porque sabíamos cómo luchar contra los Freaks, Stalker entornó los ojos y dio un paso hacia delante. Aunque no quería que discutiera, me alegré de ver a Fade enfadándose por algo, aunque solo fuera por la estrategia a seguir.

Aun así, me interpose entre ambos y negué con la cabeza.

—Deberíamos hablar con Morgan. Se supone que lleva más tiempo luchando contra los Freaks. —En cualquier caso, era mayor que nosotros, aunque eso no siempre significaba que tuviera más experiencia—. Vamos.

Los chicos me flanquearon y nos acercamos al guardia.

—¿Tienes alguna idea sobre cómo mantener a esta gente con vida?

—Rezar a todos los santos.

Yo no sabía qué significaba eso ni qué eran los santos, pero aquel no parecía el momento de preguntar.

—¿Hablas en serio?

—Mitad y mitad —dijo Morgan—. Pero este modo no es el más práctico. Un grupo tan grande como el nuestro atraerá atención, sin duda. Propongo que enviemos exploradores de avanzada para asegurarnos de que el camino está limpio y que hagamos que los centinelas se muevan por el perímetro en todo momento. También

necesitamos que un grupo vigile la retaguardia. Este grupo es el que tiene más probabilidades de enfrentarse a un combate.

—Yo lucharé —dije.

Fade se ofreció casi con la misma rapidez que yo.

—Yo también.

Stalker no reaccionó ante aquel resurgimiento de nuestra antigua dinámica; al menos seguíamos siendo un equipo de combate.

—Si soy bienvenido, me presento voluntario como explorador de avanzada.

Morgan me miró, seguramente esperando una confirmación de que aquella era una buena idea.

—Es el mejor de Salvación —dije.

—Entonces, bienvenido. Ve a ver a Calhoum para que te diga qué tienes que hacer.

Stalker se acercó al tipo que Morgan le había señalado sin mirarme. Estaba claro que estaba molesto porque no había dejado que pegara a Fade.

—Os daré a mis mejores hombres —añadió el guardia, mirándome.

—¿Tú marcharas con el grupo principal? —le pregunté. Morgan asintió.

—No soy el mejor soldado, solo soy el hombre en quien más confía la coronel.

Entendía por qué. Era un hombre firme y daba la impresión de que sabía qué hacer en los momentos críticos, pero eso no significaba que fuera diestro en el combate cuerpo a cuerpo.

—Tegan también se quedará con vosotros. Es lo más parecido que tiene Salvación a un médico, ya que el doctor Tuttle no ha conseguido salir.

—Será bienvenida. Y cuidaré de ella personalmente.

—La pierna le duele a veces —añadió Fade.

Lo miré con el ceño fruncido porque a Tegan no le gustaba que la gente la tratara como si estuviera tullida, pero en una situación como aquella Morgan tenía que saberlo. Su pierna ya debía acusar la carga de haber viajado desde Salvación a Soldier's Pond, y de vuelta una vez más. Debía de estar doliéndole, pero ella estaba más preocupada por quienes la necesitaban que por sus propias limitaciones físicas. Solo quedaba una cosa que hacer, así que zigzagué a través de la multitud reunida para ver a mi familia.

Edmund había adelgazado desde la última vez que lo había visto y tenía los ojos hundidos. Cuando me acerqué rodeó a Mamá Oaks con un brazo y me buscó con el otro. Olía a humo y a cuero, y no pude obviar la razón del primer olor. Rex estaba un poco apartado, y tenía la expresión perpleja y opaca de alguien que aún no puede creer lo que ha perdido. Los abracé, agradeciendo en silencio que mi familia estuviera ilesa cuando tantas otras no lo estaban. Mamá Oaks me besó la mejilla y me acarició el cabello.

—Eran demasiados. No debes culparte. No teníamos la munición ni los hombres suficientes para proteger las murallas.

Debía de haber pasado mucho miedo, pero en aquel momento apenas quedaba un resquicio de ello.

—Y entonces descubrieron cómo usar las antorchas. Edmund asintió y me apretó el hombro.

—Pero yo le dije a todo el mundo que tú volverías con ayuda... y aquí estás.

—No es suficiente —dije en voz baja.

Rex se sobresaltó y me habló en tono incrédulo.

—Es más de lo que la gente creía que conseguirías. Cuando Elder Bigwater dijo que os había enviado en una misión de rescate, la mayoría pensó que no volveríais. No esperábamos que salvaras el pueblo, Deuce.

Aquello era nuevo para mí. Aunque fuera una misión imposible, yo había partido con la intención de conseguirlo. Me dolía haber logrado solo un éxito parcial. Aun así, era mejor salvar cincuenta vidas que ninguna. Los abracé a todos por turnos.

—¿Qué ocurrió dentro? —pregunté. Edmund suspiró.

—Como ella te ha dicho, no teníamos munición suficiente para proteger la muralla. Smith era incapaz de producir lo que necesitábamos y, cuando las balas comenzaron a escasear, los Mutantes empezaron a envalentonarse. Entonces, uno de los monstruos lanzó una rama. Tuvo suerte, y la muralla prendió.

—Y otros le imitaron —supuse.

—Cuando el fuego prende —dijo Mamá Oaks, con voz cansada—, no hay mucho que puedas hacer.

—¿Por qué no inició antes la evacuación Elder Bigwater? La expresión de Rex se endureció.

—Porque estaba demasiado ocupado lidiando con la loca de su esposa.

—Oh, no. ¿Qué hizo?

Mamá Oaks bajo la cabeza.

—No dejaba de vociferar diciendo que la violación del acuerdo con el cielo había provocado nuestra desgracia y que si nos manteníamos fieles a nuestra fe los Mutantes se marcharían. Sus partidarios entorpecieron el trabajo de los guardias y de los bomberos, como si las oraciones pudieran sofocar el incendio.

—Yo soy tan devoto como el que más —dijo Edmund—, pero no creo que nuestro señor opere de ese modo, y no creo que esos monstruos formen parte de un plan divino.

Rex asintió.

—Yo tampoco. Me niego a creer en un dios que haga algo así para poner a prueba a una gente que ha hecho todo lo posible por vivir de acuerdo a las leyes.

Les expuse mi opinión.

—Los Mutantes son como animales salvajes... o al menos lo eran antes. Ahora se parecen más a nosotros. Me gustaría saber de dónde han salido y por qué están cambiando.

—Quizá alguien ahí fuera tenga las respuestas —dijo Edmund.

—Unas que sean más creíbles que nuestras historias —añadió Mamá Oaks.

—Eso espero. —Cambié de tema y les expliqué rápidamente el plan—. Es importante que sigáis las instrucciones y que os mantengáis cerca de Morgan. Me reuniré con vosotros de nuevo en Soldier's Pond.

Vi un millar de protestas en los ojos de mi madre, pero no pronunció ninguna en voz alta. Era valiente de un modo que yo no podía igualar. Siempre que Fade estaba en peligro yo quería estar justo allí, luchando a su lado. No podría soportar ver a alguien a quien quiero avanzando hacia el peligro sin mí. Su fortaleza era muy superior a la mía.

Edmund asintió con lágrimas en los ojos.

—Estaremos bien, no te preocupes por nosotros.

No podía hacer nada al respecto, pero me reconfortó que lo dijera. Quería que me marchara y luchara sin preocuparme por su seguridad. Apreciaba su intención. Recompensé a Edmund con un abrazo súper fuerte y después me envolví en los brazos de Mamá Oaks. Ella me rodeó con fuerza, olía a humo y a sangre, pero también conservaba un tenue aroma a pan. Habían pasado días desde la última vez que lo había hecho, pero su aroma permanecía para recordarme mi hogar.

Cuando me acerqué a Rex dudé, porque no lo conocía bien y nuestra relación había sido más bien tensa. Disipó mi vacilación abrazándome cariñosamente. Noté que estaba temblando. Apenas podía mantener la máscara de valentía que se había puesto tras la muerte de su esposa, así que le di un trabajo para que se distrajera.

—Cuídalos por mí. Te hago personalmente responsable de su bienestar.

—Entendido —dijo Rex con brusquedad.

Pero cuando nos separamos, enderezó los hombros. Sabía que ahora estaba pensando en sus padres en lugar de en Ruth. Tendría tiempo suficiente de llorarla del modo que creyera adecuado, pero no ahora, no con incendios resplandeciendo a lo lejos y los atenuados gruñidos de los Freaks que merodeaban por el bosque buscando supervivientes. Jamás me había enfrentado a tantos peligros.

Pronto nos dividimos en tres: el grupo de exploración, el principal y la retaguardia. Fade, yo y cinco de los mejores hombres de Morgan, de edades muy variadas, componíamos la rezaga. Dennis, delgado y anodino, no era mucho mayor que Fade o yo, pero, por el modo en el que manejaba el rifle y los cuchillos, era obvio que estaba entre los mejores. En contraste, Thornton tenía todo el cabello cano, aunque aún tenía parches negros en la barba. Sus ojos oscuros revelaban sagacidad y conocimiento; sus fuertes hombros y su amplia espalda lo convertían en una enorme amenaza. Me parecía un luchador, un hombre que prefería la fuerza bruta a la delicadeza, y me di cuenta de que era el mismo hombre que había estado ayudando a Morgan en Soldier's Pond.

Suponía que el tercero, Spence, era unos cinco años mayor que yo. Era bajito y menudo y llevaba el cabello pelirrojo rapado. La primera vez que vi ese tono me fascinó, porque en los túneles nadie lo tenía. Ahora lo único que me interesaba era si

Spence sabía luchar, y su aspecto no me daba ninguna pista. Tenía el rostro expresivo y pecoso, desprovisto de violencia, pero Morgan nos había prometido a los mejores y no lo juzgaría hasta verlo en combate.

Morrow era el cuarto. Era delgado y tenía el cabello oscuro, sonrisa fácil y una gaita a la espalda. Hasta que veías el destello de astucia en sus ojos podías confundirlo con un tonto. Subestimar a aquel hombre podía ser un error mortal. Aunque no podía ser más de dos años mayor que Fade, daba la impresión de tener una gran experiencia.

El último miembro se llamaba Tulliber, abreviado Tully. Sus ojos verdes eran perspicaces y estaban encajados profundamente en un rostro de rasgos fuertes. Era casi tan alta como Fade y mayor que todos los demás excepto Thornton, pero su cabello era claro. Lo más intrigante era el arma que llevaba a la espalda. Nunca había visto nada igual. Miré a Fade para saber qué le parecía, pero él no estaba prestando atención a nuestros reclutas, sino mirándome como si fuera el último trozo de pastel de la bandeja y alguien le hubiera dicho que no puede comérselo.

Después de una ráfaga rápida de despedidas, Stalker salió con el grupo de exploradores y Tegan se unió al grupo de supervivientes de Salvación que encabezaba Morgan. Mi familia echó una última mirada en mi dirección y después también se marchó. Aquella era una apuesta aterradora, y no descubriríamos si habíamos tenido éxito hasta que llegáramos a Soldier's Pond.

Morgan me ha puesto al mando —dijo Thornton—. Si alguien tiene algún problema con eso, será mejor que hable ahora para que pueda quitarle las tonterías a hostias.

Nadie habló.

—Bien. Movámonos. Recordar que no estamos de senderismo. Dejaremos un rastro para que lo sigan. Seguramente tendremos que combatir antes de llegar a casa.

Esa palabra provocó una punzada en mi interior. Acababa de empezar a sentirme como si perteneciera a Salvación cuando Carolina Bigwater decidió que yo era una plaga enviada por el cielo, signifique lo que signifique eso, y que el único modo en el que el pueblo podía salvarse era sacrificándome. Por razones obvias yo no estaba de acuerdo con su plan, así que me había marchado a buscar ayuda tal como me había propuesto su esposo. Ahora Salvación ardía a mi espalda y no quedaba de ella nada más que madera calcinada y montones de ceniza. La noche en la que los Freaks robaron el fuego del campamento fue el desencadenante; en aquel mismo momento supe que el robo no traería nada bueno.

—No puedo esperar. —Tully dio una palmadita al enorme cuchillo que llevaba en su muslo. Por la forma de la vaina, era curvado, perfecto para desollar Freaks—. Será mejor que esos Mutantes traigan un ejército, porque después de lo que han hecho aquí estoy bastante cabreada.

—Eran buenos vecinos —asintió Spence.

Tras algunas dudas, decidí que quería conocer a la primera guerrera que me encontraba desde que había llegado a la superficie.

—Nunca antes había visto ese tipo de arma.

El rostro de la mujer, que se había mantenido severo durante las presentaciones, se iluminó por el entusiasmo.

—Es una ballesta. Llevo practicando desde que era más joven que tú.

Hago las saetas yo misma.

—Es una tía increíble —añadió Spence.

Yo también había llegado a esa conclusión, pero, antes de que pudiera preguntar sobre las saetas, que suponía que eran los proyectiles que llevaba en un recipiente a su espalda, Thornton nos interrumpió.

—Ya vale. Movámonos.

Me coloqué en formación junto a Fade y me negué a pensar en el grupo de caza (los cien Freaks de los que Stalker había hablado) porque, aunque mis habilidades matemáticas no eran las mejores, hasta yo podía concluir que las perspectivas no eran buenas. La horda era insuperable, un número tan enorme que yo era incapaz de calcularlo. Si sumabas toda la gente de Salvación con los que vivían en Soldier's

Pond no creía que la igualaran, y menos si contábamos solo a los que podían luchar.

El primer grupo de Freaks nos encontró a cierta distancia de las ruinas de Salvación. Conté más de veinte en la milésima de segundo que tuve para evaluar a nuestro enemigo antes de que comenzara la carnicería. Cuando cargaron desde atrás, Tully giró y sacó el extraño arma de su espalda. Era rápida y lanzó cuatro proyectiles, uno justo detrás del otro. Tres Freaks murieron. Era una buena tiradora, teniendo en cuenta que había poca luz y que los blancos estaban moviéndose. A continuación, la masa de monstruos se lanzó sobre nosotros. Los golpeé con severa determinación, moviendo las dagas como un borrón. Como en el pasado, Fade luchaba a mi espalda de un modo devastador, eliminando Freaks con total eficacia.

El resto combatieron a nuestro alrededor. Tal como había pensado, Thornton era un luchador. Se abrió camino a puñetazos y abatió a tres Freaks antes de que me diera cuenta de que estaba aplastándoles el cráneo con fuerza bruta, lo que acrecentó mi admiración por él. Spence se colocó junto a Tully y disparó incluso a corta distancia, un estilo de combate que nunca había visto antes. Era diestro golpeando la espalda del Freak con la culata y después disparándole en el pecho, y usaba los codos y los pies para apartarlos. En cuanto a Morrow, utilizaba un cuchillo fino y más largo que cualquier otra daga que yo hubiera visto. Era elegante y grácil al luchar, y su rostro era un testamento de concentración. Dennis usaba cuchillos más cortos y protegía el flanco de Morrow; sabía que llevaban tiempo luchando juntos, y eso dejaba claro lo bueno que era Dennis a pesar de su edad. Dos Freaks cargaron contra mí. Fade se llevó al de la izquierda con un despiadado corte en el cuello tan feroz que casi lo despojó de la cabeza. Me agaché y giré para golpear a la criatura en la parte posterior de las rodillas. Cayó y lo rematé atravesándole el corazón con el frío acero. El claro apestaba a sangre. La hierba estaba húmeda por el rocío y, lo que era peor, resbaladizo. Me lancé contra otro mientras Thornton era rodeado, y no me gustó la perspectiva. Por muy fuerte que fuera, necesitaba ayuda.

Tully y Spence parecían estar bien, y también Morrow y Dennis. Apuñale el espinazo de un Freak, que me recompensó con un sobrenatural chillido de dolor. El monstruo giró, intentando golpearme con sus garras manchadas de sangre, pero yo retrocedí y él no pudo continuar. Lo había paralizado con aquel corte, y Thornton lo remató con un fuerte golpe de su bota. Dos Freaks intentaron huir, y eso me desconcertó. ¿Qué pretendían? ¿Sobrevivir u otra cosa, como entregar un mensaje? Tully disparó a uno de ellos por la espalda y la delgada vara del proyectil quedó alojada en su costado. Spence eliminó al otro limpiamente, pero el ruido hizo que me preguntara si volveríamos a ver Freaks pronto.

Estábamos rodeados de muerte: había cadáveres por todas partes. Los cuerpos yacían en parejas y tríos, con huesos sobresaliendo y la sangre coagulada encharcada alrededor de las heridas mortales. No podía olvidar que había visto a aquellas criaturas viviendo su vida, casi como hacen los seres humanos: comiendo y charlando unas con otras. En aquella aldea de Freaks no había barbarie, y los monstruos no se

atacaban unos a otros. Eso hacía más amenazante su hostilidad; ya no mataban indiscriminadamente debido a su insaciable hambre. Esto era un conflicto por el territorio.

Esto es la guerra.

—¿Todo el mundo está de una pieza? —preguntó Thornton.

Evalué la situación de un vistazo. Estábamos todos ligeramente magullados, con arañazos y mordiscos por todas partes, pero nada grave que amenazara nuestras vidas. Dennis se vendó un corte en el brazo con tranquila eficacia. El resto continuaríamos sin curas hasta que llegáramos a Soldier's Pond.

—Eso parece —dijo Morrow.

Thornton nos puso en movimiento con un ademán.

—Entonces, sigamos adelante. No queremos estar aquí cuando otro grupo de caza descubra los cadáveres. Se lo tomarán como algo personal.

Eso me hizo pensar que Thornton sabía que el comportamiento de los Freaks había cambiado. Era posible que la coronel hubiera compartido parte de sus teorías con él. Nuestro líder no parecía dispuesto a contestar preguntas, y eso me hizo añorar a Improbable. Sin embargo, aquel no era el momento de hacer preguntas. Teníamos demasiadas vidas inocentes sobre nuestras espaldas y no podíamos distraernos.

Éramos ruidosos. Como nuestro objetivo era atraer a los hostiles y evitar que cayeran sobre los refugiados heridos, mis golpeaban la tierra como los de una niña enfadada. Morrow sacó su gaita con una sonrisa traviesa. Thornton suspiró, pero le indicó su aprobación con un asentamiento, y una alegre melodía resonó a través del campo. Si la cantarina tonadilla no atraía a más Freaks sobre nosotros, sería porque no había ninguno merodeando por la zona.

Fue una extraña procesión a través del bosque. Al escuchar la música que nos acompañaba cualquiera habría pensado que estábamos de fiesta en lugar de bajo la más funesta de las circunstancias. Mantuve mis armas a mano, atenta a cada crujido de rama y a cada susurro de hierba, pero, si los monstruos nos seguían, seguramente no serían sutiles. Tenían una gran ventaja numérica y no necesitaban ser sigilosos.

A menos que estén siguiéndonos hasta Soldier's Pond.

Fade y yo creíamos que esa era la razón por la que no habían atacado el campamento en un principio; estaban esperando a que los condujéramos hasta un lugar donde hubiera más humanos. Mientras avanzábamos junto al río, el silencio me desquició. Los lejanos árboles se agitaban con la brisa y sus ramas se movían como dedos esqueléticos. Con cada paso que daba esperaba que la horda cayera sobre nosotros, pero lo que sentía no era tanto miedo como anticipación. Allí estaba en mi elemento, protegiendo a los que me necesitaban. En los túneles, nunca había esperado vivir demasiado. Mientras cayera luchando, estaría satisfecha.

Marchamos hasta que se hizo de día; cuando la luz del sol comenzó a brillar, Morrow continuó tocando. Su gaita atrajo pronto a la siguiente oleada de monstruos. La escucharon desde el otro lado del río, que era lo suficientemente poco profundo

para bordearlo, y llegaron corriendo sobre las piedras mojadas con los colmillos expuestos y las garras extendidas. Tully sacó su ballesta y lanzó una saeta que se clavó en el pecho del que estaba más cerca. El torrente no me permitió oír el impacto, pero la criatura cayó y la espuma del agua se tiñó de rosa mientras arrastraba al cuerpo sobre las rocas.

Cuando el resto se acercó, Spence disparó primero con un arma y después con la otra. Abatió a dos, y Tully acabó con su segundo y tercero. Según mis cuentas quedaban diez, un grupo menor al que nos habíamos enfrentado antes. *Hay un grupo de cien persiguiéndonos. O quizá no.* Era posible que se hubieran dividido para cubrir más terreno.

Por favor, que los otros se hayan alejado de Salvación.

Pero no había tiempo para pensamientos así. Los monstruos subieron la orilla y la batalla comenzó. Usé mis dagas para propinar un golpe cruzado que abrió el torso de un Freak. El siguiente disparo de Spence provocó un rocío de sangre, y Morrow luchó junto a Dennis manteniendo a las criaturas lejos de la espalda del joven. Eran luchadores feroces y firmes, dignos de ser cazadores. La determinación de Fade también era feroz, y sus movimientos tan gráciles que parecía que estaba danzando. Giramos intercambiando bloqueos y golpes, tajos y cortes con una elegancia natural que me llegó al corazón.

No todo está perdido. Aún tenemos esto.

De haber sido otra persona habría temido que me rajara por equivocación, pero Fade siempre controlaba mi posición de forma precisa. Yo nunca retrocedí, ni siquiera cuando su daga atravesaba el aire casi rozándome el brazo para clavarse en el Freak que se abalanzaba hacia mí. Fade giró el cuchillo para ampliar la herida y el extraño hedor pendió en el aire, ocultando el limpio rocío del río y el aroma de la hierba aplastada bajo nuestros pies. Los pájaros de los juncos estaban en silencio y no oía a ningún insecto cantando, solo el rugido de mi corazón mientras me defendía con todo mi ser.

Una segunda oleada nos atacó mientras aún luchábamos contra la primera. Con diez había sido sencillo; con veinte se convirtió en un caos. Spence disparaba ferozmente, manteniéndolos lejos de Tully, y la hoja de Morrow se abrió camino a través de una bestia que intentaba llegar a Dennis. Dos más consiguieron burlar a su protector, y elevé mi daga para lanzarla. *Demasiado lento.* Dennis cayó bajo el peso combinado de sus atacantes y, para cuando Morrow y yo acabamos con ellos, Dennis estaba agarrándose el vientre abierto mientras la sangre manaba de su boca.

Los demás rodeamos a nuestro compañero herido en un círculo, protector. Luché junto a Fade y a Morrow, decidida a abatir a los monstruos que nos atacaban. Seguramente sería a causa del cansancio, pero parecían no tener fin. Seguí bloqueando golpes, pero mis movimientos comenzaron a ser torpes y dejé que un Freak me hiciera retroceder un paso. Afortunadamente, los demás estaban furiosos por lo que había pasado con su compañero y lucharon como un ejército.

Thornton le rompió el cuello al último y a continuación le dio una patada para asegurarse. Me acerqué a la orilla jadeando con fuerza para enjuagar mis dagas y mis manos. Ojalá Tegan estuviera allí. Quizá ella podría ayudar a Dennis.

—¿Es muy grave? —le pregunté a Morrow después de arrodillarme a su lado.

—No lo conseguirá. —En su voz había una horrible rotundidad. Thornton se puso de rodillas.

—¿Cómo quieres que sea, hijo?

Durante unos segundos pensé que estaba hablando con Morrow, pero el hombre miró a Dennis, que mantuvo su mirada.

—Que sea rápido, papá.

—De acuerdo —dijo Thornton.

Con un terrible y tierno gesto, cogió a Dennis en sus brazos y lo llevo hasta el río. Allí, sostuvo la cabeza del chico bajo el agua hasta que dejó de forcejear. Cuando Thornton sacó el cuerpo, sus extremidades estaban laxas y tenía la camisa llena de sangre. Me dolió ver la expresión del hombre mientras acunaba al joven, así que aparté la mirada.

—Era su último chico —susurró Tully.

Dennis era su hijo... como Rex de Edmund. Entonces descubrí el enorme sacrificio que había pedido a la gente de Soldier's Pond.

—¿Cómo quieres que sea el funeral? —le preguntó Morrow cuando regresó.

—Reúne tantas piedras como puedas encontrar. No tenemos tiempo de hacerlo mejor.

Trabajamos en un adusto silencio y colocamos un montón de rocas sobre el cuerpo de Dennis. Esperaba que más Freaks cayeran sobre nosotros en cualquier momento, pero no fue así. Thornton inclinó la cabeza y susurró algunas palabras que no entendí. Sentí el corazón oprimido.

Lo último que hizo Thornton fue sacar un hacha de mano de su mochila. Con un feroz y violento movimiento decapitó al Freak que había asesinado a su hijo. El monstruo estaba ya muerto, así que no entendí la razón, pero esperaba que eso hiciera que se sintiera mejor. Al final, Thornton nos ordenó que continuáramos. Con el tiempo me cansé de sus órdenes, pero, como era más listo que los demás y además sentía pena por él, dejé a un lado mi irritación. Sobrevivimos al primer día, a pesar de lo lento que nos movíamos, y matamos a un montón de Freaks. Cuando cayó la noche estaba agotada y hambrienta, pero no me permití olvidar que, cuanto más tiempo nos mantuviéramos vivos, luchando y atrayendo a los monstruos, más posibilidades tendrían el resto de grupos de conseguir llegar a Soldier's Pond. Como aquella gente, incluida mi familia, era lo único que quedaba de Salvación, lucharía por su bienestar hasta que las dagas cayeran de mis manos muertas.

Aun así, no podíamos continuar indefinidamente sin descansar. Al anoecer nos detuvimos junto al río. La luz caía como ciruelas maduras, cargada de púrpura, y le daba a Fade un aspecto magullado. Todos estábamos cansados, parecían haber pasado

meses desde la última vez que me había tumbado en una cama. Teníamos pan, carne y queso de Soldier's Pond. Thornton la repartió con brusquedad y comimos sin la alegría de la gaita de Morrow.

—¿Crees que estarán todos bien? —le pregunté a Fade en voz baja.

No estaba preocupada por Stalker, sabía que podía sobrevivir a cualquier cosa que el mundo le lanzara. Pero Tegan, Mamá Oaks, Edmund y Rex... Sí, no podía evitar temer por ellos.

—Al menos ahora tienen una oportunidad.

Me gustaba que Fade me dijera la verdad, pero sus palabras no me consolaban.

No pude decir más, así que terminemos de comer en silencio. Tiempo atrás me habría pasado un brazo por los hombros para consolarme. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo mucho que añoraba aquellos momentos, pero habían desaparecido como el último rayo de sol bajo el horizonte. Las sombras se alargaron y la brisa se hizo más fresca. Mordisqueé mi pan, deseando poder tocarle el hombro, la mejilla, el cabello. Sin embargo, aquellas caricias ya no eran placenteras para Fade, y los momentos de ternura tendrían que aplazarse hasta que su estado de ánimo cambiara.

Spence y Tully se unieron a nosotros a mitad del almuerzo. El chico llevaba el cabello tan corto que podía ver la piel rosada a causa del casco. No era grande, pero era rápido con las armas, lo suficiente para llevar el ritmo de Tully, y eso hablaba bien de él. La mujer era diez centímetros más alta y también diez años mayor, pero su lenguaje corporal me hizo pensar que estaban juntos.

—Lucháis bien juntos —dijo Tully. Asentí.

—Nos entrenamos en los túneles.

Hasta que no lo dije no me di cuenta de que seguramente no tendrían ni idea de a qué me refería. Estábamos terriblemente lejos de Gotham y era posible que no hubieran oído hablar de los supervivientes de las ruinas.

Spence demostró que mi suposición era cierta.

—¿En los túneles?

Eché una mirada a Fade, que asintió, y les expliqué nuestro origen con tan pocas palabras como fue posible. Cuando terminé, tanto Spence como Tully nos estaban mirando de un modo extraño.

—¿De verdad vivíais bajo tierra? —preguntó la mujer, desconcertada—. Eso no parece muy saludable.

No tenía sentido que les explicara nuestro modo de vida: las charcas de pesca, las setas, el modo en el que las mujeres Criadoras proporcionaban leche y queso para los niños, o las criaturas que cazábamos en los túneles para mantenerlos libres de Freaks. La vida que había conocido en el enclave parecía pertenecer a otra persona.

—No lo era. No vivíamos demasiado —dije en voz baja—. No tanto como la gente que aquí arriba.

—Tully. —Parecía evidente que Spence había notado mi incomodidad con el

tema—. Menos hablar y más comer. Thornton nos no van a dejar holgazanear.

Tenía razón. Justo cuando el último bocado desapareció, nuestro líder comenzó a ladrar.

—De pie soldados. Nos esperan más batallas.

Me incorporé junto a los demás. Tenía el estómago lleno, pero el resto del cuerpo me dolía. *Y yo que pensaba que Seda era dura...*

Nos enfrentamos a una interminable noche de lucha y derramamiento de sangre. Al final, mis dagas tenían una costra de sangre seca y me dolían los dedos. Tenía tres nuevas heridas, además de mis cicatrices, dos de ellas necesitaban los cuidados de Tegan. La luz de Soldier's Pond brillaba en la distancia como una promesa de refugio después del tormento de los últimos días.

Me escocían los ojos, pero retomé el paso sin esperar a que Thornton diera la orden. Por primera vez en mi vida, no tenía ganas de seguir luchando. Necesitaba saber si los refugios habían conseguido llegar a salvo. Los demás se contagiaron de mi urgencia y pronto todos comenzamos a correr sobre la tierra húmeda. Escuché Freaks gruñendo tras nosotros, pero estaban demasiado lejos; no nos alcanzarían antes de que llegáramos al perímetro del pueblo.

Cuando nos acercamos, Thornton gritó la contraseña y los guardias se pusieron manos a la obra para desarmar las trampas. Atisé pinchos y peso bajo la luz de la luna, instrumentos mortales que esperaban la carga de los incautos Freaks. La valla no era tan sólida como la de Salvación: estaba hecha de metal oxidado, pero aún funcional, y podías ver la rampa que conducía al corazón del pueblo a través de la puerta. En el pasado, aquel había sido un tipo de pueblo distinto, limpio y hogareño como Salvación, pero las fortificaciones lo habían despojado de todo su encanto y dejaban claro que la gente que vivía allí estaba preparada para defender su vida luchando. La gente de Soldier's Pond comprendía la situación y la penalización que tendría el fracaso.

—Lo conseguimos —jadeó Fade a mi lado.

Parecía tan cansado como yo. Respirando con dificultad tras aquella última carrera, seguí a los demás hasta el interior del pueblo y a continuación los guardias volvieron a asegurar la entrada. Todos tenían rifles y otras armas, algunas desconocidas para mí. Nuestro líder preguntó por los demás antes de que yo pudiera hacerlo.

—¿Condición del resto de grupos?

—Los exploradores llegaron hace horas —dijo el hombre que estaba de servicio.

—¿Y los refugiados?

—Aparecieron hace una hora. Algunos de ellos están en muy mal estado. La coronel ha levantado un hospital de campaña en el viejo granero que hay en el límite del pueblo.

—¿Dónde está? —interrumpí.

No me importaba parecer maleducada; necesitaba ver a Tegan y a mi familia. Aunque Thornton me miró con dureza, me indicó el camino. Salí corriendo. Había cubierto una buena distancia cuando me di cuenta de que Fade me estaba siguiendo,

pero no me detuve para preguntarle. Me conformé con el hecho de que no quisiera que corriera sola. *Cuenta conmigo. No solo cuando sea fácil. Todo el tiempo.* Al menos, aquellas palabras aún eran ciertas. Reconstruiríamos todo lo demás con tiempo y paciencia.

La casa de Soldier's Pond, apéndices de los extraños edificios homogéneos del centro del pueblo, estaban construidas con vigas uniformemente serradas y cubiertas con una capa de cal descolorida y desconchada. El granero era un amplio edificio de piedra. Desde fuera parecía abandonado, pero al acercarme descubrí las luces que brillaban en las ventanas. Llamé a la puerta dos veces, ya que no quería alarmar los ocupantes. Mamá Oaks abrió inmediatamente y supe por su expresión que había estado esperándome.

—Lo has conseguido —jadeó, y después me abrazó tan fuerte que apenas pude seguir respirando.

—¿Y Edmund y Rex? —pregunté.

—Estamos aquí —me contestó mi padre.

Me alegré de ver su arrugado y sucio rostro, así que lo abracé.

Estaba a punto de llorar, y no pude evitar disculparme.

—Siento no haber podido salvar a todo el mundo. Lo intenté, pero no había suficientes soldados y el viaje fue muy largo...

—Shh —susurró contra mi cabello mientras me acariciaba la espalda.

Mamá Oaks me abrazó desde el otro lado y su calor combinado superó el de las lágrimas de mis mejillas. Rex quedó atrás; parecía devastado por el dolor. Su expresión de desconcierto se había desvanecido y su lugar ya solo lo ocupaba el dolor.

—¿Qué va ser de nosotros? —me preguntó Mamá Oaks. Negué con la cabeza.

—No sé cómo funciona Soldier's Pond, ni quién está al mando. Sé que, respecto a la defensa del pueblo, Morgan es el segundo de la coronel. En cuanto a lo demás...

—No estuvimos aquí el tiempo suficiente para descubrirlo —añadió Fade.

—Debéis de estar agotados.

Mamá Oaks llevaba puesta su expresión de «Quiero cocinar para vosotros y mimaros un poco», pero dependía de otros para obtener comida y cobijo. Hizo una mueca que dejaba claro que aquello no le gustaba. Yo me sentía aliviada por verla a salvo, pero sabía que para ella no sería fácil pasar de su pulcro hogar con las alacenas llenas de comida a aquello. Según mi experiencia en los túneles, los refugiados tenían pocos derechos y algunos enclaves, como aquel en el que yo misma había nacido, podrían negarse a aceptarlos aduciendo sus limitados recursos. Las cosas podían ser distintas allí, en Soldier's Pond, y tenía la sensación de que nadie de Salvación se relajaría hasta que supiera a ciencia cierta que era bienvenido.

Para no mentir asentí.

—Ha sido un viaje duro.

—Pero necesario —dijo Rex—. De no haber sido por vuestro esfuerzo no

estaríamos aquí.

Las alabanzas me hacían sentirme incómoda, y la gratitud más aún.

Respondí a sus palabras con un asentamiento brusco.

—Iré a ayudar a Tegan.

—Deberías descansar —protestó Edmund, pero lo ignoré.

—Yo también echaré una mano —dijo Fade.

La sala era un laberinto de formas tendidas con apenas espacio entre ellas. Aquel espacio abarrotado me recordó al enclave, pero, en lugar de las paredes improvisadas construidas con trozos de metal y cortinas desgastadas, allí no había privacidad en absoluto. Vi todas las expresiones posibles en el rostro de los heridos, todas las caras del dolor. Parecía injusto ocultarlo, después de todo lo que habían sufrido y perdido. Las lágrimas se derramaban por el rostro de una mujer que estaba demasiado débil o triste para secárselas. Un extraño lo hizo por ella justo antes de atender la quemadura de su pierna derecha.

Saqué fuerza de aquella amabilidad. Trabajaría junto a mi amiga mientras siguiera teniendo dos manos. Tegan tenía que estar dolorida, tan cansada como yo, pero seguía aún de rodillas junto a un paciente, haciendo todo lo que podía para reconfortarlo. Cuando me acerqué reconocí a Harry Carter, el hombre junto al que había luchado en la muralla. Tenía un tajo tremendo en el hombro y otro cruzándole la espalda, así como incontables mordiscos. Sería un milagro que sobreviviera; no sabía cómo había conseguido resistir el viaje desde Salvación.

Tegan leyó mis ojos.

—Lo trajeron en una camilla. Antes del incendio se comportó como un héroe: Salvó a cuatro familias.

Harry abrió los ojos, inyectados en sangre y atormentados.

—Pero no a la mía.

—Lo siento —dije en voz baja.

Cuando Tegan siguió limpiando sus heridas, cerró los ojos. El astringente entró en su carne abierta y tuvo que dolerle, pero no vi ningún cambio en su expresión, quizá porque interiormente se sentía aún peor. Sin palabras, volví a nuestra antigua dinámica: le acercaba el instrumental y limpiaba la sangre sin que Tegan tuviera que pedírmelo. Seguramente existían algunas palabras que podían mejorar la situación, pero a mí no se me ocurría ninguna. Una Criadora quizá habría tenido la dulzura necesaria para consolar la devastadora tristeza que veía en los ojos de Tegan, pero yo carecía de ella. Seguí trabajando sin descanso.

Vaciamos la bolsa de Tegan a medianoche; no teníamos suficiente unguento o antiséptico para continuar, así que Tegan pidió provisiones a las mujeres que habían estado ayudándonos. A diferencia de las féminas de Salvación, aquellas iban vestidas con desgastados pantalones verdes y parecían tan duras como Tully y la coronel. Sospechaba que, de no haber sido por las condiciones que habían rodeado nuestra llegada, habría disfrutado en Soldier's Pond. Las mujeres hablaron entre ellas antes

de enviar a un joven mensajero para preguntar a la coronel si podíamos usar sus suministros.

Tully se acercó a vernos, despeinada y con el rostro marcado por el cansancio.

—¿Lo tenéis todo en orden?

No sabía por qué me preguntaba a mí.

—No exactamente, pero por ahora hemos hecho todo lo que podíamos.

—¿Cuál es el problema?

—No tenemos medicamentos suficientes para los heridos. Han enviado a alguien para que pregunte a la coronel...

—Ah.

Parecía que lo entendía.

—¿Es ella quien está al mando?

—Supongo que, visto desde fuera es eso lo que parece. Es una especie de dictadora bondadosa, pero tan lista como el demonio y escucha a sus consejeros. Ojalá ellos prestaran tanta atención a sus advertencias. Si lo hubieran hecho, habríamos estado preparados.

Solo una parte de sus palabras tenía sentido para mí.

—¿Preparados?

—Llevaba un tiempo diciéndoles que los Mutantes estaban preparándose para un ataque importante... que no son las mismas criaturas tontas con las que hemos pasado años luchando. La última vez que salí con ella llegué a la misma conclusión. Fijan perímetros. Tienen patrullas. Y usan exploradores. —Hizo una pausa, y sus rasgos portaban una preocupación que me inquietó—. En Salvación hemos visto que ya dominan el fuego. ¿Qué será lo siguiente, herramientas? ¿Armas?

—No sobreviviríamos a eso —dije, lúgubrementemente.

—Soy consciente, créeme. Pero no sé qué hacer al respecto. Todos los asentamientos terminarán como Salvación. Y me tomo su pérdida como algo personal porque, el pasado invierno, cuando enfermamos, Improbable apareció en mitad de la ola de frío para traernos medicinas. Una mujer de tu pueblo hizo cremas de hierbas y, sin ellas, sospecho que todos habríamos muerto.

—Me pregunto si sobrevivió al fuego.

—Si no lo hizo, la próxima vez que la fiebre sangrante nos ataque estaremos acabados. ¿Tenía algún aprendiz, alguien que conozca sus recetas?

—Yo no llevaba mucho tiempo en Salvación —le contesté con pesar.

—Es cierto. Tú vienes de las tribus subterráneas.

Aún parecía un poco escéptica, como si yo proviniera de una tierra mítica y misteriosa.

Y quizá era cierto, ya que no podía comprender el modo en el que me había criado, como la niña de luna, fuera del alcance del sol. Todavía me afectaba más que a la gente normal y los ojos me escocían tanto que tenía que ponerme las gafas mientras otras personas podían mirar directamente a aquella brillante bola naranja

como si fuera lo mejor que hubieran visto en todo el día. En mi interior lo temía tanto como al fuego: te calienta el cuerpo y te ayuda a cocinar, pero puede ser mortífero.

En aquel momento vi a Fade, que estaba tambaleándose. Lo habían puesto a traer agua y a tirar los cubos sucios en los que se enjuagaban los trapos manchados de sangre; trabajo sucio, en resumen. Después de una marcha tan dura como la que habíamos experimentado, debía de estar sintiéndose fatal. *Si me dejara abrazarlo o acariciar su cabeza, frotar sus hombros...* Sabía que no podía alejar todo lo malo con un beso, pero me dolía no poder demostrarle cuánto me importaba. Había descubierto hacía poco el poder de una caricia, pero ahora aquella libertad había desaparecido entre nosotros.

Tully siguió mi mirada hasta Fade y arqueó una ceja con curiosidad.

—¿Es tuyo?

En el pasado habría dudado, pero ya no. Asentí.

—Pareces muy joven para estar casada.

Aquello no era lo que Fade y yo éramos. Mamá Oaks y Edmund habían intercambiado promesas frente a todo el pueblo. Fade había prometido que sus intenciones eran honradas, por lo que yo creía que su intención era pronunciar sus promesas algún día, pero aún no habíamos llegado a ese punto. Sin embargo, era bonito imaginar que las cosas podían acabar bien, más de lo que me había prometido creer hasta entonces. Normalmente imaginaba un fin violento para mi vida, rodeada de Freaks. Hasta ahora, siempre había aceptado la obligación de hacer ese sacrificio por el bien de la comunidad.

Aquellas reglas ya no estaban vigentes. Ahora, tenía permitido desear cosas. Más aún: tenía permiso para luchar por conseguirlas.

Me di cuenta con retraso de que Tully estaba esperando una respuesta.

—Estamos prometidos.

—Ah —dijo Tully—. Bueno, deberías ir a ocuparte de él antes de que lo haga otra. He visto a la joven Maureen mirándolo de arriba abajo como si fuera un caramelo que quiere probar.

—Eso ya lo veremos.

Apreté la mandíbula y caminé con cuidado entre los camastros del suelo.

—Estoy bien —estaba diciendo Fade con firmeza—. No necesito atención médica.

—Pero tu brazo... —comenzó la chica, extendiendo la mano hacia él.

Cuando Fade se apartó antes de que lo rozara, me sentí ligeramente aliviada. Estuvo fuera de lugar, sin duda, pero su reacción demostraba que no estaba fingiendo conmigo. Su problema era algo que no podía superar solo con desearlo. Lo que los Freaks le habían hecho le había dejado secuelas que tardarían tiempo en sanar. No me alegraba de que le hubieran hecho daño a Fade, solo de que no estuviera mintiéndome. Él nunca mentía.

—Yo me ocuparé de él —le dije a la chica.

Tenía más o menos mi edad y el cabello pelirrojo recogido en una cola de caballo alta. Sus ojos eran castaño oscuro, un contraste interesante. A los chicos les parecía guapa, seguramente, aunque su expresión frustrada enturbiaba la imagen general. Si no recordaba mal, Tully la había llamado Maureen. Nos miró a ambos y al parecer no le gustó lo que vio. Se marchó con los hombros encorvados.

—Gracias —dijo Fade.

—Tienes que dejarme que te ayude.

Esta vez estaba preparada para su rechazo.

—Lo sé.

Estaba a punto de sugerirle que fuéramos a un lugar más íntimo cuando regresó el mensajero cargado de cajas. *Así que la coronel es generosa en época de necesidad.* Aquello era bueno para los refugiados. Fade me siguió cuando cogí lo necesario del montón que la chica había traído, solo lo suficiente para curar su herida. Había otros que necesitaban ayuda y, mientras yo me dirigía al extremo opuesto, Tegan volvió al trabajo.

Me arrodillé, preparé el ungüento y las vendas, y a continuación llamé a Fade, Se sentó a mi lado con expresión severa.

—¿Hay algo que pueda hacer para que esto sea más sencillo para ti?

—Solo que lo hagas rápidamente —me dijo.

— **P**uedo hacer algo mejor —le respondí, porque acababa de tener una idea. Al parecer, su problema era que cualquier contacto le hacía recordar todo lo que los Freaks le habían hecho, y eso provocaba que el dolor, la humillación y la repulsión, volvieran a él.

—¿A qué te refieres?

—Piensa en lo mejor que hayas sentido nunca, en el momento en el que fuiste más feliz. Concéntrate en eso.

Fade me miró fijamente con el ceño fruncido.

—No es tan fácil.

—Inténtalo. No creo que empeore las cosas mientras te vendo.

—Cierto. —Cerró los ojos e inhaló profundamente—. Hazlo.

Por primera vez no se estremeció cuando lo rocé, pero aun así limpié la herida, extendí el ungüento y lo vendé rápidamente. Cuando aparté las manos, exhaló. Me miró con algo nuevo presente en sus ojos oscuros: esperanza.

—¿Ha sido mejor? —le pregunté mientras me sentaba a su lado.

—Es increíble, pero sí. Quiero decir, no es que me haya gustado, pero he podido soportarlo. Los recuerdos estaban ahí, pero los aparté con ese momento feliz, como tú me dijiste.

—¿Qué has...? —Me interrumpí, temiendo la respuesta. Pero Fade sabía lo que iba a preguntarle.

—La noche del festival de la flor del cerezo. Cuando te abracé y te besé, y después me dijiste que me querías... ese es el momento en el que he sido más feliz.

Mi corazón se comprimió.

—Que te quiero, no hables en pasado. Nada ha cambiado.

—Yo lo he hecho.

—Para mí no. Siento que te hayan hecho daño, pero lo que siento por ti no cambiará, aunque nunca vuelva a tocarte.

—No creo que llegemos a ese punto —me dijo con repentina determinación—. No voy a dejar que los Freaks puedan conmigo.

Me alegré de escucharlo decir eso. El Fade al que yo conocía no aceptaría una derrota; él siempre había luchado, y ganado, a pesar de tenerlo todo en contra. Yo no podía juzgarlo, ya que no había sufrido el mismo dolor que él. Lo único que podía hacer era apoyarlo y ofrecerle mi hombro, lo aceptará o no.

—Me alegro.

—Me llevará tiempo —me advirtió—. No puedo hacer que esto desaparezca solo con desearlo. Créeme: si pudiera, lo haría.

—Lo sé. Y ya hemos pasado por esto antes, cuando teníamos prohibido tocarnos

y solo podíamos pensar en hacerlo.

En el enclave no me había atrevido a acariciarle el cabello, pero había pasado mucho tiempo observándolo y preguntándome cómo sería.

—Pensar en ello me mataría —murmuró.

Tardé un par de segundos en entender a qué se refería, y entonces el calor reptó hasta mis mejillas. Al parecer, él también lo echaba de menos.

—Bueno, quizá eso sea algo bueno.

—Cuando me atraparon estaba soñando contigo. —Era bueno que hablara de ello, aunque había dicho que solo contaría esa historia una vez—. Era un sueño cálido y dulce y me desperté pensando que habías venido a verme. Como Frank estaba allí, me daba miedo hacer ruido porque no quería que nos metiéramos en problemas. Me equivoqué, y entonces todo se convirtió en dolor.

—Debería haber oído algo —dije, apretando el puño.

—No te culpes. Tú no estabas de guardia.

—Pero sabía que había un problema con los centinelas, y podría haber hecho algo al respecto. Sin embargo, creo que tienes razón... Ninguno de nosotros puede cambiar lo que ocurrió. Lo único que podemos hacer es continuar adelante.

—¿Sabes lo que más me molesta? No olí al que me atrapó. Le he dado muchas vueltas, y debería haber olido al Freak. ¿Por qué no pude?

—Todos deberíamos haberlo notado —dije, frunciendo el ceño—. Pero tampoco oímos nada la noche en la que uno de ellos se infiltró en nuestro campamento para robarnos el fuego.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Fade.

Aquella noche estaba demasiado cansada para especular.

—Nada bueno.

No me molesté en preguntar dónde íbamos a dormir, ya que para obtener una respuesta tendríamos que esperar más de lo que podía mantenerme despierta. Mi cuerpo me exigía que me tumbara inmediatamente. Si no lo escuchaba me desmayaría, y aunque ya no era Cazadora, no quería que me vieran como alguien débil. Encontré una esquina tranquila cerca del muro posterior, lejos de los heridos que se agrupaban en el centro. Fade y yo estaríamos bien en el suelo, con un techo sobre nuestras cabezas; habíamos dormido en lugares peores.

—Descansa —le dije en voz baja, y Fade me contestó con la primera sonrisa de verdad que había visto en días.

Dormimos a poca distancia, apenas al alcance de un brazo, y me envolví en las mantas mientras lo miraba. Sus rasgos me tranquilizaron. Durante el tiempo que había pasado en el campamento había desarrollado la habilidad marcial de apagar mi cerebro y dormir cuando podía, pero era un sueño ligero. Me desperté con un roce y casi me incorporé de un salto esperando ver a alguien que necesitaba mi ayuda. En lugar de eso, encontré a Fade a mi lado, aún envuelto en sus mantas. Cerré los ojos con fuerza durante algunos segundos, sorprendida por mis ganas de llorar ante la

agradable presión de su brazo sobre mi cintura. Que se hubiera acercado de aquel modo lo significaba todo para mí. Despierta, su mente tiene problemas, pero cuando soñaba era tal como me había dicho: soñaba conmigo. No pude evitarlo. Le acaricié el cabello suavemente, recorriendo con mis dedos sus mechones enredados, y emití un suspiro de satisfacción. Aquello no era suficiente para despertarlo.

Me dormí feliz, más de lo que lo había estado desde que lo atraparon. Medio dormida, pensé que la última vez que me había sentido tan bien fue la noche del festival; aquel también era mi momento dorado. La luz que caía en ángulo sobre mis ojos me despertó por la mañana. Fade estaba aún abrazado a mí, dormido, y aunque lo necesitaba por varias razones, no me moví. Temía despertarlo y ver el conflicto en sus ojos.

Fade se movió y me pregunté, sorprendida, qué estaría soñando. O quizá no era necesario que estuviera soñando algo. Por lo que yo sabía, los hombres podían despertarse por la mañana preparados para aparearse. Tenía poca información sobre esos asuntos, pero, cuando se movió, me quedé sin aliento. No tenía ni idea de qué hacer, si animarlo o despertarlo antes de que deseara de verdad lo que en aquel momento era imposible por un montón de razones.

—Deuce —susurró, medio dormido.

Aquello me confundió aún más, y con razón.

—Estoy aquí.

Su mano se movió hasta mi cadera para acercarme más a él, y yo no me negué. Por el ángulo en el que entraba la luz, no creía que hubiera nadie más despierto. Eso significaba que debiera continuar con aquello, pero me sentía muy bien estando cerca de Fade. El amor me atravesó en una sofocante oleada; necesité controlarme para no rodearlo con mis brazos tan fuerte como pudiera y suplicarle que no se alejara de nuevo.

Quédate. Quédate conmigo. Justo así.

Pero los deseos eran pensamientos vacíos que dejaban una oscura huella a su paso. No se convertían en realidad a menos que trabajaras para conseguirlos. Si algo había aprendido sobre el mundo, era eso.

Fade me acarició el cuello con el rostro y posó sus cálidos labios sobre mi piel. Mi corazón latía como loco y tuve que hacer un esfuerzo para mantenerme inmóvil y empaparme del cariño que me ofrecía mientras dormía. Me llevé la punta de un dedo a mi temblorosa boca, deseando un beso. *Quizá, si me muevo lentamente y tengo cuidado...* Discutí conmigo misma sobre el mejor modo de manejar aquella situación, y sobre si debía despertarlo o no.

Al final el egoísmo ganó. Enhebré mis dedos en su cabello y me giré hasta que sus labios estuvieron junto a los míos, y nuestros alientos entremezclados. Sus párpados se agitaron, y a continuación me besó. Fue un beso delicado, como si una mariposa se hubiera posado sobre mis labios, como si nunca antes me hubiera rozado. Entonces su sueño cambió y el sabor del beso también lo hizo. Ganó intensidad y

pasión, hambre y ferocidad. Le respondí como en trance, pensando que en su interior era aquello lo que deseaba, y lo que temía enseñarme. Su necesidad me arrastró, convirtiéndose en la mía, hasta el momento en el que despertó... y recordó.

Fade se estremeció. Intenté apartarme de él, pero colocó una mano sobre mi brazo.

—No te muevas.

—Yo no...

—Lo sé. Fui yo quien se acercó a ti, y no al revés.

—¿Te sientes mal? —le pregunté con un susurro ansioso.

—No. Te deseo demasiado para sentir algo más ahora mismo.

Entendí que eso significaba que estaba extremadamente interesado en aparearse, un hecho que yo podía confirmar por lo que notaba a través de las mantas.

—¿Qué puedo hacer?

—Solo... necesito un minuto. Después iré a buscar un poco de agua fría.

La amarga diversión de su tono me hizo sonreír.

Se apartó de mí como me había mostrado antes. Estaba demasiado preocupado intentando minimizar la vergüenza, supongo. A la luz del alba, sus mejillas estaban teñidas de color. Salió sigilosamente del granero, presumiblemente para darse la ducha fría que había mencionado. Yo me quedé entre las mantas durante un par de segundos, dividida entre el desconcierto y el orgullo. Aquello no era algo de lo que una Cazadora debiera vanagloriarse, pero la chica que había en mi interior se alegraba de que me deseara tanto como para buscarme en sueños... y sospechaba que se trataba de algo más que de una necesidad física.

Salí de mi camastro conteniendo una sonrisa u doblé las mantas pulcramente para guardarlas en mi mochila. Me aseguré de que aún tenía la valiosa carpeta de Improbable, que contenía el mapa de los territorios con todas sus notas sobre lo que había aprendido a lo largo de sus años en las rutas comerciales. Una vez comprobado, me acerqué sin hacer ruido a Tegan, que se estaba despertando al otro lado de la habitación. Me arrodille y ella se sentó, apartándose el cabello oscuro de la cara.

—Vamos a buscar algo de desayunar —me dijo.

Asentí. Me recogí el cabello rápidamente en una trenza, como Mamá Oaks me había enseñado. Era femenina, pero también cómoda para pelear. La até con un trozo de cuero y después seguí a Tegan fuera del edificio. Tegan se guió por el olfato hasta un lugar que se parecía a los barracones de Salvación, aunque era más grande.

El interior estaba plagado de soldados, todos vestidos de un mugriento verde. Algunos parecían más despiertos que otros, y todos estaban desayunando. Había una fila para la comida y, después de echar una mirada desconcertada a Tegan, me puse al final. Cogimos platos y cubiertos de un lugar destinado para ello y avanzamos diciéndoles a los hombres que tenían las cucharas lo que queríamos. La mayor parte de la comida tenía un aspecto asqueroso, después de haber sido cocinada en una cantidad tan ingente, y había un par de alimentos que no había visto antes,

especialmente un plato grumoso, blanco y marrón. Parecía relleno, así que lo pedí junto a una gruesa rebanada de pan. También encontré varias manzanas y cogí una.

Eché una mirada a la sala y descubrí que no había mesas libres, así que elegí una al azar en la que había un par de asientos libres. Los hombres que estaban ya comiendo no levantaron la mirada cuando nos sentamos; siguieron comiendo con una concentración que me parecía forzada. Me había acostumbrado a la buena educación de Salvación, suponía, ya que en los túneles devorábamos nuestra comida tan rápido como la recibíamos por temor a que alguien pudiera decidir que, después de todo, no nos merecíamos tantos alimentos.

Tegan levantó una ceja.

—Debe de estar bueno.

—Es horrible —dijo uno—. Pero es comestible, y no es buena idea perder el tiempo en la cantina.

Repetí aquella última palabra con tono de pregunta.

—La cantina es el comedor del cuartel —me aclaró otro hombre. Eso no me ayudó, pero Tegan hizo la conexión.

—¿Esto es una instalación militar?

Le respondió con una mirada de extrañeza, pero el soldado parecía dispuesto a contestar.

—Hace mucho, mucho tiempo, esto era solo un pueblo pequeño. Después de los primeros brotes, el ejército instaló aquí una base para recibir y ayudar a los supervivientes.

—¿Brotos de qué? —le pregunté.

Antes de que el hombre pudiera responderme se oyó una campana. Me tensé; tenía las dagas en mis manos y estaba de pie antes de que alguien más de la mesa respondiera. Tegan parecía preocupada, pero aún tenía la cuchara a medio camino de su boca.

Entonces alguien se rio.

—Eres un manojo de nervios, chica. Eso solo es la señal de que el desayuno ha terminado, y de que los que estamos de servicio tenemos que continuar con el entrenamiento, los turnos de trabajo o las patrullas, según lo que nos hayan asignado.

—Es bueno saberlo —murmuró Tegan, volviendo a su desayuno. Cuando la sala se vació, dije:

—Parece que saben más sobre lo que ocurrió que la gente de Salvación. Allí todo eran historias religiosas.

—Ninguna historia es totalmente objetiva.

Pensé en ello mientras comí un poco de aquella cosa grumosa marrón y blanca. No estaba mal, pero parecía necesitar algo más, así que unté un poco de un trozo de pan y le di un bocado experimental. Mejor.

—¿A qué te refieres?

—Ha pasado mucho tiempo, pero, antes de que la gente se pusiera enferma, mi

madre solía darme clases. Había libros por todas partes, y ella me leía y me explicaba todo lo mejor que podía.

—¿Y ella decía que la historia es subjetiva?

Yo no estaba totalmente segura de entender lo que significaba eso. En el colegio había aprendido que la historia era el estudio de los sucesos del pasado, pero no comprendía a dónde quería ir a parar Tegan. Seguramente, las cosas eran verdad, o no lo eran.

—No a propósito, pero la gente ve las cosas de un modo diferente. Así que yo podría ver una flor azul creciendo debajo de un manzano y escribir sobre la flor azul, mientras que tú verías solo las manzanas. Tu relato contendría información sobre la fruta sin mencionar la flor en ningún momento.

—Porque la comida me importa más —dije, comprendiéndolo de repente—. Así que no es que la gente de Salvación esté intentando mentir. Se fijan la parte de la historia que les preocupa.

—Exactamente. Como son gente devota, interpretan los hechos horribles que ocurrieron en el mundo como un castigo de Dios por sus pecados.

Ya lo comprendía. Me comí el desayuno en silencio, pensativa, considerando todo lo que podríamos aprender en Soldier's Pond.

Pero primero teníamos heridos a los que atender.

Ayudé a Tegan durante el resto del día.

No solo había que cambiar los vendajes; también había que curar los cortes, las quemaduras y los huesos rotos. Y cuando termináramos de tratarlos a todos, también tendríamos que alimentarlos. Nunca me habría imaginado de enfermera, pero, como Tegan me necesitaba, estaba dispuesta a hacerlo. No sabía tanto como ella, pero seguía las instrucciones bastante bien.

—No, sostén eso con tu mano izquierda —me dijo rápidamente—. No te muevas.

Tegan era muy buena con los heridos, paciente y amable. Yo tenía menos aptitudes, pero, como era solo su ayudante, mi habilidad no importaba tanto.

Cuando cayó la noche estaba tan cansada como lo estuve después de la batalla junto a las puertas de Salvación.

—¿Cuántos crees que vivirán? —le pregunté a Tegan.

La habitación empezaba a apestar a heridas infectadas, un hedor enmascarado ligeramente por el olor del antiséptico y del ungüento curativo. En algunos casos, la aptitud y el deseo de ayudar a Tegan no serían suficientes. Me daban pena aquellas pobres almas porque sabía que una muerte lenta era la peor de las muertes.

—La mitad, espero.

Eran incluso menos de lo que yo pensaba.

—Debe de ser duro.

—Ojalá mi padre estuviera aquí —susurró—. Seguramente él podría salvar a más.

—Estás haciendo todo lo que puedes.

—No es suficiente —me dijo, y se marchó enfadada.

No me lo tomé como algo personal. Tegan quería salvarlos a todos, pero, desgraciadamente con eso no bastaba.

Al salir del granero me topé con Stalker; había hecho buenas migas con los exploradores y salía con ellos regularmente. No parecía haber descansado mucho y tenía los huesos marcados y oscuras ojeras bajo sus ojos. Me saludo y pasó de largo a mi lado. Intenté detenerlo, pero no llegué a tocarlo. Sospechaba, por su expresión tensa, que ya no habría más momentos de tranquilidad entre nosotros, y quizá eso era lo mejor. Darle falsas esperanzas estaría mal, ya que mi corazón pertenecía totalmente a Fade.

—¿Qué? —me preguntó.

—Solo quería saber qué has visto ahí fuera, y cómo fue el viaje desde Salvación.

—Horrible. No sabía si estabas bien, si te vería de nuevo. Y esta vez ni siquiera me llevé un beso de despedida.

—No me refería a eso.

Stalker debía de saber que yo estaba pidiéndole información concreta sobre el

terreno y el número de Freaks.

—Olvídalo —me dijo—. La coronel está esperando mi informe. No era difícil adivinar qué era lo que le pasaba.

—Esa no es la única razón por la que estás huyendo de mí. Stalker me miró fijamente, con los labios tensos.

—Lo he pillado. Lo prefieres a él, destrozado, antes que a mí completo. Me has dejado claro que no tengo ninguna oportunidad contigo. Pero tú tampoco puedes tener todo lo que quieres, Deuce. Yo no puedo ser tu amigo, sintiéndome como me siento. Dame un poco de tiempo y después... —Se encogió de hombros—. Quizá. Pero no te prometo nada. Mientras... déjame en paz.

—Cuídate —le dije en voz baja.

Se marchó sin mirar atrás. *Al menos, su pierna se ha curado.* Parte de mí se alegraba de que aquello hubiera terminado, de que él se hubiera rendido por fin. El resto se sentía mal por haberle hecho daño y por haberle enviado señales equivocadas por ignorancia. Suspiré y entré en la cantina, donde estaban terminando de cenar. Fui de las últimas en ser servida, y entonces vi a Mamá Oaks y al resto de mi familia al otro lado de la sala casi vacía. Zigzagueé entre las mesas y me senté con ellos. Todos tenían mejor aspecto que la noche anterior.

—¿Os habéis enterado de algo nuevo? —les pregunté, refiriéndome a su situación oficial en el pueblo.

Edmund negó con la cabeza.

—El consejo se reunirá esta noche para decidir nuestro destino.

—No nos darán la espalda —dijo Rex, pero no sonó tan seguro como pretendía.

Yo no contesté, ya que en el enclave habríamos hecho exactamente eso. En todos los años que yo había vivido allí solo habían hecho una excepción, con Fade, y fue porque su voluntad de sobrevivir, el modo en el que había vivido, salvaje y solo, sin protección ni ayuda de nadie, los asombró.

Si me había prometido a mí misma que siempre estaría a su lado para luchar por él, era porque quizá había llegado el momento de que alguien lo hiciera.

—No hay duda de que este lugar es extraño —susurró entonces Mamá Oaks—. ¿Te has fijado en que no rezan antes de comer? Y las mujeres van por ahí vestidas como hombres. —Me echó una mirada, como si acabara de darse cuenta de algo—. ¿Así es como te sentiste cuando llegaste a Salvación?

Sonreí.

—Sí. Pero si yo pude adaptarme, vosotros también podréis. No creo que la gente de Soldier's Pond les importe que tengáis vuestras propias costumbres. —Pero eso me hizo preguntarme algo—. ¿Por qué no sabíais más sobre el resto de asentamientos? Creo que ninguno de vosotros había estado aquí antes.

Mi madre pareció sorprenderse ante aquella idea.

—Claro que no. Improbable se ocupaba del contacto con los forasteros. Llevamos siglos limitando nuestra exposición al mundo.

—Se suponía que eso nos mantendría a salvo —susurró Rex. Los hombros de Edmund se desplomaron.

—Sí. Creíamos que, manteniéndonos fieles a la promesa que los colonos originales habían hecho con el cielo y viviendo de un modo sencillo, Dios nos protegería de las calamidades que sufrían los demás.

—Entonces, ¿Improbable evitaba que Salvación... se mancillara?

No estaba segura de que aquella fuera la palabra, pero mis padres asintieron, así que debía de haberme acercado bastante.

—Actuaba de intermediario: se ocupaba de los viajes de aprovisionamiento y, cuando los cazadores y los comerciantes llegaban al pueblo, él negociaba con ellos fuera de las murallas —añadió Rex.

Aquello lo recordaba, aunque por entonces no supiera la razón.

—Pero si os preocupaba tanto que algo malo pudiera entrar, ¿por qué dejasteis que nosotros cuatro nos quedáramos?

Antes creía que los ciudadanos de Salvación nos habían acogido por amabilidad; no me había dado cuenta de que estaban tan aislados. Sentía curiosidad.

Mamá Oaks me respondió con una cita del libro que Caroline Bigwater solía usar para sus reprimendas.

—«Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él».

—Nos aceptasteis porque éramos jóvenes —supuse—. Creísteis que podríais enseñarnos vuestras costumbres.

Edmund me sonrió.

—Eso no es la razón por la que nosotros te acogimos, Deuce, solo es la política oficial del pueblo respecto a los extraños. —Entonces, su rostro se entristeció—. O al menos lo era.

—No pienses en ello —susurró mi madre.

Edmund tomó aliento y frotó el hombro de Mamá Oaks.

—Si nos aceptan, comenzaremos una nueva vida aquí. Seguramente los soldados también necesiten buenos zapatos.

Miré las desgastadas botas de mala calidad que llevaban la mayoría de los hombres.

—Yo diría que les vienes estupendamente.

—Me gustaría aprender el negocio familiar —dijo Rex con vacilación—. Pero, si no queréis que vuelva, lo comprenderé. Soy muy mayor para empezar desde el principio, y he olvidado lo poco que conseguiste meterme en la cabeza antes de...

Edmund sonrió.

—Me alegro de contar contigo, por supuesto. Pero antes tengo que encontrar un taller aquí.

Mamá Oaks estaba examinando las camisas y los pantalones verdes que llevaba todo el mundo.

—Sus ropas están hechas jirones. Me pregunto si saben tejer o coser.

Yo también podría abrir una tienda.

Me alegraba de verlos haciendo planes e imaginando cómo podrían integrarse. Su esperanza renovó la mía y fortificó mi determinación de encontrar el lugar al que pertenecía. Hasta aquel momento, Soldier's Pond me gustaba más que Salvación... aunque eso no significaba que me alegrara de que el pueblo fuera destruido. Los habitantes de Salvación nos acogieron y nos mantuvieron a salvo lo mejor que pudieron, y siempre les estaría agradecida.

Pero después de terminar de comer, el resto de los hombres salieron. Rex se levantó para unirse a ellos, y Mamá Oaks y Edmund hicieron lo mismo. Yo fui la última en llegar y vi a los soldados corriendo hacia un enorme edificio en el extremo opuesto del pueblo. Supuse que era allí donde iba a celebrarse la reunión, algo más organizado que las sesiones improvisadas que Elder Bigwater convocaba en la plaza. Con una mezcla de curiosidad y temor, entre en el salón con el último grupo de soldados.

En el interior había hileras de bancos parecidos a los de la cantina, pero ninguno de ellos estaba manchado, y no había mesas. La madera brillaba, atestiguando que allí se discutían los asuntos importantes.

Me senté en uno de los bancos junto a un grupo de soldados a los que no reconocí. Repartidos entre la multitud discerní un par de rostros familiares: Spence, Tully y Morrow. Thornton no estaba; supuse que estaría llorando a su difunto hijo.

La coronel estaba en el estrado, hablando con el mismo grupo de personas que habían acordado enviar a sus hombres de Salvación. Esperé junto a los demás para saber cuál era el veredicto. Estaba demasiado lejos para escuchar la conversación, pero sabía que aún estaban hablando. Eso significaba que había esperanzas de obtener un resultado positivo.

Cuando la habitación se llenó, dos hombres cerraron las puertas. En Soldier's Pond se tomaban la puntualidad muy en serio. A continuación, la coronel dio comienzo a la reunión golpeando la mesa con una pequeña maza de madera. Todos guardaron silencio inmediatamente y miraron al frente con expectación mientras los consejeros tomaban asientos. Cuando todos estuvieron preparados, la coronel se inclinó hacia delante.

—Se ha presentado una moción para permitir que esta gente se quede con nosotros como residentes permanentes. —En Salvación la gente ya estaría gritando sus objeciones o su apoyo, pero la habitación permaneció en silencio y la coronel Park continuó—. Doy inicio a esta reunión oficialmente para presentar nuestra decisión. Señor Walls, ¿hará los honores?

El hombre de cabello cano a quien recordaba de su primera reunión de emergencia se incorporó.

—Sí, coronel. —A continuación, se dirigió a la audiencia—. Después de un largo debate, hemos decidido ofrecer una ciudadanía provisional a cualquier familia dispuesta a cumplir los requisitos, que son los siguientes: un miembro de cada casa,

seo hombre o mujer, debe presentarse voluntario para el servicio militar y pasar el entrenamiento básico, tras lo cual asumirá su lugar en las tropas. El resto será libre entonces para asumir funciones de apoyo en el pueblo.

Aunque no estaba segura, parecía que se referían a unirse a la guardia de Salvación. A juzgar por sus entrenamientos, eran rigurosos; se tomaban muy en serio la defensa y la disciplina. Las funciones de apoyo debían de ser las que facilitaban el trabajo de los soldados, como fabricar zapatos, botas y uniformes. Eso significa que, si Rex o yo nos presentábamos voluntarios, los Oaks podrían quedarse allí, a salvo. Bueno, relativamente hablando. Alguien tan listo como la coronel debía de comprender la gravedad de la amenaza a la que nos enfrentábamos. Sus exploradores eran buenos: de otro modo, Stalker no se habría unido a ellos. El chico tenía poca paciencia con los incompetentes.

—¿Alguna pregunta? —demandó la coronel. Silencio—. ¿Objeciones?

Esperaba un aluvión de quejas, pero los hombres y mujeres del salón asintieron, mostrándose conformes con la decisión. En cierto sentido, tenía lógica que permitieran la entrada de sangre nueva, pero en el enclave nunca habrían tomado una decisión favorable. Sin embargo, los recursos no eran tan escasos en la superficie como lo habían sido en los túneles, así que Soldier's Pond podía permitirse ser más generoso en sus condiciones a la vez que se beneficiaba de la entrada de rostros nuevos. Aquello incrementaría el tamaño de su fuerza de defensa.

Tully y Spence susurraron algo, aunque yo no podía saber que opinaban del veredicto. Morrow me miró y se llevó dos dedos a la frente como saludo. Aquel gesto me hizo añorar a Improbable. Cuando la reunión terminó oficialmente, me dirigí al estrado con una decisión tomada.

—Me alisto por parte de la familia Oaks. La coronel frunció el ceño.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis.

Suspiró y negó con la cabeza.

—Aunque admiro tu entusiasmo, no eres lo suficientemente mayor, Deuce. Los voluntarios deben ser mayores de dieciocho años.

Estaba horrorizada.

—He entrenado desde que pude sostener una daga, y, en el lugar del que provengo, somos considerados adultos a partir de los quince años.

¿No puedes hacer una excepción por esta vez?

—Lo siento. Respeto tu valor, pero un adulto de tu familia tendrá que cumplir el requisito. Ven a verme dentro de dos años.

Entonces sería demasiado tarde. Mamá Oaks era fuerte, pero, si Rex moría en servicio, no le quedaría ningún hijo. No creía que pudiera soportarlo, pero, aunque pudiera, no debería tener que hacerlo. Edmund seguramente no pasaría la instrucción; me había fijado en la lentitud con la que se movía por las mañanas, como si le dolieran las articulaciones, y su espalda no estaba demasiado bien después de tantos

años encorvado sobre su banco de trabajo.

—¿Qué pasa con los heridos? —le pregunté—. Algunos de ellos no tienen a ningún familiar que haya sobrevivido.

—Si no pueden recuperarse lo suficiente para alistarse, tendrán que irse —dijo la coronel—. No podemos permitirnos mantener a los que no pueden proporcionarnos nada a cambio.

Así que no se diferenciaban tanto del enclave. Tenían los recursos para permitirse una fachada de amabilidad, pero, solo era eso, fachada.

—¿Cuánto tiempo les daréis para sanar antes de echarlos? Aquella pregunta pareció sorprender a la coronel.

—Hemos discutido ese tema, y un mes nos parece justo. Evaluaremos a todo el mundo dentro de treinta días.

Tenía que admitir que era razonable. Si un paciente no estaba de pie y en forma después de tanto tiempo, no era probable que llegara a estarlo. Enviar a los heridos a la tierra salvaje sería una sentencia de muerte, pero eso no era problema de la coronel. Su prioridad era velar por el bienestar de sus ciudadanos, y yo lo entendía.

—¿Qué pasa con los que no están en buena forma física? Si no tienen a nadie que pueda luchar por ellos, ¿cuánto tiempo les daréis antes de pedirles que se vayan?

—No hay ninguna ley que limite la estancia de los comerciantes o visitantes —dijo la coronel—. Pero no tendrán derechos de ciudadanía.

—¿Eso qué significa?

—Significa que tendrán que encontrar un modo de ganarse el sustento y el cobijo, ya que aquí damos prioridad a los negocios de aquellos que tienen a alguien entre las tropas.

Así que los Oaks podrían quedarse, pero no había garantías de que alguien fuera a comprar en la tienda de Edmund. Suspiré débilmente y me dirigí a la salida. Ya casi habían salido todos del salón y estaban por los alrededores discutiendo la decisión en voz baja. La reacción general parecía de aprobación. Cuando me di cuenta de que mi familia estaba esperando junto a la puerta, me paré en seco.

—Ya te has presentado voluntaria por nosotros —dijo Mamá Oaks, un poco enfadada.

Me dolió reconocer que había fracasado.

—Lo he intentado, pero no me aceptan. Dicen que no soy lo bastante mayor.

Nunca se me habría ocurrido que podría haber alguna edad arbitraria que me capacitara para luchar, ya que llevaba años haciéndolo. La obligación de ir al colegio en Salvación podría haberme dado alguna pista, pero el número mágico allí había sido dieciséis, y yo ya lo había alcanzado. Ojalá hubiera conocido antes la existencia de esa regla; habría mentido para ayudar a mi familia. Me sentí frustrada.

Demasiado tarde para lamentarse.

—No lo eres —asintió Edmund.

—Yo lo haré —dijo Rex antes de que yo pudiera protestar.

Me pregunté si sus padres notaban la desesperación que había en sus ojos. No iba a presentarse voluntario para tener un lugar donde quedarse; la pérdida de Ruth se lo estaba comiendo vivo y hacía que no le importara las consecuencias. No podía permitirlo.

Mamá Oaks negó con la cabeza.

—Rotundamente no. Ya hemos perdido a un hijo.

—Entonces descansaremos un poco y reuniremos provisiones. —Edmund sonrió con alegría y determinación—. Después nos marcharemos. Debe de haber algún asentamiento que no exija el servicio militar. Solo tenemos que encontrar uno que encaje con nosotros.

Teniendo en cuenta la distancia que había entre los pueblos y lo peligrosa que era aquella zona, yo no estaba segura de que fuera tan sencillo. Pero Mamá Oaks se alegró mucho, y supe que las palabras de Edmund habían tenido el efecto deseado. No me atreví a echar arena al fuego de su esperanza.

—Examinaré los mapas. Improbable tenía notas sobre todos los pueblos y asentamientos de la ruta comercial —ofrecí.

Edmund suspiró.

—Ojalá hubiera prestado más atención a sus historias, pero, como a los demás no se nos permitía viajar, me pareció mejor no dejarme llevar por la curiosidad.

Yo ya me había dado cuenta de que tenía una curiosidad secreta por el mundo que no le habían permitido explorar, ya que cuando volví de la patrulla me hizo todo tipo de preguntas. Me preguntaba si Edmund se habría sentido alguna vez agobiado por su vida en Salvación. Suponía que no lo suficiente como para querer que terminara de ese modo.

—No te preocupes —dijo Rex—. Encontraremos algún lugar donde establecernos. Este es un buen pueblo, pero quizá no es el mejor para nosotros.

Me mostré de acuerdo.

—Si no son capaces de entender que puedo luchar, no se merecen mis dagas.

—No te conocen —dijo Mamá Oaks—. Como nosotros, ellos solo comprenden lo que la vida les ha enseñado. Y apuesto a que aquí no hay nadie como tú.

Me lo dijo sonriendo, así que me lo tomé como un cumplido.

Spence dejó de hablar con Tully cuando vio que en mi familia habíamos terminado de discutir nuestras opciones.

—Si venís conmigo, os llevaré hasta vuestros alojamientos provisionales.

—¿Tenéis casas vacías? —preguntó Edmund.

Aquello era interesante, porque Salvación había llegado a un punto en el que la tierra del interior de las murallas escaseaba. Se había hablado de que las familias tendrían que empezar a compartir sus casas en la siguiente generación. Por supuesto, eso ya no pasaría. La tristeza se asentó en mi estómago como una pesada roca; había muerto demasiada gente. Veía muy pocos rostros familiares en Soldier's Pond.

—El invierno pasado hubo una epidemia. Perdimos a más hombres por la enfermedad que por los Mutantes.

—¿Cómo es posible? —se preguntó Mamá Oaks.

Si ella no lo hubiera preguntado, lo habría hecho yo.

—Tenemos reservas de armas y munición. Después de que el ejército tomara este lugar, Soldier's Pond se convirtió en una base militar. No esperaban quedarse mucho tiempo así que ciertas provisiones eran escasas.

—Como los medicamentos —supuse. Spence asintió.

—Eso nos dificultaba las cosas. Tenemos gente de sobra que puede enseñarte a luchar, pero en otros aspectos...

—Entonces deberíais alegraros de tener artesanos entre vosotros, puedan luchar o no —dijo Edmund con una brusquedad que nunca había visto en él.

—¿Eres herrero? —le preguntó Spence. Edmund negó con la cabeza.

—Zapatero. Yo hacía los mejores zapatos y botas de Salvación.

El hombre se examinó los pies, vestidos con un calzado claramente deficiente.

—Hablaré con Thornton. Él es quien está a cargo de los suministros. Veré si puedo conseguir una dispensa especial para vosotros. Las normas siempre tienen excepciones.

Aquello era intrigante: según las normas, debería haber hablado con la coronel. La idea de que Thornton hiciera y deshiciera a su antojo sin tener en cuenta las órdenes de su líder me interesaba y me alarmaba, pero no hablé de aquellos recelos.

Mamá Oaks se alegró.

—Qué amable por su parte, señor. Yo soy modista. ¿Ayudaría eso?

—No tanto, señora. Por aquí, por favor.

—Id vosotros —dije entonces—. Si conozco a Tegan, creo que tendrá planeado atender a los heridos durante toda la noche. Iré a ayudarla y, cuando terminemos, acamparé en el granero como ayer.

—Descansa un poco —me aconsejó Edmund, y Mamá Oaks me dio un beso en la

frente.

Me fijé en el camino que tomaban, por si más tarde tenía que buscarlos, y esperé frente al salón hasta que los vi entrar en una oscura casa. Entonces me dirigí al granero. Recorrí el camino entre los edificios, rocoso y con baches, en la oscuridad. Algunos de los senderos se parecían a los de las ruinas, pruebas de una habilidad para construir que ya no poseíamos. El resto de los caminos eran de tierra, aplastada por el uso repetido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó Tegan cuando entré.

—Echarte una mano.

—¿Por qué?

—Porque eres mi amiga, y porque yo también me preocupo por esta gente.

Tegan asintió con tristeza. Como parte de los voluntarios que habíamos tenido la primera noche no habían vuelto, tardamos casi toda la noche en terminar de aplicar los tratamientos. El guerrero más joven, Morrow, vino a ayudarnos poco después de medianoche. Tegan lo puso a trabajar inmediatamente; le ordenó que diera la vuelta a los hombres que eran demasiado pesados o estaban demasiado heridos para que lo hiciéramos nosotras. Por la mañana, cuatro de nuestros pacientes habían muerto. Tegan lloró después del primero; cuando el tercero dejó de respirar, estaba pálida y tenía los ojos secos, y eso me preocupó.

—No sé dónde están sus familias —dijo Tegan sin emoción—, ni qué tipo de funeral solían hacer en Salvación.

—Eran religiosos —dijo Morrow—. No permitían visitantes, por eso no sé nada más. No estoy seguro, pero que por ahí... y si no, nuestro capellán podría decir unas palabras. —Dudó, y después continuó—. No pueden quedarse con los vivos. Eso aumentaría el riesgo de infección.

—Ya lo sé. Adelante —le espetó Tegan.

Entonces comprendí por primera vez por qué decía siempre la gente que yo era demasiado joven para luchar, mirando a mi amiga, pensé lo mismo. Alguien mayor le había quitado esa carga de los hombros; ella no debería estar sufriendo así. Pero ahora que el doctor Tuttle ya no estaba, Tegan era lo más parecido a un médico que tenía aquella gente, y no los abandonaría. Yo tampoco la dejaría lidiando con aquello sola. Morrow se llevó los cadáveres con cuidado. No los trataba como a desconocidos, y la brusquedad de Tegan se suavizó un poco.

—Gracias —murmuró cuando el chico volvió por última vez. Morrow asintió.

—Necesitamos dormir —dije entonces—. Hemos cambiado todos los vendajes, y no les servirás de nada si te quedas dormida en mitad del tratamiento.

La chica asintió a regañadientes.

Aquella fue la tónica de la semana siguiente. Pocas veces en mi vida había estado tan cansada, ya que dejábamos el granero solo para levantarnos y comer. Cuando nuestros pacientes mejoraron lo suficiente para moverse, atender sus propias necesidades y dirigirse a la cantina en lugar de abrir la boca esperando el puré como

polluelos, me sentí muy satisfecha. Apenas vi a Fade o Stalker. Después de diez días habían sanado la mitad de los heridos, y catorce habían muerto. En aquel momento nos quedaban ocho, entre ellos Harry Carter. Dudaba que lo consiguiera: sus heridas eran graves y, después de la pérdida de su familia, no parecía importarle demasiado su mejoría.

Cuando salí del granero para comer estaba agotada y me dolía todo el cuerpo. Llevaba semanas durmiendo en el suelo, y mucho más tiempo sin sentirme descansada. Tegan tenía que sentirse igual de mal, pero parecía soportar mejor aquel tipo de sufrimiento. Yo podía lidiar con mi propio dolor. Había aprendido a tolerarlo y a despojarme de él para seguir luchando, pero no me habían enseñado a enfrentarme a la angustia de la gente a la que estaba ayudando. Quizá llegaría a ser mejor en ello con el tiempo, pero, como solo quedaban ocho pacientes, no sería demasiado. Entonces el incendio de Salvación solo sería una terrible noche que viviría en el recuerdo de los supervivientes.

Cuando giré hacia la cantina tropecé con Fade. Me agarró de los hombros por reflejo para evitar que me cayera. Esperaba que se apartara de mí, pero estaba tan cansada que no me importaba. Para mi sorpresa, sus manos continuaron en mis hombros, aunque ya había recuperado el equilibrio.

—Pareces cansada —me dijo.

—Está siendo muy duro —admití.

Fade comenzó a caminar conmigo. Yo esperaba que la cantina siguiera abierta, ya que para los refugiados no había ninguna otra opción. En el interior del edificio había aún una pequeña cola y el impaciente cocinero estaba sirviendo sopa; más adelante cogí un poco de pan duro. La comida no era buena, pero había sido mucho peor durante el viaje, y en los túneles. Fade cogió su plato y me siguió hasta una mesa.

—¿Qué has estado haciendo? —le pregunté.

—Ayudando a Edmund.

Supongo que lo habría sabido si hubiera visitado la tienda. Me había llegado la noticia; cuando los pacientes salían a dar un paseo nos traían noticias del pueblo, así que sabía que Spence había cumplido su promesa de conseguir una dispensa para mi familia y que Edmund tenía mucho trabajo curtiendo y fabricando botas. Tenían un poco de cuero, y Edmund sabía obtener más de las pieles que traían los patrulleros. A diferencia de las que tenían antes, las botas de Edmund eran de calidad y muy suaves. En Soldier's Pond había alguien que conocía el trabajo de zapatero, pero su calzado era chapucero y de mala calidad. Sin embargo, temía que pidieran a mi familia que se marchara cuando todos los soldados estuvieran equipados.

—¿Cuánto tiempo crees que nos quedaremos? Fade se encogió de hombros.

—No tengo la sensación de estar en casa, pero en Salvación tampoco la tenía. Estoy acostumbrado a conformarme con lo que hay.

—¿Qué necesitas para sentirte en casa?

—A ti —me dijo en voz baja.

—Entonces, ¿tampoco te sentías en casa en el enclave, antes de conocerme?

—Allí nunca me sentí así, pero tú lo mejoraste todo. —Entonces cambió de tema—. ¿Has visto mucho de Soldier's Pond?

—Sobre todo el hospital de campaña —así era como lo llamaban los soldados—. Y la cantina, por supuesto. Estoy extrañamente familiarizada con el espacio entre ambos edificios.

—Si crees que Tegan puede apañárselas sola un rato, te lo enseñaré.

—Me gustaría... y creo que podré hacerlo. Solo nos quedan ocho pacientes.

—¿Eso es bueno o malo?

—En general es bueno. Pero hemos perdido a muchos pacientes y Tegan lo ha pasado mal.

Fade asintió.

—Cree que el doctor Tuttle lo habría hecho mejor si estuviera aquí, porque ella no terminó con su aprendizaje.

—El doctor seguramente sabría más sobre los tratamientos, pero no creo que se hubiera preocupado más. —Terminé de comer, y después dije—. Deja que vaya a decírselo para que no se preocupe.

—¿Ya ha comido?

—Siempre la envío a ella primero. No se marcha a menos que la obligue.

—Entonces vamos —me dijo.

Como Fade estaba conmigo, corrí la distancia que había hasta el granero a pesar del cansancio. Aquel día olía menos a heridas infectadas y más a antiséptico. El olor de la sangre se había disipado hacía días. Dos de los camastros estaban vacíos, y esperaba que eso significara que habían salido, y no que hubieran muerto. Como Tegan no estaba llorando, no pregunté y decidí asumir la mejor opción.

Cuando me vio entrar con Fade a mi espalda, sonrió.

—Deja que adivine: quieres un rato libre.

—Solo un poco. ¿Estarás bien?

—Por supuesto. Me has proporcionado más ayuda de lo que yo te habría pedido. Vete.

Hizo un movimiento con ambas manos para espantarnos.

Esta vez, le tomé la palabra. Al salir, Fade me detuvo con una mirada. Cuando estuvo seguro de que tenía mi atención, me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Una oleada de calor subió por mi mano hasta mi antebrazo, pero tenía miedo de moverme por temor a estar soñando. Noté las nuevas callosidades que le habían salido en la punta de los dedos trabajando con Edmund. Me acarició el dorso de la mano con el pulgar, y me estremecí de placer.

—¿Estás mejor? —jadeé.

—No del todo, pero he estado haciendo lo que me sugeriste, he estado imaginando momentos felices cuando me siento mal. No me gusta que me toquen inesperadamente... —Por su expresión, aquello le sentaba fatal—. Pero puedo...

puedo arreglármelas cuando soy yo el que da el primer paso, y es incluso más fácil contigo.

—Los recuerdos desaparecerán.

Soné más segura de lo que me sentía, pero parecía lógico pensar eso. Después de todo, yo no podía recordar haber pasado hambre de niña, pero, durante las épocas duras, habíamos comido menos de lo que habríamos querido. El tiempo tenía su propio modo de suavizar las aristas.

—Creo que tienes razón —dijo, sorprendiéndome.

Me condujo hasta la entrada del pueblo; al parecer íbamos a comenzar desde el principio. A la luz del día, Soldier's Pond parecía incluso más estricto. Aunque nadie me lo hubiera dicho, habría adivinado que el responsable de aquel asentamiento era un grupo militar. Desde las fortificaciones hasta las defensas ocultas, Soldier's Pond parecía más preparado para la guerra de lo que lo había estado Salvación, a pesar de no tener murallas de madera. En mi opinión, ahora que los Freaks tenían fuego, eso podría ser una ventaja. En la hierba tras la puerta vi contramedidas defensivas: bultos artificiales en el suelo y fosos ocultos, hilos de espino rodeando instrumentos que no podía identificar.

A lo lejos escuché un cántico, pero no supe de dónde venía hasta que un grupo de hombres, todos vestidos con uniforme verde, pasaron a nuestro lado. La cadencia combinada de sus pasos y el modo en el que su repetían las palabras en perfecta armonía me impresionó. Entendí inmediatamente la importancia de un entrenamiento así. No solo estaban trabajando sus cuerpos: el coro hacía que se acostumbraran al ritmo de los demás, lo que se traduciría en una mejor coordinación en el combate.

Fade siguió mi mirada.

—¿Quieres que corramos con ellos?

—¿Nos dejarán?

—¿Oficialmente? No. Pero no romperán el paso para echarnos.

—Entonces vayamos.

Cuando los soldados se acercaron nos colocamos tras ellos. Recorrimos el pueblo mientras no movíamos a paso ligero, y me fijé en todo; las casas eran funcionales, como mucho, y algunas tenían un aspecto extraño, como si no hubieran sido construidas por humanos. Los cortes eran demasiado perfectos, y yo no tenía ni idea de cómo era posible construir algo con láminas de metal. Había restos oxidados de vieja maquinaria por todas partes, incluso de algunas carretas automáticas que ya no se movían. Todo el pueblo estaba rodeado por vallas de acero coronadas con alambre de espino. Sospechaba que sería difícil escalarlas y que tampoco arderían. Había ocho torres de vigilancia alrededor del perímetro y, al parecer, los hombres de guardia estaban siempre alertas y oteaban el horizonte buscando cualquier indicio de si el problema de Salvación nos había seguido.

No me aprendí las palabras del coro de soldados hasta nuestra tercera vuelta al pueblo, y entonces empecé a cantarlas junto a todos los demás. Me sentí feliz, porque

estaba manteniendo el ritmo de luchadores adultos a pesar de las largas horas que había pasado trabajando en el hospital de campaña. Cuando terminamos estaba sudando, pero me sentía orgullosa. Fade parecía sentirse igual. A continuación, hicimos lo que el líder llamó ejercicios de enfriamiento, que era básicamente estirarse, flexionarse, doblarse, y caminar, pero tenía razón. Al detenerme gradualmente, me sentí mejor.

—¿Estás seguro que no quieres alistarte? ¿le preguntó el líder a Fade—. Tienes un talento natural.

Él negó con la cabeza.

—No, gracias. Deuce aún no es lo suficientemente mayor.

La expresión del hombre se endureció.

—Piénsatelo, chico. Tus treinta días terminarán dentro de un par de semanas. ¿Qué tienes pensado hacer después?

Con retraso, me di cuenta de a qué se refería. Fade debía de tener dieciocho años, más o menos. Suponía que su día de designación no era fiable, ya que los ancianos del enclave habían tenido que suponer su edad, pero teniendo en cuenta su apariencia y su habilidad aquellos soldados estaban dispuestos a fiarse de su palabra.

Tragué saliva.

—Si quieres alistarte y comenzar la instrucción, lo entenderé.

—Estás loca si crees que voy a dejarte sola.

Eso no fue lo que dijiste. Debí expresarlo con la mirada, ya que nunca lo habría dicho en voz alta, porque Fade notó mi dolor y me miró con remordimiento.

—Estaba fuera de mí —me dijo en voz baja—. No te imaginas cuánto siento haberte hecho daño, cuánto me gustaría poder volver atrás y retirar lo que te dije. Me alegro de que no me hicieras caso.

Me asustaba lo feliz que me hacía con un puñado de palabras, pero mi corazón, que era un pájaro tonto, comenzó a cantar.

Antes de regresar al hospital de campaña me di una ducha rápida, ya que allí había instalaciones dispuestas para hombres y mujeres. Pregunté cómo funcionaban y recibí una explicación sobre agua de lluvia, cisternas y gravedad.

Para mí, aquello solo significaba que podía pulsar una palanca y un chorro de agua caía sobre mi cabeza en una estrecha habitación. Era parecido al sistema que habíamos tenido en los túneles, pero el agua en Soldier's Pond estaba más caliente. Al parecer, usaban el sol de algún modo para calentarla.

La ducha me sentó genial, pero no me entretuve. Después me vestí y volví corriendo. Encontré a Tegan con seis pacientes, incluido Harry Carter. Habían retirado los otros dos camastros para lavarlos. Como Tegan estaba sonriendo, supuse que había buenas noticias.

—¿Se han recuperado?

—Lo suficiente como para que hayan decidido marcharse —me dijo.

Recorrió con la mirada mi cabello mojado y la ropa que aún se pegaba a mi piel húmeda, ya que no me había secado adecuadamente.

—¿Te importa que yo también vaya a darme un baño?

Llevaba mucho tiempo necesitando una ducha, pero no quise decirle algo como: *Sal de aquí inmediatamente, Tegan, apestas.*

—Podré arreglármelas —le dije.

Como ya había cuidado antes del triple de pacientes y no tendríamos que hacer ningún tratamiento en un tiempo, sería fácil. Por el momento, me sentía satisfecha: tenía el estómago lleno y los músculos agradablemente relajados después de la carrera con Fade. Esperaba con impaciencia lo que vendría a continuación. Aunque la situación podría volver a empeorar pronto, en aquel momento todo parecía ir bien. O tanto como era posible, teniendo en cuenta lo que había ocurrido en Salvación.

Cuando Tegan se marchó me senté en el centro de la habitación para poder oír si alguien me llamaba. Los pacientes necesitaban agua a veces, o que les rascaran zonas que no podían alcanzar. Al principio todo estuvo tranquilo, pero un penetrante susurró llegó pronto hasta mí. Era un sonido débil, mi nombre escapando de unos labios secos. Me llevé la jarra de agua y el cazo, suponiendo que Harry Carter quería un trago. Cuando me senté a su lado, abrió los ojos. Tenía un aspecto horrible y el rostro cetrino, algo que Tegan decía que era mala señal.

—¿Por qué sigo vivo? —me preguntó.

Era una pregunta terrible, así que me inventé una respuesta.

—Porque todavía tienes trabajo que hacer.

—¿Crees que me mejoraré lo bastante como para serle de utilidad a alguien?

Ignoré la amargura y la rabia de sus palabras. Habíamos estado manteniendo limpias sus heridas, así que las examiné. Debería estar sanando mejor de lo que lo estaba haciendo. Descubrí que las mordeduras habían comenzado a infectarse una vez más, lo que significaba que tendría que volver a abrirlas para limpiarlas. Odiaba aquella parte del trabajo. Inhalé para prepararme, cogí uno de los cuchillos de Tegan y lo limpié con antiséptico como la había visto hacer a ella. Cuando regresé Harry se apartó de mí, horrorizado.

—No lo hagas. Otra vez no. Nunca voy a volver a estar bien. Deja... Deja que me vaya. Mejor aún, mátame. Hazlo por compasión. Por favor, Deuce.

No podía soportar ver a un hombre fuerte como él suplicando y, durante un par de segundos, me sentí tentada de aceptar su petición. La Cazadora que había en mí quería proporcionarle el final que deseaba, ya que se le había denegado una muerte digna como guerrero. Pero la chica de mi interior negó con la cabeza vehemente. *Si le haces daño Tegan no volverá a confiar en ti.* Mis dedos temblaron sobre la empuñadura del cuchillo mientras que mis instintos opuestos luchaban en mi interior.

—No voy a hacer eso, Harry Carter —le dije con cariño—. Es posible que hayas perdido a tu familia, pero has salvado a mucha gente del pueblo. Me han dicho que luchaste como el mismo demonio y que mantuviste a los Freaks alejados de la casa de los Bigwater para que los demás pudieran escapar.

—Eso se ha acabado. Nunca volveré a disparar un rifle.

—Eso es mentira —le dije—. La mayor parte de tus heridas están en zonas que no son críticas. Si quisieras sanar, podrías salir de aquí y vengarte de esos monstruos.

Me respondió con amargura.

—«No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo me la cobraré, dice el Señor».

Reconocí aquello del viejo libro de Caroline Bigwater solía llevar consigo.

—No pretendo incitarte a pecar, Carter, pero si yo estuviera en tu lugar querría cobrarme la sangre de esos Mutantes, diga lo que diga un hombre que vive en las nubes.

—Entonces, ¿no vas a apiadarte de mí? —me preguntó con gravedad.

Así no es como yo querría terminar mis días, protestó la Cazadora que había en mi interior, pero la ignoré.

—No —le dije—. Y lo que estoy a punto de hacer seguramente te parecerá cruel.

Tenía las manos limpias, y también el cuchillo. Recorrí con cuidado los bordes hinchados de la primera mordedura. Estaba caliente e hinchada, llena de pus de nuevo. Cuando abrí la herida gritó, y gritó aún más mientras extraía el pus y la limpiaba. El resto de pacientes intentaron animarlo mientras yo trabajaba, seguramente con la esperanza de amortiguar el dolor. Harry Carter era un hombre fuerte, pero afortunadamente se desmayó cuando llegué a la cuarta herida. Terminé mi trabajo rápidamente y después vendé las zonas afectadas. Cuando Tegan volvió, yo estaba temblando.

Ser curandera es más duro que ser Cazadora.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó.

No le conté lo que Harry Carter me había pedido. Señalé sus nuevos vendajes.

—He tenido que abrirle las heridas de nuevo. Tegan lo miró con compasión.

—Pobre hombre.

—Espero que esta haya sido la última vez. Estoy empezando a sentirme cruel al hacerlo.

Tegan asintió.

—Nunca antes había tratado tantas mordeduras de Freak, al menos no en la misma persona. Es como si sus bocas fueran venenosas.

La miré fijamente, preguntándome si eso era posible.

—¿Lo son?

—Necesito más información, pero muy poca gente sobrevive a un ataque, y menos aún logran superar el tipo de heridas que sufre Carter. Ojalá el doctor estuviera aquí.

—Él tampoco sabría qué hacer —le dije, pero, a juzgar por su expresión, aquello no le servía de consuelo.

—Quédate con él —me ordenó.

Me senté en el suelo con las piernas cruzadas sin quitar ojo del señor Carter. Al menos los otros cinco habían vuelto a dormir, y hasta donde yo sabía todos estaban recuperándose. Para mí, la recuperación de aquel hombre se habría convertido en una batalla personal. Tenía que ponerse mejor; era un presagio de lo que nos depararía el futuro. Mientras lo vigilaba, Tegan cogió su maletín y sacó algunos botellines que contenían hierbas secas molidas. Murmuró para sí misma mientras ponía una tetera sobre el fuego, añadía agua y después una pizca de varias hiervas. La mezcla resultante olía realmente mal.

—¿Se supone que debe beberse eso? Tegan negó con la cabeza.

—Voy a ponérselo en las mordeduras.

—¿Qué es?

—No tengo ni idea. He combinado ingredientes que el doctor me dijo que eran buenos para varias cosas: para la fiebre, para las picaduras de abeja, para las mordeduras de serpiente, para el dolor y para la inflamación. Podría empeorar la situación, pero tengo que intentarlo.

Miré a Carter y pensé que era imposible que empeorase aún más.

Ya estaba suplicando que lo dejáramos morir.

—Deberíamos ponérselo antes de que sus heridas cerraran, para que no tengamos que hacerle daño de nuevo.

—Eso mismo pensaba yo. Pero primero tiene que enfriarse un poco, o le quemaremos la piel.

Tardó bastante en enfriar, pero fue una suerte que Carter no despertara mientras bañamos sus heridas y las vendábamos de nuevo. Era demasiado pronto para saber si

había servido de algo, pero me gustaba que estuviéramos probando algo nuevo en lugar de repetir lo mismo de siempre y esperar que sirviera de algo. Le di un poco de agua con una cuchara, suponiendo que aquella noche no podría hacer nada más por él.

Tegan se sentó con un suspiro cansado.

—Ahora habrá que esperar.

Por la mañana había mejorado bastante. Su tono de piel era mejor, brillante y cálido en lugar del gris ceniciento que marcaba a los moribundos. Tegan me abrazó y yo le devolví el gesto, aunque no había hecho nada más que estar por allí. Realizamos nuestras tareas matinales, el lavabo y las curas, rápidamente. Al menos ya no teníamos que alimentar a los pacientes; todos estaban lo suficientemente bien como para sostener un tazón o una cuchara.

Cuando le entregué su tazón de sopa, Carter tenía los ojos brillantes. Se incorporó con mi ayuda por primera vez desde nuestra llegada a Soldier's Pond. Me lo tomé como una victoria personal. Le temblaban las manos, pero se lo bebió todo.

—¿Puede tomar más? —me preguntó.

Le rellené el tazón.

—Has decidido vivir, ¿verdad?

—Es evidente que tú no vas a dejar que me muera, así que será mejor que deje de hacerme el enfermo y vuelva a luchar.

En su tono había gratitud.

—Dale las gracias a Tegan —le dije—. El médico es ella, no yo.

Me sentía increíblemente orgullosa de ella. Había ideado un tratamiento eficaz contra las mordeduras de los Freaks sin la ayuda de nadie. Esperaba que recordara las proporciones exactas de aquel remedio, porque tenía la sensación de que podríamos necesitarlo de nuevo dentro de poco. Los Freaks no habían abandonado la zona, aunque todavía no hubieran llegado a Soldier's Pond. Aquello era, en el mejor de los casos, la calma antes de la peor de las tormentas.

Parte de mí se sentía ansiosa e inquieta. Deberíamos estar trazando un plan de batalla, pero yo no podía tomar parte en esas reuniones. En aquel pueblo ni siquiera era lo suficientemente mayor para unirme al ejército. Una vez más había sido relegada al rango de niña, a pesar de lo que podía ofrecer. No me arrepentía del tiempo que había pasado ayudando a Tegan, pero mis habilidades se adecuaban mejor al combate contra el enemigo.

Carter pareció darse cuenta de mi estado de ánimo y me miró con expresión sombría.

—No te preocupes. Cuando llegue el momento, estaré en el frente.

—Eso significa mucho para mí.

No estaba bromeando. Si no podía tener a Improbable, al menos tendría a Harry Carter. Era el héroe de Salvación y no tenía duda de que, cuando recuperara la fuerza, sería un poderoso aliado en la guerra contra los Freaks. Parecía decidido, tan

concentrado en su recuperación como lo había estado en la desesperanza. De no ser porque eran monstruos aterradores, sentiría lastima por aquellas bestias.

—No pretendo ser maleducada, pero —dijo Tegan entonces—, ¿no crees que ya es hora de que te reúnas con tu familia? Aprecio tu ayuda y todo eso, pero puedo ocuparme de estos pacientes yo sola.

—¿Estás despidiéndome?

—Creo que sí.

—Vendré a verte mañana —le dije a Carter. El hombre inclinó la cabeza.

—Te estaré esperando. Es posible que esté lo suficientemente fuerte para tomar mi próxima comida en la cantina de la que tanto he oído hablar, aunque algo cocinado en un sitio con ese nombre no puede estar muy bueno.

Sonreí.

—No te equivocas.

Aunque Fade no me había enseñado el camino hasta la tienda de Edmund, seguí mi olfato. El curtido del cuero creaba un olor inconfundible, así que fue fácil encontrarla. El taller estaba ubicado cerca de la casa que les habían asignado, más cerca de lo que lo estaba en Salvación. Entré en la tienda e inhalé aquellos aromas tan familiares. El proceso de crear el cuero a partir de pieles era maloliente, pero el producto terminado olía mejor. Edmund estaba detrás de un mostrador improvisado, tomando medidas antes de cortar la suela. Por el ruido que venía desde la parte de atrás, Fade y quizá Rex debían de estar allí también.

—¿Te has instalado bien? —le pregunté.

Un genuino placer amaneció en el rostro de mi padre, que se acercó a mí para abrazarme. Nunca me habían tocado tanto y estaba asimilando la idea de que eso no significaba debilidad. Aun así, le devolví el abrazo confiando en mi habilidad para ser una chica, y no solo una Cazadora. Estaba un poco retrasada en algunos aspectos y quería arreglarlo.

—¿Has terminado en la enfermería? —me preguntó. Asentí.

—Tegan me ha despedido. Cree que me echáis de menos.

—No te imaginas cuánto —me dijo Edmund—. Tu madre está muerta de preocupación, así que te agradecería que fueras a tranquilizarla.

—¿Qué creía que iba a pasarme trabajando con los heridos? —le pregunté, perpleja.

—Podrías haber pillado alguna infección, o algún hombre podría haberte hecho daño en pleno delirio...

—Así que está inventándose razones para inquietarse y así no tener que concentrarse en el problema de verdad.

Edmund asintió sobriamente.

—Ve a verla, por favor.

—¿Te parece bien que vaya a saludar a Rex y a Fade primero? —le pregunté, señalando la habitación de la parte de atrás.

—Claro, pero no te entretengas demasiado.

Por el modo en el que me lo dijo, con los ojos entornados, supe que se refería a los besos, y suspiré.

Con Rex en la habitación no era probable que me lanzara sobre Fade, ni siquiera si él me hubiera permitido hacerlo. A pesar de mis deseos, aún no habíamos vuelto a ser los de antes. Asentí, rodeé el mostrador y entré en la sombría habitación donde se guardaban todos los materiales. Fade estaba embadurnando una piel con algo que olía de un modo horrible mientras Rex se ocupaba de otra parte del proceso. Ambos levantaron la mirada cuando llegué, y Fade sonrió.

—¿Has venido a admirar mi trabajo? —se burló.

Simulé que estaba examinando la mesa de trabajo y después le hice una crítica evidentemente falsa, ya que no tenía ni idea de qué estaban haciendo ni de si estaba bien hecho. Rex se rio, que era el objetivo. Me alegraba de que mi nuevo hermano y Fade se llevaran bien. Charlamos un poco, pero no pude quedarme porque tenía trabajo que hacer y porque yo tenía que ir y demostrarle a mi madre que aún estaba entre los vivos, a pesar de sus miedos.

Me despedí de Edmund y salí de la tienda. A pesar de que cuando los vi entrar en su pequeña casa ya era de noche, la encontré fácilmente. Era más pequeña que su casa de Salvación; en realidad solo tenía una habitación llena de camas extrañas que estaban amontonadas una sobre otras, así que no había intimidad. Encontré a Mamá Oaks barriendo un suelo que no necesita que lo barrieran. Allí no tenía ningún sitio donde cocinar, había dejado a su adorado perro atrás, y los soldados no parecían valorar su trabajo. Si te parabas a pensarlo, nuestras circunstancias eran parecidas.

Pero se alegró cuando me vio.

—Me alegro mucho de que estés aquí.

Poca gente me había dicho eso en serio. Aparte de Fade no podía recordar a nadie que me hubiera tratado como si fuera tan importante, pero Mamá Oaks me quería de verdad, incluso cuando le resultaba difícil entenderme.


—Qué sitio tan raro —dije.

Al menos era un refugio. Seguramente habría casas normales allí, donde las familias cocinaban su comida y se reunían en el salón para compartir historias. Las había visto por el pueblo, pero a mi familia le habían asignado aquello. Los refugiados no tenían derechos, así que no había razón para esperar algo mejor.

Pero mi madre no mostró ni una pizca de insatisfacción.

—Me han contado que aquí se alojaban los soldados que no tenían familia, pero el invierno pasado murió mucha gente por las fiebres y los Mutantes se llevaron a otros. Así que estaba vacía, esperándonos. —Me sonrió—. ¿No crees que hemos tenido suerte?

Quería tanto a aquella mujer que el corazón me dolía. Deseaba mantener a toda mi familia a salvo y feliz, y me destrozaba el alma saber que eso podría estar más allá de mis posibilidades.



Fiel a su palabra, Harry Carter cenó al día siguiente con Fade y conmigo en la cantina. Daba paseos cortos por el pueblo para ejercitarse. Yo admiraba su determinación. Al día siguiente llegó un mensajero al taller, donde yo estaba echando una mano. Como no me dejaban entrenar con los hombres tenía que mantenerme en forma de algún modo, y limpiar me servía. El soldado era joven, poco mayor que yo, pero aparentemente tenía edad suficiente para alistarse. Miró lo que estábamos haciendo como si nunca antes lo hubiera visto a alguien practicando un oficio.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Edmund.

—Me han pedido que lleve a la chica y a su amigo ante la coronel.

No podía imaginar por qué, pero me limpié las manos en los muslos y llamé a Fade.

—¿Puedes tomarte un descanso?

Fade le dijo algo a Rex y después salió a la habitación principal.

—¿Qué pasa?

—La coronel os necesita —dijo el mensajero. Fade se encogió de hombros.

—Vamos a ver qué quiere.

Los soldados estaban corriendo, como siempre. Había otros practicando combate cuerpo a cuerpo. Los centinelas del perímetro seguían informando de que todo estaba despejado. Salvación no estaba tan lejos, así que el silencio del enemigo me preocupaba. Su Stalker no hubiera estado tan enfadado conmigo le habría pedido novedades sobre la posición de la horda, pero no era su enfado lo que me impedía preguntarle, si no la seguridad de que gruñiría y se negaría a contestarme. Suponía que la líder del pueblo tenía trabajo para nosotros. No podía haber otra razón para su llamada. Fade se mantuvo en silencio hasta que llegamos al cuartel general, y entonces me preguntó:

—¿Crees que será algo malo?

—Nos necesita para algo que no puede encargarse a otros —le respondí.

Fade asintió y entramos. El interior estaba aún más desordenado que la última vez, y había documentos y papeles esparcidos por todas partes. Había un enorme mapa extendido sobre una mesa desvencijada en el que habían colocado marcadores rojos y negros de un modo que no respondía a ningún patrón que yo conociera. Morgan se aclaró la garganta para atraer la atención de la coronel, y la mujer nos dedicó una sonrisa cansada. Eso me indicó que la situación era desesperada. La gente poderosa solo sonreía cuando quería algo.

—Me alegro de que hayáis recibido mi mensaje. ¿Qué sabéis sobre nuestros preparativos?

—Nada —murmuré—. No me dejasteis alistarme.

—Intentamos evitar que los niños se vean involucrados, pero es posible que en el futuro no tengamos otra opción. Si bajamos la edad de reclutamiento serás la primera en saberlo. —Hizo una pausa y nos miró de un modo que hizo que Fade se sintiera incomodo—. Pero puedo hacer una excepción para las operaciones especiales secretas.

Aquello parecía un modo sofisticado de decir que iban a romper las reglas, igual que habían hecho con Edmund solo porque necesitaban botas nuevas. El gobierno Soldier's Pond podía hacer lo que quisiera y justificar la decisión más tarde con cualquier explicación. Crucé los brazos y esperé, sin dejar entrever nada. Mi silencio hizo que comenzara a caminar de un lado a otro, por lo que supe que estaba preocupada. Yo no tenía ningún interés en ir a buscar ayuda, si eso era lo que tenía en mente. Eso no le valió de nada a Salvación, y tampoco funcionaría aquí. Los Freaks nos sobrepasaban en número, simple y llanamente; necesitábamos una nueva estrategia para derrotarlos.

Pero no se me ocurre cuál.

—¿De qué se trata? —preguntó Fade cuando quedó claro que yo no iba a hablar.

—Las operaciones especiales son iniciativas que se llevan a cabo por el bien del pueblo, pero no se informa de ello al resto de soldados.

—Son un sucio secretillo —le dije.

—No exactamente, pero entiendo que os lo parezca. Primero, ¿estáis familiarizados con lo que hemos trazado aquí? —nos preguntó, señalando el mapa y sus marcadores.

Me encogí de hombros.

—Sé lo que es, pero no sé qué significan esas piezas de madera.

—Las negras son asentamientos —me explicó—. Y las rojas representan los movimientos de los Freaks que los exploradores han localizado en los alrededores.

—¿Se ha dividido la horda en grupos más pequeños? —pregunté.

—No. La horda es esta.

La coronel rozó la pieza roja más grande del mapa. Cubría una extensión impresionante en el centro del territorio, y además teníamos que enfrentarnos a todos aquellos grupos más pequeños. No tenía ni idea de que la situación fuera tan funesta. *Stalker seguramente lo sabía. Y no te lo contó.* Pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto. Apreté los puños. Mis dagas no servirían de nada contra una amenaza así.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Fade—. Te agradecemos que nos informes de lo mala que es la situación, pero esa no es la razón por la que nos has llamado.

—No. Después de hablar con algunos de mis hombres y de escuchar historias, algunas de las cuales no me creo del todo, he llegado a la conclusión de que vosotros podríais ser los más indicados para llevar a cabo una misión.

—Déjame adivinar...

La coronel levantó una mano.

—No me hagas perder el tiempo con sarcasmos. Escúchame. Solo tenéis que contestar sí o no. Necesitamos información de un asentamiento del noroeste... una información que nos ayudará a luchar contra los Mutantes. Pero atravesar las líneas enemigas no será fácil, y necesito a alguien que esté acostumbrado a viajar rápida y silenciosamente. Vuestra misión es sencilla: evitar que os detecten siempre que sea posible, encontrar al doctor Wilson, conseguir los datos científicos y regresar aquí rápidamente.

Fade arqueó una ceja.

—¿Se trata de un médico?

Buena pregunta. Si era así, no había duda de que Tegan querría conocerlo. Ahora que sus pacientes estaban mejor había comenzado a trabajar con el médico de Soldier's Pond, pero no parecía tener buena opinión de su habilidad. Quizá podríamos convencer a Wilson para que viniera a Soldier's Pond. Si no estaba acostumbrado a viajar, el trayecto de vuelta podría ser difícil, pero valdría la pena si eso hacía que Tegan sonriera de nuevo.

Pero la coronel negó con la cabeza.

—No exactamente. Es un científico que lleva veinte años estudiando a los Mutantes. La última vez que nos vimos estaba a punto de encontrar su punto débil, algo que podríamos utilizar para contrarrestar su superioridad numérica.

—Eso no será suficiente —le dijo—. No necesitáis información, sino un ejército.

La mujer parecía abatida.

—Tenemos uno, pero no lo enviaremos mal preparados cuando Wilson podría salvar vidas.

—Vuestro ejército es demasiado pequeño. —Llevaba un tiempo pensando en aquello, y la verdad se cristalizó en aquel momento ante mí como el caramelo que solía hacer Mamá Oaks—. La única posibilidad de ganar es que todos los asentamientos se unan, reuniendo a su gente y todos sus recursos.

Park se rio y después negó con la cabeza, apesadumbrada.

—Es una buena idea, Deuce, pero la gente se ha acostumbrado demasiado a su independencia. Ya es difícil que alcancemos un consenso así, cuanto más si tuviéramos que acordar con otro pueblo las acciones a tomar. Los territorios se han convertido en un puñado de ciudades-estado separadas... no hemos cooperado desde hace más de un siglo.

Yo no sabía que era ciudad-estado, pero sonaba a mala idea. *Si todos los pueblos actúan independientemente no podremos ganar esta guerra.* Sin embargo, la coronel no estaba interesada en escuchar mis consejos, sino en utilizarme.

—Entonces estamos perdidos —dijo Fade—. Y este viaje no tienen sentido. Conseguiríamos lo mismo si siguiéramos con nuestra vida hasta que la horda caiga sobre nosotros. Vosotros aguantareis más, porque vuestras fortificaciones son de

metal y tenéis reservas de munición, pero antes o después os invadirán.

Su evaluación coincidía totalmente con la mía, y asentí bruscamente. La coronel se puso las manos en las caderas e intentó sostener nuestra mirada, pero no funcionó. Seda tenía una mirada mucho peor y sus castigos eran realmente crueles. Dudaba que la coronel fuera tan despiadada, pero me demostró que me equivocaba.

—¿Sabes lo que es una Conscripción? —me preguntó.

Me tensé inmediatamente, más por su tono que por la palabra.

—No.

Su sonrisa me asustó de verdad.

—¿Y una leva?

—Una especie de palanca ¿no? —Suponía que no se refería a eso. La mujer negó con la cabeza.

—Según los registros históricos, en tiempos de guerra el ejército y la armada podían demandar que una persona se alistara obligatoriamente. Me parece que este es nuestro caso, ¿no creéis?

Como llevaba mucho tiempo pensando que los Freaks ya no nos mataban solo para obtener comida, sino que nos veían como sus enemigos, no podía cuestionar su afirmación, así que la miré con dureza, esperando que entendiera mi desagrado. Notaba una trampa en su tono cordial, pero todavía no sabía cuál era.

—No tenéis que responder, vuestros ojos hablan con suficiente claridad. Siendo este el caso, y ya que os negáis a llevar a cabo esta misión, no tendré más remedio que llamar a otras personas a servicio. —Hizo una delicada pausa y dio un par de pasos, como si pensara quién podría ser—. A tu hermano Rex, quizá. Parece fuerte y bastante sano.

—¿Enviarás a Rex a la tierra salvaje? Eso sería lo mismo que ejecutarlo. No tiene las habilidades necesarias para sobrevivir.

Pronuncié aquellas palabras sin poder evitarlo, y eso le dejó claro a la coronel que me tenía exactamente donde quería.

No importaba lo que opinara de aquella tarea, ni el relativo valor de la información que Park quería que trajera. Si le pasaba algo al único de sus hijos que había sobrevivido, sobre todo después de la masacre de Salvación, a Mamá Oaks se le rompería el corazón. Estaba aferrándose a los escasos jirones de fe que le quedaban, y yo haría cualquier cosa para mantenerla tan animada como pudiera. Me mordí el labio inferior para no pronunciar las maldiciones que se me estaban pasando por la mente, algunas de ellas aprendidas de Gary Miles y sus secuaces, pero dudaba que eso fuera a sorprender a la coronel, que estaba mirándome con una sonrisita.

—Es decisión vuestra —dijo en voz baja—. No voy a poner en peligro a mi gente, y necesito esa información.

Fade gruño y dio un paso hacia ella. Yo extendí una mano, sin rozarlo, pero evitando que siguiera avanzando. Él no se controlaba demasiado cuando alguien me amenazaba, como era el caso. Pero era una coacción emocional en lugar de un peligro

físico y él lo sabía, lo que probablemente ayudó a que mi gesto lo aplacara. Sin embargo, parecía furioso... y yo también lo estaba.

—No esperes que alguna vez me una a tu ejército —le dije con todo grave y letal—. Haré este trabajo, pero jamás volverás a conseguir algo de mí. Además, tengo algunas condiciones.

La mujer hizo una mueca.

—Me muero de ganas de oírlas.

—En privado.

—Mis consejeros están al tanto de cualquier cosa que...

Saqué una daga y la hice girar en la palma de mi mano, una costumbre que sacaba de quicio a los hombres de Salvación.

—He dicho en privado. No lo diré dos veces. Tomó rápidamente la decisión.

—Todo el mundo fuera. Dadnos cinco minutos.

—Pero coronel... —protestó uno de los hombres, y ella descartó su preocupación con un ademán.

—Si no puedo evitar que una niña me mate, será mejor que busquéis a otra persona para que dirija vuestras tropas. Apostad a un guardia en la puerta para que no nos molesten.

—Estoy dispuesta a hacer el trabajo sucio —le dije cuando estuvimos solos— con una condición.

—¿Cuál? —me preguntó con una débil sonrisa.

—Deja que hable con tus hombres. Pretendo formar un ejército independiente de cualquier pueblo. Estará formado por los mejores y más brillantes, y al final plantaremos batalla a la horda. Tu parte es sencilla. —Imité su tono brusco al principio, usando casi las mismas palabras—. Déjame hablar y no pongas trabas a nadie que quiera marchar conmigo. Tendrán libertad para cuando me marche de Soldier's Pond. Y, por último, dejaras a mi familia en paz. Se acabaron las amenazas contra ellos, o encontraré el modo de cortarte el cuello mientras duermes.

La coronel Park parecía realmente perturbada por mi ferocidad.

Entonces, para mi sorpresa, inclinó la cabeza en un asentamiento.

—Me parece justo, sobre todo porque mis hombres estallarán en carcajadas ante la idea de unirse a un ejército liderado por una niña pequeña. Puedes llevarte a cualquiera que esté lo suficientemente loco para seguirte, siempre que lleves a cabo tu misión.

Sus burlas me dolieron, pero las había sufrido peores. Y quizá, solo quizá, la sorprendería. No sería la primera vez que alguien me subestimaba.

—Trato hecho —le dije, ofreciéndole la mano.

Estrechemos las manos e intentó ejecutar una maniobra de retención, seguramente para humillarme, pero Stalker y yo habíamos entrenado aquella llave en Salvación. La bloqueé y le retorcí el brazo, así que tuvo que caer de rodillas para que no se lo rompiera. Mientras la miraba, mis ojos grises debían de parecerle tan fríos como el

hielo sucio.

—Te he tendido mi mano de buena fe. Ahora jura por algo que consideres sagrado que mantendrás tu palabra.

—Lo prometo —jadeó.

Cedí antes de provocarlo un daño permanente y la mujer se puso en pie de inmediato y retrocedió un par de pasos con vacilación. En su mirada había una nueva cautela, y descubrí que, de ahora en adelante, me tomaría en serio. Eso podría no ser bueno, pero significaba que yo ya no era solo una herramienta.

Con un movimiento grácil deslicé mi daga en su vaina. Fade estaba a mi lado, preparado por si la mujer decidía seguir dando problemas. Al final, la coronel relajó los hombros. Nos necesitaba para la misión, y por tanto no podíamos ser ejecutados ni castigados. Pronto descubriría si su palabra tenía algún valor.

—Muéstrame en el mapa el lugar al que tenemos que ir —le dije, sonriendo—. Tenemos planes que hacer.

Fade y yo salimos del pueblo a la mañana siguiente temprano. La coronel estaba llevando a cabo un simulacro al que todos estaban obligados a asistir, lo que crearía suficiente alboroto para que nadie notara nuestra ausencia hasta que fuera demasiado tarde. A Fade le preocupaba dejar a Edmund en la tienda y yo me sentía culpable por no haber contado a mi familia lo que nos habían encomendado, aunque eso solo habría servido para que se preocuparan más y encima habría tenido que enfrentarme a otra despedida lacrimógena. A veces era mejor ponerse en marcha y disculparse después.

No habíamos viajado sin compañía desde que llegamos a la superficie. Aunque no lo dije en voz alta, era agradable tenerlo solo para mí. No había nadie más que pudiera notar lo a menudo que admiraba sus firmes piernas o la fuerza de sus amplios hombros. Inmediatamente, me reprendí por tener tales pensamientos. Fuera de la seguridad de los límites del pueblo no había lugar para eso; en la tierra salvaje, una distracción momentánea podía tener consecuencia desastrosas.

—Según los mapas es un viaje de tres días —dije.

—¿Crees que podremos hacerlo más rápido?

—Eso espero. A Mamá Oaks le dará un berrinche si pasamos una semana fuera. —Aquella era una palabra nueva para mí, una que me encantaba. Cuando le pregunté qué significaba, Edmund me lo describió de un modo tan exagerado que deseé no tener que presenciar nunca ninguno.

—En momentos como este es cuando más echo de menos a mis padres.

—¿Por qué? ¿Es que te gustaría tener que aguantar algo así?

—No. Me gustaría tener a alguien que se preocupe por mí.

—Lo tienes —le dije—. Yo me preocupo por ti todo el rato, aunque no digo nada porque no creo que te guste oírlo.

Mientras dejábamos Soldier's Pond a nuestra espalda, me sonrió.

—Puedes preocuparte un poco, si quieres. No me importa.

Se me ocurrió entonces que su vida había estado desprovista de pequeñas pruebas de cariño, como cuando puso la cabeza en mi regazo y le acaricié el cabello. Para mí no era un asunto tan importante; ni siquiera sabía que supuestamente debía desear esas cosas hasta que conocí a Fade. Pero su anhelo de ser tocado se contradecía con el peso de los malos recuerdos. No estaba segura de que pudiera soportarlo y no quería hacer nada que le doliera o lo preocupara, ni siquiera con la mejor intención. Quizá este viaje serviría para que viera que seguía siendo fuerte, que los Freaks no habían cambiado nada.

Cuando empezamos a correr, el sol estaba reptando sobre el horizonte. Era agradable estar lejos del asentamiento, aunque nos enfrentáramos a un grave peligro.

Estaba más acostumbrada a eso que al dolor y el cansancio que provocaba trabajar de enfermera. Tener a Fade corriendo a mi lado me recordó nuestro desesperado viaje hasta Nassau a través de los túneles. La luz de la superficie era mejor, y el aire era más limpio. Podía oler las hojas secas y las briznas de hierba rotas bajo mis pies, el débil almizcle de los excrementos de animal y el meloso ronroneo del trébol. Dentro de algunos meses llegaría la nieve; mi familia tenía que estar asentada antes de que lo hiciera.

Al final del primer día esquivamos a una patrulla de Freaks como si nos fuera la vida en ello. Estaban a apenas unas horas de distancia de Soldier's Pond, pero suponía que el asentamiento militar les había dado razones para temer un ataque directo. Yo habría preferido luchar para limpiar la zona, pero me habían ordenado que hiciera el viaje sin ser detectada y tenía que admitir que tener monstruos persiguiéndonos solo serviría para complicar nuestra misión. Como solo éramos dos, nuestro aroma no sería lo suficientemente fuerte para atraer a un grupo de caza grande. Cuando capté el extraño olor de los Freaks en el viento me estremecí: no era el antiguo y putrefacto hedor, sino el nuevo olor a carne animal. Estaba segura de que aquellas criaturas habían cambiado y, si no descubríamos cómo y por qué, no sobreviviríamos al conflicto que se avecinaba.

De no haber sido por Fade, el miedo me habría paralizado. Me hizo una señal con determinación y después me guio alrededor de la zona peligrosa. La atravesamos con sigilo y, a lo lejos, lo oí: el susurro del follaje y el crujido de las ramas me aseguró que teníamos compañía. Los Freaks se llamaron unos a otros en una lengua de gruñidos y resoplidos, como sonarían los perros si pudieran hablar. Apenas pude contener la pregunta hasta que estuvimos lejos de ellos.

—¿Crees que tienen su propia lengua? —susurré.

—Eso creo. —Habló en voz baja y grave—. Estoy totalmente seguro de que, cuando me atraparon, hablaron unos con nosotros. Pero no me voy a quedarme por aquí para preguntarles.

Me estremecí.

—Yo tampoco. Sin un explorador no podíamos saber cuántos estaban acechando cerca. Por primera vez deseé que Stalker hubiera venido con nosotros. Si alguien podía informarnos sobre el terreno y advertirnos de los peligros que teníamos por delante sin ser detectado, ese era él. Pero Fade y yo nos las arreglaríamos. Lo habíamos hecho antes, aunque el riesgo nunca había sido tan grande.

—Por aquí. El aire huele a limpio.

Aquel ya no era un sistema fiable, pero no teníamos ninguna opción mejor. Seguí a Fade con el corazón latiendo como un loco. Se mantuvo bajo la sombra de los árboles, ya que el bosque al noroeste de Soldier's Pond era denso. El río brillaba a lo lejos como una serpiente plateada. El día era cálido, una de esas perfectas mañanas de otoño con el cielo tan azul que parecía pintado, aunque el sol no era tan brillante como para dañarme los ojos. Por esta razón prefería aquella estación a las demás,

incluso a la siembra de primavera.

Cuando el sol alcanzó su cenit, Fade encontró una zona de sombra bajo la fronda teñida de rojo. Saqué el pan, la cecina y el agua y comimos con eficiente velocidad. Había muchas cosas que quería decirle, pero aún nos quedaban al menos cuatro horas de viaje por delante. La vida en el pueblo me había ablandado, y me cansaba más que antes. Además, había ganado peso y tenía curvas nuevas que en ocasiones me incomodaban, aunque no me importaba que Fade las mirara.

Cuando cayó la noche habíamos esquivado cuatro patrullas de Freaks y dejado atrás los árboles, de modo que solo podíamos acampar a campo abierto. No encendimos fuego, a pesar de que haría más frío cuando la noche avanzara. Comí solo un poco, pensando que podríamos necesitar la comida antes de que el viaje terminara; las cosas rara vez iban según lo planeado. Bebí agua generosamente, porque oía el borboteo del río cerca. No acampamos en su orilla (eso sería buscar problemas, ya que los Freaks tenían que detenerse a beber), pero estaba lo suficientemente cerca para que me sintiera tranquila. El agua potable siempre era una preocupación en la tierra salvaje.

—¿Puedo ver el mapa? Se lo entregué.

—¿Cómo vamos?

—Hemos ganado algo de tiempo, pero si mantenemos este ritmo a Winterville agotados.

—La alternativa es prolongar el viaje. Cuanto antes lleguemos allí, encontremos al doctor Wilson y volvamos con sus datos, antes podremos dejar atrás Soldier's Pond.

—¿Lo que dijiste iba en serio?

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—A lo de formar un ejército. Incliné la cabeza.

—Un pueblo no será suficiente para derrotar a la horda. Como los Freaks se han organizado y agrupado, nosotros tendremos que hacer lo mismo. No debería importar de donde es alguien, o por qué quiere luchar. Lo único importante es si está comprometido.

—La coronel se rio. ¿De verdad crees que lo conseguiremos?

Aunque me gustó que por instinto hablara en plural, la pregunta también me dejó claro lo mucho que los Freaks habían dañado su confianza en sí mismo. Me había respaldado en la reunión, pero ahora tenía dudas.

—Creo que si no lo intentamos estaremos perdidos —le dije.

—Entonces cuenta conmigo.

Hablamos en voz baja para que el viento no portara nuestra voz... y aquel momento de imperecedera dulzura fue como la firma un pacto secreto. Fade y yo contra el mundo.

La oscuridad cayó pronto y la noche nos acunó. Nos habíamos alejado mucho de Soldier's Pond y no había más luz que la de luna y las estrellas. Era extraño lo rápido

que había olvidado que existía una oscuridad así, una que no estaba atenuada por las velas o por el artificial resplandor de las lámparas del viejo mundo. Me acerqué la mano a la cara, sorprendida por sus líneas borrosas. Era un incordio, pero estaba demasiado nerviosa para dormir.

—Yo haré la primera guardia —le dije. Fade negó con la cabeza.

—Ambos necesitamos descansar. Pondré ramas secas en el perímetro. Si algo cruza, el ruido nos despertará.

—Buena idea.

Lo ayudé a reunir las y después creamos un perímetro lo suficientemente lejos de nuestro campamento para que nos diera tiempo a sacar las armas.

Después del tiempo que había pasado en el campamento de Salvación, mi sueño era aún más ligero. Aunque nunca le había mencionado mis pesadillas a nadie, que solían ser recuerdos del enclave o sobre el secuestro de Fade, la mayoría de las noches no dormía bien.

Teniendo en cuenta mis problemas para dormir y las precauciones de Fade, dudaba que los Freaks pudieran acercarse a nosotros sin que nos diéramos cuenta, pero eso ya había pasado antes, y también habría dicho que no podían robarnos fuego o llevarse a dos hombres de un campamento armado. Esos hechos me ponían ligeramente nerviosa.

—Esta noche hará frío.

Asentí mientras me acurrucaba bajo la manta, demasiado preocupada para pensar el porqué de aquella afirmación. La razón quedó clara cuando Fade añadió:

—Podrías dormir a mi lado.

—¿Eso estaría bien?

—Ya lo hemos hecho antes. Me acerqué a ti mientras dormía... Quizá esta vez podamos ahorrarnos ese paso.

—A mí me gustaría, pero solo si a ti no te molesta. Fade suspiró lentamente con evidente turbación.

—Si es así te lo diré.

Me sentía como si estuviera domando a una criatura salvaje: acerqué mi espalda a su pecho poco a poco y me detuve justo cuando lo rocé. Él se acercó un poco más, así que el calor fue inmediatamente palpable. Me rodeó la cintura con el brazo y el placer me atravesó como un torrente. Esperaba que me rechazara, pero en lugar de eso parecía estar poniéndose cómodo, y asentí su cálido aliento contra mi nuca.

—No te imaginas lo feliz que me hace esto susurré.

—Hace que me sienta menos roto —me dijo con seriedad—. Es mejor cuando puedo planearlo y considerar todas las razones por las que es algo bueno. Todavía me sobresalto como un niño con los ruidos altos, cuando alguien me toca de repente, cuando la gente aparece sin previo aviso...

—Es normal —le dije, aunque no sabía si lo era. Entonces se me ocurrió cómo podía ayudarlo: asegurándole que no estaba solo—. Nunca te lo he contado, pero yo

tengo pesadillas. Suelo soñar con el niño ciego de los túneles. Desde que llegamos a la superficie tengo más. A veces sueño que nos atrapan los Lobos, y otras que te pierdo para siempre... Esa pesadilla es la peor. Estoy en el bosque de nuevo, está oscuro y estoy sola, rodeada por la horda, pero esta vez estoy cubierta por mi propia sangre en lugar de la de ellos, así que todos están mirándome fijamente. Sé que voy a morir, que te he fallado y que será culpa mía que...

Las lágrimas me sorprendieron, ahogando mis palabras.

Que mueras. Que no pueda salvarte.

Antes de aquel momento no se me había ocurrido que mi debilidad pudiera importarle. Fade se apoyó sobre el codo y me tocó el hombro. Sabía que quería que lo mirara. Un leve toque más, y sucumbí. Sus ojos, bajo la luz de la luna, estaban llenos de cariño e incluso de sorpresa, como si no se hubiera imaginado que yo podía sufrir del mismo modo en el que lo hacía él. Bueno, quizá no del mismo modo, pero, si él estaba trastornado, seguramente yo también. Ahogué el llanto con un par de inhalaciones bruscas.

—No eres tan fuerte como pensaba.

—Lo sé —le dije, sintiéndome miserable—. Seda siempre me lo decía. Me dijo una y otra vez que tenía corazón de Criadora y que nunca sería una verdadera Cazadora.

—Eres más fuerte aún. A pesar de que te quiero, siempre he pensado que no sentías lo mismo que yo. Pero la verdad es que lo único que hacías era esconderlo mejor. Has vivido con ello sin pedirle a nadie que te ayude. Lo siento mucho. Yo... te abandoné, te hice daño, y estaba tan preocupado por ser digno de ti que ni siquiera sospeché que tú también pudieras necesitarme.

Mi voz sonó pequeña en la oscuridad.

—Te necesito.

Por primera vez, la Cazadora estaba realmente de acuerdo con la chica.

Fade se estremeció cuando me acarició el cabello.

—Te prometo que no volveré a alejarme de nuevo, ni siquiera con el pensamiento. Y espero que a partir de ahora me cuentes tus pesadillas. No te escondas, por favor. No de mí.

—Si vamos a ser sinceros a partir de ahora, tengo que decirte que me encantaría que me besaras.

Aparte de las caricias ciegas mientras estaba dormido, no me había tocado desde su regreso. Teniendo en cuenta que no había pasado mucho tiempo desde que habíamos empezado a besarnos, lo echaba de menos. Su respiración rozó mi frente como una niebla y me dio un beso allí, delicado como las alas de una polilla. Aquello no era lo que yo esperaba, pero temía asustarlo. Me cubrió la sien de besos, hasta mi mejilla, y entonces no pude evitarlo. Giré la cabeza para que mi boca se encontrara con la suya, que gimió suavemente en el interior de la mía, y yo lo seguí.

No lo abracé, aunque quería hacerlo. Me había dicho que era más fácil cuando él

tomaba la iniciativa, porque así podía prepararse, de modo en el que su cuerpo encendía el mío como una noche de verano, caliente y cuajada de estrellas. Su lengua rozó la mía, e hice todo lo posible para no saltar sobre él. Orgullosa de mi autocontrol, me acomodé bajo su brazo antes de que rompiera el beso, soñando con el día en el que pudiera tocarlo de nuevo libremente.

Fade descansó su frente contra la mía con un suspiro suave.

—Deberíamos dormir. Mañana será un día muy largo.

Tenía más razón de la que pensaba.

Los Freaks nos hostigaron durante todo el día siguiente.

Al amanecer captaron nuestro olor y Fade y yo corrimos como si nos persiguiera el demonio. En cierto momento cruzamos el río con la esperanza de perderlos en el agua, pero no tuvimos suerte. Como era poco profundo, ellos también lo cruzaron. Era extraño que dos personas en la tierra salvaje atrajeran tanta atención. ¿Habrían sospechado la importancia de nuestra misión? Si era así, teníamos más problemas de los que estaba dispuesta a reconocer.

Como nos estaban persiguiendo no pudimos detenernos para nada que no fuera comer, beber o ir al baño. Dormir estaba descartado, así que corrimos durante la noche hasta que la oscuridad fue tan profunda que temíamos rompernos un tobillo en el terreno agreste. Aminoré el paso y examiné el horizonte mientras los sonidos a nuestra espalda se hacían más fuertes. Si no hallábamos refugio los Freaks nos encontrarían y tendríamos que luchar en la oscuridad. Mi visión nocturna la compensaría, pero a Fade no le iría tan bien. Por tanto, estaba decidida a encontrar un lugar donde pudiéramos escondernos.

Giré en todas direcciones, y después señalé.

—Por allí.

Fade me siguió sin hacer preguntas. A medida que nos acercamos pude distinguir una casa abandonada, más grande que aquella en la que habíamos acampado el primer invierno después de abandonar las ruinas. La propiedad tenía algunos edificios anexos y, por lo que había aprendido en las clases de historia, sospechaba que habíamos dado con una granja. La oxidada maquinaria antigua creaba formas fantasmagóricas en la oscuridad, pero las ignoré. La puerta estaba todavía en su lugar, aunque colgaba tambaleándose de las bisagras. Me esperaba encontrar un escondite seguro, pero tendríamos que conformarnos con aquello. En el interior de la casa encontré ratas y carroñeros, excrementos y nidos abandonados. Una desvencijada escalera conducía a la planta de arriba, donde había una puerta con un travesaño. Si nos seguían hasta allí, podríamos defendernos mejor en la habitación que en campo abierto, y además tendrían que malgastar su fuerza y energía en echar la puerta abajo.

—No está mal —dije, examinando el polvoriento espacio.

Estaba tan cansada que me temblaban los músculos. No tenía ni idea de cómo habíamos aguantado Fade y yo en los túneles con tan poca comida. No era de extrañar que mi gente muriera joven.

—Al menos tenemos un techo y cuatro paredes. Es más de lo que tuvimos anoche.

Pero anoche estuvimos besándonos.

Aquella no era una protesta lógica. Me senté en el sucio suelo sin apartar la mano

de las dagas. Si los Freaks resultaban ser tan persistentes como llevaban siendo todo el día, estarían allí pronto. No sugerí que durmiéramos por razones obvias. Fade se sentó a mi lado y escuchamos.

El primero en oírlo fue Fade, que se acercó a la ventana. Me unía él y, a través del borroso y sucio cristal, vi que un grupo de Freaks nos había seguido tenazmente hasta la granja. Conté al menos diez, un grupo demasiado grande para nosotros dos, pero teníamos suerte de que no fueran más. Al parecer viajaban en grupos pequeños.

—No sé si podré con cinco —admití con un susurro—. ¿En esto consiste hacerse vieja? Primero te sientes increíblemente cansada, te debilitas, y después tus reflejos se vuelven lentos...

Fade se rio.

—No seas tonta. No te estás haciendo vieja, Deuce. Ha sido un viaje duro y has descansado muy poco mientras ayudabas a Tegan. Además te estás recuperando de un montón de heridas, y el viaje hasta Soldier's Pond fue agotador.

Ahora que lo pensaba, aquel había sido un mes duro.

—Si no podemos luchar cara a cara, ¿qué hacemos?

—Tengo una idea.

Los Freaks estaban junto a la puerta de la planta inferior. Los escuché gruñir en el patio u después la puerta se abrió de un golpe. Sus garras arañaron el suelo de madera mientras se acercaban a nosotros. A pesar de mi confianza en la inteligencia de Fade, me recorrió un escalofrío.

—Haz un poco de ruido —me dijo, mientras hacía un montón en el centro de la habitación con trozos de mobiliario roto y trapos que podrían haber sido cortinas hacía años.

Aquel parecía un mal plan, pero confiaba en él y no discutí. Hice ruido con los pies, caminando en círculo, y después escuché como los monstruos subían las escaleras corriendo. El primer cuerpo golpeó la puerta y la madera se agrietó por el impacto; no era lo bastante fuerte para aguantar. Escuchemos una discusión en gruñidos, como si estuvieran debatiendo sus opciones.

Lo comprendí cuando Fade acercó el mechero de su padre a los harapos y la madera seca. Las llamas se alzaron inmediatamente y se extendieron por el suelo, que estaba podrido. Fade corrió hasta la ventana, la abrió, y me llamó con un gesto impaciente.

—Tenemos que salir de aquí y prender un par más de fuegos en la planta de abajo. Con suerte, esos Freaks no serán parte del grupo que quemó Salvación, así que no comprenderán el peligro hasta que sea demasiado tarde.

Pretende quemarlos vivos.

Me subí al alféizar sin vacilación y me colgué de la punta de los dedos. Allí no había una rama hasta la que saltar, como ocurría en la casa de los Oaks, así que me solté y esperé lo mejor. Caí con fuerza, pero no me rompí nada. Fade bajó con mayor elegancia y me ayudó a ponerme en pie. El tiempo era crítico. Reunimos más basura

para que sirviera de leña e incendiarnos las dos puertas de la casa, la delantera y la trasera. El fuego, avivado por la brisa, se extendió rápidamente. Pronto todo el edificio estuvo envuelto en llamas naranjas que resplandecían bajo el cielo nocturno. Si el resplandor atraía a más enemigos podríamos tener problemas en el futuro, pero no estaríamos allí para verlo. Me quedé solo lo suficiente para escuchar los gritos de los monstruos mientras ardían y después corrí detrás de Fade, que ya estaba en movimiento.

—No nos molestarán de nuevo —me dijo con certeza.

Aun así, para asegurarnos, viajamos durante la noche y no nos detuvimos hasta que hubo ocho horas de distancia entre aquel grupo de caza y nosotros. Al final me derrumbé, sin aire y sin poder continuar. Fade estaba a mi lado, con el rostro irritado por el azote del viento. Se apoyó en mí sin darse cuenta de lo sencillo que había sido aquel gesto, y yo tampoco se lo recordé.

—No conseguiremos llegar a Winterville sin descansar —jadeé.

—Duerme, yo haré guardia.

Antes había dicho que podíamos permitirnos descansar al mismo tiempo. Su cautela se debía a que pensaba que había más Freaks en la zona. No los oía ni los olía, pero el instinto de Fade era mejor que el mío para esas cosas, sin duda perfeccionado por los años que había pasado solo en los túneles, donde su supervivencia dependía de saber dónde estaban los monstruos antes de que ellos lo encontraran.

—Solo una hora o dos, y después dormirás tú. Y entonces continuaremos adelante.

No discutió conmigo ni se mostró conforme, y yo me tumbé. Fade me puso la mano sobre el cabello. Creía que ser consciente de su roce no me dejaría dormir, pero caí rendida. Cuando me despertó un par de horas después no podía creer lo profundamente que había dormido.

—¿Algún problema?

—Un par de ardillas han estado tirándote frutos secos.

—No me refería a ese tipo de problema. Fade sonrió.

—Lo sé, todo ha estado tranquilo. ¿Te quedas de guardia?

—Sí.

La suerte nos duró lo suficiente para que Fade pudiera echar una siesta, y ya tenía la comida preparada cuando lo desperté. Bebimos y comimos en silencio. Esperaba llegar pronto a Winterville y comprobé el mapa comparando las notas de Improbable con el lugar en el que estábamos. A veces era difícil calcular la zona porque él seguía las rutas de carretas mientras que Fade y yo corríamos campo a través, siguiendo la ruta más directa, pero creía que los Freaks solo nos habían apartado un poco del camino. Improbable y yo no habíamos hablado demasiado del resto de asentamientos, así que me alegré de que hubiera escrito notas en los bordes de sus mapas. Era como tener su consejo cuando más lo necesitaba.

Otro día de vertiginoso viaje esquivando a los monstruos nos llevó hasta los límites de la ciudad. Digo ciudad porque me recordaba a las ruinas, aunque no estaba igual de dañada ni era tan grande como Gotham. Winterville estaba delimitada por edificios construidos con ladrillo y piedra que eran altísimos comparados con las acogedoras estructuras que había admirado en Salvación. Los caminos, pavimentados con piedra y pulcramente barridos, estaban bordeados de un césped bien cuidado. No había puerta, ni muralla de madera ni valla metálica, pero desconfiaba de mis propios ojos. Seguramente no era posible que un asentamiento estuviera totalmente desprotegido. Esperaba encontrar alguna medida de seguridad, alguna amenaza oculta, aunque solo fuera un hombre apuntándonos con un rifle, pero entramos en Winterville sin una sola advertencia.

—Esto me pone nerviosa —dije.

Pero no olía a nada, o el olor era demasiado débil para que pudiera localizarlo. Si los Freaks hubieran destruido aquel lugar estarían aún allí, y los edificios no seguirían intactos. Los monstruos, en su desesperación por matar a todos los humanos que se escondían en el interior de los edificios, solían romper las puertas y ventanas. Parecía que allí no había pasado nunca nada malo, como si Winterville fuera un lugar especial y bendecido. Mamá Oaks habría dicho que su dios le sonreía.

Justo cuando estaba empezando a pensar que allí no había nadie, una mujer abrió una puerta. Pareció sorprenderse al vernos, pero levantó una mano como amable bienvenida.

—¿Qué os trae por aquí, extraños?

No hay nada más extraño que esto.

—Nos envía la coronel de Soldier's Pond. Dice que el doctor Wilson ha estado trabajando en un proyecto y que debería tener cierta información.

—Ah. —El conflicto desapareció de su rostro—. Entonces debéis seguir esta carretera principal a través del pueblo. Cuando lleguéis al anexo de investigación, seguid a la izquierda. Después bajad dos manzanas, girad a la derecha y llamad a la puerta trasera del laboratorio.

—¿Qué es una manzana? —le pregunté. Me miró como si fuera tonta.

—Dos calles. El laboratorio es el lugar donde trabaja el doctor Wilson.

Es un edificio blanco sin ventanas.

Sería fácil de encontrar, aunque Winterville era más grande de lo que me esperaba basándome en lo que había visto del mundo hasta entonces.

—¿Todas esas casas están ocupadas?

—No —dijo con tristeza—. Actualmente, menos de la mitad.

—¿Los atraparon los Mutantes?

Fade se acordó de usar la palabra que preferían en la superficie.

—No. Desde que el doctor Wilson extendió las feromonas hemos tenido menos problemas con los ataques, pero... tenemos otros.

No parecía muy dispuesta a hablar de ello, y yo no le pregunté más. Nuestro

trabajo no era arreglar Winterville, solo conseguir la información necesaria y sobrevivir al viaje de regreso. Pero tenía una curiosidad.

—¿Tenéis algún ejército permanente?

Una vez más, la mujer negó con la cabeza.

—Es totalmente posible coexistir pacíficamente con los Mutantes si sabes cómo evitar enfurecerlos.

Comprendí que estaba loca y sonreí adecuadamente. Seguí sus instrucciones esperando que no fuera fruto de la demencia. A pesar de sus delirios, nos había dicho como encontrar al doctor Wilson. Cuando nos detuvimos ante el edificio del laboratorio me sentí agradecida.

—Parece una caja gigante —dije.

La falta de ventanas hacía que aquel lugar fuera fácil de distinguir, pero también le confería cierto parecido con una jaula, un lugar donde escondes lo que no quieres que salga a la luz. Conteniendo mis nervios lo rodeé y llamé abruptamente a la puerta trasera, tal como nos habían indicado. Esperé lo que me pareció mucho tiempo antes de volver a llamar. Fade comenzó a mover el pie rítmicamente, no más complacido por la espera que yo.

Al final escuché movimiento en el interior y un hombre de cabello blanco abrió la puerta y me miró con los ojos entornados y evidente desagrado. Parecía no haberse bañado en días y un desagradable hedor venía de la oscuridad a su espalda.

—¿Qué queréis? —Exigió saber—. Soy un hombre ocupado.

—Estoy seguro —dijo Fade educadamente.

—¿Podemos entrar? Traemos un mensaje de la coronel de Soldier's Pond.

—Ah, Emilia, sí, ¿ya ha pasado tanto tiempo? Supongo que sí, o no estaríais aquí. Dejad que coja mis notas, pasad.

Balbuceó las palabras con apenas una pausa para respirar mientras volvía por donde había venido con la aparente intención de que lo siguiéramos sin hacer preguntas.

Lo hicimos.

Fade cerró la puerta a nuestra espalda. El portazo me hizo estremecer, pero eso también significaba que era una puerta sólida y que no cedería por mucho que los Freaks la golpearan. Pero la loca había dicho que no tenían problemas de asaltos... y el estado de su ciudad apoyaba su afirmación, por muy estafalaria que sonara. El doctor Wilson avanzó frente a nosotros, girando a derecha e izquierda casi al azar. La luz del pasillo era tenue, así que tuve que parpadear cuando entramos en una enorme sala que estaba bien iluminada.

Aquellas luces eran parecidas a las lámparas de aspecto mágico de Soldier's Pond, esas que nos habían contado que recibían su energía del sol, aunque estas parecían aún más brillantes. Nunca había visto nada parecido y, mientras Wilson buscaba entre un caos de papeles, me acerqué a la lámpara. Los ojos me dolieron un poco.

—No lo toques —me espetó el doctor. Retiré la mano con culpabilidad.

—Lo siento.

—Te quemarás. ¿Debo suponer que eres una salvaje que nunca antes has visto la electricidad? —me preguntó con un suspiro.

Negué con la cabeza, aunque no estaba segura de qué estaba preguntándome. El científico comenzó a darme una complicada explicación sobre molinos, redes eléctricas, fuentes de energía y corriente de la que no entendí nada.

Pero Fade lo estaba mirando con sorpresa.

—Mi padre me contó historias sobre las maravillas antiguas. ¿Y tú has conseguido que funcionen?

—No es para tanto, de hecho es lo menos importante de mis descubrimientos —dijo Wilson con modestia.

Estaba claro que Fade lo admiraba. *A Tegan le encantaría conocerlo, pensé, y hacerle todo tipo de preguntas sobre medicina.* Pero la coronel había dicho que no era médico, así que era posible que, aunque supiera mucho sobre molinos de viento, no pudiera enseñar nada sobre cómo curar el cuerpo humano.

—He tenido un éxito relativo en los ensayos —dijo—, pero no he sido capaz de militarizar las feromonas como Emilia esperaba, y ha habido... complicaciones.

Todo aquello era un galimatías para mí, pero, antes de que pudiera decir nada, un gruñido resonó a través del laberinto de pasillos. Me quedé paralizada; conocía aquel sonido.

Por alguna razón, allí había Freaks.

Esperaba que el pánico se hiciera presa del anciano, pero este no parecía preocupado. Agitó una mano con indiferencia y siguió buscando entre sus documentos.

—Solo es Timothy, no hay por qué asustarse.

—En el sitio del que venimos, señor, el hecho de que haya Mutantes en el interior de un edificio es un enorme problema.

El científico suspiró.

—No os quedaréis satisfechos hasta que os haya demostrado que no hay ningún problema, ¿verdad? Venid entonces. Terminemos con esto.

Salimos de la habitación principal, que estaba llena de maquinaria cuyo nombre no conocía, aunque sabía que pertenecía al viejo mundo. Me sorprendía que aquellos artilugios aún funcionaran y que el doctor Wilson los utilizara habitualmente. En Soldier's Pond había más artefactos de ese tipo que en Salvación, donde habían decidido dejar de lado la tecnología, pero la de Winterville era una valiosa colección de equipos en estado operativo. El Guardián de las Palabras (el hombre que guardaba nuestras reliquias en los túneles) se habría quedado atónito.

Los fluorescentes (largos tubos de luz que parpadeaban) iluminaban los pasillos proporcionando a nuestro oscuro camino un temblor lechoso. Fade se mantuvo cerca de mí y me di cuenta de que tenía la mano sobre el cuchillo que llevaba en el muslo. Wilson abrió una puerta a la derecha y el hedor que emanó de ella fue inconfundible; me recordó a los túneles, donde los Freaks habían vivido y se habían reproducido durante años sin que nadie los molestara, exceptuando los encuentros ocasionales con nuestros Cazadores.

Esperaba encontrar una brecha en su seguridad, pero, en lugar de eso, vi una hilera de jaulas del tamaño de un hombre. Estaban todas vacías excepto una. Sorprendida y horrorizada, descubrí que la ocupaba un Freak. El monstruo golpeó las rejas y el doctor Wilson suspiró.

—Sí, ya lo sé, se ha pasado la hora de comer. Ten paciencia.

Sacó un cubo de un aparato rectangular del que extrajo una porción grande de sanguinolenta carne. A continuación la tiró en el interior de la jaula como si el Freak fuera su mascota.

La bestia cayó sobre la comida con sus garras y la devoró con voracidad, encorvado porque la jaula no era lo suficientemente grande para que pudiera erguirse. Lo observé cada vez más horrorizada. ¿Cuál era el propósito de aquello? Tegan había dicho una vez que quería estudiar a los Freaks para comprender cómo funcionaban sus cuerpos y descubrir lo que los motivaba. ¿Sería eso lo que estaba intentando hacer allí el doctor Wilson?

—Esto parece cruel —le dije.

—No te preocupes. Timothy es viejo, solo le queda un año o dos. En la tierra salvaje ya habría sido asesinado, porque es débil. Y está ayudándome a comprender sus costumbres.

Recordé lo que Tegan me había dicho cuando se enteró del modo en el que había conseguido infiltrarme en la horda para rescatar a Fade.

—Mi amiga Tegan también tiene curiosidad sobre ellos. ¿Qué has aprendido sobre su capacidad de visión?

—Es parecida a la nuestra, y eso significa que no es buena. Confían más en su sentido del olfato.

—¿A qué te refieres con que no es buena? —le preguntó Fade.

—Comparados con algunos animales, con los halcones, por ejemplo, los humanos tienen una visión muy limitada. Sin embargo, los mutantes tienen el sentido del olfato desarrollado, como los perros o los lobos.

En aquel momento, el Freak levantó la mirada de su espantoso festín. De sus colmillos amarillentos colgaban tiras de carne. Wilson tenía razón; le faltaban cuatro dientes, los más importantes para rasgar y cortar, así que no hubiera tenido muchas posibilidades de sobrevivir en libertad. Suponía que el doctor estaba estudiando sus estructuras sociales... Antes aquella idea me habría parecido absurda, (que tuvieran costumbres y rituales parecidos a los nuestros), pero ya no, después de ver la aldea de Freaks escondida entre los árboles. Me di cuenta de que el doctor Wilson quizá podría informarnos de lo que había ocurrido al mundo y de lo que podíamos hacer al respecto, así que deje a un lado mi asombro y pregunté:

—Hemos venido a recoger información para la coronel, pero me gustaría que me respondieras a algunas preguntas primero.

—Siempre que no sea sobre Timothy.

El Freak nos miró como si entendiera de qué estaba hablando Wilson. Me estremecí.

—En realidad es sobre lo que ocurrió antes.

—¿Quieres una lección de historia? Bueno, tengo tiempo para complacerte. Vamos a tomar algo de beber; después responderé a vuestras preguntas. Fade continuó mirando al Freak, pero cuando abandonamos la habitación nos siguió. La criatura gimoteó cuando Wilson cerró la puerta, como si se sintiera solo. Aquello también me preocupó. No quería empatizar con los monstruos, ni siquiera un poco; eso haría que matarlos fuera más difícil.

Esta vez Wilson nos llevó a la cocina, aunque no se parecía a ninguna en la que yo hubiera estado antes. No había fuego para cocinar, solo aparatos rectangulares como aquel del que había sacado la carne. Era luminoso y estaba limpia. Wilson nos indicó que nos sentáramos a la mesa. Lo hice, sintiendo que el mundo había dejado de funcionar de nuevo según las normas que yo conocía. Fade se sentó a mi lado parecía tan desconcertado como yo.

Giró una palanca y el agua cayó sobre la tetera. El científico movió una rueda y unos anillos concéntricos de encendieron en un brillante color naranja. Era sorprendente. Entonces puso la tetera a hervir; al menos eso no había cambiado. Se sentó en la mesa con nosotros a la mesa con mirada expectante.

—Adelante, entonces. Os concedo el tiempo que tarde el agua en calentarse y lo que tardemos en beber.

Asentí.

—A estas alturas, señor, ni siquiera estoy segura de que preguntar, así que cualquier cosa que pueda contarme sobre por qué Gotham acabó en ruinas y por qué hay Mutantes por todas partes, bueno, supongo que me será de ayuda.

—¿De verdad no sabéis nada? —nos preguntó, visiblemente.

—Solo lo que averiguamos a través de unos periódicos viejos, pero no eran claros —dijo Fade.

—Entonces dejar que os lo resuma. Hace mucho tiempo, en unos laboratorios parecidos a este, los científicos desarrollaron todo tipo de cosas horribles. Seguramente no sabéis lo que son las armas biológicas o químicas, ¿verdad?

Sonaba como si nos compadeciera por nuestra ignorancia.

Cuadré los hombros. Estábamos intentando suplir aquella carencia, ¿no?

—Yo no lo sé.

Fade negó con la cabeza en silencio. Las historias de su padre no llegaban tan lejos, y cuando su madre murió era muy pequeño. Si la gente que te creía no conoce la verdad, no es probable que tú llegues a conocerla.

—Las hay de muchas formas, gaseosas, en polvo, líquidas, pero todas sirven a un único propósito: la muerte y la destrucción. Cuando se crea algo así, los hombres malos siempre quieren probarlo. Eso condujo a una guerra entre las grandes naciones de la tierra. ¿Me seguís?

Sabía que estaba simplificando la explicación para nosotros y, aunque otro quizá se hubiera sentido ofendido, yo lo agradecí. ¿De qué me habrían servido las respuestas si no hubiera podido entenderlas? Así que asentí.

—Ya había escuchado parte de esa historia, pero desde un punto religioso. Mi padre adoptivo me contó que los hombres eran arrogantes y que interfirieron en cosas que es mejor dejar a Dios.

—Algunos estarían de acuerdo con él —dijo Wilson.

—Edmund también nos dijo que había carruajes sin caballos y carretas voladoras —añadió Fade, con vacilación.

—Tiene razón, pero se llamaban coches y aviones. Todavía pueden encontrarse restos de ellos.

—¿Tú todavía los usas? —le pregunté. El científico negó con la cabeza.

—Los combustibles fósiles ya no se producen. La única razón por la que podemos seguir usando la tecnología es gracias a la electricidad que generan los molinos que abastecen al pueblo.

—¿Qué es un molino? —quiso saber Fade.

—Si habéis venido desde Soldier's Pond no los habréis visto.

Wilson cogió un trozo de papel y dibujó algo, y después nos dio una complicada explicación sobre cómo generaba energía al girar con el viento.

Yo no estaba interesada en eso. Cuando la tetera silbó, me di cuenta de que la limitada paciencia del hombre con nuestra curiosidad llegaría a su fin pronto. Tenía trabajo importante que hacer.

—¿Y los Mutantes? ¿Cómo terminó así el mundo?

—He mencionado la guerra —dijo, vertiendo algunas hierbas en tres tazas—. Fue larga. Pero no se luchó con armas y bombas. Probaron nuevos horrores contra los demás, una y otra vez, normalmente en las ciudades de mayor población. El último de aquellos ataques sincronizados fue más virulento de lo que esperaban.

—¿Virulento? —preguntó Fade.

—Poderoso. Tuvo efecto rápidamente y el resultado fue horrible. Gran parte de la población murió, y el arma biológica provocó enfermedades menores que nos acosaron durante los años siguientes. Los gobiernos crearon, pero todas las medidas fracasaron. De hecho, una de las vacunas incluso empeoró el problema. —Llegado a este punto, su relato flaqueó—. Mis antepasados fueron responsables en parte... y yo he continuado con su terrible trabajo.

—Debes de tener una buena razón —le dije.

Se encogió de hombros y continuó con el relato.

—No murió todo el mundo. El patógeno afectó a muchos de un modo distinto. Algunas cadenas de ADN mutaron, una involución sistémica. Se convirtieron en seres primitivos y salvajes a los que solo les preocupaba el ansia de alimentarse.

—Los Freaks —jadeé, olvidando usar el nombre que les daban en la superficie. Aunque no lo había entendido todo, había captado la idea esencial.

El científico parecía interesado.

—¿Es así como los llamáis? Supongo que es adecuado. Y, sí. —Hizo una pausa, como si intentara descubrir cómo formular una idea complicada para que la entendiéramos—. Otros simplemente cambiaron. El ADN es el cimiento de nuestros cuerpos, lo que contiene el código que nos convierte en lo que somos. Es la razón por la que tú tienes el cabello castaño y los ojos azul grisáceos. También lleva una cantidad increíble de información de tus ancestros y tu linaje.

Me miré el dorso de la mano, impresionada.

—¿Tú puedes leer ese código?

Fade estaba ojiplático, porque aquella parecía uno más de las historias de Edmund.

—¿Puede descifrarse?

—No es un código de ese tipo, pero sí, si tuviera el equipo adecuado podría enseñaros lo que quiero decir. —Cogió el lápiz y dibujó lo que parecía un largo ocho de costado—. De esto es de lo que estoy hablando.

—¿Y eso está escondido en nuestros cuerpos? —le pregunté.

—No creo que eso esté relacionado con lo que en realidad queréis saber. Tenéis curiosidad sobre la gente que cambió, ¿no?

Asentí, recordando a Jengu y al resto de Excavadores que me habían salvado la vida en los túneles. Ellos habían cambiado, sin duda, pero no se habían convertido en monstruos como los Freaks, así que comprendía de lo que Wilson estaba hablando.

—Es una hipótesis que no está demostrada, por supuesto, pero sospecho que en su ADN se activó una ruta evolutiva alternativa. Algunos otros rasgos animales de su historial genético se hicieron prioritarios, creando una fisiología divergente. Como el patógeno era tan poderoso provocó estos cambios con mayor rapidez de lo que habría sido posible en la naturaleza, a veces con espeluznantes resultados. Un cambio así tardaría millones de años en producirse naturalmente.

—Así que el mundo fue envenenado —dijo Fade—, y eso convirtió a algunas personas en monstruos, cambió a otras, y mató a muchas más.

—En resumen, sí.

—Pero ¿por qué está todo en ruinas? —pregunté.

Wilson sacó las hojas de nuestras tazas y las llevó a la mesa. Decidí beber lentamente para poder seguir adquiriendo información. No estaba totalmente segura de creerlo, pero su relato coincidía con el de Edmund, sin el toque religioso. Fade rodeó su taza con las manos y me pregunté si se sentiría tan abrumado como yo.

—Después de que los centros de cuarentena fracasaran, el gobierno intentó proteger a sus dignatarios. Los ricos. Influyentes y poderosos fueron evacuados.

—Dejando a Gotham vacía, excepto por la gente que era prescindible —dijo Fade con seriedad.

—Sí. Tuvieron que arreglárselas solos, sin apoyo ni infraestructura.

—¿Están aún ahí fuera esos gobiernos? —pregunté.

—Hasta donde yo sé, no. La información que tengo es la de los registros históricos. Los antiguos enclaves se sumieron en el caos y surgieron nuevos pueblos y asentamientos poblados por grupos de supervivientes.

—¿Cómo Salvación y Soldier's Pond? El científico asintió.

—Por supuesto, como no puedo comunicarme a larga distancia, no puedo contaros cómo es la situación en otras partes del mundo. Pero si las cosas fueran distintas en algún otro sitio, y si tuvieran los medios, seguramente ya habrían establecido contacto con nosotros.

Aquello tenía sentido.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Por los diarios. Mi familia se ha dedicado siempre a la ciencia y mis antepasados anotaron meticulosamente todo lo que ocurrió, mientras pudieron hacerlo. ¿Te gustaría verlos? —Negué con la cabeza y Wilson pareció afligirse—. Me habría gustado tener un hijo a quien transmitirle este legado. Mi esposa murió, y nunca encontré a nadie... Oh, no importa. No es por esto por lo que habéis venido.

En aquel momento lo vi como lo que era, un viejo rodeado de reliquias de una época perdida, sin más compañía que la de un Freak enjaulado. Seguramente era la persona más inteligente que había conocido, pero también la contuve, porque pensé que no lo apreciaría.

Afortunadamente, Fade evitó que el hombre siguiera pensando en su esposa muerta.

—Tengo un par de preguntas más, si no te importa. No están relacionadas con esto.

—Adelante.

—Mis padres murieron a causa de una enfermedad en las ruinas. Murió mucha gente. ¿Fue una de las enfermedades menores de las que has hablado?

—El despliegue inicial fue hace mucho tiempo —dijo Wilson suavemente—, así que lo dudo. ¿Cuáles eran los síntomas?

Fade se lo contó y el científico le hizo algunas preguntas sobre sus condiciones de vida y el agua que bebían.

—Parece disentería, pero no puedo estar seguro.

Fade no parecía sentirse mejor al conocer el nombre de lo que se había llevado a sus padres, pero era bueno saber que las historias de los túneles eran sandeces y que el veneno que había comenzado los problemas había desaparecido hacía mucho, dejando que el mundo sanara lo mejor que pudiera.

—¿Por qué no morí yo también? —le preguntó—. Yo bebía lo mismo que ellos.

Wilson se encogió de hombros.

—Es posible que tu sistema inmunitario fuera mejor. O que simplemente tuvieras suerte. ¿Recuerdas si enfermaste?

Fade negó con la cabeza, claramente frustrado.

—Quizá un poco, pero no tanto como mi madre, primero, y años después mi padre.

—Has dicho que tenías varias preguntas. ¿Cuál es la otra?

Aunque era evidente que estábamos intentando que la bebida nos durara, por el movimiento de su rodilla sabía que el hombre estaba ansioso por volver al trabajo.

—Los Mutantes... ¿por qué se están volviendo más listos?

Justo cuando Fade lo preguntó, deseé haberlo hecho yo también. Wilson pareció alegrarse de que le hiciéramos aquella pregunta.

—Esta teoría tampoco está demostrada, pero sospecho que los Mutantes tienen lo que yo llamo memoria genética.

Fade y yo intercambiamos una mirada.

—No lo entiendo —dije, hablando por ambos.

—La memoria genética es cuando una especie recuerda todo lo que sus ancestros sabían, de modo que, con cada generación, los descendientes son un poco más listos que aquellos que los engendraron.

—Eso sería como si yo recordara todo lo que mi padre y mi madre sabían, y sus

padres y madres... —Me detuve, abrumada por la idea.

—Sin embargo, el cambio no debería haber sido tan rápido —protestó Fade.

—Normalmente no, pero el ciclo de vida Mutante es mucho más corto que el de un humano normal. Sospecho que ese es el precio que pagan por su extraordinaria velocidad, fuerza y sentido del olfato.

—¿Cómo de corto? —le pregunté.

—Dos años de infancia y cuatro de madurez. Rara vez viven más de Díez.

—Pero... los de los túneles no cambiaron tan rápido —dije.

—Supongo que allí había menos recursos y que seguramente pasaban hambrunas. Según las disecciones que he realizado, he deducido que evolucionaron para ser depredadores perfectos, pero no soportan bien las épocas de escasez. Canibalizan sus propios sistemas para sobrevivir, pero, cuando comienzan a digerir sus proteínas cerebrales, la habilidad cognitiva no puede evitar verse mermada.

—Ahora actúan, huelen y tienen un aspecto diferente —dijo Fade en voz baja—. Nos enfrentamos a seres organizados que ya no están convirtiendo en seres capaces de competir con los humanos a todos los niveles.

Aquellas preguntas agotaron la paciencia de Wilson. Se bebió lo que le quedaba de un solo trago y después nos escoltó de vuelta hasta la habitación principal, donde nos entregó una carpeta parecida a la que contenía mis preciados mapas. El científico nos entregó los documentos con expresión férrea.

—Aseguraos de decirle a Emilia que las feromonas no son una solución. Las complicaciones de las que he hablado antes tienen un importante impacto en la población.

—¿Qué significa eso? —le pregunté. El hombre suspiró.

—La exposición a las feromonas Mutantes provocan ciertos instintos irresistibles en algunos individuos. Se vuelven violentos y, en algunos casos... salvajes.

—¿Atacan e intentan comerse a los demás? —Estaba horrorizada—. ¿Cómo puede ser eso una solución?

—Prefería luchar contra Freaks; al menos comprendía por qué nos odiaban y querían matarnos. Si realmente recordaban todo lo que su gente había sufrido con el paso de los años, yo tenía razón, y culpaban a la humanidad de su dolor. Aunque eso no significaba que fuera a permitir que nos aniquilaran.

—No lo es —dijo Wilson—. Pensé que, si destilaba un compuesto basado en secreciones del sistema endocrino de los Mutantes, podría hacerlos pensar que este territorio estaba ya ocupado por sus camaradas y se marcharían sin provocar un conflicto. Esa parte funcionó tal como esperaba. Pero no tenía previsto cómo reaccionarían ciertas fisiológicas humanas.

Solo comprendí que estaba cubriendo la zona de olor a Freak y que eso estaba volviendo loca a su gente.

—¿Ese es el plan de la coronel? Sus soldados se mataran unos a otros.

—Si son vulnerables. Así que aseguraos de decírselo: esta no es la cura milagrosa que está buscando.

Fade se rio.

—Últimamente no está demasiado contenta con nosotros. No puedo garantizar que vaya a escucharnos.

—Cómo no voy a enviar el tratamiento con vosotros, si quiere seguir discutiendo el asunto tendrá que enviar a otro mensajero. Espero que no lo haga —y añadió, con aspecto preocupado—. No tengo personal para defender el laboratorio si decide llevarse el compuesto a la fuerza.

—Destrúyelo —le dije rotundamente.

El hombre parecía tener un conflicto interno porque aquella era una idea que había funcionado, aunque no como pretendía. Al final, llegaría a la misma conclusión. No podía permitir que la coronel desatara aquella plaga en Soldier's

Pond. El uso de compuestos nocivos era lo que había comenzado aquel problema, hacía mucho tiempo. No necesitábamos otro problema antes de solucionar este.

—Ahora tenéis que ir. Tengo trabajo que hacer y una ronda de experimentos que examinar.

Guardé la carpeta de documentos en mi mochila.

—Gracias por su tiempo, doctor Wilson. Lo apreciamos más de lo que se puede imaginar.

El anciano se sonrojó.

—Ha sido un placer arrojar un poco de luz sobre vuestro mundo, ya que no suelo hacer de profesor. Sería más seguro que viajarais durante el día, pero supongo que eso ya lo sabéis. Los Mutantes no son más nocturnos que nosotros, aunque a veces hay excepciones. Hay una mujer en el pueblo que podría alquilaros una habitación para que paséis la noche, si tenéis algo de valor con lo que comerciar. —Nos dio la dirección, y añadió—. Manteneos alejados de la zona sur.

No era necesario que nos dijera que estaba llena de humanos salvajes que podrían intentar devorarnos.

—¿Por qué no los matáis? —le pregunté.

—Porque estoy trabajando en una cura. Era más humano acorralarlos hasta que descubra cómo sanarlos.

Pero ya no parecía esperanzado, así que quizá no quería admitir que había fracasado ni ordenar que aquella pobre gente fuera asesinada.

Se despidió de nosotros con la mano, con advertencia y arrepentimiento en la mirada. Fade condujo el camino a través del pueblo. Tenía un sentido de la orientación excelente en la superficie, mejor que el mío. Pronto tuvimos ante la casa en la que podríamos alquilar una habitación, aunque no estaba segura de qué íbamos a ofrecer por ella. Antes de llamar, busqué en mi mochila y miré a Fade.

—¿Qué crees que querrá? Fade se encogió de hombros.

—Preguntemos. Necesitamos una buena noche de sueño antes de volver.

Me di cuenta de que no había dicho a casa. Yo me sentía del mismo modo, como si solo estuviéramos de paso en Soldier's Pond. Me pregunté de pasada cómo controlarían a los salvajes en la zona sur de Winterville, pero no tenía intención de ir a verlo. Eso explicaba por qué estaba tan tranquilo aquel lugar; imaginaba que habrían tenido muchas bajas.

Fade llamó a la puerta y un par de minutos después abrió una mujer joven, no más de cinco o seis años mayor que yo. No era lo que yo había esperado; creí que aparecería alguien como Mamá Oaks, ya que ella fue quien nos acogió cuando llegamos a Salvación. Me aclaré la garganta.

—El doctor Wilson nos ha dicho que podrías alojarnos durante la noche.

—¿Eso os ha dicho? Entonces será mejor que no deje al viejo chivo por mentiroso. Entrad. Me llamo Laurel, por cierto. Encantada de conoceros.

El interior de la casa era alegre y estaba decorado con cojines de colores. Sin

embargo, el mobiliario era antiguo, lo que significaba que no tenían muchos carpinteros hábiles en Winterville.

—¿Qué me ofrecéis por una noche de alojamiento? —nos preguntó cuándo nos sentamos.

—Noticias —le contesté.

A juzgar por su expresión, la había sorprendido.

—Si no te parece útiles o interesantes, acamparemos fuera. No pasa nada.

La mujer asintió.

—Parece justo.

Le resumí tranquilamente el fin de Salvación, la existencia de la horda, y la inquietud en la que estaba sumido Soldier's Pond.

—Sé que vosotros tenéis un tratamiento que se supone que mantiene lejos a los Mutantes —le dije para terminar—, y que hasta ahora está funcionando, pero no creo que sea una solución permanente.

—No —me respondió con voz temblorosa—. No lo es. Hay gente en el pueblo para la que esta información podría ser valiosa, así que podré sacarle provecho.

No le pregunté qué quería decir con eso.

—¿Es suficiente para que nos alojéis esta noche?

—Y añadiré sopa para los dos —dijo—. Dejad que os enseñe vuestra habitación.

Fade y yo estábamos tan cansados que nos fuimos directamente a dormir y despertamos cuando nos llamó, mucho más tarde, para decirnos que era hora de cenar. Comimos rápidamente y nos retiramos una vez más. Me estaba abasteciendo avariciosamente de todas las horas de sueño que podía, porque no había duda de que serían escasas en el viaje de regreso.

Por la mañana, Laurel nos dio un poco de pan para el camino. No sabía si hacerlo porque no lo había consultado con Fade, pero me pareció buena idea, así que, al despedirnos, le dije:

—¿Podrías decir a los hombres del pueblo que estamos formando un ejército en Soldier's Pond? Si alguien quiere alistarse deberá ir hasta allí, y después podrá marchar con nosotros. No hay otra opción: tenemos que luchar.

Los hombres podrían pensar que sería la coronel quien estuviera al mando en aquel ejército, pero no sería culpa mía. Le eche un vistazo a Fade y me di cuenta de que había captado el sutil engaño, pero no dijo nada.

Laurel asintió.

—Pocos podrían hacer el viaje. No somos guerreros, en general.

—Eso es lo único que pedimos.

Como habíamos dormido casi un día entero y habíamos comido bien, el viaje de regreso fue más llevadero. Los Freaks aún nos seguían la pista, pero los eludimos y, a veces, lo burlamos. Tardamos dos días y medio corriendo constantemente, con paradas cortas solo para comer y descansar. No dormí más de tres horas seguidas hasta que vi la valla de alambre de espino brillando bajo el sol de la mañana.

—Lo conseguimos —le dije a Fade, exhalando un suspiro de cansancio.

Aminoré el paso al oír que algunos centinelas gritaban que no nos dispararan. *Tranquilizador*. Había cadáveres de Freaks alrededor del perímetro.

Al parecer, un grupo de caza había puesto a prueba las defensas de Soldier's Pond en nuestra ausencia; no les había ido demasiado bien, pero no pasaría mucho tiempo antes de que otros vinieran en busca de sus camaradas perdidos. Preveía que iba a pasar lo mismo que en Salvación, aunque aquellos soldados podrían soportar un asedio más largo.

Mientras nos acercábamos, neutralizaron las defensas lo suficiente para que pudiéramos entrar. Fade aceleró el paso, ansioso sin duda por terminar aquella misión. Yo estaba de acuerdo con él, pero no conseguimos presentarnos ante la coronel antes de que Tegan nos encontrara. Y nunca la había visto tan enfadada.

—¡Me habéis dejado atrás! —gritó, y después se acercó a mí y me golpeó.

Estaba tan perpleja que ni siquiera intenté esquivar el golpe, así que me dio un puñetazo justo en la nariz que me dolió como el infierno. La sangre bajó sobre mi labio superior y se me metió en la boca. Boquiabierta, busqué en mi bolsa un trozo de tela para limpiármela.

—Has estado entrenando —le dije.

—En realidad no.

Parece conmocionada; no esperaba acertar el golpe y ahora estaba horrorizada ante su propia violencia. Pero no permitió que eso disminuyera su enfado.

—Después de todo lo que hemos pasado, no puedo creer que os marcharais sin decírmelo. ¿Podéis imaginaros lo preocupados que hemos estado?

—Iba a volver —le dije, sintiéndome culpable.

—¡No lo sabíamos! Tu madre lleva llorando dos días. ¡Dos días! ¿Qué pasa contigo? ¿No entiendes lo mucho que te quieren los Oaks? Si los Tuttle hubieran sobrevivido, yo jamás, jamás habría...

Y entonces Tegan se derrumbó y las lágrimas comenzaron a bajar por sus mejillas.

La abracé porque no sabía qué más hacer, y susurré:

—Lo siento, lo siento mucho.

—No me pidas perdón a mí. Pídeselo a Mama Oaks, a Edmund y a Rex. —A continuación, Tegan arponeó a Fade con una dura mirada—. Y en cuanto a ti, creía que tenías más cabeza. Deuce tiene la de un aprendiz salvaje, pero tú sabes lo que es tener una familia. ¿Por qué dejaste que hiciera esto?

Fade se movió, incómodo, y me gustó verlo tan desconcertado.

—Cuando toma una decisión es imposible hacer que cambie de idea —murmuró al final.

Lo justo hubiera sido que culpara a la coronel, que era la que estaba detrás de todo aquello, pero el hecho de que no se escudara en el enfado de Tegan mediante excusas decía mucho de él. Habíamos hecho daño a la gente que se preocupaba por

nosotros, y la razón no importaba. Era el momento de compensarlos. La coronel tendría que esperar.

Pasamos dos horas comiendo, explicándonos y disculpándonos constantemente antes de ser perdonados. Al final, creo que mi familia estaba tan contenta de verme de vuelta y viva que no pudieron seguir enfadados. Además, cuando Mamá Oaks vio mi nariz hinchada su instinto maternal sacó lo mejor de ella. Regañó a Tegan por meterse conmigo, lo que me pareció divertidísimo.

Pero mi madre no se alegró cuando dije:

—Tengo que ir a ver a la coronel antes de que envíe alguien por mí. Si nos retrasamos podríamos darle una excusa para no cumplir su parte del trato.

—¿Qué trato? —preguntó Edmund con preocupación mientras yo salía precipitadamente con Fade a mi espalda.

Encontramos a la coronel Park donde estaba habitualmente, enfrascada en los mapas que rastreaban los movimientos de los Freaks cercanos.

—Creo que habéis tenido algo de acción en nuestra ausencia —le dije. La mujer se encogió de hombros.

—Nada de lo que no podamos ocuparnos. ¿Tienes los documentos? Le entregué la carpeta y le repetí la advertencia del doctor Wilson.

Entornó los ojos, pensando que me estaba inventando la traba, pero entonces desprecintó los documentos y comenzó a leer. Frunció el ceño, pero yo noté la preocupación que acechaba bajo aquel gesto. Cuando un guerrero se enfrenta a un enemigo que no puede ser derrotado bajo las condiciones existentes, es normal que se alarme. Si sus hombres descubrían lo mal preparados que estaban para enfrentarse a la horda, la disciplina se quebraría. Aun así, comprendía su situación. No podía despojar al pueblo de todos sus defensores para plantar batalla, dejando el lugar desprotegido. La coronel estaba entre la espada y la pared.

—¿Cómo era la situación en Winterville? —me preguntó, sorprendiéndome.

Adivine muy pronto el motivo de aquella pregunta.

—Extrañamente tranquila. Supongo que tenían el doble de población antes de usar la poción. Fade y yo solo vimos a tres personas mientras estuvimos allí... La mayoría se esconden, supongo, debido a los problemas en el sur.

La mujer apartó los documentos con un suspiro cansado e inclinó la cabeza. Comprendí que decidió abandonar la idea, que decidió no sacrificar a su gente. Empezaba a caerme mejor.

—Entonces esto ha sido una pérdida de tiempo. Supongo que ahora querrás dirigirte a los hombres.

Incliné la cabeza.

—Yo he cumplido mi parte del trato.

—Los reuniré, pero no me culpes si no te toman en serio.

Los nervios revolotearon en mi estómago. Aquel era el verdadero inicio de nuestra resistencia. Lo sentía en mí sangre y en mis huesos, pero lo cierto era que

podía terminar antes de comenzar. Hablar nunca había sido uno de mis puntos fuertes; era buena con las armas, no con palabras.

—Puedes hacerlo —me dijo Fade en voz alta.

Él confiaba en mí, así que cuadré los hombros y seguí a la coronel. Nos condujo hasta el campo de entrenamiento, donde detuvo a alguien y le dijo:

—Reúne a todos los hombres excepto a los centinelas.

Tardamos bastante en congregar a los soldados de los extremos más alejados del pueblo. Por su semblante, estaban molestos por haber sido apartados de sus tareas. Pronto, todos aquellos ojos estarían fijos en mí.

La coronel subió al estrado que usaba para dirigirse a las tropas.

—La mensajera de Salvación tiene algo que decirnos. Por favor, dedicadle la misma atención y educación que me ofrecéis a mí.

Subí al estrado con el estómago revuelto. Estaba sola allí arriba y todos pensaban que era solo una niña estúpida, absurda y pretenciosa. Tenía la garganta seca. Entonces vi a mi familia en la parte de atrás, mirándome con atención. Era extraño, pero Mamá Oaks parecía orgullosa, y Edmund estaba asintiendo. No tenían ni idea de lo que iba a hacer, pero aun así pensaban que tendría éxito.

Exhalé y elevé la voz.

—Algunos de vosotros no me conocéis. Resumiré mi historia. Vengo de las tribus subterráneas, un lugar tan oscuro que ni siquiera podéis imaginarlo. Antes de los quince años nunca había visto la luz del sol. Pero vine a la superficie y sobreviví, a pesar de que todos me dijeron que era imposible.

Recibieron mis palabras con un murmullo descontento; estaba claro que dudaban de mí. Los ignoré y continué.

—En las ruinas de Gotham encontré a algunas personas que intentaron matarme. Las chicas de las bandas no luchaban... pero yo sí. Y sobreviví. Trabé amistad con uno de esos salvajes y lo traje conmigo.

Stalker me miró a los ojos y asintió bruscamente; sus cicatrices resaltaban comparadas con los suaves rostros a su alrededor. Su enfado me dio valor. Esta vez no estaba segura de que se debiera a mí.

—Lo único que teníamos era una historia sobre la seguridad del norte. En la tierra salvaje debería haber sido imposible encontrar ayuda. Había Mutantes por todas partes y no teníamos mapas, pero aun así lo conseguimos. Improbable nos condujo hasta Salvación, y ellos nos acogieron. Luché para ellos hasta mi último aliento, pero no fue suficiente. Me enviaron a buscar ayuda y llegué demasiado tarde. Eso me atormenta.

No tenía palabras sofisticadas para convencerlos, solo la verdad de mi vida. Así que busqué en mi bolsillo y saqué mi naípe manchado de sangre.

—Me llamo Deuce, y tomé mi nombre del dos de picas. Yo sé, por las cosas a las que he sobrevivido y los lugares en los que he estado, que no hay nada imposible. Según los demás, yo no debería estar aquí. Pero lo estoy.

El patio estaba en silencio absoluto, y los soldados ya no parecían irritados. En algunos rostros podía leer incredulidad e interés. Otros solo estaban escuchando. Un hombre estaba dando golpecitos con el pie.

Reuní el valor que me quedaba y terminé.

—La única derrota segura es la que tiene lugar cuando os rendís. Necesitamos un ejército que luche por el mundo entero, no por un solo pueblo, y mi intención es reunirlo. Vuestro coronel me ha dado permiso para reclutaros. Si os unís a nosotros, a partir de ahora solo deberéis lealtad a esta causa. Dad un paso adelante, valientes soldados. Es el momento de hacer lo imposible de nuevo.



Se dio cuenta de que el animal que se le venía encima era un lobo espantoso.

—GEORGE MACDONALD, *El Muchacho Diurno y la Chica Nocturna*.

Cuando terminé de hablar esperaba una demostración masiva de apoyo. Les había expuesto toda mi verdad y, a cambio, la mayoría ni siquiera se molestaron en reírse de mí. Volvieron a sus deberes y a sus viejas rutinas. Bajé del estrado sintiéndome tonta y con un nudo en el estómago de vergüenza y humillación.

—Absurdo —dijo un soldado—. No puedo creer que la coronel nos haya hecho perder el tiempo con esto. Esta chica ni siquiera puede defenderse de un puñetazo en la nariz.

Me sentí humillada. Mi historia no había significado nada para ellos. Seguramente no me creían, y aquel era un dolor nuevo. Nadie me había considerado una mentirosa antes.

El campo de entrenamiento se había quedado casi vacío, pero algunos seguían allí. Los miré con cautela, preguntándome si pretendían darme problemas. Pero, cuando me acerqué, los reconocí: Morrow, Spence, Tully y Thornton. *Todos los ejércitos tienen un principio, por humilde que sea.* Me acerqué a ellos con cierta desconfianza.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —les pregunté.

—Nos apuntamos —dijo Tully hablando, suponía, por todos.

—¿Por qué?

Thornton me miró con severidad.

—Soy viejo y no me queda familia. Prefiero morir luchando contra los Mutantes que por alguna enfermedad que nadie sabe cómo curar.

—Nos gusta vivir peligrosamente.

Spence intercambió una miradita con Tully que no supe cómo interpretar. Pero no importaba por qué quisieran unirse a mí; solo importaba que supieran luchar, y yo los había visto en acción.

—¿Y tú? —le pregunté a Morrow.

—En el fondo no soy más que un cuentacuentos —me dijo—. Y este parece que podría ser uno bueno.

Podría entretenernos cuando tuviéramos en el campo, y yo ya había visto que era bueno en las situaciones difíciles, así que incliné la cabeza.

—Estoy esperando noticias de Winterville. Les daremos tiempo para hacer el viaje y después partiremos, así que tendréis que descansar bien.

—Sí, señor —dijo Tully, pero no parecía haberlo hecho con sarcasmo.

—Os avisaré la noche antes de la partida. Eso es todo.

Era extraño dar órdenes a unas personas que eran mayores que yo, pero suponía que acabaría acostumbrándome. Con Fade a mi lado, crucé el patio para hablar con

Edmund y Mamá Oaks. Podía ver en sus ojos que temía por mí, pero estaba sonriendo. Aquello me pareció amor, cuando te pones una máscara de valentía sobre el corazón roto porque es lo que la otra persona necesita.

—Hay otros pueblos —me dijo Edmund para animarme. Mamá Oaks asintió.

—Estos hombres no tienen la imaginación suficiente para entender lo que estás intentando hacer. Llevan demasiado tiempo siguiendo órdenes. En otros sitios sería suficiente.

Yo no estaba tan segura, pero apreciaba su apoyo.

—Podrían venir algunos hombres de Winterville.

—¿Cómo es? —me preguntó Edmund, fascinado.

Parecía casi tan interesado en mis historias como yo lo había estado en las suyas. Mientras caminábamos, Fade y yo hicimos turnos para explicarles todo lo que habíamos visto y descubierto. Tanto Edmund como Mamá Oaks se sorprendieron por las luces eléctricas, los molinos de viento y el Freak enjaulado. Tegan y Stalker nos acompañaron, escuchando el relato.

Stalker me detuvo fuera de la casa de los Oaks. Esperaba que quisiera recuperar nuestra amistad, pero, a juzgar por su expresión, seguramente no era eso. Aquel edificio cuadrado sin un fuego donde cocinar me entristecía. Mamá Oaks nunca sería feliz en Soldier's Pond; le habían arrebatado su trabajo, igual que Salvación había hecho conmigo, pero al menos estaba a salvo.

—Entrad —les pedí a Fade y a mi familia.

Lo hicieron después de que Fade me echara una mirada significativa.

—He oído que el reclutamiento no ha ido tan bien como esperabas. En mi opinión, has sido demasiado suave. Has apelado a sus buenos sentimientos en lugar de llamarlos cobardes y acusarlos de carecer del valor para plantar batalla a los Freaks. Eso los habría motivado más.

Me crucé de brazos.

—Si has venido para burlarte de mí, no estoy interesada en escucharte.

Negó con la cabeza.

—No es por eso por lo que estoy aquí. Solo es un consejo para la próxima vez.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Entre nosotros dos no volverá a haber palabras amables. No volveré a suplicarte afecto.

—Nunca te he pedido que lo hagas —protesté.

—Muy bien. Esto es lo que te propongo, y debes saber que tengo otra oferta sobre la mesa. Me pondrás al mando de los exploradores y aceptarás que no tenga que rendirte cuentas a ti. Yo dirigiré a mis propios hombres. Lucharemos con tu grupo, pero seremos libres para ir y venir. Elegiremos nuestras propias batallas.

—¿Y si no estoy de acuerdo?

—Entonces me quedaré en Soldier's Pond. No espero que te importe, pero ellos valoran mi habilidad. No estaré a cargo de los exploradores, pero sé que puedo

escalar posiciones. Y eso me mantendrá lejos de ti.

Lo dijo como si la distancia fuera la cura necesitaría para la enfermedad contra la que estaba luchando.

—Quizá sea mejor que te quedes aquí. No quiero hacerte daño, Stalker, nunca he querido. Excepto cuando nos atrapaste la primera vez, claro. Entonces quería matarte.

Se le escapó una carcajada.

—Y yo pretendía que gobernaras a los Lobos a mi lado. Creía que acabarías valorando lo que iba a ofrecerte.

—No —le dije cariñosamente—. Había muerto luchando contigo. Ceder no está en mi naturaleza. Para mí siempre ha sido Fade. Y siempre lo será.

Stalker asintió, con frialdad en su mirada.

—Lo comprendo. Y puedo vivir con ello. ¿Trato hecho?

Parte de mí no creía que fuera buena idea que viniera con nosotros, pero era un explorador excelente. Me estaba ofreciendo aquel acuerdo porque quería liderar a sus propios hombres. Con los Lobos había estado al mando y no le gustaba seguir órdenes, que era lo que tendría que hacer si se quedaba en Soldier's Pond y se unía formalmente a sus filas. Aunque los exploradores tenían más libertad, existía una cadena de mando, y Stalker quería estar en la cima.

—Ahora mismo no tenemos a nadie a quien puedas liderar, pero acepto.

Stalker asintió.

—Eso me basta. He visto lo que puedes conseguir.

Aquello parecía un voto de confianza, pero se alejó antes de que pudiera darle las gracias. Esperaba que superara mi rechazo con el tiempo, porque echaba de menos entrenar con él. Fade salió de la casa justo cuando estaba acercándome a la puerta.

—¿Qué quería?

Su tono no era duro ni temeroso; aquello también fue un alivio. Ya tenía suficiente de lo que preocuparme para tener que lidiar encima con los celos. Le resumí rápidamente la oferta que me había hecho Stalker.

—Lo hará bien, si es que logramos encontrar algunos exploradores. Suspiré.

—Ya no estoy tan segura.

—Al menos estás haciendo algo. Todo lo grande empieza siendo pequeño.

Quizá estaba cansada, pero aquello me pareció profundo. Fade tomó aliento y después me cogió el rostro con las manos, iniciando el contacto. Lo miré, disfrutando de la calidez de las palmas de sus manos contra mis mejillas. Entonces me dio un beso en la frente, con diversión en sus ojos oscuros.

—Tegan te dio bien.

—Sí. —Agaché la cabeza—. Pero me lo merecía.

Me besó la sien y cerré los ojos con un escalofrío de placer.

—Gracias, Deuce.

—¿Por qué?

—Por tener tanta paciencia conmigo. No sé por qué, pero es mejor y más fácil

cuando yo tengo el control. Cuando me dejas... no sé. —Fade cerró el puño, frustrado por no ser capaz de explicarse—. Es mejor.

—Eso es lo único que me importa. Si eso significa que tengo que esperar a que me cojas la mano o me beses, está bien. Estoy convencida de que llegará el momento en el que ya ni siquiera pienses en ello.

—Podría tardar mucho —me advirtió. Le sonreí.

—Entonces tendré que depender de tus ganas de tocarme.

—Puedes contar con ellas.

Sus ojos oscuros tenían una luz hambrienta, como si quisiera comerme. Y yo quería que lo hiciera.

Aquella noche dormimos todos en la misma habitación del pequeño barracón que le habían asignado a mi familia. Edmund roncaba un poco, y también Rex. En cierto momento Fade bajó de su litera y se metió en la mía. Como me proporcionaba calor no protesté y como quería estar cerca de mí me lo tomé como una victoria personal. Me rodeó con sus brazos de un modo tan natural que volví a dormirme inmediatamente. Cuando desperté se había marchado, seguramente al taller con los otros dos hombres.

Mamá Oaks estaba barriendo el suelo con desgana, aunque no era necesario. Me levanté y cogí una muda limpia con intención de dirigirme al lavadero. Impulsivamente, me acerqué a ella y la abracé. Ella me devolvió el brazo y me dio un par de palmaditas en los hombros como si necesitara consuelo. Y quizá lo necesitaba. El día anterior no había ido como esperaba.

—Encontraremos un lugar mejor —le prometí—. Solo tienes que aguantar un poco; cuando la guerra haya terminado buscaremos un pueblo que encaje mejor con nosotros.

La mujer sonrió.

—Sería imposible tener una hija mejor, o quererte más.

Retrocedí y le cogí las manos, sintiendo tantas cosas que ni siquiera sabía cómo expresarlas.

—Siento lo de Salvación. Ojalá hubiera podido hacer más. Si hubiera detenido al Freak que nos robó el fuego...

—Oh, cielo, no. Quítate ese peso de encima... No eres tú quien tiene que llevarlo. El señor nos envía las pruebas que considera necesarias. Antes estaba convencida de que podías haberte esforzado más por encajar en Salvación. Te quería, pero no siempre te comprendía. Quizá este es Su modo de hacerme entenderlo.

—¿Crees que te arrebató tu hogar para enseñarte algo?

Que alguien que supuestamente era todopoderoso hiciera algo así me parecía cruel y mezquino.

—Podría ser, pero no tiene sentido hacer especulaciones. Los caminos del Señor son inescrutables.

Asentí y cogí mis cosas. Tendría que darme prisa en lavarme y desayunar en la

cantina. Corrí hasta el baño público, que estaba más allá del centro de la ciudad, en un lugar donde habían demolido algunas casas para plantar sus cosechas. Además, a este lado de la valla metálica había jardines. Soldier's Pond aprovechaba bien el espacio que defendía. No había duda de que era eficiente. También había un redil lleno de ganado, pero por lo que había visto usaban la carne con moderación. Me duché rápidamente y me uní a la fila del comedor con los demás tardones. No me gustaba aquella parte de nuestra nueva vida, prefería la costumbre de Salvación de comer en casa. Cocinaba en tales cantidades, la comida era insípida.

No la comerás durante mucho más tiempo.

Eché un vistazo a mí alrededor, pero no vi a nadie conocido hasta que Morrow me llamó. Estaba sentado solo con un montón de papeles, y tenía los dedos manchados de tinta. Cuando me acerqué apartó sus documentos para dejar espacio para mi bandeja. Me senté en el banco frente a él.

—No estabas bromeando —le dije, sorprendida.

—Cuando la gente deja de escribir su historia, el alma del mundo se pierde.

—¿Cómo fue crecer aquí? ¿Elegiste convertirte en soldado por voluntad propia? Todavía no tenía claro cómo funcionaba.

—Yo no nací aquí, y en realidad sigo sin pertenecer a este lugar. Voy y vengo como el viento.

Aunque habló con despreocupación, su rostro se mantuvo serio.

—Pero la coronel te envió con nosotros a Salvación, junto a sus mejores hombres.

—Ya viste mi trabajo con el florete. ¿No estás de acuerdo en que soy diestro? —No podía discutirlo. Continuó—. Y ella no me envió. Yo decidí ir. Hay una enorme diferencia.

Elevé una ceja.

—¿Por qué pensaste que sería una buena historia? Morrow señaló sus papeles.

—¿Qué crees que estoy escribiendo?

No sabía cómo sentirme al respecto. En cierto sentido me parecía irrespetuoso convertir en un entretenimiento lo que la gente de Salvación había sufrido, pero otra parte de mí creía que era bueno y adecuado que fueran recordados. Me tomé el resto del desayuno sin disfrutarlo mientras reflexionaba sobre aquellos dos pensamientos en conflicto.

—Gracias por la compañía —le dije mientras me levantaba—. Me pondré en contacto contigo dentro de un par de días, cuando sepamos cuántos hombres vienen de Winterville.

—Supongo que no muchos. Es por eso por lo que el doctor Wilson estaba trabajando en una solución pacífica para el problema de los Mutantes.

Me pregunté cómo se habría enterado de lo de las feromonas y qué más sabría al respecto, aunque era posible que estuviera marcándose un farol para intentar que le diera información para sus malditas historias. Aunque lo necesitaba en mis tropas, no confiaba totalmente en él ni en su motivación, ya que parecía tener sus propias

razones para unirse a mí. Aun así, era mejor tener hombres que pudieran pensar por sí mismos que hombres que siguieran a un líder ciegamente.

Tres días después llegaron cuatro hombres de Winterville. Estaban agotados y dos de ellos además estaban heridos por una escaramuza que habían tenido con los Freaks. Tegan trató sus heridas, que no eran graves. Cuando descubrieron que el mensaje no era de la coronel se enfadaron, pero todos habían perdido a sus familias en la locura que el doctor Wilson había provocado cuando roció el pueblo, así que no tenían a nadie esperándolos y sí una fuerte razón para luchar.

Al día siguiente nos reunimos en el campo de entrenamiento y pasé lista. Cuatro de Soldier's Pond. Cuatro de Winterville. Cuando Tegan se presentó sin decir una palabra, desafiándome con ojos iracundos a protestar, sumamos cuatro de las ruinas de Gotham. Eso hacía un total de doce: un número demasiado bajo para enfrentarse a un objetivo tan importante. Mi familia vino a despedirnos. No hubo fanfarria; los soldados no hicieron ninguna pausa en su trabajo o sus entrenamientos. Seguramente creían que íbamos a morir.

Yo estaba decidida a demostrar que se equivocaban.

Nunca antes había estado al mando de algo.

Así que, cuando Stalker interrogó a los nuevos hombres de Winterville y reclamó a dos de ellos para los exploradores, permití que lo hiciera. En parte porque necesitábamos centinelas expertos y en parte porque me sentía culpable por no sentir por él lo que él quería que sintiera. Además, tener información de nuestros enemigos nos vendría bien al resto del pelotón, por pequeño que fuera, y los exploradores también lucharían cuando llegara el momento. Antes de marcharnos comprobé los mapas y memoricé la ruta hacia Otterburn. No estaba lejos de Soldier's Pond, solo a un día subiendo el río a buen paso. Las carretas tardarían mucho más. No esperaba problemas, pero era mejor estar preparado.

—Stalker, ¿te importaría...?

—Saldremos a explorar —me dijo.

Su equipo partió para examinar el camino que teníamos por delante. Sabía por qué no me había dejado terminar; estaba dejándome claro que esta misión había sido elección suya, y que no lo hacía porque yo se lo hubiera pedido.

Me dirigí al resto.

—Adelante. Si nos damos prisa, llegaremos a Otterburn al caer la noche.

Tegan comenzó a caminar con timidez.

—Siento haberte golpeado.

—Estabas enfadada. Lo comprendo.

—Esperaba que me detuvieras.

—Te asusté y herí tus sentimientos. Eso se merece un puñetazo. —Sonreí haciendo una pequeña mueca porque el gesto hizo que me doliera la nariz—. Me alegro mucho de que vengas con nosotros. Necesitaremos un médico con urgencia antes de que esto termine.

—No quiero estar aquí solo para vendarte —me dijo—. Quiero ser capaz de defenderme. No quiero seguir siendo siempre la más débil del grupo.

Asentí.

—Descubriremos con qué arma te desenvuelves mejor y trabajaremos a partir de ahí.

Como ahora éramos soldados, Tegan no me abrazó, pero sabía que quería hacerlo.

—Gracias, Deuce.

Los exploradores encontraron una ruta segura hasta Otterburn, pero había Freaks rastreando a lo largo de todo el río. Me molestaba no poder olerlos con tanta claridad como antes, apenas un murmullo de corrupción transportado por el viento. La situación estaba cambiando a un ritmo que yo no podía seguir, y parte de mí dudaba de mi habilidad para completar la tarea que me había impuesto.

En mi interior había una pequeña voz que me decía: *Encuentra un lugar seguro donde esconderte. No puedes salvar a estos pueblos, y estás loca solo por pensarlo.*

Pero entonces la Cazadora se despojaba de mi cobardía recordándome que prefería morir luchando, como Thornton había dicho. Si ese era el caso, bueno, al menos haría que mi muerte sirviera para algo, como Improbable. De todos modos, si hubiera seguido viviendo en los túneles no me quedarían demasiados años por delante. La Cazadora, que era tan parte de mí como mis cicatrices, me impulsaba a seguir luchando.

El sol estaba hundiéndose tras el horizonte, tiñendo el cielo con largas franjas naranjas y rosadas, cuando llegamos al límite del pueblo. Otterburn se parecía más a Salvación que el resto de asentamientos que había visto. Los edificios eran toscos, pero no estaban encalados ni rodeados por una muralla. La madera estaba ajada, pero no tanto como la de Winterville. Había gente en las lodosas calles, ocupándose de sus asuntos. Sin embargo, era un pequeño asentamiento sin ningún instrumento visible de protección. Su proximidad con Soldier's Pond podría proporcionarles ayuda en épocas de problemas, pero si viviera allí yo no confiaría en la buena voluntad de mis vecinos. Conté treinta edificios en total, veinticinco de los cuales parecían habitados. El resto eran, seguramente, comercios. Teniendo en cuenta su aparente falta de precauciones, me parecía increíble que aún no hubieran sido borrados del mapa.

Me dirigí a los reclutas de Soldier's Pond, incluyendo a Morrow.

—¿Qué sabéis sobre este lugar? ¿Habíais estado aquí antes? Tully y Spence negaron con la cabeza.

—Nuestras patrullas no llegan tan lejos —afirmó el chico.

—Yo hice viajes de aprovisionamiento durante un tiempo —me dijo Thornton—, así que he estado aquí, pero fue hace mucho tiempo. Me retiré de la carretera después del nacimiento de mis hijos.

Un destello de dolor traspasó su serio rostro al recordar que había venido con nosotros porque no le quedaba nadie en Soldier's Pond.

—Yo también estuve aquí, pero no encontré nada por lo que mereciera la pena quedarse —añadió el cuentacuentos.

Seguramente era el miembro del grupo que más había viajado, así que me alegré de que se hubiera presentado voluntario para venir con nosotros.

—¿Alguno de vosotros recuerda el trazado?

—No —dijo Thornton.

—No hice ninguna nota mental —admitió Morrow—. Este sitio es bastante feo.

—No importa. Lo descubriremos —murmuré.

Tegan estaba todavía a mi lado, aunque después del día de viaje ya cojeaba. Aun así, su pierna ya no era tan débil como antes: debía de estar mejorando. Exigirle más esfuerzo aumentaría su resistencia, así que no me preocupaba que fuera capaz de mantener el ritmo.

Paramos en el centro del pueblo y me dirigí a Stalker.

—Echa un vistazo por aquí —le dije—. Intenta encontrar un punto de reunión local, quizá una tienda, o un mercado.

Fade me había contado hacía tiempo que la gente se reunía para comprar y vender mercancías en un único lugar. Algo así era exactamente lo que necesitábamos.

A diferencia de lo que ocurría en otros asentamientos, allí no había guardias ni centinelas. La gente cargada de bolsas y cestas nos miraban, pero nadie nos preguntó que hacíamos allí. Teniendo en cuenta lo que sabía del mundo, no entendía cómo aquel lugar podría seguir adelante, a largo plazo, sin que todos murieran en una masacre. Miré al resto de mis hombres y descubrí que ellos tampoco lo entendían.

La gente parecía bien alimentada. Llevaban ropas sencillas, parecidas a las que usaban en Salvación, aunque allí las mujeres también llevaban pantalones. Olí pan recién hecho y el sabroso aroma de la sopa. Después de la bazofia que habíamos comido en Soldier's Pond, mi estómago gruñó.

—Te estoy oyendo las tripas —me dijo Thornton. Antes de que pudiera contestar, Stalker regresó.

—He encontrado algo llamado taberna. La mitad de los hombres del pueblo parecen estar dentro.

—Entonces es ahí a donde tenemos que ir.

El lugar que Stalker había mencionado tenía un porche en la parte delantera y era más ruidoso que el resto de edificios. Entré y arrugué la nariz ante el fuerte olor. Olía como a fruta podrida, pero más fermentada y combinada con el tenue aroma de los cuerpos sin lavar. Las conversaciones se detuvieron cuando entramos y continuaron un par de segundos después cuando los hombres del interior decidieron que no éramos tan interesantes.

—Es un bar —dijo Morrow.

—¿Qué es eso? —le pregunté en voz baja.

—Sirven alcohol. —Se anticipó a mi siguiente pregunta con una explicación—. El alcohol te vuelve estúpido, ruidoso, y te quita buena parte de tu coordinación.

—Parece un mal modo de pasar el tiempo si quieres sobrevivir —dijo Tegan.

Otra razón por la que Otterburn no se parecía al resto de pueblos.

Pero seguía sin tener idea del porqué.

Había un hombre tras un mostrador. Era un patán grande y calvo con el rostro lleno de cicatrices y un garrote incluso más grande que él a su espalda. Era evidente que era él quien estaba a cargo, así que me abrí camino entre las mesas y le dije:

—¿Te importa si me dirijo a los hombres?

—Depende. No quiero que causes problemas aquí y provoques una pelea.

No creía que mis palabras pudieran tener ese efecto, pero parecía mejor no enfadarlo.

—Estoy buscando soldados para luchar contra los mutantes. Profirió una gigantesca carcajada.

—¿Por qué demonios íbamos a hacer eso?

Fade apareció a mi lado, declarando con su lenguaje que le habría gustado hacer papilla a aquel enorme idiota. No le gustaba que la gente se burlara de mí, fuera cual fuera la razón. Levanté una mano, porque no quería provocar a aquel tipo sin saber qué estaba pasando.

—¿No tenéis problemas con ellos? —le preguntó Thornton, visiblemente escéptico.

—Yo no me meto en vuestros asuntos —contestó el hombre.

—Si nos contarais cómo conseguís manteneros a salvo —dijo Tegan con tono conciliador—, podríamos ayudar a un montón de pueblos.

Yo ya sabía que no sería una solución tecnológica como la que habían probado en Winterville. En Otterburn no había nada que me indujera a pensar que estaban usando maquinaria del mundo antiguo. Allí había lámparas y velas, como en Salvación, que sumaban su aroma al hedor de la habitación. El dependiente se frotó la mejilla con aspecto pensativo.

—Una historia por una historia —sugirió Morrow.

—Si la vuestra es más entretenida que la mía, añadiré al trato sopa y cerveza para todos vosotros. —El hombre señaló a la multitud—. Un cliente contento se queda y bebe durante más tiempo.

Nuestro cuentacuentos asintió.

—Explícanos cómo funciona esto, y haré que pasen un buen rato.

—Antes teníamos problemas con los Mutantes, como todo el mundo. Nos escondíamos en los sótanos y, como eran bestias tontas, no nos encontraban, pero rompían las puertas y los muebles y se quedaban dando vueltas por aquí hasta que se aburrían. De vez en cuando se comían a alguien a quien no le había dado tiempo a esconderse. Hace un año eso cambió.

—¿Cómo? —preguntó Stalker.

Estábamos todos fascinados, incluso los adustos y silenciosos hombres de Winterville. Supongo que habrían deseado descubrir aquel secreto antes de que el doctor Wilson infectara al pueblo y provocara que sus familias se volvieran locas y hubiera que encerrarlas lejos de todos los demás. Pero ¿qué otra cosa podías esperar de un tipo que tenía a un Freak como mascota? Por muy listo que fuera, aquel hombre no estaba bien de la cabeza.

—Hace seis meses los Mutantes convocaron una reunión. En lugar de atacar, nos enviaron a uno de los suyos que sabía hablar.

Un murmullo de incredulidad atravesó nuestro pequeño grupo, seguido por algunas creativas maldiciones. Tomé nota de un par de ellas. Incluso Morrow parecía escéptico, y eso que había leído de todo. Pero a mí no me parecía tan increíble. Recordé cómo se había dirigido un Freak a mí, con su áspera voz. Mientras luchábamos ferozmente tras las puertas de Salvación apuñalé la mano de un Freak y este retrocedió gritando de dolor. Sus turbios ojos casi humanos me miraron con sorpresa.

¿Crees que voy a dejar que me comas sin más?, le pregunté en ese momento.

Comas, me gruñó en respuesta.

Había pensado que aquella palabra había sido un truco, una imitación animal. Ahora, después de lo que había dicho el hombre Otterburn, me pregunté si me habría equivocado. Quizá aquel había sido el comienzo de la estabilización evolutiva de los monstruos, como había dicho el doctor Wilson. No estaba totalmente segura de qué significaba eso, pero seguro que no sería nada bueno para nosotros.

—¿El Mutante os habló? —le preguntó Thornton en un tono que normalmente reservaba para los tontos.

—Así es. Y nos ofreció un trato.

—¿De qué tipo? —le pregunto Fade.

—Nosotros nos mantenemos dentro de los límites del pueblo. No matamos Mutantes en la tierra salvaje. Y proporcionamos un diezmo regular para mostrar nuestra buena voluntad.

Aquello me daba mala espina.

—¿A qué te refieres?

Fade me cogió la mano, quizá como advertencia o quizá como apoyo, y me sirvió de ambas cosas. El dependiente entornó los ojos como si estuviera notando el peso de mi opinión.

—Era lo mejor que podíamos hacer. Y las cosas han sido mucho más fáciles desde que hicimos el trato.

—Termina tu historia —dijo Morrow—, para que pueda explicar la mía.

—El tributo es sencillo. Ofrecemos comida a los Mutantes y la dejamos en un punto concreto una vez al mes.

No era tan malo como me temía. En el enclave les entregábamos a nuestros muertos para apaciguarlos, y de este modo parecían menos interesados en intentar romper nuestras barricadas. Un hábito similar en Otterburn sería inteligente y práctico, aunque suponía que la mayor parte de la gente de la superficie encontraría la idea repugnante. El resto de mis hombres parecían mudos de horror, así que no conté mi experiencia.

Tully habló por primera vez.

—¿De qué estamos hablando exactamente? El hombre se aclaró la garganta.

—Reciben los cadáveres de todos los que se mueren de forma natural.

—¿Y si no hay ningún muerto? —le pregunté.

Las cosas eran mejores en la superficie, de modo que me imaginaba que, en las épocas buenas, la gente no moriría a menudo. Y los Freaks no comprenderían el incumplimiento de los términos de su acuerdo. Me sorprendió descubrir que le habían propuesto algo en lugar de atacar sin pensar. Aquel desarrollo era... tremendamente preocupante.

El patán se encogió de hombros.

—No fue idea mía —dijo, en voz baja—. Pero, para pagar el tributo, hacemos un

sorteo. Y el perdedor va al punto de encuentro.

—Eso suena bastante parecido a un sacrificio humano —le espetó Spence.

El hombre puso las manos sobre el mostrador, enfadado y a la defensiva.

—Nosotros no matamos a nadie. Thornton se acercó a él.

—Los Mutantes lo hacen por vosotros. ¿Durante cuánto tiempo creéis que podréis mantener vuestra población si seguís pagando con esa moneda?

—No es una solución permanente, y podéis imaginar lo asustados que estaban todos después de que los ataques se hicieran más frecuentes, y lo cansados que estábamos de escondernos. Nunca sabías cuando iban a atacar, o quien conseguiría ponerse a salvo. De este modo, al menos, las muertes son predecirles y tienes la oportunidad de despedirte.

Era horrible, pero cierto. Aunque eso no significaba que yo hubiera aceptado un trato así.

El dependiente continuó.

—Y por eso es por lo que no quiero que hagas tu petición aquí. Nadie quiere enfurecer a los Mutantes apoyando a la gente que pretende matarlos.

—Entonces cumpliré mi parte del trato —dijo Morrow—. Si tú mantienes tu palabra.

—Sin duda —contestó el hombre, que parecía aliviado.

Unimos un par de mesas y Morrow se subió sobre una de ellas. Al principio los hombres de Otterburn le gritaron que se bajara y que dejara de hacer el payaso, pero tocó un par de compases con su gaita y todos se mostraron interesados. El cuento que siguió a continuación fue muy poco creíble. Contaba la historia de un niño mago que vivía en una alacena y al que recogía un gigante para llevarlo a un colegio mágico en el que viviría un montón de aventuras. Cuando Morrow terminó, todos estábamos pendientes de sus palabras.

—Y este es el final... por ahora.

Sorprendida, descubrí que se me había enfriado la sopa y que mi bebida se había calentado. Si hubiera tenido algo de valor le habría pagado para que siguiera hablando. Lamentablemente no tenía nada, y Morrow debía de estar sediento. Me tomé la sopa rápidamente, triste por la gente de Otterburn y por mí misma. Allí no había guerreros, así que nuestra primera etapa del viaje había fracasado. No podría derrotar a la horda sin más hombres.

Entonces dejé a un lado mi autocompasión, porque tenía un pequeño ejército al que mantener. Llamé al dependiente y le pregunté:

—Señor, si le prometo que nos habremos ido por la mañana, ¿nos dejaría que durmiéramos en el suelo junto al fuego? Sería agradable pasar la noche bajo un techo cálido antes de volver a la tierra salvaje.

Parecía indeciso, pero Morrow añadió:

—Me he fijado en cuántas jarras de cerveza has vendido mientras estaba contando esa historia.

Pero el hombre lo miró con perspicacia.

—Eso era parte de nuestro viejo acuerdo, pero si estáis interesados no me importa ofrecer otro.

—Espero que no sea del mismo tipo que el que hicisteis con los Mutantes —murmuró Thornton.

Le eché una mirada apaciguadora.

—Estoy dispuesta a negociar.

Entonces limpiad la sala después del cierre, y a continuación podréis retirar las mesas y dormir aquí. ¿Os parece justo? Yo dormiré en la planta de arriba, y antes de retirarme contaré las jarras y las botellas. Si falta aunque solo sea una gota por la mañana, habrá problemas.

—De acuerdo.

No tenía interés en tomar más de su cerveza caliente, que a mí me olía a orina.

Un par de horas después limpiamos en equipo. Aquel no era el tipo de acción que tenía en mente cuando partimos de Soldier's Pond, pero quizá tendríamos más suerte en el siguiente pueblo.

Estaba claro que la situación no podía empeorar.

Siempre es un error tentar al destino con pensamientos así. Tegan me había explicado lo que era el destino, un concepto que había aprendido de sus padres. Sabía un montón de cosas raras como aquella. Y yo no debería haber pensado lo que pensé, porque cualquier situación siempre puede ir a peor. A la mañana siguiente visitamos Appleton y Lorraine. La primera era una aldea parecida a Salvación, aunque tenía instalaciones más modernas. Entendía por qué Improbable había disfrutado tanto de las rutas comerciales. En ambos pueblos usé su nombre para abrirme puertas, y la gente entristeció al descubrir que había fallecido, y más aún al enterarse del destino de Salvación. Aquello fue suficiente para conseguir que me dejaran hacer mi petición.

Pero había llegado a reconocer el brillo en los ojos de un hombre antes de que se riera de mí. Cuando eran más de cuarenta, el sonido podía ser desmoralizante. Echaban una mirada a mi harapiento grupo, escuchaban mi idea y empezaban a reírse. Y esos eran agradables. Algunos hombres nos tiraron comida.

Aquel día estábamos a las afueras de Gaspard. Habíamos hecho la ruta completa, y ya estábamos en la costa. Había pasado tanto tiempo desde que vi aquella enorme extensión de agua que, en lugar de continuar hacia el pueblo que veía a lo lejos, me detuve en la rocosa playa, asombrada. Los hombres se acercaron a mí, cansados y sucios por el viaje. Los había presionado mucho y habíamos obtenido muy poco, pero, hasta ahora, nadie se había quejado. Sin embargo, no creía que siguieran a mi lado si continuábamos vagando sin hacer progresos.

—Nunca había visto el océano —dijo Thornton.

Miré aquellas aguas azul grisáceas cuyas olas se mecían hacia la orilla.

—Merece la pena verlo. —Me dirigí a Morrow—. ¿Va a salir esto en tu historia?

—Podría ser —me respondió.

Gaspard estaba construida en un saliente de tierra que se extendía sobre el agua. Parecía insensato. ¿Y si una enorme ola los ahogaba a todos? Pero, con los Freaks deambulando por todas partes, quizá el mar era el menor de sus preocupaciones. Frente a ellos tenían el océano como un bastión, y a su espalda habían argamasado. Se alzaba más alta que cualquier otra defensa que yo hubiera visto antes, lo bastante impresionante como para detener el fuego y las garras, o cualquier ataque que los Freaks pudieran idear. Solo había un estrecho paso al que se accedía por una puerta de metal. El pueblo tenía un aire amenazante; era una auténtica fortaleza.

Cuando estaba en los túneles, jamás habría imaginado que el mundo fuera tan grande.

Si alguien me hubiera dicho que había tanta gente viviendo en la superficie me habría reído. Todos sabían que estaba en ruinas y era inhabitable. Era duro ver un

recordatorio constante de lo desinformada que estuvo mi gente. Aquellos pueblos no eran tan grandes como Gotham, pero en todos ellos había centenares de personas que vivían con distintas reglas. Ahora comprendía lo tonta que había sido al hacer mi proclama ante la coronel Park. ¿Iba a unir a todo el mundo solo porque necesitara hacerse? No era de extrañar que se hubiera reído... y que el resto de la gente siguiera haciéndolo.

—Hay algo que no comprendo —dijo Stalker. Lo miré.

—¿Qué?

—¿Cuál es el propósito del tributo? Una sola persona no es suficiente para alimentar a un gran número de Freaks, así que no puede ser por eso.

Ah. Así que estaba aún pensando en Otterburn. Tenía que admitir que yo también estaba desconcertada.

—Es simbólico —dijo Morrow. Fade parecía tener curiosidad.

—Explícate.

El cuentacuentos tenía el rostro serio.

—Significa que los Mutantes están dejando que esa gente viva con un sufrimiento constante. Ellos son los ganadores, los jefes supremos, y ni siquiera han tenido que luchar para conseguirlo.

—¿Crees que podría ser una especie de experimento? —Preguntó Tully—. A pequeña escala. Para ver cómo reaccionan los humanos a una proposición de ese tipo, y si pueden confiar en que mantengan las condiciones.

—Si eso es cierto —dijo Thornton, escupiendo en la arena— las cosas pintan mal para nosotros. No queremos que nuestro enemigo aprenda más sobre nuestras costumbres, ni cómo hacer que los asentamientos se arrodillen ante ellos.

Quizá no haya nada que podamos hacer, pensé. Pero preferí no mostrar lo desanimada que estaba.

En el mapa, aquel asentamiento estaba marcado con una barra oblicua. Aunque había podido interpretar la mayor parte de los símbolos de Improbable, aquel se me resistió. Sin embargo, si Gaspard fue peligroso seguramente lo habría anotado de un modo más evidente. No podíamos hacer otra cosa más que continuar adelante. Di la espalda al océano y conduje el camino por la orilla y sobre el terreno escarpado hasta que llegamos a la puerta metálica que sellaba el pueblo. Apareció ante nosotros un hombre que llevaba un casco; su armadura estaba hecha con cuero reforzado, lo que le proporcionaba un aire marcial. Eso me dio esperanza. Quizá había guerreros allí, y algunos podían estar interesados en plantar batalla a los Freaks.

Examinó a nuestro grupo con una dura mirada.

—No abrimos la puerta a mendigos ni ladrones. Id a pedir limosna a otro sitio —nos espetó.

—Traemos pieles para comerciar —contesté, indignada.

Después de dos impresionantes fracasos sabía que no era prudente compartir nuestro verdadero propósito con el hombre que custodiaba la puerta. Fingía ser

importante, pero si lo fuera no estaría allí plantado. Fade que estaba a mi espalda, levantó el hato de pieles que llevaba. Habíamos cazado mientras viajábamos y Stalker había preparado las pieles para dar credibilidad a nuestra razón para visitar Gaspard.

—Los comerciales no suelen ir en grupos tan grandes —dijo el hombre con vacilación—. Los que he conocido viajaban solos o en pareja para evitar mejor a los Mutantes.

Morrow ladeó la cabeza con perplejidad.

—Con esa actitud no vas a conseguir una armadura nueva, tío. El guardia de la puerta maldijo entre dientes.

—Vale. Podéis entrar a comerciar, pero, si me entero de que dais algún problema, haré que estéis en el cepo antes de la caída de la noche.

Conocía aquel castigo porque también había existido en Salvación. Y no había duda de que era algo a evitar. Lo único positivo de aquel viaje fue que aprendimos a evitar que los Freaks nos detectaran, ya que ellos se movían en grupos grandes. Era como si estuvieran poniendo a prueba a los asentamientos, y me preguntaba si pretenderían ofrecer tratos similares a otras poblaciones, tal como habían hecho con Otterburn.

Quizá eso no sería tan malo, pensé, si así nos dejan vivir. Pero se me revolvió el estómago ante la idea de ofrecerles a nuestros muertos, ahora que sabía que estaba mal, y no habría podido quedarme sentada mientras alguien habría podido quedarme sentada mientras alguien querido era sacrificado por el bien común. Incluso la vieja Deuce, la que quería desesperadamente ser una Cazadora pura, habría puesto, peros a aquel tributo. No podía permitir que los Freaks ganaran la guerra de ese modo.

La puerta se alzó con un sonido metálico y entré antes de que el guardia cambiara de opinión. En el interior descubrí que habían sido necesarios seis hombres para abrir, lo que significaba que era increíblemente pesada. Eso ofrecía seguridad, pero cuando se cerró a nuestra espalda también tuve la sensación de estar entrando en una trampa. Todos los guardias estaban sucios y sin afeitado, y tenían una expresión dura en los ojos. Cuando lo notó, Tegan se acercó más a mí y Tully llevó las manos instintivamente a su arma, aunque se detuvo cuando se dio cuenta de que no sería prudente parecer hostil.

A diferencia del resto de pueblos que habíamos visitado tierra adentro, todas las casas de Gaspard estaban construidas con piedras, algo que contribuía al aire frío e intimidatorio del pueblo, ya que estaba acostumbrada a las acogedoras estructuras de madera. Por supuesto, los pueblos se habían expandido a veces usando restos del viejo mundo, como era el caso de Winterville, pero incluso eso parecía más acogedor que aquellas interminables hileras de robustos edificios de piedra. A pesar de la hora que era, la mayoría de las ventanas estaban cerradas, algo que me pareció raro: si yo viviera en una casa así, querría todo el calor que pudiera reunir.

—¿Dónde está el mercado? —le pregunto Morrow.

El guardia señaló sin decir nada. Al parecer no iba a malgastar más tiempo con un

puñado de tramperos excéntricos. Habíamos conocido a ese tipo de viajeros y el arisco hombre tenía razón: solían viajar solos o en parejas. Era habitual ver a un hombre solo, cubierto de pieles y cuero y con una barba hasta el pecho. Vestidos de aquel modo, con un montón de partes de otros animales encima, seguramente era difícil que los Freaks los rastrearán.

Nos adentramos en el pueblo sin que enviara a Stalker a explorar. No sabía por qué, pero creía que era mejor que nos mantuviéramos juntos. Fade permaneció cerca de mí y sabía, por la expresión de Tegan, que tenía la sensación de que estaban observándonos, como si todo el pueblo tuviera sus ojos fijos en nosotros tras los postigos. Me recorrió un escalofrío que no tuvo nada que ver con el clima.

Al principio temí que el guardia nos hubiera dado mal la dirección para fastidiarnos, pero al final la estrecha calle entre edificios dio a una plaza. Los tenderos vendían las mercancías de sus cestas y carretas; había comida, ropa, montones de enseres de cocina y artículos usados. Hice un gesto a Fade y me dirigí directamente al hombre que estaba pasando un cuchillo sobre algunas pieles húmedas, preparándolas para convertirlas en cuero.

—Me gustaría hacer un trueque —le dije.

El curtidor manoseó nuestra carga y examinó las pieles con mirada crítica. Después asintió.

—Puedo usar estas.

Contó cincuenta trozos de metal y me los entregó. Tintinearón en la palma de mi mano.

—¿Qué es esto?

Me miró con desdén.

—¿No has estado nunca en un pueblo de verdad? Es dinero, idiota.

Sirve para comprar cosas. Comida alojamiento, bienes y servicios.

Gaspard no me gustaba nada.

—En otros pueblos se usan objetos diferentes, como fichas de madera.

El curtidor se suavizó un poco.

—No lo sabía. Interesante.

Seguramente yo había viajado más que él, sobre todo después del último mes, pero no dije nada más. Aquel parecía un lugar apropiado para hacer mi petición, pero tenía dudas. Me dije a mi misma que mi mala sensación estaba provocada por el hombre, así que, aprovechando que teníamos con qué pagar, decidí comprar algunas provisiones. Cuando termináramos, hablaría.

Odio todo esto. Mucho.

Di cuatro piezas a cada persona del grupo, guardé las dos sobrantes, y nos dividimos en parejas para comprar. Fade vino conmigo. Me cogió de la mano sin pensarlo, y la despreocupación de aquel gesto me alegró el corazón. Nos detuvimos para mirar una cesta llena de cubos de madera alegremente pintados.

—¿Qué es eso? —pregunté al tendero. Encantado, separó las piezas.

—Es una caja secreta. Se une así.

Lo observé mientras lo hacía y me pareció sencillo, pero, cuando lo intenté, me fue imposible unirlo para formar un cubo perfecto. En lugar de eso tenía un revoltijo de componentes que iba cada uno para un sitio distinto. Fade lo cogió sonriendo y lo unió correctamente.

—Pero ¿para qué sirve?

El vendedor parecía desconcertado.

—Es un juguete. Los niños juegan con él.

En los túneles no nos divertíamos. Incluso los niños entrenaban para asimilar el conocimiento básico necesario para sobrevivir y, cuando no estaban entrenando, se ocupaban de labores de mantenimiento y sanitarias que los ciudadanos mayores del enclave no tenían tiempo de realizar. Recordé que solía pasar todo el día corriendo y que tenía muy pocos momentos para mí misma. Como Cazadora tuve más tiempo de ocio, porque mi trabajo era más peligroso.

—Gracias por tu tiempo —le dijo Fade, volviendo a poner la caja en la cesta.

Me conocía demasiado bien. Como solo contábamos con ocho trozos de metal entre los dos teníamos que comprar algo que el grupo necesitara, no un juguete. Al final compré carne seca, hierbas y una cacerola ligera para que pudiéramos tomar estofado mientras viajábamos. Más tarde nos encontramos con los demás en el centro del mercado. Llevaban las mochilas repletas con las provisiones en las que había gastado su dinero.

No podía demorarme más.

Tomé aliento profundamente y me subí a una caja volcada. Pero la reacción fue inusual. No se rieron. No se burlaron de mí. El silencio, de algún modo, fue peor, pero continué hasta que terminé. Fue el mismo discurso que usé en Soldier's Pond; no se me daba bien hablar. Y quizá aquella era la razón de mis continuos fracasos.

—¡Llamad a la guardia! —Gritó entonces un tendero—. ¡Están perturbando la paz!

—¿Has oído lo que ha dicho? Ha estado viviendo debajo de la tierra...

¡Es una loca o una bruja!

Yo no sabía que era una bruja, pero cuando oí aquella palabra reconocí en ella el miedo y la ira. Aquello no terminaría bien para ninguno de nosotros. Me tragué una maldición. Si terminábamos en el cepo, los pocos hombres que tenía seguramente me abandonarían en cuanto nos soltaran. Corrí hacia la puerta esperando dejar atrás el alboroto del mercado. No tuve suerte. Unos hombres que blandían unas armas parecidas a la de Morrow, aunque menos ligeras, nos rodearon. Sus hojas eran brutales; podían cortar una cabeza o una extremidad con facilidad.

—¿Qué os dije sobre causar problemas? —Nos preguntó el guardia.

—Creo recordar que estabas en contra —dijo Tegan.

Era horrible, pero tenía ganas de reírme; la chica era tan pequeña e inocente que parecía la menos indicada de nuestro grupo para replicar a alguien, pero las

apariencias podían ser engañosas. Sin embargo, las circunstancias cambiaron en un instante. Mis hombres sacaron sus armas y se acercaron para protegerme, poniéndose entre los guardias y yo. No me moví ni proteste.

No tenía ni idea de cómo resolver aquel punto muerto.

—¿**H**as oído lo que ha dicho, Sarge? —preguntó un guardia.
—No, estaba de servicio, como se supone que deberías estar tú —
le espetó el jefe.

Las mejillas del hombre se sonrojaron.

—Pasé por el mercado para beber y allí estaba ella, más chula que un ocho, parlotando como una loca. ¡Quiere robarnos a nuestros soldados!

«Robar» era una palabra muy fuerte. Saqué mis dagas y calculé las probabilidades. Podíamos matar a aquellos hombres, pero ser perseguidos por la gente de Gaspard no haría ningún bien a nuestra causa. Ahora que los Freaks se estaban agrupando, aquella era una complicación que no necesitábamos, así que lo mejor sería una solución pacífica.

—No sabíamos que había ordenanzas respecto a hablar en público —dijo Morrow para apaciguarlos—. ¿Por qué no lo consideramos un malentendido? Nos marcharemos inmediatamente.

Era degradante que tuviera que salir en mi defensa, pero él hablaba mejor que yo. Quizá debería ser él quien diera el discurso de reclutamiento a partir de entonces. La gente creía que yo estaba loca. Pero el guardia negó con la cabeza y sus hombres se acercaron a nosotros.

—Aquí somos muy respetuosos con las leyes. Vosotros las habéis infringido, así que tendréis que ser castigados.

—¿Por hablar en el mercado? —le pregunté, incrédula.

—Por alteración del orden público —me corrigió el guardia.

Aquello era totalmente absurdo. Que un par de personas se pusieran nerviosas y gritaran un poco no me parecía un crimen tan grave.

¿Me merecía el cepo por eso? Pero el guardia continuó.

—Y ahora te estás resistiendo al arresto. Diles a tus hombres que se retiren inmediatamente. Si no lo hacen, serán castigados con la horca.

Fade gruñó. Yo sabía lo que significaba aquel sonido. Era el gruñido del chico medio salvaje que dormía bajo su piel, y cuya ferocidad lo había mantenido vivo en los túneles. Quería calmarlo, pero, dado su precario estado emocional, eso podría haber empeorado la situación. Tocarle sería como apretar un gatillo, y no quería que Fade prendiera como un pedernal con leña seca.

—Pasad de las normas, para variar —sugirió Stalker con tono vulgar—. Dejadnos marchar. O no. Es vuestra vida.

No sé si fue el modo en el que el resto de hombres blandieron sus armas o el brillo de sus gélidos ojos. Parecía un salvaje, con la mandíbula tensa y sus lívidas cicatrices, como si pudiera asesinarlos a todos él mismo. Los guardias de Gaspard

retrocedieron un paso, dejándonos un poco de espacio.

—Quizá por esta vez... —dijo uno en voz baja.

—Marchaos —ordenó Sarge—. Si volvéis os mataré, aunque sea lo último que haga.

Ladró una orden a los hombres para que nos abrieran la puerta. A nuestra espalda se habían reunido los ciudadanos del mercado y estaban gritando preguntas y protestas. Salimos tan rápido como pudimos y la puerta se cerró detrás de nosotros. En lugar de ofrecernos algunos reclutas nos habían amenazado con la horca y nos habían echado del pueblo.

Excelente.

Buscamos un lugar apropiado para acampar. Yo estaba totalmente desanimada. Gracias a la rocosa playa y a la ladera, conseguí encontrar una cortina rompe vientos. Mientras Tully y Spence hacían una fogata, los demás sacaron sus sacos de dormir. Cogí un cazo y usé nuestras provisiones frescas para poner la sopa a hervir. Todos teníamos cuencos de madera y cucharas, pero, hasta entonces, habíamos comido sobre todo fruta y frutos secos que cogíamos de los árboles, así como carne asada. Aquello me recordó nuestro desagradable viaje al norte desde las ruinas, y sentí una punzada de nostalgia por Salvación. No me gustaron todas sus normas, pero nos proporcionó seguridad, buena comida y camas calientes.

—No fue para esto para lo que vine —dijo Dines en voz baja.

No era muy hablador, ya que había demasiado dolor y amargura en él. Había venido desde Winterville con Hammond, Sands y Voo Hess en respuesta a lo que creía que había sido una llamada de la coronel. Habían venido buscando batalla, y yo había malgastado su tiempo. En aquel momento me sentía débil, impotente y pequeña. El mando era demasiado grande, y yo era una incompetente. Había sido la arrogancia, justo como había dicho la señorita James, la que me había conducido a creer que podía cambiar algo. El cielo gris sobre nuestras cabezas era un reflejo de mi humillación, y el océano hacía que me sintiera pequeña. Yo era un grano de arena, un pequeño montón de nada. Suspiré y me senté junto al fuego, agradecida por tener la pared de piedra a mi espalda.

Pero los hombres estaban mirándome, esperando una palabra de ánimo. Ya les había hecho promesas así antes, después de Appleton y Lorraine, después de quitarme la fruta podrida de la cara. Aquel último fracaso había calado hondo en mí, y ya no me quedaban más promesas que hacer. Pero, si no reaccionaba, si no decía las palabras adecuadas, los perdería.

—Yo tampoco —dijo Hammond, mirándome.

Los hombres de Winterville no me conocían. No tenían ni idea de si mis historias eran ciertas.

—Tengo un nuevo plan —murmuré, aunque actualmente se reducía a comer sopa para cenar en lugar de carne pinchada en un palo.

Ellos no necesitaban saber eso. Seguramente lo resolvería.

Stalker me puso una mano en el brazo, la primera vez que me tocaba desde la noche en la que abandonamos Salvación. Sin embargo, también parecía estar enfadado.

—Tengo que hablar contigo en privado.

—Demos un paseo —le dije—. Thornton, te quedas al mando del campamento.

Era estúpido decir algo así, teniendo en cuenta la mala impresión que tenían todos de mí en aquel momento. Yo no estaba a cargo de nada, aquello era un desastre. Aun así me estaba esforzando mucho, y una parte de mí que seguía siendo como una niña, solo quería acurrucarme en algún sitio y llorar. La Cazadora no se lo permitiría, y eso me servía de consuelo.

Caminamos en silencio hasta el agua, donde los demás no podrían oírnos. La brisa era fresca y salada. Me estremecí, pero mantuve la mirada fija en el enfadado semblante de Stalker.

—¿Qué demonios te pasa? —me preguntó. No esperaba que me gritara.

—Yo...

—Chica, no eres buena hablando y por eso estás fracasando. No puedes ir por ahí pidiéndole a la gente que vaya a la guerra contigo. Tegan y yo te seguiremos a donde sea porque te hemos visto luchar. Así es como consigues que la gente se una a tu causa.

Comencé a protestar (¿cómo se suponía que iba a impresionar a desconocidos en pueblos remotos con mi destreza en el campo de batalla?), pero Stalker levantó una mano para acallar mi respuesta.

—Déjame terminar. Una pelea en la puerta de Gaspard nos había hecho un bien mayor que cualquier otra cosa que hayamos hecho hasta ahora. Habríamos logrado que esos guardias recularan. ¿No crees que la gente hubiera hablado sobre ello? Entre la multitud había un comerciante de pieles. Él habría extendido la noticia.

—No entiendo cómo nos habría ayudado eso a añadir hombres al grupo —murmuré.

—No puedes entenderlo. Tú nunca has fundado nada.

—Y tú sí. —No estaba siendo sarcástica. Stalker se había abierto camino hasta la cima entre los Lobos, y después los había convertido en una temida banda que había aniquilado toda oposición. Así que valoraba su consejo.

—Ya basta de vagar por ahí. Elegiremos nuestra base de operaciones, seguramente cerca de Soldier's Pond para que sea más sencillo obtener provisiones. Reclamaremos el territorio y lo protegeremos. No parece gran cosa, pero es así como se empieza. Esto no se diferencia demasiado de las bandas. Yo defendía edificios y calles. Ahí fuera hay llanuras, playas y bosques, así que elige uno.

Pensé en ello y decidí que tenía razón.

—Bosque. Tendremos madera de sobra para construir, y gran variedad de terrenos que nos ofrecerán refugio. Además, es más fácil de defender que un campo abierto.

Stalker inclinó la cabeza con aprobación. Sus pálidos ojos brillaban de excitación.

—Eso suena mejor. Cuando nos hayamos asentado, los Freaks nos encontrarán. Todo dependerá de si podemos derrotarlos o no, pero esa es una batalla que los hombres han estado esperando. La mayoría vinieron buscando la muerte a cualquier precio, o la emoción de la batalla. Y no les has ofrecido ni una ni otra.

Era cierto. Había creído que lo mejor era no enfrentarse con los Freaks ni enfadarlos más de lo necesario mientras aumentábamos nuestro número. Pero eso no funcionaba, así que era el momento de cambiar de estrategia.

—Gracias. Sin ti, esto estaría condenado al fracaso.

—Seguramente —me contestó, con un poco de su antigua chulería.

Pero su mirada no estaba cargada de melancólico anhelo. Stalker había cerrado por fin la puerta a ese deseo. Lo seguí de vuelta al campamento, donde Spence estaba removiendo la sopa. Todos los demás estaban hablando en voz baja limpiando sus armas, o ambas cosas.

Me aclaré la garganta para atraer su atención.

—Siento que nuestro esfuerzo no haya sido tan productivo como esperábamos, pero eso se acabó. De ahora en adelante lucharemos contra el enemigo. Quizá no podamos combatir a la horda, pero mantendremos segura nuestra parte del mundo.

A continuación expuse la estrategia que Stalker y yo habíamos acordado. Los hombres parecían entusiasmados, incluso ansiosos, por defender el bosque junto a Soldier's Pond. Parte de mi humillación desapareció y fue remplazada por satisfacción. Aunque no dirigiéramos un ejército para enfrentarnos a la horda, podíamos lograr aquello. Recordé la aldea que los Freaks habían creado en el bosque cerca de Salvación; nosotros haríamos lo mismo en Soldier's Pond y llegaríamos a conocer cada raíz, rama y árbol, cada sombra, hasta que no quedara ningún sitio donde pudieran esconderse. Si no podíamos enfrentarnos a ellos en masa, los aniquilaríamos uno a uno.

Seríamos fantasmas del bosque.

Aquella noche, todos parecían estar mucho más animados. Tardamos una semana en hacer el viaje de regreso, ya que habíamos estado caminando hacia el este sin cesar desde que nos marchamos de Soldier's Pond. Fue una dura marcha desde el océano. En el oeste también había asentamientos, pero no habríamos llegado tan lejos antes de que el fracaso me aplastara como a un insecto. Sin embargo, ahora que tenía un objetivo plausible me sentía mejor.

Atisbé los puntiagudos árboles verdes que se elevaban a lo lejos tras nueve días difícil viaje. Soldier's Pond estaba al otro lado, al nivel del río, pero no íbamos a llegar tan lejos. Sumados a lo que obteníamos cazando, los suministros que habíamos comprado en Gaspard nos estaban durando bastante, y teníamos que ser capaces de aprovisionarnos en la tierra salvaje. Los Freaks eran lo suficientemente listos como para estudiar nuestros hábitos, así que, si hacíamos viajes regulares al pueblo, nos atacarían en cuanto nos descuidáramos.

No tenía intención de ponérselo tan fácil.

—Aunque no seamos demasiados, enseñaremos a los Freaks a temernos. Hemos pasado demasiado tiempo acobardados en las ruinas y en los asentamientos. Es el momento de recuperar nuestra tierra.

Sí, era solo un trozo de bosque, pero me sentía como si estuviéramos marcando un límite. Quizá era demasiado optimista, pero prefería eso antes que la desesperación. Los hombres sabían que no debían cantar victoria antes de tiempo, pero elevaron las manos anticipando en silencio la matanza que se avecinaba. Un par sacaron sus armas y las blandieron. Eso me hizo sonreír. Quizá aún no tuviera un ejército, pero aquellos pocos guerreros valían tanto para mí como la mayor de las multitudes.

—¿Exploras la zona? —le pregunté a Stalker. Asintió.

—Me llevaré a Hammond y a Sands.

—Busca un lugar adecuado, algo que sea defendible.

Asintió ligeramente y los tres se marcharon. El resto esperamos bajo la verde sombra de los árboles. Las agujas secas cubrían el suelo por todas partes, reliquias de una época de sequía. Tegan se acercó a mí; después del tiempo que habíamos pasado en la carretera estaba delgada y bronceada, y ya apenas cojeaba. No cometí el error de preguntarle cómo estaba su pierna. Ella era mucho más que una antigua herida.

—Eso no es lo que me había imaginado cuando nos marchamos —me dijo.

—Yo tampoco.

Me había imaginado a la cabeza de un glorioso ejército, uno como no se había visto desde el colapso del viejo mundo. En lugar de eso, después de seis semanas tenía a doce voluntarios y estábamos preparándonos para defender nuestra posición en un bosque cerca del pueblo donde habíamos comenzado. Mamá Oaks hubiera dicho que aquello era una lección de humildad para que aprendiera a no vender la piel del oso antes de cazarlo, y seguramente tendría razón.

—Es mejor estar aquí fuera, preparándonos para luchar, que en Soldier's Pond —dijo Spence—. Al menos siento que estoy haciendo algo.

Tully le sonrió cariñosamente.

—Spence odiaba los interminables entrenamientos. Decía que era como prepararse para un día que nunca iba a llegar.

—Nos exigen que estemos preparados para luchar, pero en realidad no quieren enfrentarse a los Mutantes —añadió Spence—. No pasamos mucho tiempo de patrulla ni cubrimos el territorio suficiente. Su hubiera querido trabajar en unos establos no me habría alistado.

Yo ya me había dado cuenta de eso en Soldier's Pond. Aunque era un pueblo lleno de guerreros, libraban muy pocas batallas. Enviaban hombres de patrulla solo con la asiduidad necesaria para mantener limpia la zona, y ese era un modo extraño de vivir, como el Freak al que el doctor Wilson mantenía enjaulado en Winterville. Para mí era simple existencia, porque una valla de alambre definía sus vidas. En cierto sentido también me había sentido así en Salvación. En mi corazón, quería que

el mundo fuera seguro para que los humanos pudieran viajar.

Al final, los exploradores regresaron diciendo que habían encontrado una ubicación adecuada y, cuando la vi, la aprobé de inmediato. Era un claro con trozos de cielo azul mostrándose a través de las copas de los árboles, donde tres ramas estaban lo suficientemente enmarañadas para soportar pequeñas estructuras. Cuando miré arriba, Fade también lo hizo. Bajo el bronceado cobre de su piel estaba pálido, y temí que aquello le recordara demasiado a su secuestro.

—Podríamos empezar construyendo plataforma y pasarelas entre los árboles —dijo entonces, tal como yo había pensado—. Cortaremos un poco de madera y usaremos las ramas para formar un techo improvisado.

Tully señaló una rama recia y firme.

—Podría subir ahí para disparar a los Mutantes.

Era mortífera con su ballesta, y los monstruos no tenían ningún arma comparable. Los demás se dispersaron para evaluar el terreno y decidir cómo usarlo mejor contra nuestros enemigos. Me dirigí a Stalker y a sus hombres con una sonrisa.

—Es perfecto. Buen trabajo. —A continuación llamé a Thornton—. ¿Todavía tienes el hacha de mano?

—Por supuesto. Nunca salgo de casa sin ella. Elevé la voz.

—Entonces, a trabajar. No podemos saber cuánto tiempo tenemos antes de que los Freaks nos encuentren. Quiero que estemos preparados.

Trabajamos en el bosque durante una semana sin que nos molestaran.

Aquello fue bueno, porque nos dio tiempo para llevar a cabo alguno de nuestros planes. Tardaríamos más en construir el tejado, por supuesto, pero cortamos suficientes árboles jóvenes como para construir las pasarelas que Fade había mencionado. Usamos prudentemente nuestros limitados recursos y utilizamos cuerdas, enredaderas y resina para unir los troncos. Tully también se hizo su puesto de tiro. Cuando terminamos, el camuflaje era perfecto y nuestro campamento no podía verse entre las ramas a menos que estuvieras buscándolo. Aún teníamos que cocinar en el suelo, por supuesto, pero se parecía más a una fogata aislada que a un asentamiento, que era exactamente lo que queríamos.

Finalmente, el humo atrajo a los enemigos hasta nosotros. Eso también era parte del plan.

Un grupo de Freaks entró en el claro justo antes del amanecer, seguramente esperando atrapar desprevenido a un trampero. Se detuvieron, y los veinte se quedaron mirando la desatendida fogata. Ellos ya tenían fuego gracias a nuestro campamento estival en Salvación y habían demostrado no tener problemas para proteger la llama durante largos periodos, señal de que sabían que podía apagarse. Por el modo en el que se estaban desarrollando y por lo que el doctor Wilson nos había sobre su memoria colectiva, no me sorprendería que aprendieran a encenderlo solos pronto.

Uno de ellos gruñó al resto y después les hizo un ademán. *Les está dando órdenes*. Entonces los Freaks se desplegaron y comenzaron a olfatear el claro. Sin embargo, antes de que pudieran descubrir que estábamos sobre los árboles, le hice una señal a Tully y el ataque comenzó. Lanzó un proyectil desde su puesto que atravesó la garganta del líder. El golpe fue limpio, hasta que la bestia se sacó el metal del cuello, y un rocío de sangre salpicó por todas partes. Sus soldados reaccionaron con menos nerviosismo del que esperaba, pero, sin su líder, tenían muy complicado el derrotar a un enemigo con un plan de batalla y una ubicación superior.

Spence, junto a Tully, disparó a dos más. Usar armas de fuego era un riesgo: si había más en los alrededores, escucharían el ruido y vendrían a ayudar a sus camaradas, pero la alternativa era bajar el suelo antes de que ellos subieran. Por lo que Stalker había dicho, la horda estaba al este de Salvación, no al oeste. Cuando llegaran a Gaspard seguramente hostigarían la zona durante un tiempo, aunque no les sirviera para nada. Debido a la situación de aquel pueblo, a menos que las bestias pudieran llegar por mar o encontrar un modo de traspasar aquella enorme muralla, su única opción de vencer era mantener un largo asedio que matara de hambre a la gente del interior.

Quedaban diecisiete Freaks a los que matar. Asentí en dirección a Tegan, que aún tenía mi rifle. Se inclinó sobre la plataforma, se preparó y disparó. Aunque su puntería no era muy buena, la ventaja que tenía al disparar desde arriba ayudaba. Jamás había intentado disparar a uno por la espalda, pero funcionó. El monstruo gritó de rabia y giro, gruñendo desafiadamente. No fue un disparo mortal. Apuntó de nuevo y esta vez acertó en el pecho, y eso acabó con él. Tegan estaba exultante; al parecer le sentaba bien hacer valer su fortaleza. Yo no subestimaba su habilidad médica, pero la capacidad de defenderse hacía que la gente se sintiera poderosa, y ella lo necesitaba.

Tully recargó y mató a otro, y Spence abatió a dos más. Aquello era lo que yo había estado esperando: una perspectiva ligeramente mejor.

Los hombres necesitaban una victoria decisiva para restaurar la moral que habíamos perdido vagando y suplicando ayuda por ahí. Di la señal para saltar y comenzó la siguiente fase de la batalla. Atacamos todos a la vez desde arriba. Para mí, los demás eran un borrón de puños y cuchillos. Saqué mis dagas antes de que el primer Freak llegara hasta a mí. Me atacó y le contesté con un rápido movimiento de muñeca.

Me sentí bien al cortarle la garganta.

Otro ocupó su lugar. El claro era un caos de gruñidos y garras en movimiento, de colmillos intentando morder. Fade se abrió camino hasta mí y se colocó a mi espalda. Luchamos como siempre lo habíamos hecho, como una sola persona, y la belleza de nuestros movimientos coordinados era como el goce de un largo beso. Stalker era un remolino de elegante ferocidad; allí donde él se movía, las bestias caían. El arma de Tegan quedó en silencio y sospecho que no se atrevía a disparar mientras estábamos luchando. La respetaba por conocer sus limitaciones. Uno de los proyectiles de Tully golpeó al monstruo con el que estaba luchando.

Después de abatir a otro eché un vistazo a Thornton, que aturdió a una bestia con el puño. Morrow la remató. Eran eficientes juntos, la fuerza bruta unida a la delicadeza. Morrow me vio mirándolo y me guiñó un ojo, y después giró para seguir luchando. A mi espalda, Fade combatía con todo su cuerpo (codos, hombros, rodillas) mientras evitaba hábilmente las mandíbulas del Freak. Yo bloqueé un amago y después probé una nueva maniobra: lancé una patada y, cuando el Freak saltó para evitarla, lo destripé con una embestida baja.

Nuestro plan se convirtió en un caótico cuerpo a cuerpo en el que los Freaks se movían sin pensar. Algunos golpeaban a quien fuera que estuviera cerca; otros huyeron. Tully y Spence abatieron a los dos últimos mientras corrían hacia el límite del claro. Yo estaba jadeando, pero me sentía eufórica. No había duda de que aquello había sido una victoria. A mi alrededor, los hombres estaban celebrándolo.

—Solo ha sido una batalla —dije—, pero aquí empieza todo. Respondieron saltando y gritando. Tegan nos examinó a todos.

Excepto Tully y Spence, los demás teníamos rasguños sin importancia,

magulladuras y marcas de garra, pero nada grave, ninguna herida que exigiera demasiada atención médica. Necesitábamos demostrar nuestra habilidad de aquel modo; levantaría nuestra moral durante los momentos duros, y no tenía duda de que tendríamos más de uno en el horizonte.

—Saquemos los cuerpos de aquí —continué—. Este sitio va a empezar a apestar pronto.

—¿Qué deberíamos hacer con ellos? —me preguntó Spence.

Después de recordar cómo nos habían atormentado y el modo en el que habían destruido Salvación, encontré la respuesta.

—Arrastradlos hasta el límite del bosque —contesté con el corazón tan frío como el hielo—. Coged las cabezas, y quemad el resto.

—¿Qué vamos a hacer con las cabezas? —me preguntó Thornton. Stalker respondió por mí, con una luz de aprobación en los ojos.

—Sospecho que vamos a clavarlas en estacas en el perímetro de nuestro territorio.

—Totalmente correcto. Morrow frunció el ceño.

—Eso es una salvajada.

—Por supuesto. También es una advertencia que comprenderán, porque ellos fueron los primero en usarla contra nosotros.

En sus expresiones pude ver que había algunos a quienes no les gustaba, sobre todo a Morrow y a Tegan, pero yo ya no estaba para delicadezas. Los Freaks sabrían exactamente lo que significaba aquello, y ese era el objetivo. Si respetaban los límites de nuestro territorio, nos aburriríamos y tendríamos que cambiar de estrategia. Si no lo hacían (y esperaba que no lo hicieran), las cosas se pondrían interesantes.

Ayudé a los demás a arrastrar los cuerpos. Stalker mantuvo un ojo vigilante sobre el terreno a nuestro alrededor, como si aquel fuera un punto peligroso. Estábamos con la guardia baja, Ocupándonos de las secuelas de la batalla. Además, mientras amontonábamos los cuerpos decapitados de los Freaks para quemarlos, nos encontrábamos en campo abierto. Tegan reunió hierba seca y ramas para avivar el fuego y Thornton donó un chorro de licor que había obtenido en una de nuestras muchas paradas. Cuando prendió, se extendió un asqueroso hedor y una columna de humo se elevó como una señal.

Y entonces fue cuando apareció la segunda oleada.

Venían desde el sur y el grito de advertencia de Fade nos proporcionó tiempo suficiente para que Spence disparara un par de balas y para que Tully lanzara dos proyectiles antes de que nos alcanzaran. Saqué mis dagas y retrocedí lo suficiente como para tener espacio para moverme. Sería muy mala suerte, y una tremenda ironía, que tropezara con el cadáver de un Freak y me mataran a mordiscos por torpe. Llegaron demasiado rápido para que pudiera contarlos, y pronto estuve luchando por mi vida contra cuatro de ellos. *¿Dónde está Fade?* Bloqueé con el antebrazo derecho y corte dos garras con la izquierda que se quedaron colgando de un hilo de musculo y piel, balanceándose. Lo atravesé con otro golpe y solo quedaron muñones de

sanguinolento hueso sobresaliendo de la mano mutilada. Los otros tres reaccionaron como uno solo, y no iba a poder bloquear todos sus golpes. Di una voltereta hacía atrás, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio, pero no caí bien, ya que la hierba estaba húmeda por la sangre. Me escurrí y mis enemigos aprovecharon la ventaja.

Afortunadamente, me recuperé lo suficientemente rápido para evitarlo todo excepto dos golpes de sus garras colectivas. La sangre borboteó en las brechas que dejaron en mi carne, pero clavé mis dagas en el pecho del primero y después lo abrí en canal. Los Freaks solían ser predecibles al atacar. Con el paso de los años había aprendido cómo luchaban: golpe, golpe, mordisco. Si conseguían morder, no soltaban. Rodé para esquivar un ataque, usando el suelo húmedo para ponerme fuera de su alcance.

Antes de que pudieran llegar hasta mí me puse en pie de un salto, ignorando el dolor de mis brazos. ¿Qué eran un par de cicatrices más? A mi alrededor vi a Fade, luchando por llegar hasta mí, y a Stalker, que estaba matando como si fuera lo que más le gustara del mundo. Escuché gruñidos de Thornton y nada en absoluto de Morrow. Spence estaba conservando su munición y usaba su cuchillo y su bota mientras Tully disparaba a su espalda. El caos de la matanza era hermoso, en cierto sentido, y yo contribuí a aquella belleza abriendo las venas de otro mientras corría hacia mí. La sangre manó de sus heridas, pero no era fétida; solo sal, cobre, y una fuerte olor carnosos.

Cuando cayó el último monstruoso había treinta de ellos en el suelo, y todos nosotros estábamos en pie. Se oyeron más vítores, ya que acabábamos de aniquilar cincuenta y cinco Freaks. *No está mal para un día de trabajo.* Estaba agotada y empapada en sangre, aunque la mayoría no era mía. Me froté los ojos, satisfecha. Los demás parecían sentirse igual que yo, con la posible excepción de Morrow, cuya expresión no podía descifrar. El hombre tenía talento con el florete, pero no mostraba orgullo de guerrero.

—Coged las cabezas de estos también —dije—, y después añadidlos al montón.

Tardamos el resto del día en terminar la quema, y parte de la noche en colocar todas las estacas de advertencia alrededor de nuestra base. Era un trabajo macabro, y Morrow y Tegan optaron por permanecer en el campamento. Cuando volvimos estaba hambrienta, sucia y cansada, pero también esperanza. Aquella era la razón por la que los hombres me habían seguido desde sus hogares. No les importaba a qué escala; lo único que querían era matar Freaks. En algunos casos, querían vengarse. Otros querían sentir que estaban convirtiendo el mundo en un lugar más seguro. En cuanto Morrow, no tenía ni idea de qué estaba haciendo allí, pero, a la luz de la fogata, escribió algunas notas en un libro que llevaba en su bolsillo.

Había un manantial cerca, así que Fade y yo cogimos algunos recipientes para traer agua con la que beber y lavarnos. Aunque sospechaba que habíamos acabado con todos los Freaks de la zona, me mantuve alerta mientras llevábamos los

recipientes llenos de vuelta al campamento. Bajo la luz de la luna, Fade parecía tan cansado como yo.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí? —me preguntó.

—Hasta que los Freaks dejen de venir, o hasta que estemos muertos.

—¿Crees que aprenderán a temernos?

—Eso espero. No sé qué otra cosa hacer. Los únicos que podrían sobrevivir a la horda son los que viven en lugares como Gaspard.

—Pero la mayor parte de los asentamientos no están tan bien ubicados —dijo Fade en voz baja.

Aquello me preocupaba. Preveía que lo que había ocurrido en Otterburn sucedería en el futuro con todos los pueblos sin protección, y no creía que los Freaks estuvieran dispuestos a mantener el acuerdo para siempre. Era un ardid para conseguir que los humanos se sintieran seguros bajo la custodia de los monstruos. En mi opinión, era un modo de conseguir que los residentes se acostumbraran a la idea de doblegarse... de ser subyugados. Recordé los rediles donde los Freaks tenían a los humanos, y cómo habían tratado a Fade, y eso me dijo todo lo que necesitaba saber sobre sus verdaderas intenciones.

En aquella parte del bosque la oscuridad era casi completa, pues solo atravesaban la copa de los árboles algunos rayos de luz de luna. Pero para mí era suficiente, y podía discernir las siluetas de los árboles y las frondas de hojas, además de las ramas llenas de afiladas agujas. Escuché el distante borboteo del manantial y el tranquilo canto de los insectos. El aire tenía una fragancia dulce, a savia, plantas aplastadas y al ligero almizcle de los excrementos de animal. Una nota agria se filtraba desde la lejana hoguera, el humo de los huesos carbonizados.

Deseé que las llamas alejaran a los monstruos para siempre, pero sabía que las cosas no funcionaban así. Según Edmund, solo se cumplían los deseos que pedías cuando mirabas las estrellas. Desde allí no podía verlas y, durante un par de segundos, añoré la relativa inocencia con la que había cierto que esas luces pertenecían a una ciudad en el cielo. Todo era mucho más sencillo entonces, y mi misión más modesta. Encontramos la seguridad en Salvación, pero no duró mucho. Solo habría paz si conseguíamos que los Freaks se la tragaran hasta ahogarse con ella.

Me detuve e incliné la cabeza.

—Es horrible.

Fade soltó su cántaro; estaba portándolo en lugar de arrastrarlo porque él era más fuerte que yo. Aunque estaba mejor, no esperaba que me tocara. Me había acostumbrado a estar sola, a carecer de unos fuertes brazos o un cálido cuerpo donde apoyarme. Durante un par de segundos lo miré como si fuera yo la que no soportara el contacto. Después lo abracé con los ojos cerrados.

—Lo es —asintió.

—Me siento tan pequeña...

Sus labios rozaron la parte superior de mi cabeza.

—Creo que puedes hacerlo. He sobrevivido a todas tus historias imposibles, y sé que son ciertas. Si alguien puede cambiar el mundo, esa eres tú.

Los días siguientes me aferré a esas palabras.

Las batallas eran continuas y violentas, así que nuestra hoguera en el límite del bosque ardía sin cesar. Al final tuvimos que amontonar piedras a su alrededor para evitar que se extendieran a la hierba y después a los árboles. Queríamos advertir a nuestros enemigos, no quemar el bosque.

Entre combates, seguimos construyendo. Colocamos el tejado sobre las ramas, como habíamos planeado, y ampliamos las pasarelas para poder dormir allí arriba. Al principio me sentía insegura y a duras penas conseguía descansar, pero también había tenido problemas para dormir al llegar a la superficie. Con el tiempo, me adapté. Todos lo hicimos.

Tully y Spence ayudaron a Thornton a cavar fosos en cuyo interior colocaron después estacas afiladas. Todos memorizamos las zonas peligrosas y las evitamos, por razones obvias. Stalker y sus exploradores colocaron cepos y trampas un poco más lejos. La mayoría de las veces lo que caía en los cepos era nuestra cena, pero de vez en cuando atrapaban a un Freak solitario. Sus gruñidos traicionaban su ubicación, así que uno de nosotros corría para matar a la criatura antes de que rompiera la cuerda con los dientes.

Llevábamos ya un mes en el bosque cuando Tegan se acercó a mí. Andaba rápido, aunque cojeando, sobre la plataforma de madera. Había aprendido a trepar, y eso había mejorado su confianza en sí misma. Ya no se escabullía de los hombres ni evitaba mirarlos a los ojos; a veces incluso se metía en algún jaleo con Spence y Morrow. Me había dado cuenta que Stalker la miraba a menudo, no como solía mirarme a mí, sino como si estuviera pensando en las cosas horribles que había hecho, y deseara poder cambiarlas.

Tegan se sentó a mi lado en la plataforma, con las piernas colgando. Los demás estaban de guardia. Morrow y Stalker estaban de espaldas, en el claro. Los exploradores de Winterville se habían tomado un par de minutos libres antes de ir a examinar las trampas del perímetro y comprobar si se habían llevado alguna de nuestras cabezas cortadas. A veces los Freaks se acercaban y se las llevaban, pero ahora se mostraban prudentes en cuanto a atacar el campamento. Al menos, les habíamos enseñado a tomarnos en serio. Con el tiempo, podría llegar a ser algo más.

Vivía con el miedo constante a que algún Freak avisara a la horda, que en aquel momento debía de estar en la costa este. Sin embargo, no podía comprobarlo sin enviar a uno de mis exploradores, cosa que no quería hacer. Me parecía un enorme riesgo para un beneficio tan pequeño, de modo que continuamos luchando al filo de la navaja. Un día, aquel bosque se llenaría con muchos más Freaks de los que nuestro hábil grupo podía derrotar.

Lucharíamos hasta que llegara ese momento.

Para entonces, los moretones de mis ojos habían desaparecido y mi nariz rota había sanado, aunque se me quedó un poco torcida. Fade decía que me daba carácter. No sabía si era cierto, porque otras heridas menores me habían distraído de tales preocupaciones.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos justo después de abandonar Soldier's Pond? —me preguntó Tegan.

—¿Lo de tu entrenamiento de defensa personal?

—Sí. ¿Cuándo tienes planeado empezar a enseñarme?

Su pregunta fue directa y brusca, y me desafió con la mirada a negarme. Sin embargo, su bravuconería me hizo sonreír.

—Estaba esperando a que me lo pidieras.

—¿Estás de broma? ¡Ya lo hice!

Solo para cabrearla, adopté el tono que usaba Seda para echarnos la bronca.

—Si de verdad deseas algo, te encargaras de conseguirlo. No esperas a que alguien te lo proporcionen.

Tegan levantó sus oscuras cejas, pero se tragó la protesta, seguramente porque pensaba que, si se mostraba impertinente, no la entrenaría. Sin embargo, primero teníamos que descubrir qué estilo de combate encajaba mejor con ella. Su pierna jugaba en su contra, así que quizá las armas de fuego le irían mejor... pero entonces tendríamos que conseguir munición, pues a Spence ya le quedaba poca.

Decidí hacerle algunas preguntas.

—¿A quién admiras más combatiendo? Olvida por un momento lo que puedes hacer y piensa en nuestras peleas.

—A Morrow —dijo al final.

Era comprensible, debido a su flexibilidad y a su elegante estilo; también usaba la agilidad en los giros y fintas, en los saltos y florituras que no estaba segura de que Tegan pudiera llegar a igualar alguna vez, ya que su equilibrio seguramente no sería bueno, pero era posible que pudiéramos adaptar a su estilo para ella. Me puse en pie y bajé de la plataforma, haciéndole una señal para que me siguiera.

Stalker acababa de colocar sus cuchillos en la garganta de Morrow cuando este le apartó el brazo con una veloz maniobra. Fue tan rápido que Stalker perdió una de sus dagas curvadas, algo que yo nunca había visto antes. Pero, en lugar de reaccionar con enfado o indignación, entornó sus pálidos ojos.

—Enséñamelo —exigió—. Otra vez.

Morrow obedeció y repitió el movimiento hasta que Stalker pudo contrarrestarlo. Cuando notaron nuestra presencia, ambos estaban ya jadeando con fuerza.

Morrow se quitó un sombrero imaginario, un gesto que le gustaba mucho hacer. No sabía dónde lo había aprendido, pero hizo que Tegan se sonrojara. Stalker esperó a oír qué queríamos. Los demás se marcharon a hacer sus tareas, pero sabía que sentían curiosidad.

—Tegan ya sabe disparar con el rifle y no podemos malgastar munición para practicar. Pero quiere aprender a luchar mejor.

—Eso es buena idea —dijo Stalker. Morrow parecía pensativo.

—¿Qué arma has elegido?

La chica se encogió de hombros.

—Hasta ahora siempre he usado armas de fuego. También un garrote, pero no era demasiado buena con él.

—Era demasiado pesado.

Echaba de menos aquel garrote porque mi amigo de la infancia, Stone, lo había hecho para mí. Me pregunté una vez más qué habría sido de él y de Thimble, y por qué habían creído tan rápidamente las acusaciones de los ancianos contra mí.

En los túneles la apropiación era un crimen, y yo había sido acusada de quedarme con algunos objetos del viejo mundo para mi beneficio personal. A mí me encantaban los artículos brillantes; no tenía ningún sentido que me apropiara de aquel montón de material de lectura. A veces me gustaba ver los dibujos, pero leer me había parecido muy difícil incluso en el colegio de Salvación, de modo que aquello hubiera sido lo último que robaría. Negué con la cabeza ante el absurdo de aquella acusación y me concentré en Tegan.

—Camina para que te vea —le dijo Morrow amablemente.

Los ojos de Tegan brillaron con tristeza, pero obedeció mostrándole sus andares. Cuando regresó en dirección a nosotros estaba muy colorada, pero no bajo la mirada. *Sí, estoy coja*, parecía decir con el gesto desafiante y mudo de su barbilla, *pero aun así puedo luchar*. Sin embargo, Morrow no parecía estar mirando eso... o al menos no de un modo crítico.

—¿Qué opinas? —le pregunté.

Morrow no sé dirigió a mí, sino a Tegan.

—Necesitas un arma que te ayude a mantener el equilibrio y que potencie tus puntos fuertes. Eres lo suficientemente pequeña como para fingir ser un objetivo fácil, y lo suficientemente fuerte como para sorprender a tus enemigos cuando se acerquen a ti.

—¿Qué me sugieres?

Tegan parecía más contenta, como si confiara en su ayuda.

En respuesta, Morrow corrió hacia los árboles. Stalker lo miró con una ceja levantada.

—Bueno, eso ha sido muy raro.

Pero yo tenía la sensación de que sabía a dónde había ido y por qué. Efectivamente, regresó un par de minutos después con una rama relativamente recta que después de tallarla se convertiría en una buena vara. Con una franja de metal en la parte superior e inferior (que podríamos conseguir cuando volviéramos a Soldier's Pond a por provisiones) el arma estaría lista.

—Par ti —dijo, ofreciéndosela a Tegan.

—¿Quieres que mate Freaks con un palo?

—Dejadme un poco de espacio —pidió Morrow.

Obedecimos y nos hizo una demostración de algunos movimientos. En sus manos, la rama se convirtió en un arma hermosa y peligrosa que giraba para defenderse, golpear con fuerza y bloquear ataques fantasmas. Cuando terminó su demostración, incluso Stalker parecía impresionado.

—¿Aprenderé a luchar así? —le preguntó Tegan.

—No exactamente —le dijo Morrow con sinceridad—, pero adaptaré el estilo para ti, y la vara será lo bastante larga como para que puedas usarla para apoyarte si tropiezas. Es la mejor arma para ti.

—Además, podrás llevarla siempre contigo —añadió Fade—. No creo que el enemigo imagine que puedas aplastarle el cráneo con ella hasta que sea demasiado tarde.

Aquello parecía exactamente lo que Tegan necesitaba. No quería que su único medio de defensa fuera un rifle, y aquella arma encajaba perfectamente con su personalidad. Tegan cogió la rama que Morrow le ofrecía con expresión satisfecha.

El cuentacuentos se dirigió a mí.

—Si no hay nada que quieras que hagamos, me gustaría empezar ya.

—Adelante —le dije.

Después me di cuenta de lo extraño que había sido que me pidiera permiso a mí para hacer algo. Sin embargo, yo había empezado aquella misión y debía liderarla, estuviera haciendo un buen trabajo o no. Me pregunté si Seda se habría sentido así cuando lideró por primera vez a los Cazadores, como si estuviera mal que todos ellos esperaran sus órdenes. En aquel momento me di cuenta de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había oído su voz en mi cabeza; no estaba segura de qué significaba, pero sospechaba que yo había cambiado y que mi mente ya no funcionaba del mismo modo. Y eso significaba que mi recuerdo de Seda ya no tenía ningún consejo ni ningún sermón mil veces repetidos que ofrecerme.

En otras palabras, estaba sola.

Me aparté para dejarles espacio para entrenar. Stalker me siguió, seguramente con la misma intención. Parecía preocupado y yo estaba decidida a ser su amiga, aunque él ya no quisiera que lo fuera, así que le pregunté.

—¿Qué te pasa? No creo que eches de menos la acción.

Sonrió amargamente, y el movimiento tensó sus cicatrices. Acabábamos de quemar a veintinueve Freaks más. Teniendo en cuenta que éramos un grupo de doce personas mal armadas que vivían en los árboles, el recuento de bajas era impresionante. Siempre que la caza siguiera siendo buena, que no nevara, y que la horda se mantuviera fuera de nuestro territorio, podríamos seguir así indefinidamente.

—No. Solo me estaba preguntando... ¿Crees que alguna vez conseguiré arreglar las cosas con Tegan? Sé que me disculpé y que ella me dijo que me perdonaba porque yo no sabía lo que hacía, pero... siento que necesito hacer algo más. Está

comiéndome por dentro.

—Eso suena a mala conciencia. —Mamá Oaks me había explicado la idea hacía tiempo y, cuando lo hizo, comprendí las malas sensaciones que tenía yo respecto al niño ciego y a ciertas cosas que había hecho para ganarme mi puesto de Cazadora en los túneles.

—Quizá —dijo, inseguro.

Así que le repetí la explicación que mi madre me había dado, y él asintió.

—No solo fue ella. Secuestramos a un par de chicas más, pero no tratamos tan mal a ninguna... porque venían de otras bandas y entendían nuestro modo de vida.

—Así que no se oponían.

Me dolía pensar cómo debía de sentirse mi amiga. Quizá no había querido a los dos niños que le habían obligado a engendrar, pero no debía de sentirse bien por su pérdida. Mientras pensaba, Morrow había conseguido otra rama y estaba enseñando, a Tegan algunos movimientos. Era hábil y tenía paciencia. Parte de mí deseaba haber tenido un instructor como él en lugar de a los Cazadores que nos gritaban en los túneles diciéndonos que nunca seríamos suficientemente rápidos o fuertes, que seguiríamos siendo siempre patéticos. *Eso te hizo fuerte*, me dije a mí misma, pero, en cualquier caso, no me entristecía que la voz de Seda se hubiera callado.

—No —me dijo, aún expectante.

—No. No hay nada que puedas hacer —le dije, volviendo a la pregunta original—. Tegan tiene que vivir con ello, y tú también. Algunas cosas no pueden arreglarse, pero es bueno que quieras hacerlo.

—Es posible que ahora sea mejor persona —dijo, con un suspiro—, pero no soy más feliz.

Si sus sentimientos no se hubieran interpuesto entre nosotros como una trampa llena de estacas punzantes, lo habría abrazado. Sin embargo, las cosas entre nosotros nunca volverían a ser tan sencillas. Ahora que comprendía lo que quería de mí, y que sabía que nunca podría ofrecérselo, no podía abrazarlo como si fuera un niño necesitado de consuelo. Podría pensar que había alguna posibilidad y el ciclo comenzaría de nuevo. Quizá algún día, como él había dicho, podríamos ser amigos sin todas aquellas complicaciones. Yo odiaba al salvaje que había conocido en las ruinas, pero Stalker ya no era ese chico, igual que yo ya no era una Cazadora pura. El mundo era un lugar grande lleno de maravillas que nos había enseñado mucho a ambos, pero habría deseado que parte de esas lecciones no hubieran sido tan duras, ni tan tristes.

—Yo lo soy. Casi siempre.

También me sentía aterrorizada y entusiasmada, por turnos.

—Me he estado preguntando una cosa...

—¿Qué?

—¿Por qué tienes que ser tú?

No estaba segura de a qué se refería... y se lo dije.

—Estás aquí fuera cuando podrías estar a salvo en Soldier's Pond, o incluso en Gaspard si no hubieras estado a punto de comenzar una revuelta. Podrías haber dejado las armas en cualquier momento. Ya no hay nadie ordenándote que luches. Así que, ¿por qué? Pareces decidida a mejorar el mundo, y no lo comprendo.

La respuesta parecía evidente.

—La gente sigue con su vida intentando pasar desapercibida, esperando que los Freaks maten a otra persona, que ataquen otro pueblo. ¿Cuánto tiempo funcionará eso hasta el mundo quede ahogado en sangre? Alguien tiene que poner un límite. Y si no soy yo, ¿quién lo hará?

Suponía que era algo instintivo. ¿Quedarme sin hacer nada mientras todo ardía? Imposible. Me mataría no hacer nada, cuando podía luchar. Quizá también fuera incapaz de llevar una vida pacífica, pero podía aceptarlo. De lo único que me arrepentiría seguro sería de no conseguir mejorar el mundo un poco antes de morir.

Stalker me examinó con una mezcla de emociones que no pude interpretar.

—Deberíamos haber gobernado las ruinas, tú y yo.

No discutí su afirmación. En otra vida podría haber sido la reina de las bandas, tal como él imaginaba, pero no en una en la que había conocido a Fade. Aquello también era una verdad inmutable.

Era mi turno de preguntar.

—¿Por qué crees que no había Freaks en tu parte de Gotham?

—Me lo he estado preguntando. Dijiste que habían estado en los túneles, con vosotros, desde que puedes recordar. Quizá comenzaron allí. En nuestro territorio, la gente enfermaba y moría, pero nunca nos cruzamos con ningún Mutante, no como lo que vimos en otras ruinas de camino al norte.

—Entonces ¿tú crees que las mutaciones tuvieron lugar bajo tierra, y que al principio eran demasiado débiles y tontos para encontrar la salida?

Asintió.

—Quizá. Cuando comenzaron a hacerse más listos encontraron la salida.

Se me ocurrió algo espeluznante.

—Entonces eso significa que los Freaks de Gotham salieron de los enclaves.

Stalker parecía pensativo.

—Nos dijiste que Wilson te había contado que los Freaks Surgieron por culpa de armas que habían creado en el viejo mundo. Al principio era una enfermedad y... ¿la vacuna la empeoró?

Asentí.

—Bueno, nosotros no sabemos cómo se extiende la enfermedad, así que quizá la gente se escondió bajo tierra sin saber que ya la tenía.

—Tiene sentido —admití.

Aquello era horrible y aterrador. Odiaba la idea de que las enfermedades pudieran esconderse en nuestro cuerpo, y la de poder transmitir el mal a amigos y familiares a pesar de parecer totalmente sana.

Prefería los enemigos contra los que se podía luchar. Afortunadamente, el viejo mundo, con sus peligros ocultos, se había perdido hacía mucho tiempo.

Y actualmente pensar en monstruos era pensar en garras y colmillos, no en latas y botellas.

Al final, los ataques de los Freaks empezaron a ser más ingeniosos. Venían mientras dormíamos y en grupos grandes, pero nuestras trampas se llevaban un tercio de ellos y nosotros diezmábamos el resto, primero desde los árboles y después luchando cuerpo a cuerpo. Entre escaramuzas trabajábamos para mejorar el campamento. Y, después del último combate, pasábamos días sin ver un solo Freak. Me tomé aquello como una buena señal.

—Está funcionando —dijo Fade—. Se está extendiendo la noticia y están empezando a evitar este bosque.

Esperaba que tuviera razón.

Con el paso del tiempo el aire empezó a ser más frío y el ciclo sobre nuestras cabezas palideció en los raros momentos en los que lo veía a través de la maraña de ramas. Morrow entrenaba con Tegan diariamente, y la chica estaba mejorando mucho con el cayado. Mientras la veía entrenar, pensé que lo haría bien. La vida le había enseñado a ser valiente y fuerte, que, mientras no se rindiera, la derrota no sería posible. Eso la convertía en una luchadora, además de en una sanadora, y la envidiaba por eso. A veces me preguntaba qué haría yo sin mis dagas, o quien sería.

Los días en los que no combatíamos, entrenábamos y explorábamos, atendíamos el fuego, mejorábamos las defensas aéreas, colocábamos más trampas, cazábamos y cocinábamos. El trabajo no era excitante, pero era bueno tener una rutina aunque ocasionalmente se viera salpicada de violencia. Habían pasado dos días desde la última vez que nos habían atacado y estaba empezando a inquietarme cuando Stalker entro en el claro.

Estaba sin aliento, lo que significaba que venían Freaks. Pero esta vez tenía otra expresión.

—Hay alguien de camino al campamento. He estado observándolo un rato, y ha esquivado todas nuestras defensas. ¿Qué hacemos?

—¿Es humano? —preguntó Fade.

—Sin duda.

Tomé la decisión rápidamente.

—Deja que se acerque. Sera agradable tener compañía, para variar.

Los exploradores siguieron los pasos del desconocido hasta que este llegó al claro. El anciano miró con asombro lo que habíamos construido: las plataformas y las poleas, las redes y el tejado improvisado construido sobre la parte superior. Habíamos creado un diminuto pueblo en las copas de los árboles, y estaba orgullosa de ello. Tully no sonrió cuando lo vio; estaba sobre su plataforma habitual y, si nos daba problemas, dispararía sin reparos.

Reconocí al tipo, pero no sabía dónde lo había visto. Llevaba las pieles sin curtir

propias de quien vive viajando por la tierra salvaje. Todos los pueblos se alegraban de recibir pieles para curtir. Junto con los mercaderes, los tramperos también asumían el papel de mensajeros, y llevaban las noticias de pueblo a pueblo.

—No nos has encontrado por casualidad —le dije.

Fade se acercó a mí y Stalker y Morrow me flanquearon por el otro lado. Parte de mí aprobaba aquella demostración de compañerismo, pero por otra parte estaba molesta porque implicaba que necesitaba ayuda para despachar a un viejo arrugado que mataba animales para vivir. Yo vivía luchando contra algo mucho más peligroso.

—No —admitió el trampero—. He sobrevivido años en tierra salvaje, y no ha sido precisamente por ser descuidado. Cuando noté que los Mutantes esquivaban este sitio, sentí curiosidad. Además, estaba ese penacho gigante de humo.

—¿Quería saber qué los había asustado lo suficiente como para que se mantuvieran alejados de este sitio? —sugirió Morrow.

—Exacto, joven. —Evaluó el campo con una mirada—. También tengo la curiosidad por saber qué esperáis al reclamar esta zona del bosque.

Aquella era una pregunta complicada. Él no sabía nada de mis enormes sueños, ni de mis aún más grandes fracasos. Le eché una dura mirada.

—Eso es asunto nuestro. Si no pretendes hacer daño eres bienvenido, pero nuestra comida y protección no es gratis.

El trampero parecía interesado.

—¿Qué propones? No creo que estéis interesados en estas pieles. He visto un montón de trampas por el camino, así que supongo que sabéis cazar.

—Debes haber aprendido algunos trucos en todos estos años, de modo que me gustaría que pasaras algún tiempo con mis exploradores. Enséñales lo que sabes, diles cómo has conseguido ver nuestras defensas y dales algún consejo para hacerlas menos visibles.

Eché un vistazo a Stalker, preguntándole en silencio si tenía algo que añadir a mi oferta.

—El chico respondió con una ligera negación de cabeza.

—Me parece justo —respondió el trampero, que parecía satisfecho—. Por cierto, me llamo John Kelley.

—Deuce, encantada de conocerte.

Nos estrechamos las manos, algo que por allí era como una promesa de que no intentaríamos matarnos el uno al otro.

—¿Tienes hambre?

—Me vendría bien comer algo.

Le preparé un cuenco de estofado. Por el momento, la situación estaba bajo control; los exploradores que estaban actualmente de servicio nos advertirían si detectaban un ataque inminente, y si Kelley hubiera visto algún Freak en los alrededores seguramente nos lo habría mencionado. En las últimas semanas habíamos mejorado la rapidez de nuestra respuesta ante los enemigos.

—¿De dónde vienes? —le preguntó Morrow.

—El último lugar donde he estado ha sido Gaspard. Tenía suficiente dinero para hospedarme durante un tiempo, pero después se me acabaron las monedas y tuve que volver a salir para aprovisionarme de pieles que me permitan pagar un lugar caliente donde pasar el invierno.

Allí era donde lo había visto antes. Había sido parte de la multitud que fue testigo del altercado con los guardias. Después de haberlo descubierto me sentía mejor; despejó la irritante sospecha de que hubiera venido por una razón distinta a la curiosidad.

—Te ganas la vida de un modo muy peligroso —observé.

—Lo dice la chica acampada en un bosque lleno de Mutantes. —Tenía algo de razón—. Pero vi cómo os las arreglasteis en el pueblo. ¿Estáis intentando mantener la zona limpia?

Asentí.

—Si los Mutantes creen que este territorio da más problemas que beneficios. Soldier's Pond se verá beneficiada.

—¿Sois de ahí?

—Algunos.

No me molesté en contarle mi historia.

Sin embargo, en cuanto me marché para ocuparme de otros asuntos, lo hizo Morrow. Lo escuché contando la misma historia que yo contaba en mis discursos, pero con bastantes más elocuentes. Me sonrojé y fingí que no estaban hablando de mí. De vez en cuando, Kelley me lanzaba una mirada incrédula como si pensara, *¿De verdad? ¿Esa chica?* Morrow era un cuentacuentos, así que no sabía qué adornos le estaría añadiendo a la historia. Tenía suerte de ser tan hábil con las armas, o lo habría apuñalado.

—Estás colorada —me dijo Fade, sonriendo—. Piensa que John Kelley podrá decir que te conoció cuando aún estaba empezando.

—¿A qué te refieres? Levanté una ceja.

—A tu plan para salvar al mundo.

Yo nunca lo habría dicho así, pero quería mejorar las cosas. Algunas personas, como Tegan, eran listas y podían aprender de todo: podían mejorar la vida de muchos modos, pero yo solo tenía un talento, solo uno. Estaría mal no usarlo lo mejor que pudiera.

Me encogí de hombros, me sentía tonta.

—No sé si puede ser salvado. Las cosas están muy jodidas, pero quizá pueda atrincherarme y defender una esquina del mundo.

—Eso es más de lo que nadie ha intentado hacer hasta ahora.

Fade me pasó un brazo cuidadosamente por el hombro, y yo me apoyé en él.

Su tranquilo apoyo significaba mucho para mí. La mayor parte de mis hombres solo quería matar Freaks. No confiaban en que aquello sirviera a un propósito mayor.

Para ser sinceros, yo tampoco. Había aprendido una dura lección. Solo porque quisiera algo, no significaba que pudiera conseguirlo al instante, y aquel objetivo podría estar más allá de mi alcance. También me había dado cuenta de algo que ya debería saber: que hay que esforzarse mucho para conseguir cualquier cosa que merezca la pena. No existía ninguna varita mágica como las de la historia de Morrow, que hiciera desaparecer los problemas con un foganazo de humo púrpura.

Así que seguiría adelante, aunque pareciera inútil, con la débil esperanza de que el mundo fuera un lugar más seguro algún día. NO quería volver a pasar aquel miedo de nuevo, el que había sentido junto a la entrada del túnel mientras miraba la oscuridad y me preguntaba si volvería a ver a Mamá Oaks y a Edmund.

—No podemos pasar el invierno aquí —dije en voz baja—. Aunque no hayamos hecho progresos importantes antes de que caiga la primera nevada, tendremos que volver a Soldier's Pond.

La idea me horrorizaba, pero no podía permitir que los hombres murieran de hambre o de frío por orgullo. Aguantaría todas las bromas y las miradas de burla de la coronel Park, que creía que era una niña estúpida con sueños demasiado ambiciosos. Quizá debería tomarme la llegada de John Kelley como una prueba de que nuestro esfuerzo estaba sirviendo de algo. Era un mundo grande y había pocos viajeros, pero él se había fijado en nosotros; habíamos cambiado el modo en el que se comportaban los Freaks de la zona.

Algo era algo.

—Quedan un par de semanas más de otoño. Podría ocurrir algo —respondió Fade.

Resultó que tenía razón. John Kelley llevaba cuatro días comiendo con nosotros y entrenando a nuestros exploradores cuando ocurrió lo imposible. Pero, cómo ocurrió, efectivamente no era imposible, sino improbable. Yo estaba junto al abrasador fuego en el límite del bosque, eliminando los cadáveres de las últimas bestias a las que habíamos aniquilado, cuando un Freak solitario corrió hacia mí. No me asusté. Tenía mis armas y a algunos hombres cerca, incluido el trampero, John Kelley. Se había mostrado muy impresionado por nuestra eficiencia al eliminar a nuestros enemigos y tenía curiosidad por saber lo que hacíamos con los cadáveres.

Éramos cinco: Morrow, Fade, John Kelley, Tegan y yo. Tully y Spence estaban vigilando el campamento mientras los exploradores mantenían un ojo en el perímetro. Me pregunté durante un instante si aquello sería una trampa, pero, si lo era, era una muy extraña. Cuando estuvo cerca, el Freak aminoró el paso, algo de lo que nunca antes había sido testigo. La bestia se acercó a nosotros caminando con la cabeza gacha, como para mostrarnos respeto. Mantuvo las garras en los costados.

—Bueno, ¿qué demonios significa esto? —preguntó Kelley en voz baja.

Negué con la cabeza. El tabernero de Otterburn nos había contado que los Freaks habían enviado a un mensajero para que les hiciera la oferta, pero no podían ser tan tontos como para pedirnos que nos rindiéramos, teniendo en cuenta que estábamos

ganando la Guerra de los Árboles. Era una campaña pequeña, sin duda, pero en los últimos dos meses habíamos acabado con un número impresionante de monstruos.

—¡No luchar! —Gritó el Freak a través de una boca llena de colmillos—. Hablar.

Tenía una voz extraña, como si alguien le hubiera cortado la lengua, pero no había duda de que estaba hablando y no solo imitándonos, porque ninguno de nosotros había dicho una sola palabra. Fade tenía los cuchillos a mano y tengo que admitir que yo tenía los dedos crispados. No sabía cómo sentirme respecto a aquel acontecimiento, pero no debía ser fácil dirigirse a nosotros junto a la humeante pira de cuerpos de los de su propia raza. Era necesario ser valiente... o estúpido. Posiblemente ambas cosas.

Indiqué a los demás que retrocedieran.

—Yo me encargo.

—Ni de coña —respondió Fade.

Tenía los nudillos blancos sobre las cuchillas; parecía estar controlándose para no matar al Freak inmediatamente, así que le permití que se quedara a mi lado. Los demás retrocedieron, pero parecían sorprendidos y perplejos.

—Parece que, después de todo, el tío de Otterburn nos contó la verdad —susurró Morrow.

Tegan inhaló aire profundamente, con los ojos abiertos de par en par.

—Jamás me habría imaginado...

El Freak se detuvo a ocho pasos de distancia. Desde allí podía ver sus ojos... y eran distintos, incluso más que los del Freak que había matado a las puertas de Salvación. Mientras me miraba, un intelecto salvaje parecía brillar en ellos. Me pregunté si habría aprendido nuestro idioma de sus prisioneros. El corazón me latía como un loco. Aunque había matado a cientos de aquellos monstruos, nunca había matado a cientos de aquellos monstruos, nunca había hablado con uno, ni conocía a nadie que lo hubiera hecho. Fade hizo un sonido gutural lleno de rabia y dolor. Le ofrecí la mano en silencio para tranquilizarlo, y él la aceptó.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Bosque vuestro. No pasar. Si no pasar, no matar.

La criatura parecía tener que esforzarse mucho para pronunciar aquel escaso número de palabras.

—¿Reconocéis que el bosque es nuestro? —le pregunté—. ¿Y queréis que dejemos de mataros si os mantenéis lejos de él?

Sospechaba que estaba pidiéndonos que los dejáramos en paz si ellos no entraban en el bosque. Como tenían que atravesar aquella zona para llegar a Soldier's Pond, parecía un avance, un éxito del que podría enorgullecerme cuando volviéramos al pueblo. La prominente frente del Freak se arrugó mientras intentaba asimilar el significado de mis palabras.

—Sí —dijo entonces.

Aún no sabía si podía confiar en él.

—Dame una buena razón para no añadir tu cadáver al montón de ahí.

—Si no volver, otros unir grupo grande.

Se refiere a la horda. Un escalofrío me atravesó.

—Entonces, ¿vosotros no estáis con ellos? El Freak pareció reconocer mi miedo.

—No. Poder hacer alianza. Malo para ti.

Aquella era una revelación sorprendente: entre los Freaks había distintas facciones. ¿Significaba eso que todas tenían planes distintos? Sus ideas y prioridades cambiaban con cada generación. Como no todos los humanos teníamos los mismos objetivos, parecía plausible que los Freaks estuvieran en desacuerdo sobre el mejor plan de acción, así que quizá la mayor parte de ellos (la horda) quería matarnos, algunos creían que podían dominarnos, como los de Otterburn, y un pequeño número de ellos nos temían. La situación, si seguían haciéndose más listos, solo podía empeorar. Pronto descubrirían todos nuestros trucos; y si la idea de la horda de extinguir a la raza humana se imponía sobre el resto, en fin... A aquel ritmo no tardarían mucho.

Si los Freaks que merodeaban cerca de Soldier's Pond querían una tregua, eso concedería al asentamiento tiempo suficiente para mejorar sus defensas, así como la tranquilidad que necesitaba. De todos modos, no podía aceptar con demasiada rapidez. Eso nos haría parecer débiles y dejaría claro que temíamos a la horda. Era cierto, pero sería mejor que el mensajero no se diera cuenta.

—¿A quiénes se aplica esta tregua? —Le preguntó Tegan—. Quiero decir, ¿cuántos de vosotros la cumpliréis?

—Míos —respondió el Freak—. Todos los míos.

Aquello no me daba información suficiente, ya que había distintos subgrupos o tribus. Me habría encantado saber cuántos eran y dónde terminaba su territorio. Habíamos especulado al respecto cuando encontramos la aldea de Freaks cerca de Salvación. Algunos monstruos cazaban y luchaban, y también había pequeños, así que eso significaba que se reproducían como cualquier otra criatura de la naturaleza. Una parte debía quedarse en casa para cuidar de las crías, pero no sabía nada más respecto a sus costumbres o cultura.

Fade me apartó a un lado antes de que pudiera preguntar algo más.

—¿Estás segura de esto? Yo no me fío.

Morrow dio un paso adelante con una mano en su florete para asegurarse de que el monstruo no intentaba nada mientras estábamos distraídos. Aprecié el gesto. John Kelley cogió el arma que llevaba colgada a la espalda. Fade y yo no tendríamos mucho tiempo para hablar antes de que las cosas se pusieran feas... y yo no tenía ninguna razón para dudar del Freak cuando decía que los supervivientes de la zona se unirían a la horda si él no regresaba. No era el resultado más deseable. Fade tenía unos recuerdos horribles del tiempo que había estado prisionero, y me dolía pensar en incrementar su sufrimiento.

—¿No crees que deberíamos aceptar?

Cerró un puño.

—Preferiría matarlo. Pero claro, preferiría matarlos a todos. No soy demasiado imparcial.

—Me dirigí de nuevo al Freak.

—¿Alguna vez ha hecho prisioneros tu tribu?

Era la única pregunta que se me ocurrió que podía proporcionar a Fade algo de paz respecto a aquel acuerdo. Si la respuesta era afirmativa lo rechazaría, a pesar de lo graves que pudieran ser las consecuencias.

—¿Qué es prisioneros? —preguntó.

—Atrapar humanos para comer después —le explicó Tegan.

—Los viejos sí. Para nosotros, demasiados problemas. Humanos ruidosos.

—¿Los viejos son parte del grupo grande que has mencionado? —le preguntó Morrow.

—Sí. —El monstruo gruñó, nervioso—. No más hablar. ¿Trato o no trato?

Miré a Fade.

—¿Podrás vivir con esto?

Exhalé profundamente y asintió. Solo teníamos la promesa de aquel monstruo de que su tribu no era la que había atrapado y traumatizado a Fade, pero tendría que ser suficiente.

—Trato. Pero si alguno de los tuyos rompe el acuerdo, os daremos duro.

Ya habíamos estado masacrándolo a manadas, quemando sus cuerpos y colocando sus cabezas en estacas como advertencia. Los hombres habían comenzado a ponerse colmillos en tiras de cuero alrededor del cuello, trofeos de nuestras presas. No estaba segura de poder hacer algo peor, pero el Freak no lo sabía. Pareció tomarse mi amenaza en serio y bajo el rostro casi hasta el suelo.

Eché un vistazo a John Kelley y me di cuenta de que estaba empapándose de todo con una expresión de sorpresa en su envejecido rostro.

—¿Por qué no estáis vosotros con la horda? —Le preguntó Tegan, frunciendo el ceño por la perplejidad—. Tendríais más posibilidades de sobrevivir.

—¿Horda es grupo grande? —Cuando mi amiga asintió, el monstruo contestó—. Horda mal. Mejor morir que seguir. Adiós, Cazadora.

Morrow exhaló un largo suspiro.

—Eso ha sonado a juicio moral.

¿Me conocen? Me había quedado muda por la sorpresa.

Cuando el Freak se marchó corriendo, Kelley se frotó su rasposa mandíbula.

—Eso ha sido... impresionante. ¿Os habéis fijado en cómo ha mostrado sumisión al final?

Fade asintió.

—Oírlo hablar me ha puesto la carne de gallina. Solía pensar que eran monstruos sin cerebro.

No era el único.

Morrow señaló el bosque con la cabeza.

—Es nuestra oportunidad. Deberíamos contárselo a los demás y después hacer las maletas. Hemos conseguido una tregua con los Freaks y la coronel tiene que saber que es posible.

No sabía si era buena idea abandonar la zona que acabábamos de ganar, pero la nieve llegaría en cualquier momento y no tenía sentido seguir en el campo mucho más tiempo. Normalmente, la actividad de los Freaks en invierno era menor. Aunque fueran más rápidos, y más fuertes, y pudieran resistir durante más tiempo sin comida ni agua, se congelaban igual que los humanos. Para cuando la primavera llegara de nuevo, las bajas por inanición habrían reducido la horda.

Al menos, eso esperaba.

—Esperaremos dos días para asegurarnos de que no hay movimiento. Podrían haber puesto un centinela cerca del campamento para ver cómo respondemos.

—Si queda algún Freak en el bosque —dijo Fade—. Los exploradores lo encontrarán.

Aunque esperamos dos días completos, los exploradores no detectaron a ningún Freak en nuestro territorio. En aquel momento di la orden de regreso. Fue lo mejor porque, mientras recogíamos nuestras cosas, los primeros copos blancos cayeron a través de las ramas desnudas. Me daba un poco de pena marcharme, pero allí no podríamos sobrevivir al invierno. La caza sería escasa, y el frío terminaría con nosotros.

John Kelley nos acompañó a Soldier's Pond.

—De todos modos iba de camino hacia allí. Me desvié al ver vuestra señal de humo.

El humo.

—¿Eso es algo normal? Una vez nos salvó alguien porque vio nuestra fogata. ¿Eso significa habitualmente que el grupo necesita ayuda?

—Depende —me contestó Kelley—. Pero a menudo sí. Los viajeros prudentes no encienden fuego a menos que lo necesiten por alguna razón importante, y nunca dejan que sea lo suficientemente grande como para ser visto a kilómetros. Cualquiera que haga eso estará invitando a todos los viajeros de la zona. No tiene por qué ser malo: podría ser una señal de que quieren comerciar con algo, de que hay alguien enfermo o herido, incluso podría ser una trampa. Así que, si alguna vez acudís a un fuego como yo he hecho, es mejor estar preparado.

Como hizo Improbable.

—Entiendo.

—Tengo que preguntarte una cosa. ¿Es verdad todo lo que me ha contado ese granuja de Morrow?

—¿Sobre mí? —Me encogí de hombros—. En parte. Lo de que fui criada por lobos, amantada por los osos y que puedo volar no es cierto.

Kelley se rio, pero, antes de que pudiera responder, uno de los guardias de Soldier's Pond nos gritó, sorprendido:

—¡Creía que estaríais muertos! Habéis estado fuera mucho tiempo.

—Dile a la coronel que me debe un trago —le respondió Morrow.

Aquello no tenía sentido para mí, pero no pude preguntarle a qué se refería porque los guardias estaban ya bajando las defensas para permitirnos entrar. El pueblo estaba más o menos igual, y las tropas seguían corriendo a pesar del clima, todos vestidos de verde oliva. Los soldados de la puerta nos acosaron a preguntas sobre dónde habíamos estado (en qué pueblos, cómo era la situación fuera) y se me ocurrió que aquello no era muy distinto de Salvación. Con la excusa de la seguridad, la gente estaba asfixiándose en Soldier's Pond. La coronel Park los mantenía a salvo, pero a cambio le entregaban sus almas. Quise cambiar las condiciones más que

nunca, para que la gente pudiera visitar la cercana Winterville u Otterburn sin perder la vida.

—Por aquí —dijo Morrow, esquivando las preguntas—. Si queréis saber qué aventuras hemos vivido, deberíais haberos unido a nosotros. Ahora tendréis que imagináros las.

Aquello no era propio de él, pero los demás lo seguimos. La gente nos miraba y susurraba cuando pasábamos. Algunos saludaron a John Kelley, que al parecer no era un desconocido. Seguramente había visitado los mismos pueblos que nosotros, pero con menos dificultades. Una mujer lo detuvo y le preguntó cómo estaban las cosas en Appleton. Me hizo una señal para que supiera que estaría bien.

El resto fuimos directamente al cuartel general, sin quitarnos antes la mugre del bosque. No era tan malo como podía haber sido porque teníamos un arroyo cerca, pero frotarse con ramas de pino arañaba, no limpiaba bien, y te dejaba oliendo a salvia. Llevaba semanas sin lavarme el pelo adecuadamente, pero eso no me preocupaba. Morrow interrumpió la reunión de la coronel con la enorme satisfacción de alguien que está a punto de demostrar que tenía razón.

Abrí la boca, pero él me hizo callar. Miré a los demás, que tampoco sabían qué planeaba hacer, pero obedecí y me callé. En aquel momento comenzó un impresionante relato de un largo viaje y de un objetivo imposible lleno de obstáculos y monstruos. Entonces fue cuando me di cuenta de que estaba haciendo un relato exacto de lo que habíamos vivido desde que nos marchamos. Cuando terminó, todos los que estaban en el edificio se quedaron en silencio, incluso la coronel Park.

Lo miró fijamente.

—Jura por el nombre de tu madre que todo lo que has dicho es verdad.

—En esencia lo es —le prometió—. Siempre decoro un poco las cosas, Emilia, pero nunca miento. —Entonces, para mi sorpresa y creo que para la del resto de la habitación, le besó ambas mejillas. No comprendía su relación—. Esto lo cambia todo.

—No creía que fuera posible que esos monstruos aprendieran —dijo, casi para sí misma.

Hablé por primera vez.

—No hay duda de que están cambiando.

No tenía claro cuál era nuestro papel en Soldier's Pond. No teníamos la obligación de presentarle un informe, pero parecía adecuado compartir lo que sabíamos a cambio de provisiones y cobijo. Así que continué donde Morrow había terminado su relato y lo llené de detalles, la mayor parte relacionados con el cambio de comportamiento de los Freaks, pero también sobre los pueblos que habíamos visitado y sobre el trato que le habían ofrecido a Otterburn.

El rostro de Park, que normalmente estaba desprovisto de toda emoción, se alteró revelando un rastro de puro horror. Lo dominó rápidamente, pero no antes de que yo viera la verdad. La coronel apartó los ojos y miró sus mapas. Delineó con un lápiz el

territorio que habíamos asegurado.

—Entonces, ¿esto se supone que está libre de Freaks? Asentí.

—No luchamos contra la horda sino contra grupos de caza, pero debería ayudar. Sin embargo, si el grupo grande decide atacar, la tregua no servirá de nada.

—Es más de lo que creí que conseguiríais cuando os marchasteis —admitió.

—Piensa en lo que podríamos haber hecho si tus hombres no fueran unos cobardes —dijo Stalker bruscamente.

Las cosas, a partir de ahí, fueron de mal en peor. Poco después me marché del cuartel, ansiosa por darme un baño y ver a mi familia, en ese orden. Me encogí en el abrigo que Edmund me había hecho: era de suave cuero forrado con lana obtenida de las ovejas que tenían en los rediles. Esa parte del pueblo era ruidoso y olía mal, algo inevitable cuando el espacio era limitado. En Soldier's Pond había intentado resolverlo haciendo que la gente durmiera en estrechos catres colocados unos encima de otro; no había espacios privados como los de Salvación. En cierto sentido, aquel pueblo era parecido a los túneles, en los que también se había dado prioridad al deber con la comunidad y había escasez de comodidades y comida insípida. Lo bueno era que no parecían preocuparse por quién llevaba pantalones. Por lo que podía ver, todos trabajaban allí como Cazadores, aunque tuvieran que echar una mano también en otras labores. Aquello seguramente explicaba por qué la ropa y la comida eran de tan mala calidad. Cualquiera con un poco de sentido común sabía que también eran necesarios Constructores como Edmund.

—No veremos en la cantina para la cena —le dije a Fade, que me respondió con un beso en la cabeza.

Levanté una mano como despedida y corrí hasta los baños, que estaban vacíos a aquella hora del día. Como había poco sol, el agua estaba casi helada; la aguanté, aunque el suave jabón no hacía demasiada espuma y tuve que enjabonarme dos veces para eliminar la suciedad de mi ropa y cabello. Después saqué la muda limpia que tenía guardada para las ocasiones especiales. Mientras me ponía los pantalones marrones con un nudo en la cintura, lamenté momentáneamente haber perdido los vestidos que al principio, en Salvación, no me gustaban. Cuando me puse la camisa, mis queridas y peludas botas y la chaqueta forrada, eso dejó de importarme. Era mucho mejor estar abrigada que guapa.

Me recogí el cabello en dos pulcras trenzas y salí al cortante aire del exterior esperando que no se me congelaran. La nieve nos había seguido desde el bosque y sus blancas estrellas caían en ángulo desde el cielo gris. Corrí hasta la casa donde mi familia estaría esperándome; era tarde y Edmund ya debía de haber terminado su trabajo en el taller. Me alegré de encontrarlos a todos allí, preparándose para cenar.

—¡Deuce! —Mamá Oaks me rodeó con sus brazos antes de que hubiera cruzado la puerta.

—Jamás pensé que lo diría, pero os quiero... Os quiero mucho.

Edmund y Rex se unieron al abrazo hasta que quedé aplastada por todos lados.

Nunca me había sentido mejor. Intenté abrazar a toda mi familia al mismo tiempo, pero mis brazos no eran lo suficientemente largos. Mi madre me llenó de besos las frías mejillas. Y retrocedió para mirarme con los ojos brillantes.

—Bueno, no estás sangrando, así que supongo que tu misión ha sido un éxito.

—Por así decirlo. Te lo contaré todo durante la cena.

—¿Vas a quedarte en casa un tiempo? —me preguntó Edmund.

Se pusieron los abrigos y salimos. Mi padre miró al cielo con nerviosismo y supe, sin que tuviera que decirlo, que viajáramos con aquel clima.

—Eso creo. Durante los meses de nieve no podremos hacer mucho. Mamá Oaks asintió, satisfecha.

—Este sitio es raro, pero estamos recuperando peso y a los hombres parece gustarles mucho el trabajo de Edmund.

—Normal. —Había visto lo que habían calzado antes, y los zapatos de Edmund, en comparación, eran mágicos.

—Hemos estado haciendo tiras de cuero para las armas —añadió Rex.

—Sospecho que harán una excepción permanente con vosotros —les dije—. Si queréis quedaros.

—¿A dónde íbamos a ir? —me preguntó Mamá Oaks.

Aquella era una excelente pregunta. Hasta ahora, en mis viajes, no había encontrado ningún lugar donde pudieran encajar mejor que allí. Teniendo en cuenta los soldados, las defensas metálicas y el arsenal de armas, además del respiro que había obtenido con los Freaks, no podía imaginar un lugar más seguro. No me atreví a preguntarles si eran felices y se sentían cómodos, si se sentían de verdad en casa.

Para mi sorpresa, cuando entre en la cantina me recibieron con aplausos. Algunos de los hombres se pusieron en pie y me saludaron, como hacían con la coronel o el resto de personas importantes que corrían por ahí dando órdenes. Miré sobre mí hombro, por instinto, pensando que se refería a otra persona, pero Edmund me dio un empujoncito.

—Tienes que darles las gracias de algún modo para que puedan continuar con la cena.

Aquello era totalmente nuevo para mí, así que me estrujé el cerebro intentando pensar en algo que hacer y después me rocé la frente con dos dedos como Improbable hacía cuando quería mostrar respeto ante alguna buena idea. A los soldados les encantó; algunos hicieron ruido con los pies y otros golpearon la mesa con los cubiertos hasta que el cocinero les gritó que se callaran.

—Por el amor de Dios —me dijo Mamá Oaks—. ¿Qué has hecho ahí fuera?

—Vamos a coger la comida y os lo contaré.

Estaba a punto de terminar mi relato, aunque no era tan excitante como cuando lo contaba Morrow, cuando llegó Fade. Como apenas habíamos tocado la comida, tuvo tiempo de sobra para comer. Rex y Edmund le estrecharon la mano y Mamá Oaks se conformó con una cariñosa sonrisa. Quería abrazarlo, pero era una mujer observadora

y habría notado sin duda el modo en el que se tensaba cuando estaba rodeado de gente.

—Te has perdido la bienvenida del héroe —me burlé. Fade se encogió de hombros.

—De todos modos era para ti.

—Todos nosotros nos lo hemos ganado.

—Estoy muy orgullosa de ti —me dijo Mamá Oaks.

En el pasado, una afirmación así me habría desconcertado. Si ella no había tenido nada que ver con mi entrenamiento, ¿por qué le importaba mis logros? Pero ahora comprendía que el amor hacía que le interesara todo lo que estaba relacionado conmigo... y yo me sentía igual. Nunca se lo diría, porque eso los preocuparía más, pero, de no haber sido por ellos, habría esperado hasta ser lo suficientemente mayor para alistarme y después me habría unido a los soldados. Sin embargo, quería que fueran felices: quería proporcionarles un hogar tan acogedor y seguro como el que ellos me habían ofrecido a mí. Y, para conseguir eso, sería necesario algo más que paciencia.

Mi familia nos hizo preguntas que a otros no se les había ocurrido hacernos, como qué tipo de ropa y zapatos llevaban en otros pueblos, y si pensaba que podrían aprender los patrones. Cenamos agradablemente y, cuando nos marchamos, Fade susurró:

—Me gustaría pasar algo de tiempo contigo.

En el barracón en el que dormíamos no había intimidad, y no sabía si habría alguna otra casa vacía. Debió de notar mi indecisión, porque añadió en voz baja:

—Reúnete conmigo fuera cuando todos los demás estén dormidos.

Entonces Edmund se lo llevó para que viera algunas mejoras que había hecho en el taller. Rex los acompañó, y yo volví a casa con Mamá Oaks. Me rodeó los hombros con el brazo, un gesto que era un poco incómodo porque yo era un poco más alta que ella. Me encorvé un poco haciéndolo más fácil y me miró con aquella mirada feliz, esa que decía todo tipo de frases alegres como, *Te quiero y Estoy orgullosa y Me hace muchísima ilusión que estés aquí*. Antes de conocer a los Oaks nadie se había preocupado por mis idas y venidas, siempre que siguiera obedeciendo las órdenes.

—Tengo curiosidad por algo —le dije cuando entramos en casa.

Esta vez me fijé mejor en aquel lugar y me di cuenta de que lo había hecho más acogedor. Había colocado las camas de un modo menos rígido y había encontrado algunas sillas, o quizá Edmund o Rex las habían construido. También había otros pequeños detalles: pequeños cortinajes que estaba segura de que había hecho con trozos de tela de Soldier's Pond, ya que la mayoría eran verdes. Parecía ser el único color que aquel asentamiento conocía.

—¿De qué se trata?

—Algunas personas tienen dos nombres, como John Kelley, el trampero al que conocimos, o como tú. ¿Por qué?

—El primero es el nombre que me pusieron mis padres, y el segundo es el apellido familiar. —Me miró con severidad—. Y tú también tienes dos nombres, chica. Tú eres Deuce Oaks. Nosotros te adoptamos como parte de nuestra familia y, si escucho alguna tontería sobre que rechazas nuestro apellido, se lo diré a Edmund. Estaba perpleja.

—Nadie me había dicho que al unirme a una familia adoptabas su nombre.

Su mirada se suavizó.

—Supongo que no.

—Pero ¿qué pasa con Fade? ¿Ahora es un Jensen?

Cerré un puño y me preparé para luchar contra la idea de que tuviera que llevar un recordatorio permanente del hombre que lo había maltratado.

La mujer negó con la cabeza.

—Él también es uno de los nuestros.

—Entonces, ¿los dos somos Oaks? —le pregunté.

—Para mí sí. Quiero a ese chico como a un hijo.

—Pero, si yo soy tu hija, y él es tu hijo.

Me interrumpió con un ademán agobiado.


—No compliques las cosas, Deuce. Entre vosotros no hay relación de sangre.

Eso no era lo que estaba a punto de decir. Sabía que no tenía parentesco con Fade y que nada nos impediría reproducirnos en un futuro si queríamos hacerlo.

—No, tú me dijiste una vez que, cuando la gente se une y hace sus promesas, toman el mismo nombre. ¿Eso significa que Fade y yo lo hemos hecho?

Estaba un poco confusa al respecto. Mamá Oaks suspiró.

—No, pero cuando la hagáis ya no tendréis que cambiar de nombre. Me gustaba que no tuviera dudas al respecto al hecho de que ambos nos pertenecíamos... Como el Muchacho Diurno y la Chica Nocturna, terminaríamos juntos para siempre. Aquello era suficiente para mí, pero, por mucho que disfrutara de aquella reunión, me moría de ganas de que mi familia se quedara dormida.



La luna era un gajo plateado que iluminaba el nebuloso cielo de medianoche. La nieve aún caía revoloteando perezosamente y podía ver el frío en las humeantes espirales de mi aliento. Estaba siguiendo a Fade en silencio. La capa de nieve, intacta excepto por la huellas de los guardias que patrullaban por el pueblo durante la noche, crujía bajo mis pies. No había toque de queda, pero si nos pillaban merodeando a aquellas horas nos harían preguntas. No creía que se mostraran comprensivos si les respondíamos que solo echábamos de menos darnos el lote.

Fade me cogió la mano y tiró de mí.

—Vamos.

—¿A dónde? —le pregunté.

Disfruté tanto haciéndome callar que no me atreví a preguntar de nuevo. Quería sorprenderme, así que dejé que lo hiciera. Nuestro destino era un edificio de tamaño medio del que salía humo. Eso significaba que había un fuego encendido dentro y, teniendo en cuenta el frío que hacía y cuánta nieve se había acumulado durante el día, me alegré de verlo. Después de sacudir un poco la puerta, la abrió. El interior parecía una especie de lugar de reunión, pero más confortable que el cuartel general. En vez de mesas había butacas acolchadas y sofás. La estantería contenía algunos libros viejos, la mayoría en peor estado que El Muchacho Diurno y la Chica Nocturna.

—¿Qué es esto? —pregunté al entrar.

—El club de oficiales. Es a donde vienen en sus horas libres para beber y evitar a sus familias.

Aquello me pareció extraño.

—¿Estás seguro de que no nos pillarán nadie? Fade negó con la cabeza.

—Están dormidos. He venido aquí a pensar más de una vez, y nadie me ha molestado. Los reclutas temen que los arresten, así que no entran. Si no encendemos las luces ni armamos ruido, ninguno de los guardias vendrá.

El fuego estaba bajo, así que Fade lo atizó. De las cenizas surgieron chispas de un brillante naranja, y añadió un poco de leña del montón. Lo manejó con cuidado hasta que prendió, y a continuación me llevó hasta el sofá que estaba más cerca de la chimenea. Era viejo y estaba muy usado, como la mayor parte de las cosas de Soldier's Pond: los remiendos cutres del cuero se notaban mucho.

Allí, comparado con el exterior, se estaba calentito. Me imaginé estar en el bosque y me estremecí. Fade me abrazó, seguramente porque creía que tenía frío. En lugar de aclarármelo, me acomodé a su lado. El calor hacía que la piel me picara, tanto por el alegre fuego como por la cercanía de Fade.

—Qué sorpresa tan agradable. —No había creído que allí hubiera algún lugar

donde pudiéramos estar solos.

—No es lo mismo —me dijo.

Sabía a lo que se refería. La primera noche que pasamos juntos hubo velas y besos, palabras susurradas y una indescriptible dulzura.

—Solo hay un modo de descubrirlo.

Sostuve su mirada y esperé hasta que me dio permiso con un asentamiento rápido. Entonces le acaricié la mejilla con suavidad y recorrí un camino con los dedos hasta su sien. Introduje la mano en su cabello y contuvo el aliento, aunque no creía que estuviera haciéndole daño o asustándolo. Aun así, me detuve para asegurarme de que seguía conmigo. Me estaba mirando con los ojos entrecerrados, oscura y cálidamente.

—Más —susurró.

Obedecí. Moldeé su cabeza con la punta de mis dedos y lo acaricié como había hecho la noche en la que había dormido con la cabeza en mi regazo. Y a juzgar por su expresión, él también lo recordaba. Quizá sería bueno que le recordara todas las sensaciones agradables relacionadas con las caricias. Fui lenta y sutil, sin movimientos repentinos, y cuando pasé las uñas por su nuca se estremeció. Se acercó más a mí y me rodeó con sus brazos. No parecía estar pensando en nada, y tenía una expresión suave y soñadora.

Cuando me besó el cuello, me mordí el labio. Era sorprendentemente agradable. Siguió dándome besos justo debajo de la mandíbula. Su piel raspaba ligeramente la mía, lo que me hizo recordar que era un hombre, y no un chico, y que se había afeitado la desaliñada barba que le había crecido durante las semanas que habíamos pasado en la tierra salvaje. Mi corazón se aceleró cuando su boca se hizo más cálida, y eso que aún no me habían rozado los labios. Me puso una mano en el hombro, respirando rápidamente, y me recostó en el sofá, algo que le dejé hacer porque tenía el extraño deseo de que me cubriera como una manta. Cuando se colocó sobre mí emitió un gruñido satisfecho y después me besó.

Cerré los ojos. Las sensaciones explotaron en mi interior como brasas en el fuego, como leña seca en un incendio. Aquel beso era un cielo de verano, emocionante e infinitamente azul, lleno de bayas dulces y de luz del sol. Aquel largo y lujurioso encuentro dio paso a besos más pequeños en los que nuestros labios se rozaban una y otra vez, hasta que ambos empezamos a estremecernos a pesar de la calidez de la habitación. Fade se apartó un poco y me cogió el rostro entre sus palmas; podía ver una poderosa emoción en sus ojos.

—Tenía miedo —susurró—. Pero no debería haberlo tenido. Esto... esto es aún perfecto, aunque yo no lo sea.

—Yo tampoco lo soy —susurré.

Me moví y Fade hizo una mueca de dolor. Se frotó contra mí sin poder evitarlo, tentándonos a los dos. En aquel momento, le habría dado cualquier cosa.

—Esto es... —Se detuvo mientras yo me movía bajo su cuerpo, buscando la postura adecuada.

—Podríamos hacerlo. —Sabía exactamente lo que le estaba sugiriendo.

—Aquí no, no sin garantía de intimidad. Debería ser especial.

Fade cambió de posición y me cogió entre sus brazos. Nos entrelazamos como un árbol y una enredadera, sus piernas enmarañadas con las mías. Podía sentir el calor del fuego en mi espalda. Le besé el cuello.

—Te quiero. —Su voz era grave y áspera.

—Yo también te quiero —le respondí sencillamente, como si hubiera estado esperando toda la vida para ofrecerle esas palabras. Sin dudas, sin vacilación. Aquel sentimiento estaba tan asentado en mí que parecía que, para desenraizarlo, habría que matarme.

—Gracias por no rendirte conmigo. Levanté una desafiante ceja.

—¿Alguna vez me has visto rendirme? Fade se rio en voz baja.

—Nunca.

—Deberíamos volver antes de que alguien nos pille... o de que Mamá Oaks se dé cuenta de que nos hemos ido.

Me soltó con un gruñido que tomé por un asentamiento. Cuando salimos del club de oficiales la noche estaba aún tranquila y la luna se reflejaba en la nieve recién caída. Nuestras huellas se habían cubierto, así que hicimos unas nuevas hasta los barracones. Al llegar, Fade movió la cabeza con tristeza.

—No puedo irme a la cama todavía. Voy a correr un poco.

Me sonrojé, porque comprendía la razón. Me metí en la cama, pero no antes de que Mamá Oaks se apoyara sobre un codo y me dedicara una afilada y somnolienta mirada que decía: *No vas a salirte con la tuya*. Por alguna razón me dieron ganas de reírme, pero eso habría despertado a Edmund y a Rex, así que me sentí en la cama. Cuando Fade subió al camastro que había sobre el mío, apenas me desperté.

Por la mañana, todo era diferente.

Al principio no comprendí el cambio, pero soldados a los que no conocía me saludaban por mi nombre. Algunos me detenían para preguntarme por los collares de colmillo de Freak que llevaban mis hombres, y un centinela gritó desde una torre:

—¡Un aplauso para la Unidad D!

Encontré a todos mis hombres sentados juntos en la cantina, incluidos los exploradores de Stalker. Me hicieron una señal para que me uniera a ellos. Me acerqué con mi bandeja de comida, sorprendida por su camaradería. Tanto el éxito como el fracaso creaban lazos, suponía, y habíamos compartido ambas cosas mientras viajábamos.

—¿Alguien sabe por qué nos están dando tratamiento VIP? —quiso saber Tully.

—¿Qué es VIP? —Me alegré de que Stalker lo hubiera preguntado, porque yo tampoco lo sabía.

—*Very Important Person*. Persona muy importante. —Morrow sonrió—. Es posible que yo haya tenido algo que ver con eso. Desde que le hablé del pacto y del Freak parlante creen que podemos mover montañas.

—Sobre todo Deuce —añadió Spence. Murmuré una maldición.

—¿Qué les has contado?

—Entonces, ¿cuál es el plan para la campaña de primavera? —interrumpió Thornton, cambiando de tema.

Daban por sentado que íbamos a salir de nuevo, que no íbamos a dormirnos en los laureles cuando la época fría hubiera pasado. Siendo sincera no tenía un gran plan, pero, como no quería decepcionarlos, pensé en ello mientras desayunaba escuchando sus intercambios de bromas. Fade estaba sentado a mi lado en silencio, no triste o meditabundo sino observador, como solía ser antes de que los Freaks se lo llevaran.

—Primero exploraremos —dije en el primer momento de tregua—. Después del deshielo. Para trazar un plan necesito información sobre cuántos de la horda han sobrevivido al invierno. Afortunadamente, los Mutantes aún no son tan buenos estrategas.

—Aún —murmuró Tully. Asentí.

—¿Quién sabe cuánto tardaran en ponerse a nuestro nivel? Cuando sepamos cuántos quedan y a dónde se dirigen decidiremos qué hacer.

Nadie se rio ni dijo que doce soldados no podían hacer nada. Ya lo habían hecho.

—¿Sabes que es lo que más me gusta de todo esto? —me preguntó Spence, sonriendo de oreja a oreja.

Negué con la cabeza.

—¿Qué?

—Que no estamos de servicio. Eso significa que no tendremos que hacer guardias nocturnas, ni patrullas tras la valla, ni cocinar, ni limpiar el lavadero o trabajar en los establos.

Thornton sonrió con suficiencia.

—Eso es una bendición. No puedo recordar la última vez que pasé bien el invierno.

—Si alguien se queja —dijo Morrow—, decídele que sois parte de la Unidad D.

Miré a Tegan, que negó con la cabeza.

—Lo he oído, pero no sé qué significa.

—Es el nombre de nuestro pelotón —dijo Morrow.

—¿A quién se le ha ocurrido? —le preguntó Stalker. El cuentacuentos tenía una expresión astuta.

—A los hombres que quieren unirse a nosotros. He estado extendiendo la noticia de nuestro éxito, y han decidido que el pelotón debería ser nombrado en homenaje a Deuce.

Sospechaba que había más que contar, pero no lo hizo y yo estaba demasiado contenta después de saber que teníamos más reclutas potenciales para seguir con el tema. Aquel día, diez hombres se acercaron a mí en silencio y me preguntaron si los dejaría presentarse voluntarios cuando nos marcháramos por segunda vez. Harry Carter estaba entre ellos. Había querido venir antes, pero no estaba lo suficientemente

fuerte. No sabía si se debía a nuestro éxito o a la idea de librarse del servicio, pero les dije a todos que eran bienvenidos. La noche siguiente hablé con cinco más.

Una semana después se acercó a mí Zach Bigwater. Era el único miembro de su familia que había sobrevivido al incendio y, durante un tiempo, no supe si iba a superarlo. No habló durante semanas, y para Tegan fue un suplicio conseguir que comiera. Pero aquella tarde se dirigió a mí.

—Quiero unirme a la Unidad D —me dijo sin preámbulos.

—¿Por qué?

—Porque estoy cansado de sentirme impotente.

—Creo que necesitas contarme lo que ocurrió en Salvación. Cerró los ojos con fuerza.

—Murió mucha gente por mi culpa.

—El pueblo estaba siendo asediado. No fue culpa tuya.

—Lo fue —me dijo con gravedad—. Salí corriendo y me escondí. Cuando las murallas se vinieron abajo me quedé paralizado. Debería haberle contado a alguien lo del túnel, pero no podía moverme, y la gente no dejaba de morir a mí alrededor. Soy un cobarde.

Sus actos no lo convertían en un buen recluta, pero creía comprender por qué quería luchar.

—¿Y ahora quieres redimirte, demostrando algo?

—Es posible —susurró.

—Entonces bienvenido a bordo. —Tendría que vigilarlo de cerca, pero no quería rechazar a nadie.

El número de voluntarios nuevos creció a medida que pasaban las semanas y la nieve se amontonaba más alto. Durante los meses fríos mantuve a mis hombros en forma. Pedí un lugar donde poder entrenar a cubierto y me lo concedieron. La coronel respondió con su ambivalencia típica... Y nos dejó usar las vaquerizas. Los animales estaban en sus casillas y teníamos espacio de sobra para luchar. Me exigía mucho a mí misma, y a los demás también. Entrenamos con dureza: practicamos el combate en grupo, ideamos señales de mando y estrategias de batalla para todo tipo de escenarios. La noticia sobre nuestras sesiones se extendió y los hombres que habían pedido admisión, como aún no eran parte oficialmente de la Unidad D, entrenaban en sus horas libres, intentando llevar nuestro ritmo.

Para cuando la nieve comenzó a fundirse todos éramos más fuertes y Tegan era un prodigio con el cayado, que habíamos envuelto en metal para proporcionarle un impacto óptimo. En Soldier's Pon nos consideraban una unidad de élite, lo que significaba que éramos realmente buenos luchando.

Par mi sorpresa, comencé a recitar los viejos sermones de Seda.

Creo que se habría alegrado de saberlo.

—No malgastes tu energía. Mata rápidamente. Nos superarán en número, así que ahorra energía. Nada de demostraciones: abate a tú oponente y pasa al siguiente.

—Los observé luchar durante algunos segundos y negué con la cabeza.

—Thornton, estás esforzándote demasiado. Si eres un bruto, pero aplastar cráneos debe de ser agotador. Necesito que mates más rápido.

—Soy un hombre viejo. —Pero no era una protesta si no una afirmación, y me sorprendió que aquel canoso veterano aceptara con tanta presteza mis críticas—. Enséñame un modo más fácil.

En el último mes había quedado claro que tenía poca experiencia cuerpo a cuerpo, así que lo puse a trabajar con Stalker. Al final conseguí que usara dos pequeñas hachas de mano en lugar de sus puños. Las hojas eran lo suficientemente pesadas para que se sintiera cómodo con ellas, aunque sus hachazos acabarían con los Freaks más rápido.

A principios de marzo, Stalker y cinco exploradores salieron para localizar la horda. Era una misión arriesgada y estuve preocupada todo el tiempo que estuvieron fuera. El resto seguimos entrenando; tenía que asegurarme de que funcionaríamos como uno solo. Una semana después volvió el grupo de exploradores, medio congelado y muerto de hambre, pero con información interesante. Stalker se despidió de los demás y ambos fuimos a la cantina. No era la hora de la comida, pero siempre había bebidas disponibles.

Serví dos tazas de té de hierbas de la tetera caliente y nos sentamos en nuestra mesa habitual. Stalker tenía la piel enrojecida y agrietada, y los labios partidos. A pesar del deshielo y de las ráfagas ocasionales de sol, el tiempo todavía era duro. Esperaba que eso hubiera pasado factura al enemigo. Con tantos animales hibernando la caza sería escasa en aquella época del año. Con suerte, la horda habría tenido que concentrarse en encontrar comida en lugar de atacar asentamientos humanos.

—Hay malas noticias —me dijo en voz baja—. Appleton ha desaparecido.

Eso me golpeó con fuerza. Se habían reído de nosotros. No habían sido tan radicales como Gaspard, que habían amenazado con colgarnos, pero aun así mis recuerdos de aquel sitio eran desagradables. Appleton era más grande que Salvación, pero tenía menos defensas; sospechaba que, cuando había pocos Freaks, no fue un problema. La gente que no hubiera visto la horda antes no podía imaginar aquel horror, así que no los culpaba por haber reaccionado así con nosotros, pero era espantoso que hubieran pagado un precio tan alto por su escepticismo.

—¿Supervivientes?

—No. Masacraron a la ciudadanía, y al parecer la horda se ha atrincherado allí. Parecen menos que la última vez, pero siguen siendo un par de cientos.

—Esperaba que el frío acabara con muchos más. Stalker negó con la cabeza y sorbió su bebida caliente.

—Apuesto a que esa es la razón por la que atacaron Appleton. Están asando a los aldeanos, y además tienen cobijo y suministros. Estarán bien hasta que llegue la primavera.

Aquel era justo el tipo de noticias que temía. Estaba segura de que la relativa falta

de defensa de Appleton había contribuido a la decisión de la horda de saquear ese pueblo primero. Para entrar en Soldier's Pond habrían necesitado mucho más tiempo y esfuerzo y, con el frío y cada vez más debilitados, tenía sentido elegir un objetivo fácil. Sin embargo, cuando llegara la primavera, todos los pueblos estarían en peligro.

—¿Se lo contarás a la coronel? —le pregunté. Asintió y sonrió levemente.

—Me alegro de que me lo preguntes en lugar de ordenármelo.

—Tú eres el líder de los exploradores, no yo. Solo pensaba que podría beneficiarse de la información.

Si la pérdida de un pueblo a dos semanas de viaje no la alarmaba, sería que la coronel no era tan lista como yo pensaba. Aquello daba a la horda un aterrador punto de apoyo en la zona. Cuando el tiempo mejorase decidirían que objetivo eliminarían a continuación. Si se decidían por Soldier's Pond, el asedio sería largo y horrible. Al final, los Freaks descubrirían cómo superar (o romper) las vallas, o se agotaría nuestra reserva de munición.

No podía dejar que le ocurriera eso a mi familia. Otra vez no.

Acababa de terminar de almorzar cuando llegó un mensajero de Winterville. Había estado esperando malas noticias desde que escuché el informe de Stalker, así que no me sorprendió. El mensajero estaba en harapos y muy delgado; a juzgar por sus numerosas heridas, no estaba acostumbrado a viajar. Sin embargo, había algo extraño en sus lesiones... no parecía que se las hubiera infligido un Freak. Me acerqué a los guardias que estaban escuchando sus jadeantes tartamudeos. Mi posición en el pueblo había cambiado tanto que ninguno de ellos cuestionó mi presencia. Estaban acostumbrados a verme entrar y salir del cuartel general para consultar con la coronel Park cosas que no compartía con nadie más que con sus consejeros.

—Necesitamos ayuda —resolló el hombre.

—¿Mutantes? —le preguntó Morgan. Me había enterado de que estaba casado con la coronel, lo que explicaba sus efusivas muestras de cariño en público.

Como Winterville estaba más cerca que Salvación era posible que pudiéramos preparar una defensa, dependiendo de la naturaleza del ataque. El clima no era el ideal para moverse, pero, si nos preparábamos bien y nos movíamos rápido, podríamos golpearles desde atrás. Recordé que el anexo de investigación estaba construido con un extraño metal arrugado, así que no podrían quemarlo antes de que llegáramos. El resto de las casas, sin embargo, podrían haber desaparecido.

El mensajero negó con la cabeza, sorprendiéndonos a todos.

—El doctor Wilson me pidió que encontraré a Deuce. Me dijo que le dijera que había problemas en la zona sur... Que ella sabría qué significaba.

Me tragué una maldición. Las medidas de contención de sus humanos salvajes debían haber fallado. Y por lo que recordaba de Winterville, no tenía guerreros. Era un pueblo pequeño y extraño, sin duda, pero eso significaba que se merecían morir porque Wilson fuera un loco que había inventado pociones demenciales y las había probado sobre su propia gente.

—Haced que este hombre reciba atención médica —ordené a los guardias—. Después dadle algo caliente de comer. Yo me ocupo de esto.

Cuando me alejé y escuché a Morgan decir: «Vamos, te llevaremos a ver a la doctora Tegan primero» me di cuenta de lo mucho que habían cambiado las cosas.

Esos hombres habían obedecido mis órdenes sin preguntas, y ni siquiera eran parte de la Unidad D. Cuadré los hombros y caminé hasta el cuartel general. En el interior, la coronel estaba esperando mi informe de la situación.

Le resumí el problema rápidamente y le recordé lo que Wilson me había dicho. Me escuchó con su atención habitual. Desde nuestra pugna, en la que la había amenazado con cortarle el cuello, la coronel me trataba con cautela y respeto. Había

llegado a la conclusión de que no era mala persona, pero, como Seda, podía tomar decisiones horribles por el bien de la comunidad. No era un rango que envidiara.

—¿Sabes de cuantos infectados estamos hablando?

Negué con la cabeza.

—Sin embargo, no serán tan listos como los Mutantes con los que hemos estado luchando. Wilson me dijo que sus funciones cerebrales superiores se habían visto mermadas. —Aunque no estaba totalmente segura de qué significaba eso, suponía que eran como los Freaks contra los que había luchado en los túneles.

—Entonces no sabes cuantos hombres necesitarás.

—Por ahora tengo cuarenta y cuatro. —Un grupo muy pequeño comparado con la horda, pero seguramente estaríamos al mismo nivel que los causantes de los problemas en Winterville.

—Entonces ocúpate de ello. Por cierto, he decidido contratar a la Unidad D oficialmente para las operaciones de rescate. Teniendo en cuenta lo que sabemos de las intenciones de los Mutantes y de su superioridad numérica, es probable que recibamos más peticiones de este tipo. Seguirás al mando y evaluarás las amenazas para determinar la mejor respuesta teniendo en cuenta nuestros recursos.

—Creí que no era lo suficientemente mayor para alistarme —le dije.

—Y no lo eres. Los escuadrones de élite no están sometidos a la misma regulación. —Sonrió petulantemente, complacida por saltarse las normas para utilizar a mi equipo.

—Con el debido respeto, señora, declino su oferta. Tengo la intención de aceptar a cualquier que quiera unirse a nosotros, y no solo a los hombres de Soldier's Pond. —Me esforcé en explicarme—. Nuestro objetivo no es defender a los pueblos. La Unidad D pretende terminar con la amenaza Mutante. Así que, aunque aceptemos terminar con las peticiones de ayuda mientras estemos en el pueblo, no puedo garantizar nada. La lucha está ahí fuera y yo también pretendo estarlo, siempre que el clima acompañe. Ahora no somos bastantes como para enfrentarnos a la horda, pero, algún día —me detuve tras dejar clara mi intención.

Esta vez no se rio.

—Lo comprendo. —Me miró con tristeza, pero añadió bruscamente—. Necesitarás reunir a tus hombres antes de salir. No le cuentes lo mal que están las cosas en Winterville.

—Sí, señora.

Cuando me marché no saludé como hacían otros.

La coronel Park no era mi líder. Compartía información con ella porque la respetaba, no por obligación. Al decirle que no conseguiría nada más de mí, lo dije en serio. Yo no era una pequeña pieza negra en su mapa, dispuesta a moverme contra las piezas rojas a su voluntad.

Cuando me reuní con los hombres que estaban preparándose para el entrenamiento de la tarde en la vaqueriza, les hice un resumen rápido.

—Coged vuestro equipo —terminé—. Nos marcharemos en una hora.

No tardé mucho en coger mi mochila y guardar mi equipo. Estaba atándome las botas cuando Mamá Oaks me encontró. Llevaba un hatillo; al principio pensé que me había hecho algunas ropas más. Entonces desdobló la tela y descubrí que no tenía forma de camisa o vestido.

El tejido era sencillo, el primero que había visto desde mi llegada que no había sido teñido de verde oliva. Tenía forma de triángulo y los bordes rematados con verde. Justo en el centro había una versión bordada de mi objeto personal, una pica negra con un dos encima. El oscuro símbolo destacaba poderosamente contra el pálido fondo, sobre todo porque estaba delineado en rojo. Le quedaban muy pocos materiales de su trabajo de costurera en Salvación, y no podía creer que los hubiera usado para hacer algo así para mí.

Además no sabía qué era.

—Es un banderín —me explicó—. Leí en un libro que los guerreros solían mostrar sus colores cuando iban a la guerra, para que los enemigos pudieran verlos y se desmoralizaran.

Aquello... Aquello era amor verdadero. Mamá Oaks odiaba que saliera, pero, debido al amor que sentía por mí, me apoyaba, aunque eso la asustara. Un puño me apretó el corazón.

—Gracias —le dije—. Es maravilloso. ¿Cómo se supone que voy a mostrarlo?

—En un asta corta, creo. Tengo a Edmund trabajando en ello.

—Nos marcharemos pronto —le dije, lamentando decepcionarla.

—Lo sé. Vendrá dentro de poco. —Mamá Oaks hizo una pausa—. ¿Confías en mí, Deuce?

—Por supuesto.

—Entonces déjame tu amuleto.

Me llevé la mano al bolsillo oculto de mi camisa instintivamente. Durante mis viajes, el naipe se había manchado más aún de sangre, pero no lo había perdido. Quería preguntarle por qué, pero no lo hice, y en lugar de eso le demostré mi confianza sacándolo y ofreciéndoselo sin decir nada. Mi madre sonrió mientras sacaba su aguja, y después cosió la carta en el centro del banderín.

—Ahora está terminado. Esto representa tu espíritu de lucha y creo de verdad que, mientras lo mantengas a salvo, no fracasaras.

Mis ojos se llenaron de lágrimas; había combinado su mejor habilidad con mi tradición, una en la que seguramente ni siquiera creía. La abracé y susurré:

—Gracias.

Exhaló lentamente y después dijo:

—Rex quiere ir contigo. Me detuve.

—¿Y tú qué opinas?

—Cuando llegamos estaba muy dolido por lo de Ruth y temí que hiciera alguna tontería. Pero ya ha pasado bastante tiempo... —Quería que Rex siguiera su corazón,

aunque fuera angustioso para ella.

—No me ha dicho nada, ni ha asistido a ninguno de nuestros entrenamientos. Dile que, si quiere unirse a nosotros, tendrá que ser después de que haya entrenado un poco con los demás.

—Me preguntará por qué aceptas a desconocidos sin hacerles pruebas.

—Porque ellos son soldados entrenados y él no lo es. Sería una irresponsabilidad llevarlo con nosotros sin enseñarle primero a luchar.

—Eso parece justo. —Parecía visiblemente aliviada de que no fuéramos a marcharnos los dos aquel día.

Terminé la discusión con un abrazo, pero no podía entretenerme. No estaría bien que ordenara a los hombres que estuvieran preparados en una hora, y yo llegara tarde. *Enseña con el ejemplo*, decía siempre Seda... y aunque no estaba de acuerdo con todo lo que me trataba de inculcarme, aquel consejo me había calado. Mamá Oaks me acompañó a la puerta y, como me había prometido, Edmund llegó poco después con una ligera vara de metal. No era tan larga como para ser difícil de manejar ni tan pesada como para que llevarla fuera un problema. Mamá Oaks cosió el banderín a la vara con eficientes movimientos mientras yo pasaba lista. Fade estaba allí, Thornton y Tegan también... Zach Bigwater, Harry Carter, todos los exploradores y Morrow, Tully y Spence. Había memorizado los nombres de todos los hombres, porque para mí no eran números. Repasé la lista mentalmente.

—Estamos todos —dije—. Unidad D, adelante.

Fue una marcha horrible, aunque nuestra bandera oficial alegraba bastante a los hombres. Hacían turnos para llevarla y al final dudaron sobre quién debía tener el privilegio de portarla. Yo no tuve nada que ver con ellos; se recompensaban unos a otros por razones caprichosas: una buena canción, movimientos sigilosos, un relato alegre. Aunque esperaba que algunos de los nuevos se quejaran, porque no estaban acostumbrados a la vida en el campo, ninguno lo hizo. Aquel fue un buen comienzo.

El terreno estaba enfangado por el deshielo y congelado a parches, así que caminé con cuidado. Stalker y sus exploradores iban en la vanguardia para buscar una ruta segura hasta Winterville. Como no sabía a qué nos enfrentaríamos cuando llegáramos, parecía mejor no malgastar más energías de las necesarias. No había duda de que en el pueblo tendríamos que luchar, y odiaba la idea de matar a humanos. De las pocas veces que lo había hecho solo había disfrutado una: Gary Miles, el soldado de Salvación que creía que las mujeres solo eran buenas para una cosa. No había sido una gran pérdida para el mundo.

A pesar del clima, hicimos un buen tiempo.

Esperamos a las afueras de Winterville mientras Stalker y sus exploradores examinaban la situación. Los demás estábamos tensos, atentos a cualquier señal de que los enfermos se hubieran aventurado más allá de los límites de Winterville. De vez en cuando escuchaba gritos inhumanos, gruñidos ininteligibles, horribles, pero diferentes a cualquier sonido que hubiera oído emitir a los Freaks.

—Esto es horrible —susurró Tegan.

Asentí. El grupo de Exploradores regresó justo a tiempo.

Aunque el antiguo Lobo era duro, hasta él estaba perturbado cuando regresó.

—Nunca he visto nada igual —dijo Stalker, jadeando—. Todas las casas están bloqueadas desde el interior, las ventanas y las puertas. Y el pueblo...

—Sigue —le pedí.

—Hay gente por todas partes. Atacan cualquier cosa que se mueva y... se comen unos a otros.

El horror me atravesó. Aunque el científico, Wilson, tenía buenas intenciones, había realizado sus experimentos sin tener en cuenta las consecuencias, y ahora parecía que su gente iba a terminar tan mal como la que en su día pasó a ser nuestro mayor problema. *Si esa gente se convierte en Freaks...* Me obligué a dejar de especular y me concentré en los hechos.

—¿Cuántos son? —le pregunté a Stalker.

—Entre setenta y cinco y cien. Solo es una estimación.

—¿Actúan en equipo? Stalker negó con la cabeza.

—No. Como mucho, están compitiendo por entrar en las casas. Es... desagradable, quizá lo peor que he visto nunca. Lo comprenderás cuando entremos.

Teniendo en cuenta las situaciones por las que ambos habíamos pasado, aquella afirmación era desalentadora. Pero no dudaba de él. Armada con aquella perturbadora información me dirigí a los demás y les di órdenes.

—Nos dividiremos en cuatro equipos de once. Asignaré un líder a cada uno y seguiréis sus instrucciones como si yo las hubiera dado.

¿Entendido?

—Si señor —respondieron unánimemente. Continué.

—Tenemos un buen jaleo que arreglar. Aunque no hemos sido nosotros los causantes, la gente que está atrapada en esas casas cuenta con nosotros. No sé si lo que Wilson les hizo a esos pobres locos es contagioso, así que protegeros de sus dientes.

Tegan dio un saltito, lo que pensé que significaba que tenía algo que añadir.

—La sangre también puede transmitir enfermedades, así que tened cuidado. Intentad que no os caiga en los ojos ni en la boca y, si tenéis alguna herida, aseguraos de cubrirla antes de la batalla.

—¿Algo más, doctora?

La chica se sonrojó cuando la llamé así, pero negó con la cabeza. Allí terminaba sus consejos, al parecer.

—Excelente. Algunos de vosotros podríais dudar cuando os deis cuenta de que estamos luchando contra humanos. Pero recordar que no hay cura para ellos. Esa es la razón por la que el doctor Wilson los mantuvo encerrados; estaba intentando encontrar un remedio, pero están condenados y abatirlos será un acto de piedad. — Las palabras sonaban duras y frías en mis propios oídos, pero los hombres asintieron

—. Ahora, los jefes de equipo: Stalker, Fade, Morrow y yo.

El cuentacuentos pareció sorprenderse, pero era listo y guiaría a sus hombres con el mismo cuidado y sabiduría que había ofrecido a Tegan durante sus sesiones de entrenamiento. Para evitar los favoritismos y para no perder tiempo, los hombres se dividieron de cuatro en cuatro. En mi equipo estaban Thornton y Spence, pero no Tully, y tres exploradores, Zach Bigwater y tres nuevos reclutas. Era una buena mezcla de habilidades con suficientes veteranos para compensar la situación si Zach se venía abajo por la presión.

—¿Todo el mundo sabe quién está en su equipo? —pregunté. Todos asintieron al unísono.

—Bien. Entonces, Stalker, tú te ocupas de la sección este. Yo iré al oeste. Fade, tú al norte y Morrow, tú al sur, donde comenzaron los problemas. Pero, por lo que Stalker ha dicho, ahora hay problemas por todo Winterville.

—Entendido —dijo Stalker. Morrow inclino la cabeza.

—Todo claro.

Pero Fade hizo una señal a sus hombres, que estaban comprobando sus armas y hablando en voz baja sobre el combate que se avecinaba, para que esperaran un segundo y se acercó a mí con el ceño fruncido.

—¿Estás segura de que yo debo ser el líder del equipo?

Sabía que él pensaba que ya no era el Cazador que había sido antaño, y que tenía dudas sobre su capacidad de liderazgo. Sin embargo, Fade tenía que dejar de caminar a mi sombra; era tan feroz y fuerte como lo había sido en el pasado, quizá más. Muy poca gente habría sobrevivido a una experiencia como la suya, e incluso menos habrían podido volver a luchar después. Era una de las personas más fuertes y valientes que había conocido, y ya era hora de que se diera cuenta de ello.

Poco a poco.

Cuando lo miré, no lo hice como la chica que lo amaba ni como la Cazadora que había sido su compañera en los túneles. Le hablé con firmeza y frialdad.

—¿Estás cuestionando mis órdenes?

Leí la sorpresa en su mirada, rápidamente oculta bajo un grueso abanico de pestañas. Entonces retrocedió.

—No, señor. Sé cuál es mi misión. Elevé la voz.

—Cuando limpiéis vuestra zona, dirigíos al laboratorio del centro del pueblo. Es fácil de reconocer. —Solo por si acaso, describí el edificio—. Terminemos con esto.

Stalker se quedó muy corto al describir el caos y la masacre. Winterville apestaba a infección y muerte. El hedor dejaba claro dónde encontraríamos a los infectados. Pasé sobre un charco de sangre y examiné la zona antes de conducir a mi grupo al oeste. Huellas sanguinolentas de manos destacaban sobre el pálido metal de los edificios. Zach Bigwater era una incógnita, pero, afortunadamente, tenía veteranos para compensar su inexperiencia, y el resto de mi equipo era competente. Escuché con los nervios tensos. Eché una mirada a Tegan y descubrí que ella también lo había oído.

La fuente del ruido estaba a cuarenta pasos de distancia. Diez agresivos humanos rodeaban una casa y estaban arañando las ventanas bloqueadas. Su descarnada maldad me atravesó como un cuchillo. Cuando nos acercamos se giraron, un impulso incontrolable más que una decisión, y corrieron hacia nosotros enseñando los dientes. Vi sus rabiosos ojos inyectados en sangre y sus manos de humano con las uñas tan descuidadas que estaban curvadas y amarillas.

Aunque había advertido a mi gente que no dudara, odié tener que sacar mis dagas. Aquella gente no se lo merecía; Wilson había sido el causante. Con la mejor de las intenciones, sí, pero de cualquier modo el sufrimiento de aquella gente era culpa suya. Cuando el primero se abalanzó hacia mí, descubrí que tenía la edad de Edmund. Debía de haber sido un granjero, un hombre normal que amaba a su familia y que odiaba las chirivías. *Por favor, dame la fuerza para hacer lo que debo.*

Lo abatí con una oleada de tristeza, y aquella muerte fijó el tono para todas las demás. Miré a Tegan, pero estaba ejecutando con total precisión las maniobras con el cayado que Morrow le había enseñado. Todos luchábamos como uno excepto Zach; se quedó paralizado mientras los demás nos defendíamos. A continuación se encorvo y vomitó el desayuno.

—¿Cómo podéis? —Preguntó con un susurro—. Son personas. Los ojos de Tegan se llenaron de lágrimas.

—Lo sé, pero es un acto de piedad. Jamás volverán a ser los de antes.

Si estuvieran en sus cabales, esto no sería necesario.

Examiné todos los cuerpos para asegurarme de que estaban muertos, teniendo cuidado para asegurarme de que estaban muertos, teniendo cuidado con la sangre tal como Tegan había sugerido. Thornton los miró y después hizo lo que había descubierto que era la señal de la cruz. También había visto a Morgan hacerlo, y él me había explicado que tenía un significado espiritual. Mi familia era religiosa, pero, pero no hacían ese gesto.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Ahora que están muertos parecen normales, casi como nosotros —me

respondió el viejo.

Era espeluznante. Así debió de haber sido hacía mucho tiempo, antes de que todos cambiaran; vi el génesis de los Freaks en aquellos pobres lunáticos, y eso me puso el vello de punta. Les cerré los ojos con cuidado para que no siguieran mirando el cielo con ansia eterna. Al final me incorporé, satisfecha, aunque parte de mí no pudo evitar un temor primitivo a que esos cadáveres se levantaran y vinieran a por nosotros. Al parecer, los demás se sentían del mismo modo, porque retrocedieron y no se giraron hasta que nos alejamos más de cincuenta pasos. Caminé junto a Zach y le hablé en voz baja para que los demás no pudieran oírme, aunque debían suponer lo que estaba diciéndole.

—El siguiente combate será peor, y no podemos cargar contigo. No me decepciones.

Asintió, con aspecto avergonzado.

—No volverá a ocurrir, lo prometo.

Me daba pena, porque había perdido a toda su familia y ahora tenía que aprender a luchar a pesar de que aquel nunca había sido su papel, a diferencia de lo que ocurría conmigo. Pero, en aquel mundo, la gente tenía que adaptarse o morir. La cobardía lo atormentaría toda su vida si no encontraba el valor para blandir un arma y defenderse. Yo no pensaba que la gente que no podía luchar fuera inútil; pero ese pensamiento había arraigado en el interior del chico. Tenía que ganarse su propio respeto.

El siguiente grupo se abalanzó sobre nosotros al doblar la esquina. No habíamos oído nada, pero, en un abrir y cerrar de ojos, teníamos a veinte sobre nosotros. Debería haberlos oído, pero el miasma se cernía sobre todo el pueblo; el hedor era horroroso, y estaban al borde de la inanición. Algunos se habían comido a sí mismos (o quizá se lo habían hecho unos a otros) pero los mordiscos estaban infectados y amoratados, una carne del color de la leche agria cuajada de feroces marcas rojas de dientes.

Sin embargo, nuestro entrenamiento dio sus frutos. Los hombres se colocaron en un círculo, como habíamos practicado, obligando al enemigo a atravesarlo si querían rodearnos. Esperaba que Zach se viniera debajo de nuevo, pero esta vez sacó sus cuchillos y mantuvo su posición. Nos sobrepasaban en número, pero eran criaturas guiadas por la locura y el hambre, como los antiguos Freaks. No sabían nada de tácticas o estrategia; lo único que conocían era la necesidad que ardía como el fuego en sus venas. La lucha se convirtió en una complicada danza de muerte. Cuando Tegan osciló su cayado para golpear las piernas de uno y abatirlo. Thornton lo remató con un eficiente hachazo.

Yo intenté mantener a los monstruos lejos de Zach hasta que recuperara su confianza. No era un guerrero innato, pero estaba decidido e hizo una finta para atraer los dientes de su oponente. Eso expuso su garganta y yo la corté y después le di una patada para alejar el rocío de sangre. Parte cayó sobre mis pantalones, pero no pude evitarlo. Spence luchaba como siempre, con su cuchillo, su pistola y su bota. No

conté cuantos maté: seguí luchando hasta que todos estuvieran muertos.

—¿Heridas? —pregunté—. ¿Alguna mordedura?

Se produjo un silencio pesado y tenso mientras todos examinaban a sus compañeros.

—Yo. —Danbury era uno de los hombres que habían sido reclutados recientemente. Se sujetaba el antebrazo y, cuando me acerqué, vi la magulladura purpura con corazón escarlata donde los dientes habían atravesado la piel. La herida sanaría, pero en sus ojos había un miedo crudo.

—No puedes convertirte en Freak por una mordedura —le dije, aunque aquello no lo consolara—. Quizá tampoco en esto.

—Os dije que evitarais la sangre como precaución —dijo Tegan—. Esta gente se volvió loca después de exponerse a la poción que creó el doctor Wilson, no debido a las mordeduras.

—Deberíais dispararme —dijo Danbury—. Solo por si acaso. Negué con la cabeza.

—Cuando terminemos de limpiar el pueblo hablaré con el doctor Wilson y le preguntaré si existe algún riesgo.

Danbury cerró un puño.

—Si nos equivocamos, prometedme que no dejareis que me convierta en eso.

Miré los cadáveres.

—Yo me ocuparé de ti. No te preocupes.

La afirmación sonó cariñosa, pero me estaba pidiendo que acabara con su vida.

—Deja que te limpie la herida y la vende.

Tegan cogió el brazo del hombre. Se puso unos finos guantes de cuero y después vertió antiséptico en la mordedura para limpiarla. A continuación extendió un poco de ungüento curativo y lo vendó con un trozo de tela. Los soldados la observaron como si estuvieran hipnotizados; no sabía si era por la elegancia de sus movimientos o por la muda amenaza de lo que podría yacer bajo el vendaje.

Spence enfundó su arma.

—Esto no es ningún desafío. Me sorprende que la gente del pueblo no haya podido manejarlo.

—Son estúpidos y débiles —añadió Thornton.

—Esta gente no está entrenada para pelear —indicó Zach.

Tenía razón; eso hacía que las cosas fueran diferentes. La mayoría de las personas, cuando se enfrentaban a una pesadilla, solía huir y esconderse. El que cogía la primera arma que encontrara sin tener experiencia previa era un caso especial. Pero alguien debería poder explicar por qué la mayor parte de la gente huía y una entre cien decidía quedarse a luchar.

Después de eso nos encontramos solo con rezagados, uno de ellos tan débil que estaba de rodillas cuando lo encontramos. «Pobre diablo», murmuró Spence, y le metió una bala en la cabeza. El demente cayó hacia atrás y juro que, en el momento

de su muerte, pareció aliviado de que hubiera acabado o quizá fue solo lo que quería ver en sus atormentados rasgos, porque de otro modo aquel día me dejaría una carga demasiado pesada sobre los hombros.

—A mí también me gustaría hablar con ese tal doctor Wilson. —Thornton se golpeó el mango del hacha contra la palma, así que supuse que quería cortarle la cabeza al científico.

Levanté una mano para que guardaran silencio. Después de un par segundos, estuve segura. Había más cerca, aunque no sabía cuántos. Deseé que Stalker hubiera podido darnos un número más preciso. Los hombres se movieron a mi espalda, y sus collares de colmillos y huesos traquetearon. Al final de la calle encontré la fuente del ruido. Aquella casa no pudo aguantar la embestida y la puerta delantera estaba abierta, como una enorme herida. Un rastro de sangre conducía al interior.

Me tragué el miedo y susurré:

—No hay suficiente espacio para todos. Quiero a cuatro conmigo, y seis se quedarán fuera de guardia.

—Voy contigo —dijo Thornton.

Spence no respondió, pero dio un paso adelante. A continuación se acercó Zach y Danbury. Aquellos dos no habrían sido mi primera elección, pero era mejor para la moral del grupo que no mostrara favoritismos. La casa estaba oscura porque tenía las persianas bajadas, y sus sombras eran tan negras como las almas de los muertos. Inhalé, saboreando el aire; era enfermizo y corrupto, contaminado por la putrefacción. Entonces oí movimiento en el interior y se me erizó el vello de la nuca.

Un par de segundos después apareció ante nosotros una criatura que apenas parecía humana arrastrando un brazo cortado. Tenía la piel demasiado tensa, hinchada por el festín que habíamos interrumpido. Sus ojos eran brillantes, pero estaban tan hundidos en el rostro inflado y manchado de sangre que parecían apenas unos puntos brillantes en un rubicundo revoltijo. Se movió hacia nosotros y nos dispersamos para que Spence pudiera dispararle. No tenía sentido dejar que se acercara lo suficiente para morder. Levantó el arma y después de quitar el seguro le metió una bala en el pecho, pero no fue suficiente. A pesar de esa herida, siguió adelante.

—Otra vez —le ordenó Thornton.

Spence disparó una vez más y la bala le atravesó la cabeza justo entre los ojos. Cayó como una piedra.

Exhalé, aunque no había sido consciente de haber estado conteniendo la respiración.

—Dudo que haya dejado a alguien con vida, pero deberíamos asegurarnos. Thornton, ven conmigo. Los demás vigila la puerta.

—Sí, señor.

Era una casa de buen tamaño. Por lo que podía ver, en un principio había sido una sola dependencia, casi como un almacén, pero la habían convertido en casa y alguien había creado unas endeble particiones. En Winterville había muchas cosas que me

recordaban a los túneles. A diferencia de otros asentamientos, aquel había aprovechado las instalaciones del mundo antiguo, pero su gente no sabía muy bien qué hacer con ellas. Esos materiales desconocidos sobresalían como una extraña nota en el nuevo mundo.

La casa entera estaba inundada de sangre y heces, como si la demente que había conseguido entrar hubiera sido un animal salvaje. Había comido y evacuado y, por lo que Thornton y yo veíamos, eso era todo. En los dormitorios nos topamos con la peor escena que había visto nunca.

¿Está Appleton peor que esto?

Thornton me cogió por los hombros cuando choqué contra él al retroceder instintivamente. Había trozos de carne y huesos por todas partes, y los antiguos residentes estaban tan masticados que no sabía qué parte pertenecía a cada persona. Era un matadero, una escena que me perseguiría para siempre. En los cobertizos en los que sacrificaban a los animales en Soldier's Pond había mayor caridad que allí. Entonces una mujer que había sido devorada de cintura hacía abajo, abrió los ojos y susurró:

—Matadme.

—Yo lo haré —dijo Thornton.

No podía entrar en aquella habitación (estaba paralizada), así que pasó junto a mí a través del suelo cubierto de sangre y, con un golpe limpio de su hacha, terminó con su agonía. Retrocedí hasta que ya no pude ver la masacre y cerré los ojos con fuerza, pero las imágenes no desaparecieron. No podía dejar de temblar, y me avergoncé de mi debilidad hasta que sentí la enorme mano de Thornton sobre mi brazo.

—Chica, si hubieras podido hacerlo tú me habría preocupado. Yo he podido porque he trabajado en los establos, sacrificando animales.

No le pregunté qué táctica mental había empleado, pero sospechaba que debía de haber fingido que era uno de esos animales, y que tenía el deber de hacerlo rápido. Thornton siguió sujetándome hasta que salimos y examinamos el resto del edificio. Tenía el corazón en la garganta, temiendo que hubiera niños, pero no encontré ninguno. Volví rápidamente a la puerta delantera y supongo que mi expresión traicionó lo que habíamos visto, porque nadie hizo una sola pregunta.

—Vámonos —dije—. Tenemos que cubrir más terreno antes de que anochezca. No sé vosotros, pero yo no pienso acampar hasta que me haya asegurado de que los hemos matado a todos.

—Tienes toda la razón —contestó Spence, con expresión dura.

Aquel día maté a seis humanos salvajes más; después de lo que había visto en la casa, tenía el automático puesto. Mi grupo abatió a algunos más, pero la situación era tensa. Danbury estaba muy preocupado por la mordedura y el resto lo miraba como si quisiera cortarle el cuello por precaución. Al final, después de haber comprobado todos los edificios de nuestra parte del pueblo, di el día por finalizado. Había sido agotador y el sol ya había desaparecido: la oscuridad alejaba los rayos de vibrante

calor.

—Este pueblo está maldito —dijo Zach, con la piel teñida del rojo del amanecer—. Hay reliquias del viejo mundo por todas partes, así que no es de extrañar que se hayan metido en líos. Dios los ha abandonado.

—Deja de decir tonterías —le espetó Spence.

Antes de que las palabras desagradables pudieran desembocar en una pelea de verdad, les llamé la antelación.

—Id a buscar a los demás. Espero que no se hayan topado con más problemas de los que podían solucionar.

Aquello dio pie a una discusión sobre la habilidad del resto de grupos que duró hasta que llegamos al edificio del laboratorio del doctor Wilson. El equipo de Stalker estaba ya esperando; estaban cubiertos de sangre, pero relativamente bien. Tegan se puso a trabajar inmediatamente con su bolsa de suministros médicos y casi la mitad de los soldados parecían dispuestos a caminar sobre carbones ardiendo por ella. *Debe de haber algo atrayente en una chica que puede curarte... o abrirte la cabeza con un cayado.*

Tan pronto como me vio, Stalker se acercó a mí para darme su informe.

—Hemos matado unos treinta humanos salvajes. Encontramos a algunos ciudadanos muertos. Todavía no sé cuantos han sobrevivido al ataque.

Me encogí de hombros.

—Es difícil saberlo. No creo que salgan hasta estar convencidos de que es seguro.

—Cierto.

Cuando conté a sus hombres me di cuenta de que faltaba uno.

—¿Qué ha pasado?

—En el interior de una de las casas hubo... resistencia. Cuando llegamos hasta él era demasiado tarde.

Por su expresión parecía que la pérdida le dolía, así que asentí.

El grupo de Fade se unió pronto a nosotros. Tenía algunas heridas nuevas, pero, después de examinarlo de la cabeza a los pies, me alivió descubrir que no tenía mordeduras. No podría concederle a Fade un final piadoso, si fuera necesario. Preferiría pedirle a Spence que me disparara. Morrow llegó el último, también con un hombre menos. Aquello reducía nuestro número actual a cuarenta y dos. Recibí a Fade con una sonrisa, aunque quería besarlo. Sus ojos oscuros se posaron en mi boca y, con esfuerzo, me recordé que debía controlarme. No podíamos comportarnos como Criadores en el campo de batalla.

—Es hora de ver al doctor Wilson —murmuré.

La puerta del laboratorio estaba cerrada desde el interior, así que la golpeé con ambos puños hasta que Wilson contestó.

—¿Quién está ahí?

—¡La Unidad D! —gritaron los hombres antes de que yo pudiera contestar.

Aquello fue suficiente para tranquilizarlo, al parecer, porque escuché el sonido de los cerrojos y después la puerta se abrió. Cuando entramos me sentí más segura, pero no más feliz. El hombre parecía mayor que la última vez que estuvimos allí, si es que eso era posible, como si hubieran pasado años en lugar de meses, y también estaba más delgado. Sabía que usaban molinos de viento para generar energía, pero no sabía cómo habría afectado aquella crisis al resto de sectores. Si la gente que se había vuelto loca trabajaba normalmente en algún tipo de comercio, granja, o artesanía, entonces sus provisiones debían de estar agotándose. El forraje solo les mantendría vivos durante un tiempo.

—Cerrad, por favor —dijo Wilson.

El soldado que estaba más cerca de la puerta obedeció, y después seguimos a Wilson hasta la habitación grande donde habíamos hablado por primera vez. Mis hombres no se relajaron; ninguno de ellos parecía cómodo en aquel lugar. Era extraño para ellos, igual que lo había sido para mí, y esperé que el científico no nos soltara otra vez el sermón sobre los molinos de viento. Aquello sería la gota que colmaría el vaso.

—Que alguien ahorque a este bastardo. —La demanda llegó de uno de los exploradores, pero no pude ver quién había hablado.

Me giré y los miré con dureza.

—Estamos aquí para ayudar, no para imponer castigos. Su propia gente decidirá si es culpable de algo.

Wilson golpeó el mostrador con la mano, haciendo repiquetear sus cachivaches de cristal.

—¿Quién creéis que me suplicó que encontrara una solución? Les dije que tardaría años y que los mutantes podrían haber cambiado para entonces. Insistieron en que lo probáramos a pesar de mis objeciones, y también tenía la presión de Emilia de Soldier's Pond.

Eso calló a todo el mundo durante un par de segundos.

Me di cuenta por primera vez de lo silencioso que estaba el laboratorio, sin gruñidos o rugidos de fondo, y tampoco olía a Freak.

—¿Qué le ha pasado a tu mascota? —le pregunté.

Wilson se encogió de hombros con abyecto agotamiento.

—Era viejo. Cuando llegan a ese punto decaen rápidamente. Hice todo lo que

pude para que estuviera cómodo.

El resto estábamos horrorizados; ¿había estado cuidando a un monstruo mientras su gente se volvía loca y se comían unos a otros? Wilson era un demente.

Pero Tegan parecía fascinada.

—¿Aprendiste algo sobre la fisiología de la criatura mientras la tuviste en cautividad? Nunca había conocido a alguien que hubiera estudiado a un Mutante.

—Estudiamos todo tipo de cuestiones —dijo Wilson—. O lo hacíamos.

El año pasado fue duro para la comunidad científica.

—¿De qué demonios estáis hablando? —preguntó Tully. Wilson suspiró.

—Winterville siempre ha estado dividida en dos partes: los científicos que se reunieron para estudiar el virus Metanoia y desarrollar la vacuna para tratarlo y los profanos que los apoyaban.

—Te refieres a los que hicieron todo el trabajo de verdad —murmuró Thornton.

Por el murmullo de asentamiento, otros hombres opinaban lo mismo. Notaba que el ambiente se estaba enrareciendo. Para evitar un ajusticiamiento necesitaba distraer su atención, pero Tegan lo hizo por mí. Tenía curiosidad y se movía por la habitación aparentemente ensimismada.

—Entonces, ¿esto es una instalación de investigación más que un pueblo? —le preguntó.

El científico señaló el laboratorio, provisto de todo tipo de artilugios.

—Por eso tengo todo este equipo. La mayor parte hace mucho que dejó de funcionar, por supuesto, porque las personas que sabían repararlo llevan mucho tiempo muertas. Mi padre me enseñó a realizar el mantenimiento de algunos aparatos y por eso pude extraer suficiente material genético para crear ese sérum. —Tenía una expresión abatida—. Resultó ser una idea terrible.

—Creo que aún no lo has pagado —le dijo Spence—. Tú causaste este caos, y después casi conseguiste que ese pobre hombre muriera para ir a pedirnos ayuda.

—¿Consiguió llegar Marcus sano y salvo? —preguntó Wilson entonces.

Aquella habría sido mi primera pregunta, y su tardía preocupación no se ganó el afecto del resto de los hombres. Yo sabía cómo pensaban los humanos; querían culpar a alguien de la maldad que habían visto allí.

Yo misma había sido acusada un par de veces de cosas que no había hecho, gracias a la justicia de la turba. Así que, por mucho que deseara ahorcarlo yo misma, no podía dejar que mis hombres hicieran de Wilson un chivo expiatorio.

—Sí —le dije—. Cuando nos marchamos estaba descansando, y en bastante buen estado.

—¿Qué es el virus Metanoia? —le preguntó Tegan.

—El culpable de todo, el principio del fin.

—Ah.

No había duda de que la chica recordaba el resumen que le había hecho de nuestra conversación con el doctor Wilson y de lo que nos había contado sobre las razones

que condujeron al desastre.

Danbury se aclaró la garganta con los ojos enrojecidos y temerosos para recordarme que teníamos un problema.

—Necesito saber si es peligroso ser mordido por uno de los infectados.

—No más que cualquier mordedura humana —me contestó Wilson—. La boca de los humanos está muy sucia. Pero el deterioro mental que habéis visto fue provocado por una biorreacción adversa a las feromonas mutantes que liberé; no sé trata de una infección viral o bacteriana. —El científico negó con la cabeza—. Pese a las presiones externas, no soy tan insensato como para experimentar con virus. Son la forma de contagio más peligrosa y traicionera.

Lo que había hecho con la poción me parecía totalmente irresponsable, pero yo no sabía lo que era un virus, así que quizá eso fuera peor. Desde aquel momento, Tegan empezó a mirar al doctor Wilson como si llevara una corona plateada, y le hizo multitud de preguntas respecto a cosa que yo también me habría preguntado si mis hombres no estuvieran cansados y hambrientos y Winterville no estuviera sumida en el caos.

—Por la mañana —dije—informaremos a la gente del pueblo de que la zona es segura, y continuaremos con la limpieza. Por ahora, encontrad un lugar donde dormir y comed lo que tengáis en las mochilas. Mañana os conseguiré una comida caliente.

Danbury frunció el ceño. Se quitó la venda para mirar la mordedura de su brazo. El infectado debería haber muerto antes de llegar a morderle.

¿Qué hago con esto?

—Vigila que no se te infecte. No vas a volverte loco.

Eso pareció aliviarlo. Los hombres colocaron sus sacos de dormir en el laboratorio y el pasillo. No sabía qué hora era, pero, entre los horrores del día y el duro viaje que habíamos hecho, estaba demasiado cansada para tener hambre. Sin pensarlo, dejé el laboratorio y caminé por el pasillo hasta que encontré las jaulas donde el doctor Wilson había mantenido a Timothy. Estaban todas vacías y habían sido limpiadas, así que la habitación olía fuertemente a vinagre, sin rastro de Freak.

Reconocí los pasos de Fade sin volverme.

—Es extraño pensar que los Freaks mueran de viejos.

—Como la gente.

Cuanto más cambiaban los Freaks, más se parecían a nosotros.

¿Cuántas generaciones pasarían antes de que hablaran y pensarán a nuestro nivel? Además, su desarrollo era más rápido y se producían más que nosotros. Otra cuestión me mortificaba: quizá tenían que ser los monstruos los que sobrevivieran, y no nosotros. ¿Cómo podía luchar contra la naturaleza a tal escala?

Cansada, apoyé la cabeza contra el marco de la puerta. Regresaría y daría ejemplo, pero necesitaba un momento de tranquilidad. *Solo uno*. Fade me rodeó con los brazos y descansó la barbilla en mi hombro. Me sentía bien a su lado, y los hombres por el momento estaban seguros. Aquella era una carga pesada, pensar en

tanta gente todo el tiempo. Si tenía que seguir sometida a tanta presión, no quería llegar a anciana. Quizá era por eso por lo que muchos perdían la cabeza y tomaban decisiones equivocadas por los demás.

—Tenía razón —me dijo en voz baja.

—¿Sobre qué?

—Hoy necesitaba estar al mando, aunque me haya enfadado contigo por obligarme a hacerlo.

Oh. Suponía que ya se le había pasado.

—Trajiste de vuelta a todo tu equipo, así que sabía que te había ido bien. No tenía dudas al respecto.

—Yo sí —admitió—. Temía quedarme paralizado, o sufrir un ataque de pánico.

—Has luchado después del secuestro.

—Cuando tus decisiones afectan a otros es más duro —señaló.

Cierto.

—Pero has salido adelante. A pesar de lo que te depara la vida, sigues luchando sin tregua. Te admiro.

Cuando me acarició el cuello con la curva de sus labios, supe que estaba sonriendo.

—Vayamos a ver si podemos encontrar un lugar donde lavarnos.

Como no me gustaba la idea de dormir con el polvo del viaje y la sangre de las batallas del día, lo seguí. El complejo era mayor de lo que parecía desde el exterior y los pasillos lo cruzaban a lo largo y ancho. También había escaleras para bajar, pero ya había tenido suficiente oscuridad, así que nos alejamos de allí. Al final encontramos un lavadero con un grifo que nos proporcionó un chorro de agua.

Fade y yo hicimos turnos para lavarnos y, mientras me ponía la ropa limpia, el corazón se me desbocó en la garganta. Me habría gustado ver qué aspecto tenía Fade sin nada encima, pero aquel no era el momento ni el lugar. Maldije aquellos impulsos femeninos. Fade salió con el cabello húmedo sobre los ojos. En los meses de invierno solía dejárselo largo, ya que le protegía del frío, y cuando el sol era más brillante a menudo se lo rapaba. A mí no me importaba lo que hiciera con él; disfrutaba mirándolo de cualquier manera. A juzgar por su expresión, el sentimiento era mutuo.

Fade me evaluó con sus oscuros y cálidos ojos, y su mirada fue tan poderosa como un beso.

—Podría seguir mirándote siempre, y nunca me cansaría de tu rostro. Sus palabras me llenaron de un placer tan agudo que me atravesó como un dolor. Aquello era mejor que decirme que era guapa, aunque eso ya lo había hecho antes. En aquel momento me sentí eterna, por cómo Fade me miraba a los ojos. Con ese tierno peso entre ambos regresamos al salón principal. Cuando los hombres descubrieron que habíamos encontrado un lugar donde lavarnos, nos pidieron instrucciones. Salieron en Parejas y tríos a adecentarse antes de partir el pan, y decidí que no había hecho un trabajo tan malo dando ejemplo. No era mala idea motivar a los soldados para que se

bañaran. Fade y yo comimos cecina y pan duro, la comida típica de la carretera. Mientras me lo tragaba con agua tibia me imaginé un ganso asado como el que Mamá Oaks solía hacer en Salvación, con toda su guarnición: puré de patata bañado en mantequilla y miel, pan integral, judías verdes y salsa de arándanos.

—Pareces un poco triste —me dijo Stalker.

Tenía el rostro tenso y los hombros ocultos bajo la parpadeante luz. Sospechaba que la muerte de su compañero de equipo le había afectado. También habíamos perdido a muchos hombres buenos durante las patrullas de verano, pero cuando eras tú quien estaba al mando era diferente. En lugar de mala suerte en combate lo sentías como un fracaso personal.

—Un poco. —Les conté lo que pensaba, y Fade gruñó.

—Eres muy cruel.

En su tono burlón había una dulzura que llevaba mucho tiempo sin ver. Había vuelto a ser el de antes, cuando solo estábamos él y yo contra el mundo.

Stalker se dirigió a Fade con expresión educada. Quedaba extraña sobre sus cicatrices, como un sombrero hecho a medida para otra cabeza.

—Me gustaría hablar con Deuce en privado, si no te importa.

—No tengo que darle permiso —le respondió Fade. Stalker asintió.

—No es personal, no te preocupes. No tengo intención de causar problemas entre vosotros. Solo necesito hablar con ella.

Parte de mí se sintió ofendida por que le hubiera preguntado a Fade, como si él decidiera quién hablaba conmigo y quién no. Pero el resto apreció el gesto, ya que significaba que Stalker respetaba lo que había entre Fade y yo. Ignoré esas tensiones y lo acompañé hasta la puerta. Parecía una preocupación excesiva, ya que no había que temer que alguien pudiera escucharnos. Los hombres estaban todos enfrascados en sus asuntos. El chico tomó aliento profundamente.

—Tengo que decirte un par de cosas, si te interesa oírlas.

—Adelante.

Cruzó los brazos, pero no a la defensiva, sino como si necesitara un abrazo y allí no hubiera nadie que pudiera dárselo. No me moví. Las muestras de afecto eran un regalo valioso, y yo no las ofrecía a menudo. La distancia entre ambos existía por una buena razón, ya que él no parecía ser capaz de diferenciar el cálido afecto de un amigo del modo en el que me comportaba con Fade, que tenía la exclusividad de mis besos.

—En las bandas, siempre que quería algo lo conseguía. Y comencé a pensar que no había obstáculo que no pudiera superar, y nadie a quien no pudiera someter a mi voluntad.

—Es normal, ya que nadie te contradecía nunca. —No sabía qué tenía que ver eso conmigo, pero confiaba en que me lo explicaría.

—Así que, cuando conocí... y te quise, supuse que solo sería cuestión de tiempo que cambiaras de idea. No tuve en cuenta tus pensamientos o deseos al respecto. Al

principio, tú para mí eras más un premio que una persona. —Tomó aliento profundamente—. Lo siento. Y cuando me di cuenta de que nunca ibas a corresponderme, no me lo tomé bien. No soy un buen perdedor.

—Poca gente disfruta de la derrota —dije amargamente.

—Lo que quiero decir es que me gustaría aceptar tu oferta de amistad, si aún estás interesada. Hablaré con Fade y le dejaré claro que no tengo intención de interponerme en su camino. Sé por qué no le caigo bien. Tiene razón.

—Me gustaría que lo hicieras. —Yo nunca había querido que compitieran entre ellos.

—Hay algo más. Quiero que cierres cuando me vaya. Me tensé. Aquello parecía una despedida.

—¿Por qué?

—No te preocupes, volveré. Solo necesito vagabundear un rato. No puedo dormir.

Asentí, suponiendo que la pérdida de uno de sus hombres estaba atormentándolo. Seguramente pensaba que, si hubiera sido más rápido o más listo, podría haber salvado al explorador. Pero la muerte de Improbable me había enseñado que las demás personas también toman sus propias decisiones, aunque no te gusten. A veces, sus decisiones son valientes y heroicas, y otras son errores tontos. Esas pérdidas son las más duras de afrontar.

—Ten cuidado —le dije.

—Lo tendré.

Stalker abrió los cerrojos y cadenas y desapareció en la oscuridad.

Aquella noche dormí mal.

No podía dejar de pensar en la conversación que había mantenido con Stalker. Esperaba escuchar una llamada en la puerta en cualquier momento durante la noche, pero no llegó. Dormí intermitentemente, pero me levanté con los demás, me lavé cuando me llegó el turno y después salí a ver qué tal estaba Winterville. Los hombres me siguieron y me pareció extraño, aunque era lo que había querido. A la luz del día el daño era evidente, pero parecía que podía repararse rápidamente. El doctor Wilson nos acompañó, protegiéndose los ojos como si rara vez viera la luz del sol. Como la mayor parte de su trabajo tenía lugar en el laboratorio, eso podría ser cierto.

—A cuatro manzanas en esa dirección hay una campana —nos dijo—. En la iglesia. Es el edificio puntiagudo. Si la tocáis, la gente del pueblo sabrá que es seguro salir.

Estaba preparada para dejar atrás aquel funesto pueblo, pero le había dicho a los hombres que ayudaríamos con la limpieza y, a pesar de mi deseo de marcharme, mantuve esa promesa. Un día reparando y limpiando no nos costaría la guerra.

—Por aquí —dije, siguiendo las instrucciones de Wilson.

Cuando partimos, Wilson volvió a entrar en el edificio. Tegan se acercó a mí.

—¿Dónde está Stalker?

—No se ha tomado bien la muerte de Hammond.

Podía ver la campana desde el suelo, pero para hacerla sonar tendría que entrar en la iglesia. Dejé a mis hombres fuera y me llevé conmigo solo a Fade. El daño parecía especialmente grave allí; la madera estaba marcada con un sinfín de arañazos y había sangre y excrementos de los humanos salvajes que se habían atrincherado allí por todas partes. El olor era nauseabundo, como a muerte y putrefacción. Me cubrí la boca y atravesamos el sombrío interior hasta las escaleras de la derecha. Eran empinadas y delgadas y conducían a la estrecha torre donde estaba la campana. Fade tiró de la cuerda y repicó, resonando en todos los rincones del pueblo.

—Lo peor es saber que los causantes de toda esta destrucción fueran humanos —dijo Fade.

La causa y efecto me atormentaba. En el pasado, los humanos se habían temido unos a otros, así que habían inventado cosas terribles capaces de crear monstruos. Entonces los monstruos mataron a tantas personas que estas estuvieron en peligro de extinción. Así que, una vez más, ideamos algo horrible para intentar alejar a las bestias. Era un círculo vicioso y me agotaba y me hacía preguntarme si estaba loca por pensar que podía cambiar el mundo. Prefería imaginar que había sobrevivido a la larga marcha de los túneles con algún propósito, pero el mundo parecía no funcionar

así. Quizá no había un porqué, solo una eterna cadena de cosas malas y peores aligerada por ocasionales momentos de alegría.

—Sí. Lo es.

Fade entrelazó sus dedos con los míos mientras salíamos de la iglesia. A veces parecía que podía sentir cuando mi corazón estaba en su punto más bajo; entonces, con un mínimo gesto suyo, partía de nuevo, elevándose en el viento como un pájaro. Aquella alegría no podía durar, por supuesto, debido a la terrible naturaleza de la tarea que teníamos por delante, pero era suficiente para evitar que lo viera todo negro.

Los ciudadanos de Winterville salieron de sus casas lentamente, tan cautelosos como ardillas.

—¿A quién tenemos que dar las gracias por nuestra salvación? —preguntó una mujer mayor.

—¡A la Unidad D! —contestaron los hombres al unísono.

Un clamor irregular se elevó. Vi verdadera admiración en sus rostros cansados y demacrados. La había visto algunas veces en los túneles en los rostros de los niños que deseaban mi aprobación. Varias personas me cogieron las manos y me las besaron, y miré a Fade, confusa. Él se encogió de hombros y evitó aquellas muestras de veneración, pero no de un modo que me hiciera temer que fuera a entrar en pánico y atacarlos. Solo parecía perplejo.

—Ya basta —dije—. Tenemos un montón de trabajo que hacer. ¿Quién está al mando aquí?

Un par de personas dieron un paso adelante; parecían tener la edad de los Oaks: arrugados, pero no incapacitados.

—Yo soy la alcaldesa, Agnes Meriwether, y este es mi esposo, Lem.

—¿Tenéis intención de castigar al doctor Wilson? —le pregunté. Me miró como si le hubiera sugerido que asesinara a un niño.

—¿Por qué? Él solo hizo lo que le suplicamos. Durante años no hemos tenido que defendernos. Los Mutantes eran diferentes, entonces. No se agrupaban como hacen ahora y podíamos ocuparnos de los ocasionales extraviados. No era distinto de huir de un lobo rabioso. Pero durante el último año las cosas empeoraron. No teníamos hombres entrenados, ni muchas armas, así que pensamos que la ciencia podría ofrecernos una solución rápida y segura.

—Por lo que he visto —dijo Tegan con seriedad—, no es posible combinar seguridad y rapidez. No es posible.

—Ahora lo sabemos. Deberíamos haber escuchado al doctor Wilson cuando nos advirtió que no terminaría bien. Pero al principio funcionó. Los grupos de Mutantes se alejaron de nosotros, pero entonces la gente comenzó a volverse loca. Mientras intentábamos encerrarlos murieron catorce personas.

—Hay un campo de prisioneros en el sur —me dijo Morrow en voz baja—. Es inhumano. Hubiera sido más piadoso matarlos.

—Eso es lo que yo dije —interrumpió Lem. Agnes parecía verdaderamente

atormentada.

—No podía soportar que tanta gente muriera si había algún modo de evitarlo. Pedí al doctor Wilson que encontrara un tratamiento.

Asentí.

—Pero no pudo. Y la prisión temporal no aguantó.

—Ya no quiero esta responsabilidad —dijo la mujer en voz baja—. He cometido demasiados errores.

—Si crees que vamos a limpiar lo que tú has ensuciado es que estás loca, Meriwether —dijo una mujer desde la multitud—. Tienes que arreglar esto.

Detuve la discusión con un gesto impaciente. No me importaba quién cogiera el bastón de mando cuando nos marcháramos. Mi objetivo era devolver a Winterville cierto orden, así que nos dividí en equipos como el día anterior, aunque esta vez lo que íbamos a hacer era arrastrar cuerpos. Parecía irrespetuoso quemarlos como habíamos hecho con los cadáveres de los Freaks, así que puse a cinco hombres a cavar una fosa común.

Aquello no era mucho mejor, pero tardaríamos demasiado en cavar tantas tumbas separadas. En los túneles se los habríamos echado a los Freaks, pero ahora comprendía que aquello estaba mal, y además atraería a los carroñeros.

Trabajé junto a los demás arrastrando sanguinolentas cargas de los edificios hasta los lugares donde recibirían un entierro decente. A mediodía tenía doloridos los brazos y la espalda; aquel era el trabajo más desagradable que había hecho nunca. La única que estaba abordando otras tareas era Tegan; examinó a los aldeanos y ayudó a los que lo necesitaban. Veía su frustración cuando se encontraba con enfermedades o heridas que no sabía cómo curar. La culpabilidad ardía como una señal de fuego en sus ojos; pensaba que, si el doctor Tuttle hubiera sobrevivido en su lugar, sería de mayor ayuda.

Cuando terminamos de mover los cadáveres nos trajeron palas y todos cavamos para enterrar a los muertos. Cuando me explicaron esa costumbre tuve pesadillas, porque me parecía como plantar semillas y soñaba continuamente con un montón de plantas horribles que brotaban de los cadáveres. Lo único que escuchaba era el chirrido de las palas y rastrillos y la respiración de los que trabajaban a mi lado. Negro e inmóvil, el monte recién cavado sobresalía del suelo. Allí debería haber alguna señal para conmemorar la tragedia, pero quizá se ocuparía de ello la gente que había perdido a sus seres queridos. Entonces, los hombres de Winterville vinieron con madera y piedras, clavos y martillos, y construyeron un monumento. Descansé en una sombra cercana, cansada en cuerpo y alma. Cuando el ruido cesó, la señora Meriwether fue a buscar al pastor, que tenía un libro sagrado parecido, aunque no idéntico, al de Caroline Bigwater leía cuando había algo que no le gustaba.

Me reuní junto a los demás. Las palabras del pastor eran suaves y se deslizaban como si fuera de seda.

—«Todo tiene su tiempo, y a todo lo que hay bajo el cielo le llega su hora.

Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado. No lloréis más, hijos míos. Enjugará Dios toda lágrima de nuestros ojos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque todo acabará pasando».

Cuando terminó el servicio, la gente de Winterville se tragó sus lágrimas y simuló que sus seres queridos se habían ido a un sitio mejor. Quizá tenía razón. La Unidad D guardó silencio y respetó sus ritos, y después los hombres se reunieron a mí alrededor. Para entonces ya era tarde y, aunque no quería pasar otra noche allí, no creí que fuera prudente abandonar el lugar cuando se avecinaba la oscuridad. Las feromonas (aunque habían vuelto loca a una parte del pueblo) aún parecían estar funcionando como un repelente para los Freaks, así que suponía que podríamos descansar seguros allí. Sin embargo, antes de que pudiera anunciar la decisión la señora Meriwether se acercó a mí.

Me encontré con ella a medio camino, con una ceja arqueada por la curiosidad.

—¿Quiere algo, señora?

—Nos gustaría darte las gracias. Actualmente no tenemos, pero se acostumbra a compartir una comida en honor de los fallecidos. Cocinamos nuestros platos favoritos, hablamos sobre los buenos tiempos y los recordamos con cariño. —Levantó un hombro rollizo—. Supongo que es una tradición tonta, pero consuela a la gente y supuestamente permitir que los espíritus sigan adelante. Es como un rito de transición.

Después de tanta muerte parecía sensato apaciguar los ánimos. No estaba convencida de que los espíritus existieran, pero, si lo hacían, no parecía buena idea que las almas de los salvajes se quedaran por allí. No tardarían nada en volver locos a los supervivientes.

Así que asentí.

—Será un honor para nosotros compartir la cena con vosotros esta noche.

Las casas eran demasiado pequeñas para acoger a tanta gente y allí no había una cantina como la que tenían en Soldier's Pond, así que la prepararon en la plaza del pueblo. La gente sacó lo que les quedaba en las alacenas y hombres y mujeres cocinaron juntos, lo que me pareció una buena idea. Pronto hubo carne asándose en varias fogatas, verduras hirviendo, y dulces cocinándose en cacerolas. Otros aldeanos se ocuparon de eliminar todas las señales del baño de sangre del día anterior. Con rostro serio, esos hombres cansados trabajaron con trapos y cubos. Durante un tiempo, aquellas labores harían que la gente olvidara el alto precio de su supervivencia.

¿Qué harán con la prisión improvisada que construyeron para alojar a los infectados? ¿Y por qué no los encerraron en sus casas? Era posible que lo hubieran intentado y que esa medida fracasara. Cerré los ojos durante un par de segundos, respirando los sabrosos aromas. Me di cuenta de que estaba muerta de hambre. La cecina y el pan habían sido nuestro único sustento durante el viaje, y había forzado

mucho a los hombres. Había temido llegar demasiado tarde, pero ahora podía relajarme un poco. La crisis formaba parte del pasado.

Alguien se sentó a mi lado, y después reconocí la voz de Tegan.

—¿Cree que las cosas volverán a ser iguales aquí alguna vez?

—No lo sé —le dije honestamente.

—¿A dónde nos dirigiremos por la mañana? Había estado pensando mucho en eso.

—Probaremos suerte en las poblaciones cercanas y veremos si el éxito que conseguimos en otoño ha sido suficiente para que la gente cambie de parecer.

—Buena idea.

Mientras los cocineros terminaban de preparar los platos, un grupo de comerciantes llegó de Lorraine... y aquello me pareció una señal. Eran canosos con la piel permanente bronceada y barbas plateadas. Sus modales sencillos me recordaron a Improbable, y se abrió un agujero en mi interior. Había perdido a gente antes, pero nunca así. Nunca antes me había apreciado nadie tanto como para morir por mí, y para mí era difícil aceptar aquel regalo, ya que no podía compensarlo de ningún modo.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó el líder de los conductores, porque era evidente que el pueblo estaba recuperándose de un ataque.

—Una disputa privada —le dijo la señora Meriwether.

—¿No han sido los mutantes? —Le preguntó el hombre—. Hay un montón en Appleton. El pueblo entero está infestado.

La mujer palideció, pero negó con la cabeza.

—Hasta ahora no los hemos visto.

—Yo no me preocuparía. He oído que hay un ejército en marcha. Me lo contó John Kelley. Esos soldados mataron casi un millar de Mutantes junto Soldier's Pond.

El comentario del comerciante me hizo sonreír. Como había prometido, el trampero estaba extendiendo la noticia de nuestras hazañas (y exagerándolas). No sabía si sus historias nos ayudarían, pero en cualquier caso eran entretenidas.

Agnes Meriwether lo miró con sorpresa.

—¿Es eso cierto? Bueno, esta noche hay una fiesta, así que habéis llegado justo a tiempo para tomar una buena comida.

—Muchas gracias. Estamos tan hambrientos que podríamos comernos un oso crudo.

Una nueva estrategia se solidificó en mi mente mientras escuchaba su educada charla; las carretas estaban cargadas de mercancías que Winterville necesitaba desesperadamente. Con suerte, los ciudadanos encontrarían objetos de valor que ofrecer a cambio, a pesar de las circunstancias. La gente se apresuró a reunir los artículos que podían ofrecer a cambio de provisiones frescas. Improbable me había contado que los hombres recorrían las rutas comerciales durante la primavera y el otoño, así que veríamos más caravanas que también serían un objetivo para los

Freaks.

Busqué a Fade para preguntarle su opinión. Estaba sentado bajo un árbol cuyas flores blancas endulzaban el frío aire. Incluso sucio y cansado, era el hombre más guapo que había visto nunca.

—Pareces tener algo en mente. Asentí y me senté a su lado.

—Estaba pensando que podríamos proteger las rutas comerciales. El modo más rápido de conseguir que la gente de los pueblos que quedan nos aprecie es mantener a flote sus economías.

—¿Crees que eso los hará sentirse en deuda, y que será más probable que envíen hombres para que suman a nosotros?

—Eso espero. Es lo único que se me ha ocurrido.

Además de asegurar más terreno para Soldier's Pond, no podía imaginar cómo podía nuestro grupo hacer algo respecto a la horda.

—No está mal —asintió.

—Tenemos que sumar gente a la Unidad D, si no lo hacemos, cuando los Freaks abandonen Appleton arrasarán el siguiente pueblo.

Por proximidad, Lorraine era el asentamiento que más razones tenía para preocuparse, ya que estaba a solo a cuatro días de distancia. Un grupo grande podría tardar más en llegar, pero no tanto como para que les diera tiempo a evacuar la ciudad y, además, ¿a dónde iban a ir? Sentí que el apremio se aferraba a mí con sus dedos calientes y afilados, pero por el momento no había nada que pudiera hacer. Y aquello no me hacía sentir bien.

Fade me respiró hondo y se acercó a mí. Parecía que cada vez le resultaba más fácil hacerlo, más natural. Esperaba que cada vez resultara más fácil hacerlo, más natural. Esperaba que llegue un día en el que pudiera acercarse sin necesitar aquella pausa mental, el día en el que tocarme fuera lo mejor y más sencillo del mundo.

—Intenta no preocuparte. Por el momento, estamos seguros y juntos.

Eso es suficiente.

Aquello era más que suficiente; lo era todo.

Stalker regresó tarde aquella noche, mucho después de que terminaran de preparar la cena. Me miró y asintió, dándome a entender que se había ocupado de su dolor. Después de aquel intercambio mudo cogió su plato y se unió al resto de sus exploradores. La plaza del pueblo era un lugar alegre, iluminado por las luces eléctricas que Wilson me había explicado con tediosos detalle, además del animado crepitar de las distintas hogueras.

Todos habían comido ya. Había jarras de una bebida de fuerte olor que hacía que los aldeanos se rieran y se cayeran un montón; ordené a mis hombres en voz baja que se mantuvieran alejados de ella. Un comerciante de Lorraine sacó un violín y me pregunté si los ciudadanos de Winterville encontrarían impropia la música en una noche en la que se suponía que estaban mostrando respeto a los muertos, pero nadie protestó. Sus notas eran como una luz plateada, y la gente comenzó a seguir el ritmo con los pies. Pronto comenzó el baile, un remolino de pies y piernas. La actuación improvisada pareció animar a Stalker, que convenció a una chica local para que bailara con él. Más tarde le robó un beso a Tully, lo que hizo que Spence intentara darle una patada en el culo. Riéndose, Stalker regresó con su conquista de Winterville. Me alegraba verlo tan animado después del golpe que había recibido.

Mientras el licor corría, las historias se sucedieron unas a otras. Muchas de ellas tenían las características mágicas de la que Morrow nos había contado sobre el chico que vivía en el armario bajo la escalera. Pasé un mal rato escuchándolas, pero el cuentacuentos estaba en su salsa. De vez en cuando lo pillé escribiendo frenéticamente para asegurarse de que no olvidaba ninguno de los detalles.

Tegan estaba sentada con el doctor Wilson y lo estaba acosando a preguntas, pero, en lugar de sentirse molesto, el hombre parecía complacido por su interés. El científico mostró una paciencia sin fin para su curiosidad, aunque yo no comprendía la mitad de las cosas que le contaba. Tegan, a la luz del fuego, estaba resplandeciente, y miraba a Wilson como si fuera el mejor regalo del mundo, aunque no tuviera un envoltorio bonito. Me reí para mí misma y Fade me rodeó el hombro con el brazo. Teníamos pocos momentos así, y muy espaciados entre ellos.

—¿Alguna vez te has preguntado qué pasó en los túneles después de que nos marcháramos? —me preguntó, sorprendiéndome.

—Todo el tiempo. Ojalá hubiera algún modo de descubrirlo. —Pero habíamos llegado demasiado lejos, y no solo me refería a la distancia. Temería volver a la oscuridad por si esta vez decidían retenerme y no dejarme volver a la luz.

—Ojalá. Sé que dejaste allí a tus amigos.

—Resultó que no eran muy buenos amigos. Les faltó tiempo para creer lo peor de mí. —Aquella era una vieja herida, una que no me gustaba reconocer.

—Estoy seguro de que tenían sus razones —me dijo Fade. Sonreí amargamente.

—Confiaban en los ancianos, como había hecho yo antes de que tú te metieras en mi cabeza.

—¿Lo lamentas?

—¿Cómo se te ocurre preguntarme eso? Mi vida es mucho mejor ahora, porque tú estás en ella y no solo porque hayamos venido a la superficie.

Me dedico una media sonrisa y su mirada se posó en mis labios.

—Es agradable oírlo.

Me tomé aquello como una crítica e hice una mueca. No se me daba bien hablar sobre mis sentimientos, pero Fade seguramente necesitaba oír lo importante que era para mí.

—Intentaré ser una compañera mejor.

—Cuando luchamos eres perfecta —me dijo sonriendo.

Aquel era un guiño mudo al tiempo que habíamos pasado juntos cuando yo todavía ignoraba totalmente el hecho de que quería ser algo más que mi compañero de caza. Me sonrojé.

—Intentaré hablar más.

El hecho de que mis pensamientos le importaran significaba más de lo que él creía. Mientras me esforzaba por encontrar las palabras para expresarme, las luces sobre nuestras cabezas se apagaron. El violinista detuvo su melodía mientras la noche oscurecía, dejando solo el crepitar de las hogueras. La gente se calló también, como si recordaran demasiado bien lo peligrosas que podían ser las noches llenas de monstruos.

—Estoy seguro de que solo es una avería en los cables —dijo el doctor Wilson—. O posiblemente el molino que suministra esta parte del pueblo se ha estropeado.

Una docena de voces pastosas añadieron sus opiniones, pero reconocí el hormigueo que reptó por mis brazos. Hice una señal a mis hombres y la Unidad D se puso en pie, preparada para la batalla en menos de treinta segundos. Giré hasta que localicé a Stalker, pero ya no venía hacia mí. Sabía que aquello era lo suyo.

—¿Irás a ver qué está pasando? —le pregunté en voz baja—. Pero no entables combate. Necesitamos información.

Aquella vez no se llevó a ninguno de sus exploradores y se marchó corriendo en silencio. Se movía con la elegancia de una de una criatura nacida en la naturaleza y, en cuestión de segundos, desapareció en las sombras. La gente ya no tenía ganas de fiesta, así que comenzaron a recoger la comida y a correr hacia las casas donde habían estado escondidos los días anteriores. La mayoría aún tenían bloqueadas las ventanas y puertas; esperaba que aquella noche no lo necesitaran.

La señora Meriwether corrió hacia el doctor Wilson. Creía que nadie estaba prestando atención, debido al alboroto, pero yo oí cada palabra.

—Creí que estábamos a salvo. Hiciste suficiente aerosol para tratar todo el pueblo.

Su respuesta cansada fue inconfundible.

—No podía durar para siempre, Agnes, y Timothy ya no está. No puedo hacer más sin él, porque obteníamos el extracto de sus glándulas reproductoras.

—Entonces, ¿estamos indefensos? —Su horror era palpable—. ¿He matado a toda esa gente para nada?

Me tragué una maldición. Al parecer había muchas probabilidades de que los Freaks estuvieran destruyendo los molinos. Quizá no entendían para qué servían, pero odiaban toda la tecnología humana. Romperían esas máquinas por el misma razón que habían arrancado nuestras cosechas: porque pensaban que eso no debilitaría de algún modo. Y, en la mayor parte de los casos, tenían razón.

No tuve que seguir suponiendo. Stalker llegó corriendo y sin respiración, lo que significaba que había tenido que hacer un esfuerzo.

—Freaks —jadeó—. Al menos cien. Vienen desde el este. —Mientras recuperaba el aliento, añadió—. Creo que han seguido a los comerciantes de Lorraine. No sé por qué no los han alejado las feromonas.

—Se han disuelto —le dije—. No duran para siempre. Y el doctor Wilson no puede hacer más.

—No lucharan. —Fade estaba mirando a los ciudadanos en retirada que se preparaban para esconderse en el interior de sus casas.

Pero las ventanas y las puertas no desalentarían a un centenar de Freaks inteligentes. Usarían fuego o cualquier otra estrategia para hacerse con aquel pueblo y, si no hacíamos algo al respecto, ni siquiera necesitarían al resto de la horda.

—Esta será una batalla dura —dije en voz baja. Stalker asintió.

—¿De noche y contra un número superior? Va a costarnos.

—Lo sé, pero la alternativa es abandonar Winterville a su suerte.

No podía dar esa orden, bajo ninguna circunstancia. Aunque el resto de la Unidad D abandonara el pueblo, yo no lo haría. Aquella sería una decisión práctica, una que tomaría una Cazadora, pero no había salvado a aquella gente de los infectados solo para dejarlos morir ahora.

—¡Hombres! —grité.

Me rodearon con toda atención, fila a fila, y recordé que aquella era la costumbre en Soldier's Pond. Normalmente no lo exigía, pero suponía que la ocasión lo merecía formalidad.

No tenía palabras sofisticadas para ellos, pero les dije lo que sabía.

—Será una noche dura, nuestra primera gran batalla de la temporada que se avecina. ¿Quién quiere matar algunos Mutantes?

—¡La Unidad D! —me contestaron.

Ni una sola voz permaneció en silencio; todos gritaron su intención al cielo. Si morían aquella noche lo harían como Cazadores.

Cuadré los hombros.

—Entonces necesitamos un plan.

Fade giró en un círculo lento, evaluando las casas y el terreno abierto de la plaza del pueblo.

—Creo que podemos ganar. Pero tenemos que atraerlos hasta aquí.

—Cuenta con mis exploradores para eso —dijo Stalker. Creí que comprendía el plan de Fade.

—Spence y Tully, os quiero en esos tejados. Quiero que disparéis constantemente, hasta que os quedéis sin munición.

—Sois vosotros —dijo uno de los comerciantes de Lorraine, asombrado—. La Unidad D.

No me había dado cuenta de que se habían acercado, pero tenía sentido que estuvieran allí, ya que no tenían casas donde esconderse y las carretas ofrecían un refugio limitado. El conductor jefe llevaba un rifle a la espalda como el de Improbable, y me pregunté si sería bueno como él. Pareció leerme el pensamiento (o quizá la mirada) porque lo cogió y lo blandió como un hombre que sabe a dónde apuntar.

—Lo somos —reconocí—. Pero no tenemos tiempo para presentaciones.

Esperaba algún comentario ofensivo sobre mi género o mi edad, pero, para mi sorpresa, el fusilero dijo:

—Asígnanos un tejado. Lucharemos con vosotros.

Un chico salió entonces de las sombras, poco más que un niño. Estaba sucio y delgado y sus ojos eran demasiado grandes para su rostro. Me recordaba tanto al niño ciego de los túneles que el estómago se me contrajo. Arrastraba un arma demasiado grande para él, dejando un rastro en la tierra.

—Sé disparar —dijo.

Vi las palabras formándose en los labios de uno de los comerciantes, *Ni siquiera puedes levantar esa cosa, hijo*, así que lo interrumpí.

—¿Cómo?

—Puedo apoyarla. Me enseñó mi padre... antes de morir. —En aquellas palabras había una enormidad de dolor y rabia.

—¿Dónde está tu madre? —le preguntó Fade. El niño levanto la barbilla.

—Se ha ido. Los habéis cubierto a los dos con tierra esta tarde.

Ne sentí culpable; ni siquiera lo había visto entre los dolientes. Fade me miró sobre la cabeza del chico y asentí. Aprovecharíamos aquella oportunidad para hacer lo correcto.

—Ve con los comerciantes. Te quiero apostado ahí arriba. —Señalé la torre donde Fade había tocado la campana—. Spence y Tully, al otro lado. —Aquella estructura no era tan alta, pero tenía una buena base en el tejado—. Bloquead la puerta si podéis para que no puedan llegar hasta vosotros. Los demás os quedáis conmigo. Recordad nuestro entrenamiento. —Clavé la bandera que Mamá Oaks había hecho en el suelo y después les dije a mis hombres, con seriedad—. Proteged la bandera con vuestra vida. No dejéis que sobrepasen nuestra línea defensiva.

—Ya habéis oído a la mujer —dijo el jefe de conductores—. Moveos.

Mujer. Que hubiera usado esa palabra para referirse a mí hacía que aquel día fuera tan importante como el día de mi designación; era, posiblemente, la primera vez en la superficie que alguien me miraba y veía algo más que una niña tonta. Aquel hombre no podía ver mis cicatrices, y no conocía mi historia. Solo sabía lo que mis acciones le decían, y al parecer decían que había crecido. Pero no tuve tiempo para saborear la sensación.

Los exploradores de Stalker llegaron corriendo con lo que parecía un millar de Freaks tras ellos. Me estremecí, recordando mi demencial huida con Fade a través de la horda. Tenía que ser peor para él, pero se mantuvo firme como una roca a mi lado. A nuestro alrededor, la Unidad D preparó sus armas. Saqué mis dagas cinco segundos antes de que los Freaks nos golpearan como un martillo... y mantuvimos la posición, hombro contra hombro, mientras los demás disparaban a los monstruos desde arriba. Los cuerpos se retorcían y caían a mí alrededor. Apuñalé y saqué, ya que no podía usar mi estilo habitual porque necesitaba proteger a Fade a mi izquierda y a Sands a mi derecha. Tegan luchaba entre Stalker y Morrow, golpeando a los Freaks con su cayado para que el resto de soldados los remataran. No le gustaba matar, pero la chica se defendía con ferocidad. Mantuve la formación y dirigí mi atención al siguiente Freak que cargaba contra mí.

Me mostró sus amarillentos colmillos como amenaza.

—Tierra nuestra. No vuestra.

—Tendréis que arrebatárnosla —gruñí justo antes de clavarle la daga en el pecho.

Fade alejó a uno de mí y le cortó la garganta. Él también era todo eficiencia, y los mantenía lejos de mí y del soldado que tenía al otro lado. Luchábamos como un equipo en lugar de como Cazadores separados, y los enemigos caían en tropel a nuestro alrededor. El aire de la noche me erizó la piel, pero el sudor la calentó de nuevo. Me abrí camino como la hoja de la trilladora que habíamos usado en los campos. Los Freaks eran feroces, pero no podían comprender por qué no cedíamos un solo paso. No podían rodearnos ni usar sus tácticas habituales. Aquellas criaturas luchaban como manadas de animales, tres o cuatro sobre una única víctima que normalmente caía debido a la pérdida de sangre y no gracias a su habilidad. Eran menos organizados que aquellos que nos habían ofrecido la tregua en el bosque junto a Soldier's Pond y eso me hizo pensar que formaban parte de la horda, seguramente como vanguardia. Me arriesgué a dar una patada, aunque eso me hizo avanzar un par de pasos, y entonces alguien de la torre de la iglesia disparó y Fade me obligó a retroceder.

—Cuidado —me regañó.

—Lo siento.

El gemido de dolor de uno de mis hombres captó mi atención. Estaba oscuro y no podía saber quién era, pero el hombre cayó y cerramos la formación. Los Freaks pusieron a prueba nuestras defensas desde todos los flancos, pero no les permitimos

pasar. Recibían disparos por la espalda, balas en el costado, y nuestros cuchillos por el resto de lados. Morrow era una sombra esbelta que danzaba mortíferamente con su delgada hoja. De vez en cuando pillaba a Tegan observándolo y eso me hizo sonreír, incluso mientras bloqueaba otra embestida. La plaza del pueblo era un hervidero de gruñidos con cadáveres por todas partes.

—Retroceded —grité.

La pelea se convirtió en una masa de colmillos, garras y gritos de dolor. Luché hasta que me dolieron los brazos, hasta que una embestida más con mi daga habría hecho que se me cayeran las extremidades. Los rifles dispararon hasta que se quedaron sin munición y después Spence, Tully y los comerciantes bajaron al suelo con nosotros. En aquel momento los Freaks se dieron cuenta de que estaban perdiendo, así que huyeron. Los perseguimos, pero un puñado escapó en la oscuridad, esquivándonos alrededor de los edificios. Esperaba que llevaran la noticia de que aquel pueblo estaba bien defendido, pero temía que iban a pedir refuerzos para la siguiente arremetida. Jadeé y me encorvé con las manos en las rodillas. Después hice recuento. *Ocho hombres abatidos*. Les cerré los ojos mientras murmuraba sus nombres.

—Lo hemos conseguido —dijo Tegan.

Seda habría considerado aquello una victoria. Yo no estaba de acuerdo. Aunque habíamos expulsado a las bestias, no tenía la sensación de que fuera una victoria completa. Los comerciantes también habían recibido algunos daños. Uno herido, otro muerto, y el líder parecía agotado.

—Menuda pelea. Es posible que John Kelley exagerara al llamaros ejército, pero no se inventó nada sobre vuestra destreza. —Se giró junto a los demás cuando el chico bajó de la torre arrastrando el arma de su padre—. Lo has hecho bien, muchacho. Vi a tres de esos Mutantes caer con tus disparos.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al chico.

—Gavin —me contestó.

Por lo que había dicho, no le quedaba nadie. De lo contrario seguramente no le habrían dejado estar allí, luchando por un pueblo que no podía defenderse de sí mismo.

—¿Te gustaría unirse a la Unidad D?

Tan luminosa como la luna sobre nuestras cabezas, la sonrisa del chico casi recompensó todos los hombres a los que habíamos perdido.

Al amanecer habíamos cavado ocho tumbas. Tenía los dedos destrozados y llenos de ampollas tras el trabajo de la últimas veinticuatro horas; habíamos tenido muchas bajas y nuestro número se había reducido. Mientras los ciudadanos de Winterville se escondían en sus casas, la Unidad D había perdido a diez soldados. El único hombre de verdad allí era un niño llamado Gavin, que había trabajado a mi lado con el mayor coraje que había visto nunca.

Con el corazón abatido, hice una señal a los hombres para que trajeran los cuerpos. Aunque estaba preocupada por el regreso de los Freaks, los enterramos nosotros mismos y la furia se enfrentó al dolor en mi interior. No llamé al pastor para que dijera sus suaves palabras. En lugar de eso, pedí a los supervivientes que hablaran por el alma de los caídos. Los recuerdos y comentarios de las cosas del día a día que habían hecho felices a aquellos hombres se prolongaron hasta bien entrada la mañana. Después de eso, pregunté a los que los habían conocido bien si habían tenido familia. Seis de ellos la tenían.

Eso me dolió aún más.

—No es culpa tuya —me dijo Fade en voz baja.

No podía aceptar su consuelo hasta que limpiara mi conciencia. La visión de aquellas tumbas nuevas perduró en mi mente mientras atravesaba el silencioso pueblo. Cuando llegué a la casa de Meriwether, llamé a la puerta con ambos puños. La alcaldesa abrió con aspecto de no haber podido dormir en toda la noche.

En aquella ocasión no me molesté en ser educada.

—Tal como yo lo veo, tenéis dos opciones. Podéis formar un ejército o buscar refugio en un pueblo que esté dispuesto a aceptaros. No puedo garantizaros que la próxima vez vengamos. Esta es la segunda vez que os ayudamos, y es el momento de que Winterville comience a hacer algo por sí misma. —Leí su rostro—. Se acabaron las horribles pociones, se acabaron las soluciones milagrosas del laboratorio del doctor Wilson. No volveréis a pedirle ayuda. ¿Entendido?

—¿Ni siquiera para cosas normales? —me preguntó, horrorizada. No iba a decirle cómo llevar su pueblo.

—Nada que tenga que ver con la defensa. —La mujer asintió con tristeza, pero eso no iba a traer a mis hombres de vuelta, así que continué—

—Nos marchamos ya, así que, sea lo que sea lo que decidáis hacer, será mejor que lo hagáis ya. Esconderos en vuestras casas no va a servirnos para siempre.

—Lo comprendo. Gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros. No lo olvidaremos. Todavía no sabemos si abandonaremos el pueblo, pero tendremos una reunión hoy para decidirlo.

—Como queráis.

Me giré y corrí hacia el resto de la compañía. Fade me cogió del hombro y me obligó a mirarlo.

—Así no.

—¿Qué? —le espeté.

—No puedes dejar que te vean así, Deuce. Más tarde podrás derrumbarte y yo te ayudaré a recoger los pedazos, pero ahora tienes que ser fuerte.

Inhalé profundamente y me di cuenta de que tenía razón, así que me detuve hasta que pude poner en mi rostro una expresión más firme. Los hombres verían en mi dolor una debilidad; no tenía sentido guiar a las tropas a la batalla si no podía ocuparme de lo que vendría a continuación. Aquella fue otra dura lección, pero, cuando volvimos con los demás, ya la había aprendido.

—¡Nos marchamos! —grité.

La Unidad D formó y me siguió hasta las carretas donde los comerciantes habían dormido.

—¿Habéis terminado vuestro trabajo aquí? El líder asintió.

—Lo hicimos anoche antes del ataque.

—Entonces, ¿las carretas están cargadas y listas para partir? Asintió.

—¿Necesitáis algo?

—No, pero el viaje de vuelta hasta Lorraine será peligroso.

—Mis hombres y yo nos aseguraremos de que lleguéis allí a salvo.

—¿Por qué? —me preguntó uno de los comerciantes.

—Si las rutas comerciales dejan de funcionar debido a los ataques de los Mutantes, todos los pueblos sufrirán. Ya he visto lo que pasa cuando un asentamiento se aísla demasiado.

Salvación era un buen lugar, lleno de gente agradable, pero no confiaban demasiado en los forasteros y no permitían que comerciantes como aquellos entraran en el pueblo. Por lo que mi familia me había contado y yo misma había visto, Improbable se ocupaba de todo fuera de las murallas, supuestamente para evitar que la inmoralidad entrara. Pero al final, aquella reclusión no los había salvado.

—En ese caso os agradecemos la escolta. Os daremos algunas provisiones cuando lleguemos y os encontraremos un lugar en el pueblo donde descansar una noche o dos.

—Gracias —le contesté.

—No sé si te dije mi nombre la otra noche durante la fiesta. Me llamo Vince Howe.

—Deuce Oaks. —Era la primera vez que pronunciaba mis dos nombres y Fade me miró con sorpresa, pero sonrió. Tenía que decirle que Mamá Oaks le había dado su bendición para que también usara su nombre.

—Un placer, señorita. Supongo que ya lo sabes, pero diriges un grupo extraordinario. Siento las pérdidas que habéis sufrido, pero nunca había visto una batalla tan impresionante. —Le respondí con una inclinación de cabeza y continuó—.

Estaremos preparados para salir en menos de una hora.

Aprovecharía aquel tiempo para usar las instalaciones sanitarias una vez más, así que corrí hasta el laboratorio y llamé hasta que el científico apareció. El doctor Wilson se alegró de dejarme entrar y, durante un momento, pensé que iba a seguirme hasta el lavadero. Afortunadamente, se detuvo en el pasillo.

—Ven a verme antes de partir, ¿de acuerdo?

Asentí con un gesto distraído y después me lavé. Me parecía mal empezar un nuevo viaje con la tierra de las sepulturas en mi piel y en el interior de mis uñas. Cuando salí, húmeda y limpia, me sentía renovada. Por un momento pensé en escabullirme, porque no estaba de humor para charlar con el científico. Pero al final mantuve mi promesa y me dirigí al laboratorio para hablar con el anciano.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Tenía dos tazas de té humeante y tostadas con mantequilla sobre la mesa, así que me uní a él. Cuando estaba de viaje extrañaba el pan y, aunque aquel no estaba tierno, la mantequilla derretida lo hacía aceptable. La bebida era incolora, pero fuerte, y tenía un aroma medicinal. Sabía mejor que olía, y tenía un suave toque de menta. Me bebí mi taza, porque estaba caliente y tenía la garganta seca, y después devoré la comida.

El científico me observó en silencio, pero, cuando terminé, me dijo:

—Tu amiga, Tegan, es extraordinaria.

—Díselo a ella, no a mí.

—Me estoy dirigiendo a ti porque eres su comandante. Una mente como la suya no debería ser malgastada viviendo como un soldado común. Deja que se quede conmigo. Podría usarla como ayudante... He estado buscando a alguien como ella toda mi vida.

Me reí.

—Si crees que yo puedo decirle si se queda o se va es que no conoce a Tegan. Pero iré a buscarla, y tú mismo podrás invitarla a quedarse.

Dejé el poso en mi taza y me marché del laboratorio para buscar a Tegan. Estaba sentada en una zona iluminada por el sol de primavera. Los hombres la habían dejado sola, seguramente debido a los ríos de lágrimas que bajaban por sus polvorientas mejillas. El doctor Wilson tenía razón; Tegan no estaba hecha para aquella vida, pero tenía suerte y no había ninguna razón por la que no pudiera llorar cuando se sentía triste.

—El buen doctor quiere hablar contigo —le dije, ofreciéndole la mano.

Pareció alegrarse de la distracción y caminamos juntas hasta el laboratorio. Una vez dentro, el científico expuso su propuesta con más elocuencia de la que había usado conmigo, describiendo todas las cosas maravillosas que le enseñaría. Terminó con un:

—Siempre he soñado con transmitir mi conocimiento, pero hasta ahora no había encontrado ningún candidato adecuado. Tú, querida, eres perfecta.

Tegan lo pensó, con los labios separados por el asombro.

—Es una oferta muy amable, doctor Wilson, pero tengo que terminar con esto. La Unidad D depende de mí como médico, y los hombres sufrirían sin mis cuidados.

—Veo que tenías razón al decir que no eras su capitán —me dijo el doctor Wilson.

La chica frunció el ceño.

—Deuce es mi amiga, ella no me ordena que la siga. De hecho, intentó convencerme para que no lo hiciera. Si sobrevivo, será un placer volver para estudiar aquí.

—Intentaré resistir hasta ese día —dijo amargamente Wilson. Las mejillas de Tegan se colorearon y yo sofoqué una sonrisa.

—Lo siento. Eso ha sonado presuntuoso, ¿verdad?

—Yo te he pedido que te quedes. No está mal que asumas que me gustaría que volvieras algún día.

—Entonces le agradezco la oportunidad, doctor Wilson. Espero que nos encontremos de nuevo.

Parecía el momento de marcharse, así que nos despedimos y nos reunimos con los hombres en la plaza del pueblo. Las carretas estaban cargadas y yo estaba preparada para dejar atrás Winterville. A pesar de la cobardía que habían mostrado la noche anterior, los lugareños nos vieron partir y algunos nos preguntaron si podían unirse a nosotros. Me sentía tentada de rechazarlos, como había hecho con Rex, debido a su inexperiencia, pero supe por su expresión de culpabilidad que querían redimirse. A decir verdad, necesitábamos más hombres.

Miré a los tres hombres de arriba abajo.

—¿Sabéis disparar?

Negaron con la cabeza, pero uno de ellos dijo:

—Por favor. Soy herrero. Puedo mantener vuestras armas en buen estado. Seguramente eso os vendría bien.

Era de constitución fuerte, con hombros amplios y manos callosas. Los acepté a todos. Como teníamos carretas que proteger, aquel viaje sería mucho más largo de lo que tardarían los hombres corriendo como Cazadores. Más tiempo en la carretera significaba más peligro, y estábamos todos cansados, pero si conseguíamos que las provisiones llegaran a salvo a Lorraine otros voluntarios podrían unirse a nuestra causa. John Kelley estaba contando nuestra historia, y sospechaba que Vince Howe haría lo mismo.

Aquellas cosas llevaban tiempo.

Llevábamos en la carretera más de una semana, y los exploradores de Stalker habían hecho la mayor parte del trabajo pesado. A veces luchábamos contra los Freaks antes de que nos encontraran para que no tuvieran la oportunidad de emboscar las carretas. Como había esperado era una marcha lenta, y podía pasar poco tiempo con Fade, al que tenía que tratar como al resto de los hombres. De vez en cuando me

miraba y notaba que echaba de menos que estuviéramos juntos, pero el trabajo era lo primero, como siempre. Era parecido al tiempo que habíamos pasado en las patrullas de verano, pero en aquel momento aspiraba a más que entonces. Por primera vez podía imaginarme una vida tranquila con Fade, en una pequeña casa como la que Mamá Oaks había compartido con Edmund en Salvación. Estaba harta de fogatas humeantes y de pasar la noche sola en un saco de dormir en el suelo. Aprendería a cultivar, y Fade encontraría un trabajo que no tuviera nada que ver con matar. En una noche estrellada como aquella, esos sueños parecían demasiado distantes.

La octava noche me despertó un caos absoluto. Las mulas estaban relinchando aterradas porque nos rodeaban los Freaks. Mis hombres se recuperaron tan rápido como pudieron y los comerciantes dispararon sus rifles en la oscuridad. Entre el sonido de los disparos y los gritos de dolor, no tenía ni idea de dónde estaban los demás. Gavin, el niño de Winterville, había trepado sobre las cajas y estaba tumbado sobre su estómago mientras disparaba con total tranquilidad. Vi a Fade luchando a cierta distancia, pero no veía a Tegan ni a Stalker. NO tuve tiempo para buscarlos, porque tres Freaks se lanzaron sobre mí.

Saqué mis dagas y giré para comenzar a pelear. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad vi a Tegan al otro lado de la carreta. Morrow luchaba frenéticamente a su lado, formando un arco plateado con su florete en la oscuridad. Por su expresión preocupada supe que no le gustaba cómo habían rodeado a Tegan. Yo no podía ir en su ayuda, pero Stalker estaba más cerca. Otro Freak cargó a su espalda. La chica intentaba bloquear los golpes lo mejor que podía.

Aunque no era buena con el cayado, no era infalible. No aguantaría mucho más. Stalker dejó de defenderse cuando Tegan recibió cuatro tajos en la espalda. Salió corriendo y vi el momento exacto en el que se dio cuenta de que podía salvar a Tegan o esquivar el golpe mortal, pero no ambas cosas. No a la vez. Un segundo después se lanzó entre la chica y el Freak que le había destrozado la espalda. El monstruo le clavó ambas garras en el pecho antes de que Morrow y yo pudiéramos llegar hasta ellos.

El Freak que había atacado a Tegan por la espalda tenía una horrible cicatriz cruzándole el rostro, recibida en alguna batalla anterior con soldados humanos. Parecía una herida de cuchillo y cuando nos vio salió corriendo, una prueba más de que cada vez eran más astutos. Aquel prefería vivir para poder luchar otro día. El resto de monstruos se lanzó sobre nosotros, pero Fade y Morrow estaban ya allí, luchando como animales salvajes para mantenerlos lejos. Murieron en montones bajo sus furiosas hojas.

Me arrodillé junto a Stalker y taponé sus heridas con la palma de las manos. La sangre borboteaba entre mis dedos. El amanecer empezaba a dar pasos a un soleado día; no podía estar muriéndose. Tegan sollozaba pidiendo su bolsa de medicinas, pero Stalker sonrió, sabiendo que no serviría de nada. Apartó mis dedos de su herida y los apretó con fuerza, hasta que nuestra piel se tornó resbaladiza y roja. Respiraba con

dificultad y sus ojos invernales palidecieron en su masculino rostro. Lo rodeé con mis brazos, como si pudiera obligarlo a vivir si lo sujetaba con la fuerza suficiente.

—Dijiste que nunca podría compensarlo, pero esto ayudará, ¿verdad?

El mundo me ha ofrecido un buen trato, su vida por la mía.

Incapaz de hablar por las lágrimas que anegaban mi garganta, lo miré y memoricé sus rasgos. Aunque no había podido corresponder sus sentimientos, era mi amigo desde que hicimos las paces en las ruinas. Había luchado valientemente a mi lado. Sus ideas, su genialidad, me habían ayudado a formar la Unidad D, y no sabía cómo iba a ganar sin él.

Stalker me apretó los dedos, con la voz ronca y fatigada.

—Prométeme... Prométeme que terminarás esto por mí.

—Te lo juro por todos mis seres queridos —jadeé.

—Te habría... pedido... Te habría pedido un beso... de despedida —susurró—, pero...

Antes de que pudiera terminar me incliné y presioné los labios contra su mejilla. Sonrió y fue como si ya se hubiera ido, porque su cuerpo parecía más ligero. El corazón se me rompió una y otra vez con cada una de sus ásperas respiraciones.

Sus pestañas revolotearon como alas de mariposas.

—Podría haberte hecho feliz, paloma.

—Lo hiciste —susurré.

No del modo que él habría querido, claro: me encantaba entrenar con él y adoraba su forma de ser y su lealtad. Pero no me escuchó. La chispa que lo convertía en Stalker había desaparecido dejando un cuerpo lacio en mis brazos. La Unidad D me estaba protegiendo de los Freaks, pero la batalla parecía estar muy lejos. Yo también me había ido, llorando en silencio. No era así como debía comportarse un líder, pero yo era solo una niña que estaba llorando a un amigo caído. La batalla continuó, pero yo no podía luchar. Aparté mis dagas, inútiles, a un lado.

—Deja que se vaya —me dijo Tegan en voz baja.

Cuando me abrazó me refugié en sus brazos con los ojos manchados de sangre y lágrimas. Lloramos juntas, y sentí cómo temblaba Tegan. Lo había odiado mucho, pero después lo había perdonado y ahora esto. Aunque lo creí cuando me dijo que se arrepentía de muchas cosas y que había cambiado, nunca habría esperado un sacrificio así por su parte. Hasta el momento en el que decidió que la vida de Tegan era más valiosa que la suya, habría dicho que era, sobre todo, un superviviente.

Como yo.

Pero al final Stalker había elegido ser aún mejor. Y yo tenía promesas que cumplir.

La Unidad D se recuperó y venció, y no se produjeron más bajas. Recordé lo que Fade me había dicho sobre que tenía que ser un líder fuerte y me obligué a seguir adelante y a secarme las lágrimas. Aun así, los hombres no me rehuían la mirada, así que supuse que no les parecía débil por haberme apenado por un amigo. Parecía que aquel día no íbamos a poder dormir: habíamos visto demasiada sangre y muerte, y había demasiados peligros acechando más allá de las carretas.

—Estamos a apenas unas horas de Lorraine —dijo Vince Howe—. Deja que cargue a tu caído. Lo enterraremos cuando estemos a salvo.

Accedí.

Fue una marcha miserable en la que el dolor me mordisqueó el espinazo. Tegan tenía una expresión horrible y vacía, como la de Rex tras la pérdida de su esposa. No era tristeza por la muerte de Stalker sino conmoción, como si no fuera posible que hubiera sucedido algo tan terrible. Caminé sin pensar en dónde ponía los pies y, seis horas después, a pesar de la velocidad de las carretas, Lorraine apareció frente a nosotros. A la luz de la mañana parecía distinto de la primera vez que lo habíamos visitado. Lorraine era un pueblo bonito, una combinación de Salvación y Soldier's Pond. Las casas estaban hechas de madera, pero las murallas que las rodeaban eran de piedra, como una imagen que había visto en un libro una vez; Edmund lo había llamado castillo. Tenían tropas, pero no solían salir de patrulla.

Era algo común en el territorio: la gente no solía salir a buscar problemas si podía evitarlo. Dejaban que los Freaks los acorralaran hasta que temían la tierra salvaje como un veneno.

Es mejor que nos mantengamos a salvo, decían. Es mejor que los que están entrenados salgan a luchar contra los monstruos.

De no ser por los hombres dispuestos a hacer a las rutas comerciales, aquellos pueblos ya estarían muertos. Pero, a pesar de su apariencia sencilla, Lorraine tenía sus puntos fuertes. Era más refinada que Otterburn, y estaba menos dividida que Winterville. Los edificios, de madera y piedra, eran viejos, pero estaban bien mantenidos. Las carreteras que conducían al pueblo eran de tierra, pero, cuando los guardias nos abrieron las puertas, se convirtieron en pulcras líneas trazadas sobre el suelo, lo que daba sensación de orden. La gente llevaba ropa práctica, tanto hombres como mujeres. No había mucha variedad de tintes, pero trabajando con Mamá Oaks había aprendido a diferenciar las telas, y allí tenían tejedores diestros.

Preparar un funeral adecuado nos llevó la mayor parte del día. Vince Howe pagó la cuota y encontró un sitio en el cementerio del pueblo. El enterrador se llevó su cuerpo y, la siguiente vez que lo vi estaba dentro de una caja de madera. Había hombres contratados específicamente para enterrarlo, y la gente del pueblo vino

porque Howe se lo pidió. Sin embargo, mi trabajo era el más duro, porque tenía que decir las palabras adecuadas para despedirme de él.

La garganta se me tensó.

—Stalker no fue siempre una buena persona, pero era un guerrero feroz y tuvo una buena muerte. Buena caza, amigo mío.

Los hombres lo repitieron con un último grito de batalla, y después los enterradores tiraron tierra sobre su ataúd. Howe me colocó la mano en el hombro.

—Estoy en deuda contigo. Dudo que hubiéramos conseguido volver de una pieza sin tus hombres, así que deja que os enseñe vuestros alojamientos.

La última vez que estuvimos allí dejaron que nos las apañáramos solos, pero aquel día nos recibieron como a héroes. Los aldeanos nos ofrecieron el ayuntamiento como cuartel y señoras de todas las edades nos prometieron traernos ollas de comida caliente antes de que se pusiera el sol. Sin embargo, antes de eso, los bares locales nos enviaron jarras de vino aguada. NO quería borrachos en mi equipo, ya que tendían a ser ruidosos y torpes, pero si había una ocasión en la que era necesaria mostrar cierta indulgencia, era aquella.

Había sido una semana terrible.

Cuando nos acomodamos en la enorme sala de las órdenes con un tono monótono.

—Poneros cómodos, soldados. Intentad no pensar en los que hemos perdido. Han muerto como eligieron morir. No todos los hombres pueden decir eso.

—Cierto —respondió Thornton—. Espero que mi muerte sea la mitad de buena.

—Brindo por eso —dijo Spence.

Levantaron sus jarras y yo me acerqué a Tegan, que aún tenía aquella expresión petrificada.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Tegan se cubrió el rostro con las manos.

No debería haber venido. Esa invitación del doctor Wilson fue una señal, y yo la ignoré. Si me hubiera quedado en Winterville Stalker aún estaría vivo.

—No puedes saberlo —le dije con firmeza.

Fade se unió a nosotras y se sentó con las piernas cruzadas.

—Deuce tiene razón.

Tegan cerró un puño y se golpeó la rodilla.

—Hubo un tiempo en el que lo único que pensaba era en esto. Quería hacerle daño. Quería que comprendiera cuánto había sufrido por su culpa. A veces fantaseaba con su muerte, pero... nunca imaginé que moriría por mí.

No sabía que quería decir, pero, antes de que pusiera empeorarlo, Tegan continuó.

—Os agradecería que me dierais algo de tiempo para asimilar lo que ha pasado. Estaré bien.

Como estaba claro que necesitaba estar sola, Fade se levantó y me ayudó a ponerme en pie. Me acerqué a Thornton y le dije en voz baja.

—Necesito un poco de aire. Te quedas al mando hasta que vuelva. El hombre

asintió.

—Dudo que estos chicos vayan a ir a alguna parte. Están cansados y hambrientos, de modo que esperaremos la comida que nos han prometido.

—Estoy segura de que la traerán pronto. Vince Howe parecía decir en serio lo de que iba a ocuparse de nosotros.

—Le hemos hecho un gran favor, y lo sabe. Si el honor significa algo aquí, en Lorraine, no faltará a su palabra.

Contaba con eso. El dolor se expandió en mi pecho hasta que me sentí que me ahogaría si no me marchaba un rato lejos de las promesas y las expectativas, lejos de la muerte. Fade me siguió y salimos del ayuntamiento. Sus pasos resonaban tras los míos. Corrí a través del crepúsculo, atrayendo miradas de extrañeza de la gente que seguía con sus quehaceres, hasta que llegué al cementerio donde habíamos dejado a Stalker. Los hombres se habían marchado y el hoyo estaba cubierto. Habían colocado una piedra rectangular que me habían dicho que pronto tendría su nombre. Un hombre lo tallaría con un cincel hasta que tuviera la forma adecuada.

Me arrodillé junto a la tumba y lloré como no lo había hecho mientras sostenía el cuerpo de mi amigo entre mis brazos. Estallé en sollozos, ruidosos en la silenciosa noche. Fade se arrodilló a mi lado y me abrazó, así que enterré el rostro en su hombro esperando amortiguar parte del ruido. No intentó tranquilizarme; me ofreció silencio y calidez. Cuando me calmé, sus manos estaban acariciándome la espalda.

—¿Estás mejor? —me preguntó al final.

—En realidad no. Pero por ahora puedo dominarlo.

—No me caía bien —me dijo en voz baja—, pero siento que hayas perdido un amigo.

—Me temo que no será el último. Y no podría soportar que tú...

Fade me silenció con su boca; no fue un beso hambriento y pasional, sino un tierno que me proporcionó consuelo y que apaciguó mi dolor. Sin embargo, aquel no era el lugar apropiado para eso, así que me puse en pie y me quité la tierra de las rodillas. Era posible que el dolor nunca desapareciera, pero yo fui lo suficientemente fuerte para tragármelo y recordar cómo debía responder una Cazadora. Últimamente había sido más chica que Cazadora, y eso estaba provocando que mi trabajo fuera más complicado. En los túneles no habría reaccionado de un modo tan emocional, y habría calculado nuestras probabilidades de éxito o fracaso sin tener en cuenta las pérdidas de vidas humanas.

Nos marchamos del cementerio y nos dirigimos al ayuntamiento. Por la noche la gente se mantenía en el interior de los edificios, así que las calles de tierra estaban desiertas y las ventanas brillaban con una luz dorada. Los guardias estaban apostados sobre las murallas de piedra con rifles y ballestas como la de Tully. Si había asentamientos con probabilidades de sobrevivir, eran Gaspard y Lorraine. Appleton había desaparecido y no creía que a Winterville le quedara mucho tiempo más, a no ser que hicieran algunos cambios drásticos.

Cuando volvimos, los hombres estaban comiendo. Yo no tenía hambre, pero Fade me convenció para que tomara un poco de sopa. Morrow estaba sentado junto a Tegan y le susurraba algo al oído. La chica no sonreía ante sus tonterías, pero, por el brillo de sus ojos, supe que ya no se sentía tan afligida. Cuando la bebida y la comida desaparecieron nos metimos bajo las mantas para dormir.

Por la mañana, como me había prometido, Vince Howe vino para llevarme ante el consejo. La última vez ni siquiera había conseguido audiencia antes de que se rieran y me echaran del pueblo, y aquel fracaso me pesó mientras lo acompañaba al restaurante. En Salvación y Soldier's Pond no tenían ese tipo de establecimientos, pero al parecer era un lugar donde podía comprarse comida preparada. En el interior había mesas cubiertas con bonitos manteles, y sillas con cojines. Atraje algunas miradas porque, a pesar de haberme lavado en Winterville, tenía un aspecto horrible. Mis trenzas estaban deshechas y mi sencillo atuendo de viaje marrón mostraba señales del intensivo uso que le había dado.

Pero levanté la barbilla y pasé junto a los mirones como si tuviera todo el derecho a estar allí. Había cinco personas esperándonos, tres hombres y dos mujeres, todos de mediana edad, suponía, según el ciclo de vida en la superficie. Los hombres se levantaron cuando me acerqué y me pidieron que tomara asiento. Miré a Vince Howe. Me dijo sus nombres, pero no me molesté en aprenderlos. Tendría tiempo de hacerlo si alguno de ellos demostraba ser un aliado valioso.

—Esta es la líder de la Unidad D.

Recordé mis modales y extendí la mano hacia cada uno de ellos para darles mi mejor apretón de *Hablo en serio*.

—Anoche os mencioné cuánto nos ayudaron sus hombres, y lo que sacrificaron para que nuestras provisiones llegaran hasta aquí —dijo Howe.

—¿Qué queréis como recompensa? —me preguntó una mujer de cabello rubio.

Esperaba que le pidiera dinero para poder comprar cosas en el pueblo, provisiones o el uso de nuestro alojamiento actual durante tanto tiempo como quisiéramos. Pero los sorprendí.

—Voluntarios —dije sin rodeos.

Dos de los miembros del consejo intercambiaron una mirada.

—¿Para qué?

Prometiste a Stalker que llegarías hasta el final.

—Para nuestro ejército. Hemos perdido buenos hombres defendiendo Winterville, y más aún durante el viaje hasta aquí. Solo podremos vencer a la horda si formamos un ejército capaz de enfrentarse a ella en el campo de batalla. Lorraine es un pueblo fuerte, con buenas murallas y defensas contundentes. Podéis permitirnos cedernos a algunos hombres.

—Comprendo la necesidad —me dijo el consejero—. Hemos recibido noticias de Appleton y llevamos días esperando ver Mutantes. Pero ¿y si los hombres no se muestran dispuestos?

—Entonces los llamaremos a filas —espetó Howe.

Una joven tomó la nota de la comida; dejé que Vince Howe eligiera la mía. Poco después nos trajo los platos, y pan recién hecho. Aquella velocidad y la opulencia de los platos me sorprendieron.

Comí mientras los demás debatían la moralidad de aquel acto. Era parecido a la lotería de Otterburn, pero los hombres elegidos se unirían a la Unidad D en lugar de ser enviados como sacrificios. A mí aquello me parecía mejor, ya que tendrían una oportunidad de volver a casa. La discusión se mantuvo durante todo el desayuno, y yo les metí prisa porque estaba disfrutando mucho de la comida. Tiernos huevos revueltos y panecillos con mantequilla, té y un plato de fruta; me recordó a los festines que Mamá Oaks solía preparar. Si tenía éxito, quizá algún día volvería tener su propia cocina. Entre mi deseo de proporcionar a mi familia un nuevo hogar y la promesa que le había hecho Stalker, no podía abandonar aquella tarea. Vencería a los Freaks o moriría en el intento.

Cuando terminé de comer, el consejo había tomado su decisión.

—Convocaremos a todos los hombres que están en buena condición física...

—No —interrumpí—. No solo a los hombres. Todos los que tengan más de trece años, tanto hombres como mujeres. Si están dispuestos a aprender a luchar, nosotros les enseñaremos. Solo tiene que ser lo suficientemente valientes para venir con nosotros. La Unidad D se ocupará del resto.

Aquello motivo otra ronde de discusión, pero Vince Howe asintió. Suponía que a él no le parecía un problema. Mientras hablaban repetí huevos y panecillos, y me pregunté si los ciudadanos habrían alimentado a mis hombres así de bien. Al final decidieron que yo tenía razón y que la llamada a las armas podría salir mejor incluso si accedían a mi petición.

Así que, una hora después, nos reunimos frente al ayuntamiento y los hombres atravesaron el pueblo haciendo sonar sus campanas y gritando:

—El consejo solicita que todos los ciudadanos se reúnan inmediatamente.

No tardaron tanto como yo esperaba, así que supuse que en Lorraine no estaban acostumbrados a aquel alboroto. Dejé que Vince Howe hablara por la Unidad D, ya que era conocido allí. Su relato de nuestras hazañas y sacrificios hizo que la gente se quedara sobrecogida. A continuación inclinó la cabeza hacia mí, señalando mi turno.

—Ya habéis oído lo que hemos conseguido y lo que pretendemos hacer. Si queréis dar a vuestras familias un futuro, uno que sea algo más que vivir encerrados entre cuatro paredes, entonces uníos a nosotros.

Al principio, nadie se movió. Pero luego Fade se acercó con la bandera que Mamá Oaks nos había hecho. El resto de los hombres comenzaron a practicar, mostrando lo que nuestro entrenamiento les había enseñado. Un murmullo sorprendido recorrió la multitud y entonces ocurrió lo imposible... lo que yo había pretendido desde el principio. Hombres y mujeres, chicos y chicas, todos lo bastante mayores y lo bastante valientes como para cumplir nuestros requisitos, dieron un paso

adelante, deseosos de ocupar su lugar entre nuestras filas. Eran más de los que me había atrevido a soñar.

Esto es para ti, Stalker, este momento... y todas las batallas que se avecinan.

De algún modo conseguí esconder mi sorpresa y mi alegría.

—Colocaos en fila —dije— y dadnos vuestros nombres. Tenemos una guerra que librar.



Porque así, añadió, ni el mismo rey nos podrá separar.

—GEORGE MACDONALD, *El Muchacho Diurno y la Chica Nocturna*.

Aquel día en Lorraine doblamos nuestro número. La Unidad D se quedó en el pueblo dos semanas más, durante las que realizamos un entrenamiento básico. No era suficiente para los peligros a los que nos enfrentaríamos en la tierra salvaje, pero los exploradores nos informaron de actividad en Appleton; parte de la horda se había puesto en marcha. Teníamos que partir, aunque nuestro grupo fuera aún demasiado pequeño para enfrentarse al ejército de monstruos.

Cuando cayó la noche acampamos junto al río. Deseé que Stalker estuviera allí para ofrecerme sus consejos tácticos, pero ahora estaba bajo tierra y le debía una victoria decisiva. Mientras el resto de los hombres se ocupaban de sus tareas, convoqué una reunión con Fade, Thornton, Tully, Spence y Morrow. Eran mis guerreros más experimentados, así que tenía sentido que les pidiera consejo.

—De entre todos los reclutas, vosotros sois los que tenéis más experiencia en combate. ¿Cuál sería el mejor plan de combate?

—Tú estás al mando —murmuró Thornton—. Yo solo estoy para matar Mutantes.

—Pero la noche que cubrimos la retirada hasta Soldier's Pond parecías saber lo que estabas haciendo.

Y era cierto. No podía decir que no sabía nada de estrategia; durante los últimos meses había sido testigo de su habilidad.

—No podemos luchar con ellos frente a frente —afirmó Tully. Spence asintió.

—Sands me ha dicho que han salido de Appleton unos trescientos.

Supongo que se dirigen a Lorraine. Es el pueblo más cercano.

—¿Pero el resto de la horda sigue instalado allí? —preguntó Morrow. Yo me preguntaba lo mismo.

—Hemos asumido que todos son soldados, pero ¿y si entre los componentes de la horda hay no combatientes? Los guerreros podrían haber buscado un lugar seguro donde dejarlos mientras saquean nuestros pueblos.

—Como en la aldea del bosque junto a Salvación.

Fade habló en voz baja, pero con un toque de amargura, como si el recuerdo lo atormentara.

—¿Cómo influye esto en nuestra estrategia?

Los miré, esperando que me dieran su punto de vista. Stalker era el que más sabía sobre planes de asalto, pero aun así tenía que intentarlo.

Thornton me miró con aspecto cansado.

—Si tienes razón, entonces lo más despiadado que podemos hacer es rodear Appleton y golpearles en su punto débil.

—Las hembras y las crías —jadeé.

Nos quedamos en silencio mientras reflexionábamos sobre el valor de un ataque

así. No importaría que nos sobrepasaran en número, ya que nos enfrentaríamos a oponentes más débiles. Las Criadoras y las crías de Freaks no estaban exactamente indefensas, pero no podrían competir con soldados entrenados como nosotros. La naturaleza brutal de aquel ataque podía desalentar al enemigo, pero también podría alimentar su odio, provocando que se sintieran aún más determinados a exterminar a la humanidad.

Al final negué con la cabeza.

—No puedo hacer eso.

—¿Ni siquiera si es el único modo de ganar? —me preguntó Tully. La decisión me dolió, pero me mantuve firme.

—No. Encontraremos otro modo.

—No sabemos demasiado sobre las costumbres de los Mutantes —añadió Fade—. Podrían estar todos entrenados para luchar. Si atacáramos Appleton, podríamos descubrir que las hembras y las crías son tan feroces como los que asolan nuestros asentamientos.

Spence asintió.

—Además, he visto a algunas osas defendiendo a sus cachorros y, creedme, no queréis enfrentaros a algo así.

—En cierto sentido —dije—, los Mutantes son parecidos a los animales.

Así que podrían no reaccionar como humanos si atacamos su territorio.

—Una campaña de asaltos relámpagos nos vendrían mejor. Como en un libro que he leído. —Morrow parecía pensativo, como si estuviera intentando recordar los detalles—. Tenemos que mantener a nuestras tropas ligeras y en movimiento. Los exploradores de Stalker nos proporcionarán información y después golpearemos, mataremos a algunos y desapareceremos. Usaremos el terreno y la oscuridad como ventaja, pero será una larga batalla.

Asentí rápidamente.

—Excelente. Estás a cargo de las tácticas. Morrow me miró fijamente.

—Solo soy un cuentacuentos.

—No es verdad. Uno de estos días te preguntaré dónde encontraste todos esos libros que has leído, pero, ahora mismo, necesitamos un plan.

Todos estuvieron de acuerdo, y Morrow nos contó todo lo que podía recordar sobre aquella historia. A diferencia de *Muchacho Diurno* y *Chica Nocturna*, no teníamos una copia de aquel libro de estrategia bélica, así que no sabía si el pequeño ejército había conseguido la victoria al final. Pero era la mejor idea que teníamos.

Por la mañana levantamos el campamento. Tardamos más de lo que habríamos debido, y me prometí que trabajaría en ello. Los hombres tenían que reunir su equipo en menos de cinco minutos. No podía permitir que estuvieran dando vueltas quejándose por haber pasado la noche en el suelo, así que les envié a Thornton, ya que su atronador sermón era mucho más impresionante que cualquier cosa que yo pudiera hacer, y de todos modos, yo no tenía experiencia en gritar a la gente.

Busqué a Morrow antes de partir.

—¿Podrías asumir el mando de los exploradores? Necesito un líder, y creo que tú serías adecuado. Pero solo si quieres hacerlo.

—Confías demasiado en mí, Deuce.

—¿Me estás diciendo que no debería?

Me había fijado en sus sigilosos movimientos y en su paso cauto. Aunque no sería tan hábil entrando y saliendo de las sombras como había sido Stalker, Morrow parecía un buen reemplazo.

Morrow negó con la cabeza y sonrió amargamente.

—Es un honor. Haré todo lo posible para mantenerlos a salvo.

—Lo sé. Ahora, ve a buscar algo de información. No podemos seguir avanzando sin saber con seguridad a dónde se dirigen los Mutantes.

Fue una tensa espera junto al río. La Unidad D pasaba el tiempo entrenando. Fade, Tully y Spence supervisaban las prácticas. Era extraño ver a aldeanos normales aprendiendo a luchar, pero todos le echaban ganas. Gavin se esforzaba especialmente, y estaba atento a cada palabra que Spence pronunciaba. El niño tenía una actitud increíble que compensaba su pequeño tamaño; cada vez que su compañero lo hacía caer se ponía en pie con un giro, y de vez en cuando sorprendía a alguien con su ferocidad. Sabía que quería vengarse de los Freaks y su ira me preocupaba, no porque estuviera apenado por la pérdida de sus padres, sino porque temía que eso lo hiciera estallar en el momento equivocado. La ira podía conseguir que lo mataran.

Lo aparté del entrenamiento y me senté con él. El chico me miró con sus ojos verdes furiosos en su rostro sucio.

—¿Qué? Estaba defendiéndome bien. Y él es mayor.

Aquel chico no podía tener más de catorce años, y su pequeño tamaño me hacía preguntarme si no sería más joven aún.

—¿Qué edad tienes?

—Supero la edad de reclutamiento. Tú la fijaste en trece años.

—Lo sé. Contéstame.

—Cumpliré quince en un par de meses —murmuró.

Parecía muy joven, quizá porque en el mundo de la superficie intentaban proteger a sus jóvenes más que en los túneles. Resultaba difícil de creer que apenas nos lleváramos un año y un par de meses. Suponía que su mundo había sido muy diferente antes de que los Freaks cambiaran tanto, Winterville fuera presa del pánico, y el doctor Wilson extendiera su veneno.

Le hablé con dureza porque sabía que no me respetaría si me mostraba suave con él. El chico no quería eso; quería sangre, no amabilidad.

—Si haces que te maten luchando como una vaca con dos pezuñas izquierdas, no vivirás para ver a los Mutantes en el campo de batalla. ¿Eso es lo que quieres?

—No, señora.

—Señor —le corregí—. En este ejército no importa lo que la gente tenga debajo

de los pantalones. Ahora vuelve y usa la cabeza, no solo los puños.

—Sí, señor.

La rabia de Tegan siempre fue menos evidente, porque la había mantenido oculta en su interior, pero yo la capté en cuanto la encontré en Gotham. La había dejado salir con cada golpe de garrote, aunque Tegan apenas sabía luchar por entonces. El cayado encajaba con ella mucho mejor.

—Tú te quedaras atrás —le advertí.

—Lo sé. Soy segunda línea de defensa y médico a tiempo completo. No estaré en la vanguardia. —Miró el viento soplar entre las hojas—. Es desquiciante estar aquí, ¿verdad? Sin saber por dónde anda el enemigo exactamente.

Sabía a lo que se refería. La tierra salvaje estaba en silencio, excepto por los trino de los pájaros, el canto de los insectos y el borboteo del agua a nuestra espalda. La primavera había reverdecido la hierba hasta donde alcanzaba la vista, pero, justo después de la siguiente loma, podía estar acechándonos la violencia y la muerte. Me estremecí. Esperaba que los exploradores regresaran pronto.

Mi deseo se cumplió a mediodía. Habían hecho bien su trabajo y Morrow me dio el informe.

—Están moviéndose al noroeste de aquí. Por lo que parece, se dirigen a Lorraine.

—Entonces tendremos que seguirlos, esperar a que acampen y golpear cuando estén dormidos.

—Combatiremos el fuego con fuego —dijo Fade.

—¿Hemos traído algún licor? —preguntó Tully.

Como la bebida volvía a los soldados somnolientos y descuidados, la respuesta debería haber sido no, pero, cuando buscamos en las mochilas, encontramos seis botellas. Dejé en Thornton sermonear a los hombres que habían violado el código de conducta mientras los demás traían el contrabando. Tully quitó el corcho de una de las botellas y lo olió.

—Es fuerte —dijo—. Esto nos vendrá muy bien.

—¿Para qué? —le pregunté.

—Podemos hacer bombas incendiarias. Y con algunos trapos podré lanzar proyectiles ardiendo. Eso dispersará a los Mutantes y hará que les entre el pánico, sobre todo si los atacamos mientras están dormidos.

El resto de días marchamos según las instrucciones de los exploradores. A las órdenes de Morrow, iban y venían corriendo constantemente y nos traían mensajes sobre la posición de la horda. No eran todos los enemigos a los que había visto fuera de Salvación, pero no necesitaban a todos sus componentes para atacar los pueblos más pequeños. Tenía sentido que protegieran el territorio que ya habían afianzado... y, en aquel momento, yo no tenía suficientes soldados para recuperar Appleton, pero podía evitar que saquearan Lorraine. Cuando llegó la noche estábamos a cinco kilómetros de nuestro objetivo.

—Esta noche es muy importante que sigáis las órdenes. Matad en el perímetro y

retroceded. Haced que os persigan. Haced cualquier cosa que incremente la confusión y reduzca la visibilidad. Y huid si tenéis que hacerlo.

Rastrillé la hierba hasta que tuve un recuadro de tierra seca que nos serviría como mapa, y entonces garabateé algunas instrucciones.

—Nos reagruparemos aquí. Ellos podrían seguirnos para intentar obligarnos a luchar. No lo conseguirán. Aquí es donde comienza el bosque y, lucharemos en retirada. Sin embargo, lo ideal sería que atacáramos, matáramos a tontos como pudiéramos, y después desapareciéramos. Ese es el plan.

—¿Alguna pregunta? —preguntó Thornton.

Tenían un sinfín, y las contestó mientras yo me alejaba. Esperaba haber sonado segura y preparada, pero el corazón me latía como un tambor. Demasiadas cosas dependían de mí; no tenía dudas sobre lo que teníamos que hacer, pero quizá no tenía sentido intentarlo. *¿Quién soy yo para guiar a estos hombres?*

—Estoy contigo —me dijo Fade en voz baja.

Deseaba abrazarlo con todas mis fuerzas, pero temía que retrocediera y tampoco era un buen modo de comportarme delante de los hombres. No había duda de que Tully y Spence estaban profundamente enamorados, a pesar de que ella era más de diez años mayor que él, pero nunca se tocaban o besaban si alguien podía verlos. Yo lo sabía por el modo en el que él la miraba, como si fuera a desplomarse y dejar de respirar si ella alguna vez dejaba de corresponderle.

—Es normal estar asustado —continuó—, y me alegro de que tú lo estés. Hace que me sienta mejor respecto a las mariposas de mi estómago. Esta es la batalla más importante que hemos librado hasta ahora.

—Gracias.

Aunque no movió los brazos, susurró:

—Imagina que te estoy abrazando. Y también que te estoy dando un beso de buena suerte.

Eso me hizo sonreír. Era posible que el campo de batalla no fuera el lugar adecuado para aquellas muestras de cariño, pero no podía alejar aquellos sentimientos. Fade era tan parte de mí como mi sombra.

—Imagina que te devuelvo el beso.

—¡Deuce! —Gritó Morrow—. Te necesito.

Miré a Fade, y esa mirada dijo muchas cosas. Después me alejé para ocuparme de las preguntas de última hora sobre el despliegue de la tropa. El lugar que los Freaks habían elegido para acampar nos ofrecía un punto más elevado, sobre una cresta, así que era allí donde pretendía colocar a nuestros fusileros. Tully comenzaría los incendios y seis soldados llevarían las bombas incendiarias que debían ser lanzadas tan lejos como fuera posible.

Justo antes del alba, la Unidad D se puso en marcha. La luna, un gajo plateado en el cielo, ofrecía apenas la luz suficiente para que el resto de hombres no tropezaran. Para mí estaba bien, incluso podría haber caminado con los ojos cerrados, así que

acompañé a los exploradores para asegurarme de que la emboscada salía según lo previsto.

Subí la cresta con el estómago en un puño. No había visto tantos Freaks reunidos en un único lugar desde que hui de la horda después de salvar a Fade. El miedo bulló en mi estómago en forma de bilis e hizo que el ácido subiera hasta mi garganta, pero me lo tragué. *Yo os habéis llevado suficiente*, les dije a los monstruos en silencio. *No vais a conseguir nada más. Aquí es donde comienza el fin.*


Después de localizar los mejores puntos de observación ordené a los fusileros que ocuparan su lugar. Cuando los incendios comenzaron abajo, su resplandor les ayudaría a apuntar. Después de todo, no importaría en dónde dispararan a los Freaks; las balas siempre dolían al entrar. Cuando Tully estuvo en posición con el resto de pistoleros, bajé para unirme a los demás.

—Thornton —susurré—. Eres el líder de la infantería. No dejes que los inexpertos se acerquen demasiado a la turba.

—Haré todo lo que pueda —me dijo, e hizo el saludo de Improbable.

Thornton no era el único hombre que había visto usando ese ademán; era común en los territorios, un modo de mostrar respeto sin distinciones de rango. Aun así fue conmovedor verlo justo antes de una batalla tan importante, como si fuera una señal de que Improbable estaba allí, cuidando de mí. Quizá fuera una tontería, pero me reconfortaba imaginar que algún día me reuniría con la gente a la que había perdido. En cualquier caso, me animó y pude dar órdenes en un tono lo bastante firme como para conseguir que creyeran que triunfaríamos.

—El enemigo está durmiendo, soldados. Es el momento de repartir dolor.



Desde el primer feroz proyectil, la batalla fue según el plan. Conseguimos una ventaja extra cuando el campamento se incendió, creando un infierno de gruñidos y pánico. Los Freaks huían del fuego y corrían directamente hacia nuestras cuchillas. Entre la oscura noche y el brillante fuego, apenas nos veían antes de morir. Las bombas incendiarias explotaron en el centro del campamento, inmolando a un gran número de monstruos. Los fusileros los abatían desde la cresta cuando se dispersaban. En el caos, los matamos con impunidad, hasta que se dieron cuenta de los pocos que éramos y entonces cargaron contra nosotros. No podía dejar que nos rodearan. Mis hombres no tenían experiencia luchando con tanta desventaja.

—¡Toca a retirada! —grité.

Morrow tocó unas notas con su gaita para que las tropas retrocedieran hasta el punto que habíamos acordado, en el límite del bosque. Los hombres respondieron, conscientes de que nuestras tácticas no incluían el cuerpo a cuerpo; pretendíamos matar a tantos Freaks como fuera posible antes de atraerlos a un terreno más ventajoso, donde pudiéramos movernos mejor contra un número superior de enemigos. Fade estaba cerca, así que luchamos juntos mientras cedíamos terreno. Apuñale y saje, con cuidado de no dar la espalda a los monstruos. Thornton disparó a uno sobre mi hombro y me giré. Fade corrió conmigo, a toda velocidad, hasta que dejamos atrás la zona de combate. Conté los soldados mientras aparecían trastabillando. Al final perdimos diez hombres. Bastante bien; tampoco me esperaba derrotarlos en una sola emboscada.

—¿A cuántos habéis abatido? —pregunté a los hombres cuando llegaron a nuestro punto de encuentro.

La cuenta llegaba casi a cien... y tuve que reprimir sus vítores. Era un gran logro, un tercio del enemigo. Nos introdujimos en el bosque poco después y aquellos Freaks no respetaron el trato que habíamos hecho con los otros, lo que nos confirmó que eran parte de la horda. Nos persiguieron a través de los árboles, pero en aquel terreno no podían luchar en manada, así que los derribamos. La Unidad D luchó en constante movimiento, sin dejarles descansar. La sexta noche los Freaks retrocedieron y montaron su campamento en las praderas. Para entonces solo quedaba un centenar, pero yo no tenía intención de ofrecerles un combate justo.

Dos semanas después del inicio del conflicto nos hostigaron otros problemas. Entre los Freaks de la zona y nuestros propios hombres era difícil encontrar caza. Pescar ayudaba un poco, pero buscar manduca, como Thornton lo llamaba, nos dejaba menos tiempo para evadir sus ataques y planear los nuestros. Teníamos que acabar con aquello antes de que la situación empeorara.

Sin embargo, antes de que pudiera resolver esa crisis, Morrow nos trajo malas

noticias.

—Hay una caravana comercial que se dirige desde Gaspard a Soldier's Pond. Mis exploradores creen que los Mutantes a los que hemos estado acosando intentarán atacarla para conseguir suministros antes de dirigirse de nuevo a Lorraine.

—No podemos permitir que eso ocurra —dije—. En marcha.

Así comenzamos un duro viaje al este con poca comida y menos sueños. Cuando encontramos a los comerciantes en la carretera, la Unidad D estaba famélica y exhausta. Esperaba que nos recibieran con rifles, pero la noticia de nuestros logros se había extendido y reconocieron la bandera que Mamá Oaks nos había hecho. La mayoría de los días era Gavin quien la portaba orgullosamente, y el banderín ondeaba en el viento.

—¡Eh, Unidad D! —gritó el conductor al mando.

—¿Tú también quieres ahorcarnos? —bromeé. El hombre negó con la cabeza, riéndose.

—Los guardias todavía hablan de eso, ¿sabes? No creo que en el pueblo vayan a daros una cálida bienvenida, pero en la carretera las cosas son distintas. Vince Howe y John Kelley hablan muy bien de vosotros.

—Os acompañaremos a Soldier's Pond —le ofrecí—, pero tendréis que ayudarnos con algo de comer.

Esperaba que pudieran dejarnos algo en Soldier's Pond, ya que un buen número de nuestros soldados eran de allí. Si no era así, seguramente podríamos compartir las raciones de los comerciantes mientras los protegíamos.

El vendedor asintió sin vacilación.

—Añadiré gachas al trato si vosotros contribuís con carne fresca. —Los murmuraron, porque habían esperado pasteles en lugar de gachas, pero él los miró con severidad—. ¿Queréis vivir? Esta zona está plagada de Mutantes.

Tenía razón; habíamos conseguido alcanzar la caravana antes que el enemigo gracias a la habilidad de nuestros exploradores, y para llegar a Soldier's Pond tendríamos que rodear el bosque, ya que las carretas no podrían pasar entre los árboles. Tendrían un montón de oportunidades de atacarnos antes de llegar. Se me formó un nudo en el estómago, porque la última vez que habíamos protegido los suministros de aquel modo había muerto Stalker. No podía perder a nadie más. Pero me tragué las lágrimas e informé a los hombres de que teníamos un nuevo objetivo, y de que al final descansaríamos un poco en Soldier's Pond. Eso provocó un cansado vítor entre los guerreros que habían estado subsistiendo a base de plantas y bayas. No sabía ellos, pero yo tenía hambre y estaba cansada de sopa de puerros y setas silvestres. Habían pasado días desde la última vez que había comido un trozo de carne, ya que les di mi parte a los soldados.

—Estás demasiado delgada —me había dicho Fade cuando me pilló haciéndolo—. Si no comes no podrás mantener las fuerzas.

—Sí como —murmuré.

Pero no teníamos mucho que llevarnos a la boca. Los combates constantes, las emboscadas que tendíamos, y las carreras para mantenernos fuera del alcance de los Freaks, no nos dejaban tiempo para cazar o para conseguir presas grandes, si es que los Freaks habían dejado alguna. Debía de haber alces y ciervos, pero había pasado una semana desde la última vez que los exploradores vieron algún rastro de ellos. Solo encontrábamos presas pequeñas como conejos y ardillas, que no merecía la pena atrapar porque habríamos necesitado muchas para alimentar a los soldados. A veces les quitábamos la piel y poníamos su carne en la cazuela junto a los puerros, las patatas y las setas, para dar sabor, pero apenas alimentaban.

—Me muero de ganas de ver a mi familia —dijo un hombre.

—Yo también.

Deje que hablaran de alegres reuniones, siempre que formaran cuando Thornton ladrara la orden. Y lo hacían. Mis soldados eran jóvenes y viejos, hombres y mujeres, pero tenían valor de sobra. Marchamos junto a las carretas con la bandera de la Unidad D ondeando bien alto. Los monstruos llegaron al atardecer. Aquella era su primera oportunidad de atacarnos en campo abierto, un riesgo que supe que estábamos asumiendo cuando decidí proteger la caravana. Pero si se hacían con aquellas provisiones, la gente de Soldier's Pond y de Gaspard se moriría de hambre, y además el enemigo se fortalecería. No podía dejar que eso ocurriera. Recordé lo que el doctor Wilson me había dicho, sobre que el hambre hacía que digirieran sus propios cerebros. Si evitábamos que encontraran nuevas fuentes de alimento, serían más tontos y más fáciles de matar. Vinieron hacia nosotros corriendo en círculo, una táctica con la que ya estaba familiarizada, pero no olí nada excepto el sudor de los sucios soldados y el hedor general de las mulas.

—¡Formación C! —grité.

Afortunadamente, el entrenamiento que habíamos llevado a cabo en Soldier's Pond había preparado a los hombres para un sinfín de contingencias, y formaron situando a los soldados de infantería delante y a los fusileros detrás. Tully trepó a una de las carretas y después ayudó a Gavin a llegar a su lado. Abrieron fuego subidos sobre las cajas, y la masacre comenzó con la muerte de dos. Los animales relincharon, aterrorizados, pero los conductores cortaron las riendas y no dejaron que se desbocaran. Yo esperé en primera línea, preparada para recibir su embestida.

Tenía a Tegan a un lado y a Fade en el otro. La chica golpeó a uno para que yo lo rematara, como solía hacer con Stalker, y yo lo apuñalé en el cuello. Tegan golpeó a uno en la cara mientras Morrow corría hacia él y, al otro lado, Fade luchaba con elegancia, esquivando y zigzagueando para no dejar nunca mi flanco vulnerable. Yo también me mantuve firme y giré mis dagas en la púrpura luz del crepúsculo. Perdí la cuenta de cuántos había matado, pero escuché a Tully gritar que se había quedado sin proyectiles. Un par de fusileros dijeron lo mismo, y avanzaron para luchar con sus cuchillos.

La sangre se esparció como vino derramado sobre el suelo del bar de Otterburn.

Los monstruos sabían que tenían que ganar aquella batalla, así que no huyeron ni siquiera cuando Fade mató al último clavándole la daga directamente en el corazón.

Sin embargo, la victoria nos costó veinte hombres. Antes de partir, la Unidad D cavó otra fosa común para mantener lejos a los carroñeros. Tully dijo unas palabras, porque yo estaba demasiado cansada y no sabía qué decir. Mientras tirábamos paladas de tierra sobre sus rostros llenos de sangre, me di cuenta de lo jóvenes que eran algunos de ellos. Un par apenas cumplían mi límite de edad.

Esto es culpa tuya. Tú les has arrebatado estos chicos a sus padres.

—Pero yo no los maté —susurré.

Las palabras no amortiguaron mi sensación de culpabilidad. Cuando continuamos adelante éramos un grupo triste y desolado, y las insípidas gachas que comimos para cenar no alegraron a nadie. Los exploradores encontraron un camino seguro hasta Soldier's Pond y, aunque vimos grupos pequeños de Freaks merodeando por las colinas cercanas, ninguno de ellos se atrevió a atacarnos. Cuando vimos Soldier's Pond en el horizonte, estaba terriblemente agotada. Los hombres gritaron un *¡viva!*

Cansado, pero no tenían buen aspecto. La mayoría tenía sus zapatos y botas hechos jirones, y como además tenían los pies llenos de ampollas, muchos habían llegado a sangrar mientras caminábamos.

Mi sueño estaba hecho harapos y, aunque estábamos haciendo algunas cosas buenas, aunque estábamos haciendo algunas cosas buenas, no estaba consiguiendo mantener a mis hombres sanos y salvos. No tenía experiencia en aquello, pero el problema era que nadie la tenía. Los humanos habían estado escondidos en sus asentamientos durante tanto tiempo que habían olvidado luchar sin la ayuda de horribles pociones y misteriosos venenos. La única información que teníamos nos la proporcionaban las historias de Morrow... y yo aún tenía que preguntarle al respecto.

Tendría tiempo para hacerlo en Soldier's Pond.

Los guardias salieron para recibir las carretas y escoltarnos, lo que estuvo bien porque no creía que mis hombres tuvieran ganas de luchar. Los ciudadanos podrían quejarse porque nos hubiéramos comido parte de sus provisiones, pero sin nosotros no habrían recibido esos productos de Gaspard. Y Soldier's Pond estaba muy lejos de ser autosuficiente.

Gracias —me dijo el comerciante cuando la caravana traspasó las defensas del pueblo—. De no haber sido por tus hombres habríamos muerto en la carretera.

Se llamaba Marlon Bean, y esperaba que añadiera su historia a las de Vince Howe y John Kelley. A la larga, su buena voluntad podría salvar a la Unidad D, pero por el momento asentí y conduje a los soldados a su anhelado hogar. Los guardias tenían todo tipo de preguntas, pero los callé con un gesto impaciente. Hasta que Tegan elevó las cejas no me había dado cuenta de cuánto me había acostumbrado al mando.

Fruncí el ceño, y grité:

—Tenéis un permiso de cuarenta y ocho horas. La cantina está en aquella dirección... Preguntad a un local si no conocéis el camino. Cuando hayáis comido,

buscad el lavadero. Después encontrad una cama y descansad un poco. Algunos tendréis que vendar vuestras heridas, o cambiar vuestros vendajes. No creo que nadie vaya a morir esta noche, así que venid a vernos a Tegan y a mí por la mañana. Os curaremos. Eso es todo. Disfrutad del descanso.

Los hombres salieron en tropel, contentos de no estar ya en la tierra salvaje. Entendía cómo se sentían.

Fade me miro con severidad.

—La orden de descansar va por ti también.

Como a aquellas alturas estaba mareada, dejé que me llevara a la cantina. Si la cocina había cerrado haría que el cocinero la abriera. Sin embargo, por suerte, la coronel Park ya estaba preparándolo todo. Se reunió con nosotros en el salón u asignó a dos trabajadores extra para que hicieran más comida rápidamente. Estaba insípida, como siempre, pero tenía tanta hambre que me habría comido con alegría un cubo de las gachas de champiñón que nos daban en los túneles.

Mientras comíamos, me di cuenta con retraso de que estábamos sentados como un grupo de oficiales. No se nos había ascendido formalmente, por supuesto, pero yo siempre acudía a Fade, Tegan, Thornton, Tully y Morrow cuando necesitaba algo. Y allí estábamos sentados, con nadie más en nuestra mesa. Yo no habría rechazado a nadie, pero suponía que los demás creían que teníamos planes que hacer. O quizá querían descansar un poco de nosotros. Escuché la conversación sin prestar demasiada atención; era un tema importante, pero me faltaba la determinación para enfrentarme al problema inmediatamente cuando tenía cuarenta y seis horas de libertad.

—Deberíamos pedirle un tributo a todos los pueblos del territorio —estaba diciendo Thornton.

Morrow protestó.

—Pero no podemos obligarlos a darnos provisiones.

Spence frunció el ceño y señaló con la cuchara, de modo que estuvo a punto de tirar el estofado de ave y pasta que llevaba en ella.

—Podríamos negarnos a protegerlos si no lo hacen.

Sonaba duro, pero quizá tenía razón. Si no estaban dispuestos a apretarse el cinturón para donar alimentos a los soldados que estaban manteniendo a la horda a raya, entonces que se estuvieran a las consecuencias. En muchos sentidos, yo había mordido más de lo que podía masticar; algunos días, cuando me sentía estúpida e incapaz de guiar a la Unidad D, lo único que me mantenía en pie era la cabezonería.

Morrow, sin embargo, negó con la cabeza.

—El miedo y la intimidación no servirían de nada a largo plazo. Lo único que conseguiríamos es que no vieran como a tiranos, las razones por las que sus familias están pasando hambre.

—También tenemos que tener en cuenta la cuestión del transporte de las provisiones —dijo Fade—. Si tuviéramos carretas llenas de suministros, en lugar de

solo lo que cada uno pueda portar, nos moveríamos más despacio. Y no contaríamos con soldados suficientes para enfrentarnos a la horda.

Tenía razón. Antes de que uniéramos a los comerciantes de Gaspard habíamos enviado exploradores a Appleton para intentar saber cuántos eran. Era imposible enviar a alguien dentro del pueblo, pero, por lo que Sands nos dijo, los Freaks estaban viviendo allí, no destruyéndolo. No habían dañado los edificios; entraban y salían de las casas como los humanos, y eso me alarmó más que ninguna otra cosa.

—No vamos a resolver esto en la cena —dijo Tully al final—. ¿Por qué no hablamos mañana con la coronel y vemos qué nos sugiere? Su familia siempre ha estado en el ejército y tiene un montón de libros viejos llenos de campañas históricas.

Eché una mirada a Morrow. La última vez que estuvimos allí me fijé en que había besado a la coronel en las mejillas, aunque no era su marido. Levanté una ceja, invitándolo a explicarse, pero se mantuvo en silencio y yo decidí que desentrañaría aquel misterio antes de partir de nuevo.

Después del baño llegó la alegre reunión con mi familia. Cada vez que volvía parecían sorprenderse un poco, como si se hubieran resignado en secreto a perderme. Mamá Oaks se emocionó por el modo en el que la Unidad D había acogido su bandera, pero lloró cuando se enteró de lo de Stalker.

La abrace con fuerza, intentando no llorar, y Edmund me dio una palmadita en el hombro. Como siempre, se sentía incómodo mostrando sus sentimientos tan abiertamente.

—¿Dónde está Rex? —pregunté.

—Aún en el taller —me contestó Edmund. Mamá Oaks se mordió el labio.

—Está un poco enfadado contigo.

No podía hacer nada para evitar la confrontación, así que me dirigí al taller, donde encontré a Rex atravesando el cuero con una aguja, ribeteándolo. Me miró con una expresión que presagiaba tormenta.

No me dio la bienvenida.

—He visto a cuántos hombres nuevos has aceptado. ¿Todos son guerreros entrenados?

Como aquella había sido mi objeción a que se uniera a nosotros, fruncí el ceño.

—No. Pero tampoco son mis hermanos.

—¿Tienes alguna idea de lo que se siente al ser rechazado por tu propia madre?

—No. Porque no tuve una hasta que conocí a la tuya.

—A la nuestra —me corrigió, perdiendo un poco de su justa indignación. Pero se mantuvo firme—. Deberías habérmelo dicho en persona, Deuce, en lugar de escabullirte sin hablar conmigo.

En eso tenía razón. Me dije a mí misma que tenía prisa, pero la verdad era quería mirarlo a los ojos y decirle: *No, no puedes luchar. Quédate en casa y haz feliz a tu madre.* Eso era ridículo, teniendo en cuenta que se había casado y había vivido en su propio hogar durante años.

—No quiero que te pase nada malo —le dije con sinceridad—. Le rompería el corazón a mamá. Y ahí fuera no puedo garantizar tu seguridad.

—Tampoco puedes hacerlo aquí.

Cierto, sobre todo después de lo que había pasado en Salvación.

—¿Todavía quieres luchar?

—Sí. Ahora tenemos menos pedidos... y no puedo decirle a mi padre que se invente el trabajo solo para mantenerme entretenido.

—No estarás intentando morir para estar con Ruth o alguna estupidez por el estilo, ¿verdad?

Rex negó con la cabeza.

—Quiero vengar a mi mujer. Es un pecado y va en contra de nuestras creencias, lo sé. Pero si mato a tantos monstruos como sea posible, bueno, el día habrá merecido la pena.

Comprendía su motivación. Parecía que no pretendía hacerse el héroe de un modo imprudente, porque no podría matar Freaks si ellos lo mataban antes.

—Ve a ver a Thornton para que te de un arma... y pídele a mamá ropa de combate. Edmund tendrá que arreglarte las botas. Ahora que lo pienso, nos vendrían bien un montón de botas.

Pensé en mis hombres, en sus pies ensangrentados y en sus rostros escuálidos. Si la Unidad D tenía que prosperar y crecer, yo debía mejorar sus suministros. Así que volví al barracón y pillé a los Oaks en un extraño momento privado. Edmund estaba abrazando a Mamá Oaks, y ella lloraba en silencio sobre su hombro. Inspiré suavemente y me alejé, porque no quería interrumpir. Confundida, me senté en el suelo húmedo hasta que supuse que había pasado tiempo suficiente para que terminaran lo que fuera que estuvieran haciendo. No sabía si lloraba de alegría porque yo había vuelto, o de tristeza porque extrañaba Salvación.

Regresé una hora y media después y eché un vistazo. Edmund debía de haberse marchado al taller. Me reuní con él allí, y le hice mi petición.

El hombre asintió.

—Te haré lo que necesitáis, si tengo el material necesario. He equipado a todos los hombres de Soldier's Pond y ahora estoy fabricando repuestos de las tallas más habituales. Puedes cogerlos todos, aunque si tienes hombres con pies muy grandes o muy pequeños, tendré que hacérselos a medida.

—Gracias Edmund.

—Me alegro de poder hacer mi parte en esta guerra —me dijo en voz baja.

Su sinceridad me conmovió. Mi padre creía que estaba haciendo algo importante, y me tomaba en serio. Tuve que abrazarlo, aunque aquel no era normalmente mi primer impulso. Parecía sorprendido, pero me rodeó con sus brazos como si fuera lo más sencillo del mundo. Sin embargo, no lo era ni para él ni para mí. Durante algunos segundos disfruté de la calidez de su abrazo. Después me aparté de él y le conté lo de Rex.

Se estremeció, pero asintió.

—Lo veía venir. Le daré la noticia a tu madre.

No lo corregí, ni siquiera en mi cabeza. Ya no eran mis padres adoptivos. Aquella gente se había convertido en mi familia, igual que Fade, Tegan y, quizá en menor grado, la Unidad D.

Por la mañana, antes del desayuno, fui a ver a la coronel. La encontré en el cuartel general escuchando un informe sobre el movimiento de los Freaks al otro lado del bosque. Aunque no salían a buscar problemas, en Soldier's Pond siempre tenían buena información, a pesar de la excesiva cautela de la coronel. En mi interior sospechaba que se sentía poco preparada para su posición, igual que yo, y por eso se

mostraba reacia a enviar hombres a la muerte. Pero, mientras los humanos se ocultaban, la horda crecía.

—Coronel Park —estaba diciendo el explorador—, no hay actividad en el bosque, pero hay grupos de caza rodeándolo. Es solo cuestión de tiempo que lleguen hasta nosotros.

—Si quieres que os ayudemos a defender el pueblo necesitaremos más hombres —murmuré.

—Buenos días a ti también —me dijo la coronel—. Siempre vas al grano, ¿verdad?

—Casi siempre. También necesitamos provisiones, cualquier cosa que puedas ofrecernos.

—Te preguntaría cuántas veces voy a tener que negarme antes de que te rindas, pero sospecho que la respuesta es infinita. Porque tú no te rindes.

Contuve una sonrisa.

—No soy famosa por rendirme.

—Hablaré con el intendente y veremos qué podemos daros sin correr el riesgo de sufrir privaciones este invierno.

—Gracias.

—¿Has hablado con tu estructura al mando? —me preguntó.

Cuando negué con la cabeza me echó un sermón sobre la necesidad de dominar la situación con mano de hierro, aunque no sabía qué significaba eso. Me dijo cómo debía liderarse un ejército, e hizo hincapié en la importancia de una clara jerarquía. La coronel Park examinó la habitación como si estuviera comprobando que no nos oía nadie, y después añadió, en voz baja:

—Ojalá pudiera hacer más para ayudarte, pero mis consejeros son hombres prudentes y están asustados. Creen que, si mantenemos una actitud neutral, los Mutantes no nos atacarán.

—He comprobado una y otra vez que eso es falso. Salvación no hizo nada para provocar a los monstruos. Y Appleton tampoco, hasta donde yo sé.

—Te creo. Solo espero que no sea necesaria una tragedia para motivarlos.

—¿Por qué no los desautorizas?

—Porque, cuando mi padre murió, me dejó el poder de forma provisional.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—El título de «coronel» solía conseguirse a través de los méritos propios, pero yo lo heredé de mi padre cuando sucumbió a la fiebre sangrante. Como era muy joven, cuando lo sucedí se fijaron condiciones a mi administración de las fuerzas armadas. —Seguramente sabía que yo no lo entendería, porque se explicó—. Mi autoridad está sometida a las comprobaciones y balances de mis consejeros.

—Así que pueden contradecirte. Eso no es bueno.

Tras un par de palabras educadas más la dejé para que continuara con su reunión con los exploradores. En aquel momento sentía un poco de pena por ella. Era horrible

estar al mando, pero debía de ser peor si había gente poniendo en duda cada movimiento. Park tenía información y recursos en sus manos, pero no tenía la libertad para usarlos como consideraba adecuado, al menos no sin interminables discusiones y una tensa votación. A veces, los desastres exigían una acción rápida y decisiva. Nos quedamos en Soldier's Pond más de dos días. Edmund tardó en equipar a todos los hombres, y Mamá Oaks convenció al intendente para que le dejara quedarse con varios rollos de tela sin usar. Mientras Edmund hacía las botas, ella cosía como una loca los uniformes. La coronel nos proporcionó harina de maíz y judías secas, y Morrow encontró una receta de galletas a base de harina y agua que se horneaban varias veces hasta que eran como pequeños ladrillos.

—¿Qué se supone que vamos a hacer con esto? —le pregunté, cuando el cuentacuentos vino a buscarme a la cantina para mostrarme lo que habían estado horas experimentando con la receta. Morrow frunció el ceño, seguramente ante mi falta de imaginación.

—Si las desmenuzas sirven para espesar el estofado. Desmigadas y mezcladas con leche o huevo se convierten en tortitas. O podemos comerlas tal cual si no hay nada más. Dura una eternidad.

Si cada soldado llevaba su parte de judías, harina de maíz, cecina y galletas aguantaríamos el resto de la campaña, al menos hasta la llegada del frío. Pronto habría tubérculos y fruta en las árboles, bayas y plantas silvestres. Me preocupaba la escasez de caza, ahora que la horda estaba en nuestro territorio, pero no podíamos dejar de luchar por miedo al hambre.

—¿Crees que vamos a encontrarnos con vacas o gallinas en el campo de batalla? —me burlé—. Parece probable. Apuesto a que nos haremos tortitas en la sartén toda las mañanas.

—Eres cruel con un hombre que se ha pasado horas buscando en polvorientos libros viejos por ti.

Levanté una ceja.

—¿Por mí? ¿O por Tegan?

No era un secreto el modo en el que la miraba. También me había fijado cómo la buscaba durante los momentos de tranquilidad, y en que parecía disfrutar mucho de sus sesiones de entrenamiento, quizá porque así estaba cerca de ella. No creía que Tegan lo hubiera notado, pero yo ponía más atención a esos detalles después del malentendido con Stalker. Cuando lo recordé me dolió el corazón, pero la alternativa era olvidarlo y aquel era el tipo de muerte definitivo... cuando ya nadie cuenta tu historia.

—Me gustaría que comiera más —admitió—. Está demasiado delgada. Y tú también.

—Todos los de la Unidad D lo estamos.

—Bueno, estoy más preocupado por los hábitos alimenticios de algunos que por los de otros —dijo con una sonrisa ladina.

—Yo también. Gracias por tu esfuerzo. —Me dirigí a los cocineros—. La coronel quiere que horneéis quinientas galletas más.

Se quejaron, pero volvieron sin más al trabajo. Morrow parecía impresionado. Salimos de la cantina juntos, pero no dejé que se marchara. Yo aún no había terminado con aquella conversación.

—Has tenido acceso a todo tipo de libros —le dije—. A más de los que he visto en todas las aldeas y villas que he visitado. Gotham es el único lugar donde había tantos. Un montón estaban estropeados, pero había muchos otros que aún podían leerse. ¿Has estado allí?

Sabía que Morrow era un trotamundos, y que no era de Soldier's Pond, pero se había mostrado extrañamente reticente a hablar de su pasado. Suspiró, negó con la cabeza, y empezamos a caminar. No sabía a dónde iba, pero no tenía intención de que me dejara atrás, así que aceleré el paso. Terminamos en la vaqueriza que habíamos usado para entrenar. No había nadie, solo los animales, así que al menos sería privado.

—No. Soy del oeste... de una aldea llamada Rosemere.

La había visto en los mapas de Improbable, pero no podía ubicarla. Aunque estaba anotada, no figuraba en las rutas comerciales que había dibujadas.

—¿Dónde está exactamente?

—En la isla Evergreen.

Por eso Improbable nunca había viajado hasta allí: él solo cubría las rutas terrestres, y para llegar a Rosemere había que cruzar el agua.

—Nunca hablas de ello. ¿Era malo?

—No —dijo Morrow en voz baja—. Era el paraíso.

—Entonces, ¿por qué te marchaste?

—La historia habitual. Me enamoré de una chica que no sentía lo mismo por mí, así que juré que vería mundo y que haría que lamentara mi marcha.

—¿Funcionó? —le pregunté.

El hombre se encogió de hombros.

—No lo sé. No he vuelto.

—Háblame de ello.

Él cuenta cuentos estaba en su elemento, dibujando para mí una imagen en palabras. Habló de una aldea preciosa con casitas blancas de piedra y encantadores jardines en flor, del mercado donde se vendían todo tipo de objetos adorables, del resistente muelle de donde salían los hombres en pequeños botes para echar sus redes, y de las mujeres con pañuelos en las cabezas que tendían la colada mientras hablaban alegremente unas con otras. De la isla Evergreen, habló incluso más.

—Tienes que verlo para creerlo. Está rodeada de bosques verdes hasta donde alcanza la vista. Es exuberante y pura, sin ruinas, y allí nunca ha habido Mutantes.

Aquello me pareció extraño.

—¿Por qué no?

—No saben nadar. No sé porque, pero los he visto intentarlo un par de veces en las ruinas al otro lado del río y siempre se hunden como piedras.

Suponía que el doctor Wilson tendría una teoría, pero no tenía tiempo de desviarme hasta Winterville para preguntarle; con el retraso debido a las provisiones ya habíamos perdido el ímpetu, y necesitábamos volver al combate. Sin embargo, archivé esa información como una debilidad que podría explotar, si descubría el modo de hacerlo. Como los Freaks eran más listos en cada generación, sin duda se mantendrían cautos en lo referente al agua.

—Eso no explica por qué has leído tantos libros... ni tu destreza con la espada — señale.

Morrow parecía molesto porque no había conseguido distraerme con sus elocuentes descripciones.

—Eres muy pesada, ¿lo sabías?

—Normalmente consigo lo que me propongo.

—La primera aventura en la que me embarqué no sucedió muy lejos de casa — me dijo—, pero fue peligrosa. Mira, al otro lado del río hay unas ruinas parecidas a lo que me imagino que es Gotham. Así que crucé a nado para explorarlas y, al hacerlo, me encontré con un edificio lleno de libros, no podrías imaginarlo...

—En realidad sí. Encontramos un lugar así en Gotham, se llama biblioteca.

—Lo sé —dijo Morrow—. Pero creía que tú no.

—Me encanta cuando la gente da por sentado que soy idiota. Él negó con la cabeza.

—No es eso; creía que solo te interesaba luchar.

—Sigue —lo animé.

—Casi no vivo para contarlo. Las runas estaban plagadas de Mutantes. —Aquella parecía una buena historia, me recordaba a la que habíamos vivido Fade y yo. Pero necesitaba respuestas para que todas las piezas encajaran, así que no le pedí que se extendiera. Morrow continuó—. Cuando salí del río estaba hecho un desastre, y mi padre, al verme, se puso lívido. Cuando me recuperé me arrastró hasta la casa de un hombre de la aldea que estaba enseñando esgrima a sus hijos, una tradición familiar. Y mi padre insistió que me uniera. Me dijo que, si tenía la intención de seguir comportándome de un modo tan temerario, tendría que aprender a defenderme.

—Lo hiciste —observé.

—Sí, bueno. Tenía la constitución adecuada y me gustaba su elegancia, aunque no tanto el derramamiento de sangre —lo he notado. ¿Y las historias...?

Morrow asintió, ligeramente molesto por mi impaciencia.

—No podía olvidar todos aquellos libros... así que fui a ver a mi padre y le pedí que me dejara usar uno de los barcos. Tardé semanas, pero recuperé tantos como pude y los llevé a Rosemere. Ahora tenemos la única biblioteca de los territorios.

—¿La gente puede coger los libros siempre que quiera? —le pregunté, impresionada por la idea.

—Si yo he leído más que nadie que conozca.

No estaba fanfarroneando; solo era una afirmación y explicaba muchas cosas de él: por qué le gustaban tanto las historias y por qué había decidido escribir la suya propia.

—Gracias por contármelo. Creo que me gustaría visitar Rosemere algún día.

—No te ofendas, Deuce, pero espero que lo hagas como viajera, y no como Cazadora.

Sonreí.

—No te preocupes. No me gustaría llevar la guerra al único lugar en paz de los territorios. Solo es que... me gustaría ver algo así. Eso es todo.

—Me estaba preguntando... —Por primera vez desde que lo había conocido, Morrow parecía avergonzado—. Te burlaste de mí, pero estoy registrando todas nuestras aventuras. Y algún día me gustaría escuchar tu historia con detalle... Todo lo que puedas recordar de los Túneles, cómo era la vida, cómo llegaste a Salvación y después a Soldier's Pond.

—¿De verdad?

—De verdad. Pero necesito tu permiso. De otro modo no creo que estuviera bien.

—Lo tienes —le dije.

Además de las provisiones, botas y uniformes, recogimos a cuarenta hombres más, incluyendo a Rex, antes de marcharnos de Soldier's Pond. Cuando pasamos junto al cuartel general escuché a los consejeros sermoneando a la coronel Park, pero no había nada que pudieran hacer, a no ser que quisieran rebuscar en la mochila de cada hombre.

Esta vez estábamos mejor equipados y, con un clima más cálido y la posibilidad de comer frutos, los soldados se mantendrían sanos durante más tiempo.

Me afectaba mucho no tener a Stalker como el líder de los exploradores. Él había elegido a sus hombres según cierto criterio privado, y yo echaba de menos su pericia. Morrow hacía todo lo que podía, pero carecía del instinto de mi amigo. Sin embargo, la información que nos proporcionaban los exploradores era crítica, así que teníamos que seguir adelante. Recordé lo que la coronel Park me había dicho sobre la estructura, ahora que éramos mucho más de doce hombres.

—Attended. ¡Tegan, Fade, Tully, Spence, Morrow, Thornton!

Grité sus nombres tan pronto como abandonamos el pueblo, y ellos se acercaron a mí para ver que necesitaba.

—He precisado de vuestra ayuda en incontables ocasiones, y ha llegado el momento de hacerlo oficial. He hablado con la coronel sobre rangos y me ha dicho que una unidad tan grande como la nuestra necesita una infraestructura de mando, para que los hombres sepan con quien hablar, y quien está a cargo.

Thornton asintió.

—Me preguntaba cuando harías algo así.

—¿No podrías habérmelo sugerido antes?

—Pues no.

Me reí. Aunque era más grande y directo que Improbable, a veces Thornton me recordaba a él.

—Te nombro sargento, y estarás a cargo de las provisiones. Si necesitamos algo, házmelo saber. Si ves a un soldado sin equipo, o a alguien que no está cuidando bien del suyo, házmelo saber también.

—¿Eso significa que tengo que gritar cuando vea infracciones?

—Pues sí —dije, imitando su respuesta. Esbozó una sonrisa.

—Entonces, gracias.

—Tegan, serás oficialmente el médico de la compañía. Mantén un ojo sobre los soldados, porque podrían no acudir a ti si se sienten mal. Sé que es mucho pedir, porque somos muchos...

—¿No voy a tener un título? —me interrumpió con coquetería.

—¿Doctora Tegan no es suficiente? La chica sonrió.

—Lo es. Y es agradable que reconozcan mi talento.

—Me han dicho que necesito un jefe de grupo por cada treinta hombres. —En aquel momento miré a Fade, a Tully y a Spence—. Voy a dividir a los hombres entre vosotros tres. Tendréis más de sesenta hombres cada uno, pero tendrá que valer.

—¿Tú no vas a liderar un equipo? —me preguntó Tully. Negué con la cabeza.

—La coronel me ha dicho que el capitán, o lo que sea yo, tiene que mantenerse al margen para poder mediar entre vosotros tres. ¿Hago que formen?

Examiné a los hombres que estaban en formación. Por fin parecíamos un ejército decente, y al ver a Gavin ondeando nuestra bandera orgullosamente frente a la columna me estremecí de orgullo. Mamá Oaks había hecho que aquello fuera posible; había cosido hasta que sus dedos sangraron para hacer los uniformes rápidamente... porque esa era mi sueño. Aquellos hombres no estaban unidos a ningún pueblo; todos compartían una única causa: vencer a los Freaks o morir intentándolo.

He creado un ejército. No he abandonado. Y no fracasaré.

—Eso sería lo más fácil —dijo Tully, respondiendo a mi pregunta.

Ordené a los hombres que formaran en tres grupos. Cuando terminaron, grité:

—Primer escuadrón: si necesitáis algo, id a ver a Fade. Él es vuestro jefe. Cualquier problema que él no pueda solucionar llegará hasta mí, y eso no os conviene. —Ni un solo soldado se rio, seguramente porque había tomado prestada la entonación más severa de Mamá Oaks—. Segundo escuadrón, vosotros estáis con Tully. Tercero, buscad a Spence. Si por alguna razón nos separáramos, ellos serían los líderes a quienes tendríais que seguir. ¿Entendido?

—¡Sí, señor!

—Si olvidáis vuestro número acabareis excavando letrinas, aunque no las necesitemos. ¿Preguntas?

—¡No, señor!

—Entonces, marchémonos.

De este modo comenzó un verano de sangre. Luchamos contra los Freaks del otro lado del bosque todo el camino hasta Gaspard, y de nuevo a la vuelta. Los hombres eran valientes, incluso los que no tenían experiencia. Las batallas se sucedían día tras día mientras manteníamos seguras las rutas comerciales. La Unidad D aprendió a recoger rápidamente el equipo para avanzar hasta la siguiente batalla; la última vez tardamos menos de dos minutos.

En ocasiones pillaba a Rex mirándome, pero no conseguía descifrar su expresión. Lo trataba como a todos los demás, pero me alegraba de verlo de una pieza a medida que pasaba el tiempo. En cuanto a mí, tenía nuevas cicatrices y heridas que estaban sanando, y magulladuras sobre magulladuras de dormir en el duro suelo noche tras noche. Rara vez había estado tan cansada, pero los Freaks no parecían acabar nunca. Cada noche soñaba con baños de sangre y violencia, con Freaks saqueando Soldier's Pond como habían hecho en Salvación y Appleton. Manteníamos las carretas en movimiento, pero conseguimos poco más porque la horda no estaba moviéndose. En

lugar de eso enviaban partidas de caza para poner a prueba nuestras habilidades y los supervivientes huían para informar, con nuestros exploradores mordiéndoles los talones.

Aquel punto muerto me ponía nerviosa.

Los días eran calurosos y pegajosos; las moscas zumbaban alrededor de los campos llenos de cadáveres de Freaks. Quemábamos a los monstruos cuando podíamos, y cuando no podíamos dejábamos que se pudrieran. Deseaba poder soñar con las historias de Morrow sobre Rosemere, pero mi mente era un lugar oscuro y horrible. A veces parecía que la matanza nunca terminaría y que, como se reproducían más rápido y llegaban antes a la edad de combatir, nunca vería un final feliz.

El día de mi nombramiento llegó y pasó sin que nadie se diera cuenta. Aquel año no habría dulces ni regalos, ni fiesta. En lugar de eso estaba hasta las rodillas de barro bajo una tormenta de verano. Los relámpagos cruzaban el cielo y los truenos retumbaban. Se me escurrían los pies y era difícil luchar, apenas podía ver con la lluvia escurriéndose por mis trenzas hasta los ojos. Pero el clima no desalentaba a los Freaks, así que nos mantuvimos firmes. Aquel era el grupo de caza más grande hasta el momento, casi tanto como nosotros, y me horrorizó que el enemigo pudiera enviar a tantos mientras el grueso de la horda se mantenía atrincherado en Appleton. Parecía un desperdicio terrible, pero quizá los monstruos tenían algún plan que mi cerebro humano no podía imaginar.

Y esa posibilidad me aterraba.

Apuñalé a otro, y después a otro, y su sangre se derramó junto a la lluvia. Tenía las manos frías y torpes y la daga estaba tan húmeda que se me escurrió de las manos. Se hundió en el lodo, y no podía defenderme a patadas ya que la tierra se tragaba mis botas. Fade se deslizó a mi lado y golpeó a uno, salvándome, y levanté la cabeza en un cansado y mudo gracias. Fade sacó mi daga del barro y avanzó para ayudar al resto de hombres, todos empantanados y trastabillando.

Perdimos dieciséis hombres aquel día.

Por el bien de mis hombres escondí la desesperación por aquellas muertes y por la creciente inteligencia de nuestro enemigo. Como estábamos ganando la mayoría de nuestras peleas, el ánimo de la Unidad D se mantuvo alto mientras el verano avanzaba hacia el otoño en medio de múltiples combates. Al final, cuando los días volvieron a enfriarse, los exploradores nos trajeron funestas noticias. El aroma de las manzanas maduras endulzaba el aire y había ordenado que algunos subieran a los árboles para coger tantas como pudieran portar. La última batalla había sido hacía dos días, y los hombres estaban preparados para continuar.

Sands me dio la preocupante noticia.

—Hay movimiento en Appleton. Creo que la horda ha decidido entablar combate.

Así que mientras luchábamos como locos para mantener nuestro territorio, ellos habían descansado, engordado, y puesto a prueba nuestra fuerza. Ahora conocían

nuestras estrategias y estaban preparados para aplastarnos. Y yo estaba sin ideas. Ya había hecho todo lo que se me había ocurrido para reclutar hombres suficientes para enfrentarnos a los monstruos, y actualmente, debido a las recientes pérdidas, éramos menos de doscientos. Incluso cuando la Unidad D ganaba, había soldados que perdían la vida.

—Entonces tenemos que elegir el campo de batalla —dije. Acampamos junto al río. Estábamos lejos de Soldier's Pond, al oeste, y examiné los mapas para ubicar los puntos por los que habíamos pasado. Appleton estaba al suroeste; si marchábamos en dirección a la horda, había un bosque que podríamos usar para cubrirnos, pero sería imposible esconder a doscientos hombres como habíamos hecho a menor escala. Por tanto, esa táctica no volvería a funcionar. Según las rutas estábamos bastante cerca de la isla Evergreen. Golpeé el papel con un dedo, mirándolo. Tenía que haber un modo de usar el río contra la horda.

Fade se sentó a mi lado. Parecía tan cansado como yo. A pesar de las provisiones y de las buenas botas, la vida en el campo se cobraba su precio, incluso un buen clima. Tenía que estar cansado de la falta de intimidad y de la carencia de instalaciones sanitarias, aunque los hombres lo tenían más fácil en un montón de cuestiones. Tully, Tegan y yo nos habíamos quejado más de una vez de lo trabajoso que era para nosotras, mientras los soldados podían orinar contra un árbol y lo hacían a menudo.

—¿Planeando nuestra siguiente arremetida? —me preguntó con una media sonrisa.

Había tenido tan poco tiempo para estar con él... y lo echaba de menos. Echaba de menos a la chica que había sido en Salvación, toda ternura y sonrisas. Por primera vez en mi vida me imaginaba colgando mis dagas en un lugar como Rosemere. Nunca lo había visto, pero el modo en el que Morrow me lo había descrito hacía que deseara experimentar aquella paz por mí misma.

—Ojalá —dije cansadamente. Le repetí lo que el explorador me había contado.

Fade entrelazó sus dedos con los míos y recordé la época en la que necesitaba hacer una pausa mental antes de tocarme.

—Has hecho mucho con relativamente poco.

—No es suficiente. Si no conseguimos derrotarlos, entonces no importará lo que hayamos conseguido.

—Llama al resto de oficiales. Pensaremos que hacer durante la cena.

Me tragué una respuesta brusca. No había solución. La horda era demasiado grande e, incluso con nuestros mejores luchadores, nos aplastarían. Yo podría conseguir matar a cuatro o cinco, pero los nuevos reclutas no. Cuando algunos de nuestros chicos comenzaran a morir, el resto huiría. Hasta ahora las batallas habían sido en igualdad numérica, una táctica que sospechaba que habían empleado para informar a sus ancianos del modo en el que reaccionábamos. *O quizá a sus niños*. Tenía sentido que los jóvenes tuvieran el poder e idearan estrategias mientras los

ancianos servían como soldados. Si aquel era el caso, tendríamos que esperar tácticas más inteligentes en el futuro. Aquello hundió aún más mi ánimo.

Pero no podía seguir reflexionando sobre nuestra inevitable derrota, así que invité a los demás a unirse a nosotros. Trajeron su estofado, espesado con galletas machacadas, y nos miraron con curiosidad. En pocas palabras, compartí con ellos todos los detalles del último informe. Parte de mí esperaba que fueran más listos que yo (no había duda de que Tegan lo era, y seguramente también Morrow) y que pudieran sugerirme algo.

En lugar de eso, Morrow soltó su plato y suspiró.

—Se supone que no es así como deben terminar las historias heroicas. Los monstruos nunca ganan.

—¿No se os ocurre nada? —les preguntó Fade.

—He estado pensando en lo que dijiste. —Señalé a Morrow con la cabeza—. Sobre que los Mutantes no saben nadar. Pero no sé cómo usarlo en su contra.

—No podemos luchar en el río —dijo Tully—. La corriente nos arrastraría a nosotros también y sería difícil maniobrar.

—Ojalá hubiera un modo de atraerlos hasta el agua —murmuré. Spence sonrió.

—Eso sería fantástico. Pero no sé si el río es lo suficientemente grande para ahogar a tantos Mutantes.

—Tendría que ser el océano —dijo Fade.

—Dudo que consigas que los Mutantes entren en el agua —añadió Tegan.

Thornton se había mantenido callado. Cuando finalmente habló, esperaba que fuera porque tenía algo importante que añadir, ya que no solía, malgastar palabras.

—Podría ser buena idea.

—¿Ahogarlos? —le pregunté, dubitativa.

—Si retrocedemos hasta el enorme río del oeste podremos luchar con el agua a la espalda. Eso significa que no podrán rodearnos y, si es necesario, podríamos nadar hasta la isla. —Eché una mirada a Morrow y le pregunté—. ¿Nos recibirían bien en Rosemere? Sé lo que piensa tu padre sobre involucrarse en los asuntos del exterior, pero nunca ha rechazado a los viajeros.

—Doscientos hombres no son un par de visitantes —dijo Morrow en voz baja.

—¿Tu padre está al mando Rosemere? —le pregunté.

—Es el gobernador —me contestó el cuentacuentos. Parecía incómodo.

—¿Del pueblo?

Tegan parecía fascinada.

—De toda la isla, pero Rosemere en el único asentamiento.


Mire el mapa por segunda vez, aunque mi cena se estaba enfriando, y finalmente dije:

—No puedo encontrar un terreno mejor para enfrentarnos a ellos.

Dar la espalda al agua es lo mejor que podemos hacer.

Tegan asintió.

—Iré a preguntar a los hombres si saben nadar.



La horda nos encontró antes de que llegáramos al río. Los exploradores de Stalker nos lo advirtieron a tiempo y eso nos salvó. Aunque la Unidad D estaba compuesta por hombres y mujeres valientes, no podíamos vencer al enemigo, que nos superaba en diez veces en número. Grité la retirada con todas mis fuerzas. Morrow la repitió con su gaita y después corrimos como alma que lleva el diablo. Aquello no era valiente ni glorioso, pero con dos mil monstruos gruñendo a menos de setecientos metros por detrás de nosotros, hice lo que fue necesario para mantener a mis soldados con vida.

La noche anterior habíamos considerado librar allí la última batalla, pero cuando vi aquella impresionante cantidad de Freaks corriendo hacia nosotros tomé una decisión rápida. No lucharíamos con tan pocas posibilidades de sobrevivir; no estaba dispuesta a arriesgar así la vida de mis hombres. Cuando nos enfrentáramos a la horda sería con mis condiciones. Rosemere representaba la seguridad, y mientras la horda estuviera allí, paralizada por el río, no atacarían otros asentamientos.

—¡Adelante! —grité—. Gavin, deja la bandera si hace falta. ¡Cruza!

—No la soltaré —me respondió el chico.

Era tan cabezota como yo, y creía que hacer concesiones era lo mismo que fracasar. El chico de Winterville se metió en el agua sosteniendo el asta con una mano. Negué con la cabeza mientras lo veía chapotear. La corriente era rápida, y temía que el agua ahogara a la mitad de mis tropas. Aun así, preferían ese destino a ser destrozados por unos monstruos que pretendían comérselos, por lo que la Unidad D continuó adelante. Mis oficiales y yo mantuvimos la posición en la orilla, preparados para lo peor. Miré a Fade a los ojos y sonrió, como si el recuerdo de mi rostro fuera todo lo que necesitaba para armarse de valor.

Me acerqué a él y le susurré:

—Con mi compañero a mi lado no temo a nada, ni siquiera a la muerte.

La mirada con la que me respondió fue como un beso. A nuestra espalda los hombres estaban ya nadando, y los monstruos casi habían caído sobre nosotros... Sentí la brisa de sus dentelladas y garras mientras me zambullía.

Nunca había aprendido a nadar.

Como los hombres que chapoteaban frente a mí, yo prefería elegir mi destino. Imité los movimientos de los que parecían saber lo que estaba haciendo y usé mis pies y manos para mantenerme a flote, pero la corriente me succionaba. El río me odiaba; me golpeaba contra las rocas y me sacaba a flote de nuevo para atormentarme con una bocanada de oxígeno solo para volver a hundirme. Mi visión se oscureció, y no supe nada más.

No esperaba volver a ver el mundo, pero cuando desperté estaba en la orilla

opuesta con Fade golpeándome el pecho. Un resuello, un borboteo, y vomité la mitad del río en una sola arcada. Después me deje caer sobre la tierra húmeda y me aferré a ella con los dedos. No había esperado conseguirlo. Temblando, conseguí levantarme y vi a Tegan circulando entre los hombres. No sabían cuántos habían sobrevivido, pero parecían bastantes.

Fade me abrazó; estaba empapado y temblando, pero no de frío, porque el sol brillaba sobre nuestras cabezas. La isla estaba cerca de la orilla y podía ver a los lejanos Freaks sobre sus hombros. Se adentraron un par de pasos en el agua y después retrocedieron, enseñando la dentadura. Si intentaban cruzar no sobrevivirían. Si hubieran sido lo suficientemente estúpidos como para ahogarse persiguiéndonos nos habrían solucionado el problema sin necesidad de más muertes por nuestra parte. Pero los monstruos se habían convertido en un enemigo inteligente e implacable, y su destrucción no sería tan fácil.

—¿A cuántos hemos perdido? —jadeé.

—Veintidós —dijo Tegan en voz baja.

Los oficiales nos rodearon, y Thornton dijo:

—Algunos de ellos podrían haber sido arrastrados corriente abajo.

Miré a Morrow, que negó con la cabeza. Él había nacido en aquella isla y conocía las corrientes. Si a él le parecía que era improbable, entonces tenía que ser realista y contar las bajas. Me dolía respirar, seguramente por el agua que había tragado, pero también por la muerte de mis soldados.

—Entérate de sus nombres —le dije al cuentacuentos— y escríbelos.

Quiero poder contar a sus familias dónde cayeron.

Sacó su diario, que estaba envuelto en tela impermeable. Cuando lo abrió estaba casi seco.

—Comenzaré ahora mismo.

—Antes de irte —añadí—, ¿a qué distancia está Rosemere?

—A un par de kilómetros al este, cruzando el bosque. Seguid la orilla. Si lo hacéis, será fácil de encontrar. La aldea se dedica sobre todo a la pesca. Si encuentras a un barquero en un día bueno, te llevará por la costa hasta asentamientos que ni siquiera están en tus mapas.

Tegan se alegró y sus ojos se llenaron de lo que había llegado a definir como su «expresión de ansias de conocimiento».

—¿Me llevaras algún día?

—Algún día —respondió el chico, y se marchó para llevar a cabo lo que yo le había pedido.

Me dirigí a Tully, Thornton y Spence.

—Decid a los hombres que se sequen y descansen. Los quiero a todos en buena forma antes de que vayamos a buscar la aldea.

—Entendido.

Antes de marcharse, Tully me puso la mano en el hombro.

—Me alegro de que no te hayamos perdido. Fade emitió un gemido de inexpresable dolor.

—Yo también. ¡Deberías haberme dicho que no sabes nadar!

—¿Cuándo podría haber aprendido? —le pregunté en voz baja.

Pareció considerar la cuestión, repasando lo que sabía de mi pasado. Después suspiró y frotó su fría mejilla contra la mía.

—Debería haberme quedado a tu lado. Cuando te hundiste, mi vida terminó. Creo que no volvía respirar hasta que tú lo hiciste.

—Puedes vivir sin mí —le dije.

—No quiero hacerlo.

Temía un amor así, uno que te hiciera sentir incompleto sin el otro. Era hermoso, pero traicionero, como la nieve que parecía blanca y pura desde la seguridad de tu ventana, pero que cuando salías para tocarla, su frío te robaba primero el aliento, y después la voluntad para moverte, hasta que lo único que podías hacer era tumbarte y abandonarte al entumecimiento. Aun así, yo tampoco quería estar sin él, así que no le reprendí por el comentario. Después de todo, había desafiado a la horda para recuperarlo.

Entonces me besó frente a todos los demás, y no me importó. Me perdí en sus brazos y en sus labios, en su calor y en su presencia. Aquel hombre era lo único que necesitaba, el mejor y más alegre de mis sueños. Introdujo sus manos en mi cabello y yo clavé los dedos en sus hombros sin pensar.

—Lo siento, Olvidé...

Fade me presionó la boca con dos dedos.

—Calla. No hay nada que desee más que tus manos sobre cualquier parte de mi cuerpo.

—Igual deberíais dejar eso para más tarde —nos indicó Spence.

Mis sonrojé y enterré el rostro en el pecho de Fade mientras los hombres se reían. Una hora después los soldados estaban lo suficientemente recuperados para continuar, y Morrow terminó su censo. Escribió los nombres de todos los caídos y me los enseñó. Cuando la guerra terminara, si sobrevivía, llevaría aquella lista a todos los pueblos de los territorios e informaría yo mismo a sus familias. Era lo mínimo que podía hacer.

—Gracias —le dije al cuentacuentos—. ¿Podrías conducirnos hasta Rosemere?

Morrow asintió.

—¿Qué dirá tu padre cuando te vea? —le preguntó Tegan.

—«James, ¿qué has hecho ahora?».

La respuesta de Morrow me hizo sonreír.

Tardamos dos horas en llegar, según el reloj de Fade, que había sobrevivido al río y aún llevaba la cuenta del tiempo. *Morrow tenía razón*, pensé. *Esto es precioso*. Podía decir sinceramente que nunca había visto un lugar más tranquilo que la isla Evergreen, aunque parte de esa sensación estaba propiciada por saber que ningún

Freak había puesto nunca un pie allí. Me preguntaba si todas las islas serían iguales, oasis de seguridad a los que los monstruos no podían llegar. Estridentes pájaros blancos se lanzaban en picado sobre los peces y los insectos de la rocosa orilla, que daba paso a un denso y misterioso bosque que se perdía tierra adentro. Tomamos una curva y encontramos Rosemere, oculta como un secreto perfecto.

La aldea me dejó sin respiración, y el pecho me dolió de un modo que solo había experimentado al mirar a Fade. Justo como Morrow había descrito, el lugar era pura belleza: pulcras casitas con flores creciendo en macetas bajo las ventanas. Los tejados estaban pintados en coloridos contrastes con la blanca piedra de las casas. Aunque los edificios no eran altos, tenían una dulzura que no podía explicar, como si me llamaran a explorar las limpias calles de adoquines y las tiendas y mercados. Todo lo que el cuentacuentos había dicho era verdad.

En las calles, la gente nos recibió con sonrisas amistosas. Muchos de ellos tenían la piel cobriza, parecida a la de Tegan, aunque podía ser resultado de la exposición al sol. Tenían el cabello de todos los tonos, desde le rubio al negro, y las mujeres llevaban pañuelos en la cabeza y pantalones anchos que envolvían varias veces sus caderas. Allí los hombres trataban a las mujeres con respeto, y se saludaban sin hacer diferencias. No había vallas, ni puertas, ni rejas; el río mantenía a salvo a aquella gente. En el extremo opuesto de la aldea vi el puerto que Morrow me había mencionado, con botes atados que se balanceaban en la corriente. Más adelante había un molino para convertir el grano en harina, y una larga tienda rectangular que el cuentacuentos me había dicho que era donde se construían los barcos.

—Es increíble —jadeó Tegan.

Habló por todos nosotros. Los rostros cansados de los hombres a mí alrededor reflejaban el mismo asombro. Yo nunca había visto un poblado que fuera tan alegre y colorido, tan ignorante del miedo. En una pequeña esquina asustada de mi mente me pregunté si no estaríamos todos muertos y en un lugar mejor, como el paraíso en el que creía Mamá Oaks.

—Dirigíos al mercado —nos dijo Morrow, señalando la dirección—. Tenéis que ir recto por allí. Iré a ver a mi padre y encontraré alojamiento para todos. Tenemos una posada para los viajeros, pero no es lo suficientemente grande.

—Ya lo habéis oído.

Los aldeanos parecían sorprendidos de ver a tantos soldados armados atravesando su plaza, pero no parecían alarmados, seguramente porque habían reconocido a Morrow. Si no, eran las últimas almas confiadas que quedaban en el mundo, y me alegraría de morir protegiéndolas. Por el camino, la Unidad D disfrutó de las vistas, y me sentí abrumada. Era muy duro imaginar que el final de todo estaba acampado al otro lado del río.

Al final de la calle, el mercado estaba lleno de gente. En sus coloridos puestos se vendían todo tipo de artículos. Los tenderos se alegraron al vernos, pero se sintieron decepcionados cuando descubrieron que no teníamos dinero local. Sin embargo,

todos disfrutamos examinando lo que vendían: pescado asado dentro de un pan plano, tallas de madera y hueso, ganchos que supuse que se usaban para pescar, rollos de tela teñida de alegres y brillantes colores y ropa y zapatos. Lo primero que noté es que no había armas, solo cuchillos que suponía que eran para comer.

¿Cómo sería haber nacido en un sitio en el que la gente no necesita ir armada?

Entonces comprendí algo sobre el extraño estilo de combate de Morrow, por qué parecía más ceremonial y elegante que el modo de matar decidido que el resto habíamos aprendido. Él venía de una aldea donde luchaban por deporte y para demostrar su habilidad atlética, no por sus vidas. Era una deferencia que no me había planteado hasta aquel momento.

—¿Alguna vez has visto algo así?

Tully, que normalmente era una chica dura, miraba emocionado a su alrededor. No recordaba haberla visto nunca sin los labios cerrados en una línea, como si siempre estuviera esperando lo peor. Pero ahora estaba sonriendo.

—Podríamos quedarnos aquí —susurró Spence.

Habría deseado que aquella idea no se me hubiera ocurrido a mí también. Allí todos podríamos ser felices, y la isla era lo bastante grande como para que la aldea pudiera expandirse. Podían talar árboles para hacer espacio, y Morrow me había contado que en el extremo de la isla había una cantera de donde extraían las piedras para las casitas.

Todos podríamos plantar huertos y pescar en el río, aprender a construir botes y a tallar figuras de madera, y pintar las tejas de arcilla de nuestras casas. Pero Tully era más fuerte que yo, y negó con la cabeza.

—No podría disfrutarlo, sabiendo que he dejado morir a todos los demás. Estoy decidida a luchar hasta el final.

Con esas palabras, selló mi destino. Me giré y encontré a Fade mirándome. Leyó la renovada decisión en mis ojos y, durante un par de segundos, la tristeza oscureció los suyos. Algunas veces sospechaba que le gustaría que eligiera un camino distinto, pero, como Tully, rendirme me perseguiría hasta el fin de mis días. Mamá Oaks y Edmund estaban en Soldier's Pond; me habían dado un hogar en Salvación, y no podría descansar hasta que les ofreciera a ellos lo mismo.

—Esto es muy bonito —dijo Fade en voz alta. Yo asentí.

Y cuando Morrow regresó acompañado por su padre, un delgado hombre mayor con el cabello oscuro salpicado de gris y las sienes plateadas, le dije en voz baja.

—Jamás comprenderé porqué te marchaste.

Tardamos varias horas en resolver el asunto del alojamiento. Morrow nos presentó a su padre, Geoffrey, el gobernador de la isla Evergreen, que a continuación lo avasalló con preguntas del estilo: «¿Qué demonios pretendes viniendo aquí con un pequeño ejército?».

En aquel momento le expliqué que la horda estaba al otro lado del río, y el gobernador palideció.

—¿Has conducido a los Freaks hasta aquí?

—No a propósito —dijo Morrow—. Pero al final habrían terminado encontrándonos, padre. Además, no creo que quieras que este sea el último asentamiento de la tierra.

—No —dijo su padre con seriedad.

El gobernador se puso en acción y organizó la acogida de sus inesperados huéspedes. Envío mensajeros por toda la aldea, buscando voluntarios que pudieran alojar a uno o dos soldados. Pronto llegaron las respuestas positivas de vuelta. Había mucha gente dispuesta a ayudar sin hacer preguntas, y eso decía mucho sobre el alma de aquel lugar. Cuando las familias vinieron para mostrar a los hombres sus hogares temporales, estos me miraron pidiendo permiso.

—Adelante. Si necesito que os reunáis, os enviaré un mensaje.

—Entonces, ¿estamos de permiso? Asentí.

—Sí. Sed respetuosos con los locales.

Era una petición innecesaria; la Unidad D estaba llena de soldados honrados que recordarían sus modales y se mostrarían agradecidos con la amabilidad que nos ofrecían. Sin embargo, antes de que me asignaran un hogar, Fade se acercó a mí, dejando claro que no estaríamos separados. Tully y Spence parecían haber pensado lo mismo, y creo que Morrow habría deseado que Tegan lo mirara del mismo modo, pero ella estaba despistada admirando las tallas de hueso de un tenderete cercano. Me acerqué para ver qué había llamado su atención y Fade me siguió como una silenciosa sombra.

—Son tallas de marfil —nos informó el vendedor—. Me enseñó a hacerlas mi padre, y a él el suyo, y así sucesivamente. Llevamos mucho tiempo haciendo este tipo de artesanías.

Tegan acarició una elegante talla con forma afilada.

—¿Qué es esto?

—Es un delfín, señorita. Se encuentran mar adentro. Cuando hace buen tiempo, los pescadores llegan hasta allí. —El hombre se inclinó hacia delante como si fuera a contarnos un secreto—. Una vez salí a cazar ballenas. No he estado tan asustado en toda mi vida.

—Me encantaría verlo algún día —dijo Tegan, soñadora.

En eso era en lo que nos diferenciábamos. Cuando dejáramos atrás la guerra podía imaginarme siendo feliz allí, sin desear nunca nada más. Pero Tegan tenía una mente inquieta y hambrienta que absorbía la vida como una esponja. Era la persona más inteligente que yo había conocido nunca y una de las más fuertes. Además era tan guapa como un día de primavera, con su cabello oscuro, su piel cobriza, sus grandes ojos castaños y su dulce sonrisa. El vendedor estaba encantado, y le colocó el delfín tallado entre las manos.

—Es un regalo. Quédatelo.

—No puedo —le contestó, pero ya tenía los dedos cerrados sobre el hermoso objeto.

—Es una doctora muy buena —le dije al hombre—. Si necesitas ayuda mientras estemos aquí, estará encantada de atenderte. A ti o a tus seres queridos.

Tegan asintió con gratitud. La conocía muy bien y sabía que quería quedarse la talla, pero no se sentiría bien si no ofrecía algo a cambio. De este modo, Tegan salvaguardó su orgullo sin tener que rechazar la generosidad del vendedor. Me alejé del puesto para que pudieran continuar con su conversación y, mientras lo hacía, la escuché preguntando sobre las ballenas.

Decidí que un par de minutos más no haría mal a nadie, así que paseé entre los puestos, admirando los objetos brillantes. Una mujer hacía adornos como el collar que Mamá Oaks me había prestado una vez, y todos ellos brillaban bajo el sol. Me fijé en una espiral de hilo de plata con brillantes piedras intercaladas.

—Es un brazalete precioso —me dijo el vendedor—. Estarías muy guapa con él.

Fade murmuró algo sobre que sería perfecto para mi muñeca. Era su modo de decirme dónde se suponía que había que ponérselo; no sabía que se había dado cuenta de mi debilidad por los objetos brillantes. Sonreí, sabiendo que no tenía dinero para comprarlo aunque quisiera hacerlo. Deseando en silencio que fuera mío, me alejé para buscar al gobernador, ya que me había marchado antes de que pudiera decirme dónde dormiríamos Fade y yo. Tenía la ropa pegajosa y era incómodo, así que esperaba que nuestros anfitriones fueran tan amables de dejarme usar su baño. Me sorprendió lo desagradable que resultaba el agua del río una vez que comenzaba a secarse en el interior de la ropa. Alguien gritó mi nombre desde el otro extremo del mercado.

Conocía esa voz (la conocía) pero no era posible. No lo era. Me aparté de Fade con un arrebato de imposible esperanza. La oí de nuevo y me abrí paso a empujones entre la multitud, corriendo.

—¡Deuce! ¡Deuce!

Entonces lo vi. Stone estaba tan bronceado como el resto de habitantes de Rosemere, y sus hombros parecían incluso más amplios que antes. Llevaba a un niño pequeño sobre ellos y avanzaba hacia mí con ansiedad. Bajo la luz del sol de Rosemere sus ojos azules brillaban con fuerza, contrastando con su mata de cabello

castaño. Dejó al niño en el suelo con cuidado y me abrazó con fuerza, dejándome sin respiración. Siempre había sido tan efusivo como un cachorrito, inconsciente de su propia fuerza.

—No te muevas, Robín —le dijo al niño, y me hizo girar en el aire hasta que el mercado se convirtió en un borrón de movimiento y color y el estómago se me revolvió. Pero, por encima de todo lo demás, me sentía increíblemente alegre, como si un deseo secreto se hubiera hecho realidad.

—¿Está Thimble contigo? —le pregunté, casi sin atreverme a tener esperanzas. La chica había sido una de mis mejores amigas en el enclave, una Constructora que siempre estaba inventando cosas ingeniosas.

Stone asintió.

—Está en casa. Me enteré de que había soldados que necesitaban refugio y vine a ofrecer mi buhardilla. Jamás me había imaginado que iba a tener la suerte de encontrarte.

Me soltó y cogió al chico, que me miraba con unos enormes ojos azules. Al verlo de cerca me di cuenta de que se parecía a mi amigo de la infancia, que en los túneles había sido un Criador.

—¿Es tuyo?

Stone me miró con timidez y acuno al niño.

—Sí.

—¿Cómo es posible que hayas terminado aquí? —me pregunté en voz alta.

—Es una gran historia; una aventura, podríamos decir. —Su atractivo rostro se puso serio—. No estaba seguro de si sobreviviríamos, pero Thimble siempre lo resolvía todo. Te lo contaré durante la cena.

Fade, que estaba a mi lado, se aclaró la garganta. No dijo nada, pero escuché la pregunta que no había pronunciado. *¿Estoy invitado a esa fiesta?* Si no lo estaba, entonces yo tampoco iría.

—¿Te acuerdas de Fade?

—Por supuesto. No sé si alguna vez hablamos en los túneles —Stone le ofreció la mano, al estilo de la superficie, y la estrecharon—. Soy un amigo de Deuce. O lo era. Siempre creí que, si había sobrevivido, me odiaría y desearía la muerte.

El dolor y la rabia de su traición parecían algo de hacía mucho tiempo.

—Si hubiera sabido que tenías tantos recursos, habría dejado que te castigaran —bromeé.

Stone retrocedió.

—Lo sé. Todo este tiempo he deseado haber podido explicarme... y pedirte perdón. ¿Vendrás conmigo y me darás esa oportunidad?

—Suenan bien —le dije.

Seguí a mi viejo amigo a través de Rosemere, sintiéndome extrañamente alegre. Por el camino, Stone saludó a los aldeanos, y muchos de ellos le dieron pequeños regalos al niño, que se reía y apretaba la cara contra el hombro de su padre

alternativamente. Actuaba como había visto que lo hacían los padres de la superficie en lugar de como habíamos aprendido en los túneles, lo que significaba que se adaptaba mejor a las circunstancias que yo. Era evidente que lo había subestimado al sacrificarme en su lugar, pensando que yo era la única lo suficientemente fuerte para sobrevivir al exilio.

Más arrogancia, habría dicho la señorita James.

La casita de Stone y Thimble era perfecta, acogedora y pequeña, construida con la piedra que excavaban en la isla y con un armazón de madera vista. El tejado estaba pintado de un verde musgo que contrastaba con el cobre del de sus vecinos. La puerta delantera estaba abierta, y mi querida amiga estaba en el umbral. Cuando me vio dejó caer la caja de herramientas que tenía en las manos y corrió hacia mí. O su pie estaba mejor o había ideado algo para que lo pareciera, porque apenas noté su cojera. Me abrazó con fuerza y durante mucho rato; incluso el sol, que hacía resplandecer los blancos pétalos de las flores que crecían en su ventana, parecía más brillante.

—¿Cómo? —me preguntó. Entonces se detuvo a pensar y me soltó—. Primero la comida, después las explicaciones.

Thimble, con su sencilla falda marrón y una blusa blanca, parecía más madura. También llevaba puesto un delantal para no marcharse con lo que fuera que estuviera haciendo. Nos hizo pasar al fresco interior de la casita. Yo entré primero, después Fade, y a continuación Stone con el niño. Allí dentro había sillas de madera con cojines de alegres colores, una resistente mesa y una caja llena de juguetes cerca de la puerta. Una escalera conducía a la buhardilla que nos habían prometido, y una puerta a la parte de atrás de la casa. Había una chimenea para cocinar y ventanas en cada lado para dejar entrar la luz. Las persianas los protegerían de los elementos. Me quedé admirando su hogar durante algunos segundos.

Mientras mi amiga ponía unos cuencos sobre la mesa, Stone hizo las presentaciones por si Thimble y Fade no se acordaban el uno del otro.

—¿Hay algún lugar donde podamos lavarnos? El río no es tan refrescante como parece.

—Debería habérselo ofrecido —respondió Stone, dejando al niño en los brazos de Thimble.

Nos condujo a un lavadero que había en la parte de atrás, y Fade y yo nos aseamos. Después disfrutamos de su hospitalidad y de la mejor comida que había tomado en semanas. Thimble nos preparó queso tierno y un pan oscuro, pescado frito y manzanas en rodajas, verduras frescas y frutos secos troceados. Fade y yo intentamos no ser ansiosos, pero, después de semanas con raciones de campaña, repetimos en silencio una y otra vez. Mientras comíamos, les conté nuestra historia y les expliqué cómo habíamos llegado a Rosemere. Parecían interesados en todo lo que Fade y yo tuviéramos que decir, y preocupados por la horda. Pero, con el río como barrera, el peligro inmediato parecía algo lejano.

—Supongo que ahora es nuestro turno —dijo Thimble cuando terminé de hablar.

Stone cubrió mi mano con la suya, vacilante, como si esperara que yo la apartara. No lo hice.

—Yo primero. Tú lo dejaste todo por mí, y dejé que te marcharas pensando que te culpaba. Lo siento mucho, Deuce. No te imaginas cuánto.

Solté la cuchara.

—Me ayudaría saber por qué.

—Robín —dijo Stone.

El niño levantó la mirada mientras amontonaba bloques de madera en el suelo.

—¿Sí, papá?

—Él es la razón. Se supone que no debería haberle prestado atención después de hacer mi parte, pero siempre supe que era mío. Y lo quería. Cuando me acusaron de apropiación, en lo único que podía pensar era en que no iba a verlo crecer, que no estaría allí en el día de su designación, y habría hecho cualquier cosa por quedarme con él, incluso dejar que una amiga sufriera en mi lugar.

Thimble continuó la historia, sintiendo al parecer que Stone quería que lo hiciera.

—Ambos estábamos asustados por lo que estaba pasando en el enclave. Esperábamos escapar a las represalias si simulábamos condenarte como todos los demás. Fue... cobarde. Yo también lo siento.

—¿Funcionó? —les preguntó Fade con frialdad.

Thimble negó con la cabeza, y en sus ojos había más tristeza de la que yo había visto jamás. Entonces nos habló de la masacre... de cómo mi exilio, junto con la muerte de Bandera, condujo a la insurrección. Seda sofocó a los rebeldes, pero ya era demasiado tarde y los Freaks se aprovecharon de la debilidad y el caos para asolar Escuela como habían hecho con Nassau. A continuación la chica compartió con nosotros el resto de su historia; después de que ella colocara las trampas y Stone hiciera de cebo, escaparon a un refugio del viejo mundo al que solo se podía acceder a través de los túneles. Se quedaron allí un tiempo para que el pie de Thimble sanara y para que Robín se recuperara de la terrible experiencia. Parecía un niño feliz, así que debía de haber funcionado.

—Entonces fue cuando lo nombramos —terminó Stone—. No quería esperar a que fuera mayor. Eso habría sido como pedirle al mundo que me lo arrebatara.

Me dolió acordarme de Torzal y de Niña26. Había dejado a mucha gente atrás y, hasta aquel momento, había intentado no recordarlos. Al mirar a Stone y Thimble no pude evitarlo.

—¿Qué pasó con Torzal? Stone inclinó la cabeza.

—Cayó en los primeros tumultos. Los Cazadores lo abatieron.

Aquello parecía peor que morir a manos de los Freaks. Durante un momento recordé al pequeño y débil Constructor que nos había salvado la vida suministrándonos provisiones prohibidas. Se suponía que debíamos marcharnos sin comida y sin agua, pero, a diferencia de los demás, Torzal no era tan cruel. Sin él, Fade y yo no estaríamos allí... Y ahora habíamos descubierto que nuestro benefactor

había muerto.

—¿Sobrevivió alguien más? —preguntó Fade.

—Escuché a algunos mientras nos marchábamos, pero no podíamos salvarlos — le respondió Stone—. Temía que un grupo grande atrajera demasiada atención.

Thimble habló con dureza.

—Ellos tampoco te ayudaron cuando los Freaks estaban persiguiéndote; se escondieron y lloraron. De no haber sido por mis trampas y por tu velocidad, ahora no seríamos más que huesos.

—Entonces, otros podrían haber conseguido escapar —dije.

—Quizá.

Stone se encogió de hombros como si no le importara.

A mí tampoco debería, pero Niña26 no había tenido nada que ver con el modo en el que los ancianos habían gobernado el enclave. Me aferré a la posibilidad de que fuera como Fade, de que se hubiera escondido de los Freaks y escapado en silencio. No sabía a dónde, ya que para entonces las ruinas estaban siendo igualmente atacadas, pero una niña lista podría encontrar un modo de sobrevivir, como Thimble me había demostrado.

—¿Y cómo llegasteis desde el refugio hasta Rosemere? —les preguntó Fade.

Yo también tenía curiosidad. Thimble era lista y Stone era fuerte, pero ninguno tenía experiencia defendiéndose, así que no podía creerme que hubieran hecho un viaje tan largo. Aun así allí estaban, en su propia casita en una de las aldeas más bonitas que había visto.

Stone retomó la historia.

—Al final la comida enlatada se acabó y nos sentíamos lo suficientemente fuertes para aventurarnos a salir, así que lo hicimos. Pensamos que la superficie no podía ser peor que la oscuridad y la mugre.

—Era tan brillante... —dijo Thimble, acordándose—. Me dolían los ojos, y estaba muy asustada.

Stone la invitó a sentarse en su regazo con cariño.

—Ambos lo estábamos. Durante un tiempo vagamos y nos escondimos. Yo mataba pájaros, y nos los comíamos crudos. Había manadas de Freaks cazando humanos que iban vestidos en su mayoría del mismo color.

—Las bandas —supuso Fade.

Stone continuó sin que nadie se lo indicara.

—Al final en uno de los edificios, Thimble encontró un papel muy útil.

—Un mapa —añadió, cuando recordó la palabra.

—Sabía que necesitábamos agua dulce, así que guiñe el camino hacia la zona azul del papel. Y allí fue donde vimos al barquero.

Thimble sonrió al recordarlo, y yo entendí el alivio que debieron sentir, ya que tenían poca comida y un niño que dependía de ellos en un mundo en ruinas y plagado de violencia.

Fade me tocó la mano. Nosotros también habíamos ido hasta el agua, pero no habíamos visto barcos balanceándose sobre las olas. Si hubiéramos llegado antes (o después) nuestro camino habría sido muy diferente. Quizá era así como debía ser, ya que conocí a mi nueva familia y aprendí a amar a Fade como se merecía.

—Grité, y el pescador me oyó —continuó Stone—. Nos dijo que no podía acercarse a la orilla y que tendríamos que nadar hasta él, así que me puse a Robín a la espalda y me metí en el agua.

Me recorrió un escalofrío.

—Es un milagro que sobrevivierais.

—Fue gracias a Thimble. Encontró un trozo de madera a la deriva, y me llamó. Lo usamos para flotar hasta el bote, y después recorrimos la costa con él y bajamos el río hasta Rosemere. Nos prometieron que estaríamos a salvo...

—Y hemos estado aquí desde entonces —terminó Thimble.

—Menuda historia —afirmó Fade.

—Es una buena historia —nos dijo Stone, sonriendo—, porque tiene un final feliz.

Y yo había conducido a los monstruos hasta allí.

Después de la cena salí para aclararme la mente. Fade estaba comiendo otra porción del pastel de miel de Thimble, pero yo no podía dejar de pensar en el mal que acechaba al otro lado del río. La historia de Stone y Thimble era increíble, y envidiaba la felicidad que habían encontrado en Rosemere. Estaba cansada de matar; y yo también quería construir.

—Espera —me llamó Stone desde la puerta. Estaba ya oscuro, y la luna brillaba.

—No iré lejos. Y volveré pronto.

—No... Antes de irte, dime que me perdonas, Deuce. Por favor. Menuda nimiedad.

—Por supuesto. Quieres tanto a Robín... y es eso lo que debe sentir un padre por su hijo. Ahora sé que el enclave estaba muy atrasado, en muchos sentidos.

Me abrazó con fuerza.

—Gracias.

—Dile a Fade y a Thimble que volveré pronto.

Caminé por el pueblo dándole vueltas a la cabeza y admirando las bonitas calles de adoquines y las farolas que las iluminaban. Morrow tenía razón. Aquel era un lugar tranquilo, y podías verlo en los rostros de los niños mientras jugaban. No sabían lo que era sentir hambre o miedo.

Quiero que el mundo sea así... o, al menos, los territorios.

Mi camino me condujo hasta el recio muelle donde los botes estaban amarrados. Los hombres navegaban sin miedo por el río, echando sus redes.

Durante el día la zona estaba llena de pescado fresco y de gente discutiendo su precio. Por la noche, sin embargo, estaba tranquilo, así que la mano sobre mi hombro me pilló de improviso. El instinto tomó el mando y, mientras giraba, saqué mis dagas y retrocedí un paso.

Bajo la luz de la luna discerní solo una sombría figura encapuchada. Era imposible distinguir sus rasgos, pero, cuando habló, escalofríos de terror recorrieron mi piel.

—Tú eres la Cazadora.

Había escuchado hablar a los Freaks antes, pero nunca con tanta fluidez. Sus voces siempre sonaban rotas y confusas, como si le doliera hablar nuestro idioma. *Pero esto... ¿Cómo puede estar aquí?*

Mis pensamientos se dispersaron como peces asustados. En aquel momento el terror debería haberme consumido totalmente, pero en lugar de eso me sentía entumecida. Las manos me temblaban y el sudor perlaba mi frente, pero no podía dejar que él tuviera el control.

Así que fingí calma.

—Lo soy. Baja tu capucha para que pueda verte.

Se movió lentamente, pero, mientras lo hacía, sus mangas subieron para revelar una piel gris y unas manos con garras. La luz de las estrellas iluminó sus duros y salvajes rasgos. Sus ojos no eran humanos y brillaban en un tono ámbar como el de los gatos. Posiblemente incluso veía en la oscuridad mejor que yo como parte de su continuada evolución. Parecía joven, y su cuerpo era fibroso y fuerte.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

Aunque me mostré, por fuera estaba temblando. Si los monstruos habían descubierto cómo cruzar el agua y estaban preparando una invasión, no podría soportarlo. La Unidad D se había dispersado con mi permiso; había creído que lo mejor era darles un par de días de tranquilidad mientras decidía qué hacer con los dos mil Freaks acampados al otro lado del río. Pero ahora no podría convocarlos lo bastante rápido para defender Rosemere si era necesario.

—He venido para hablar —me dijo el Freak.

Llevé las manos hasta mis dagas. Teniendo en cuenta mi experiencia con los monstruos esperaba que aquello un intento de asesinato, pero, si lo hubiera sido, me hubiera atacado por la espalda. Tocarme para que notara su presencia iba en contra de cualquier intención hostil. Desde que llegué a la superficie, las cosas que había aprendido como Cazadora en los túneles me habían venido bien y, a pesar de mis recelos, notaba que aquel Freak era distinto del resto, sobre todo porque había elegido dialogar en vez de usar la violencia. Su fluidez con nuestro idioma también lo hacía especial, y si no descubría qué quería me arrepentiría. Envainé mis dagas con manos temblorosas. Quizá era una locura, pero lo escucharía.

—Puedo volver a armarme en dos segundos —le advertí.

—Conocemos bien tu rapidez, Deuce la Cazadora.

—¿Cómo me has encontrado?

Estaba orgullosa de lo firme que sonaba mi voz, como si no estuviera poniendo mi mundo del revés con cada segundo que pasábamos junto al río que fluía a nuestra espalda bajo la luz de la luna.

—Seguimos tu bandera. También la conocemos.

Mamá Oaks se alegraría al saberlo. Gavin había mantenido a salvo la bandera durante todo el verano y el otoño, hasta los Freaks la reconocían y cargaban contra nosotros enfurecidos... o nos evitaban, dependiendo de sus objetivos y alianzas. Tenía muchas preguntas, pero no conseguía darles forma en mi cerebro. Un sinfín de emociones en conflicto luchaba por el dominio.

—Pensaba que los tuyos no podían nadar —consegui decir, atemorizada.

Si aquellos Freaks habían encontrado un modo de cruzar el río, no pasaría mucho tiempo antes de que la horda los siguiera. Rosemere sería aniquilada. Me sentía enferma, como si la deliciosa comida que había tomado momentos antes en la mesa de Stone y Thimble estuviera revolviéndose en mí estómago. Tenía que pensar en un modo de salir de aquel río, y no había nadie que me ayudara.

—No —me contestó—. Pero podemos construir.

Esas no son buenas noticias.

—¿Te refieres a barcos? Inclino la cabeza.

—No son tan buenos como los vuestros, pero es suficiente.

Me los imaginé atando troncos, como habíamos hecho nosotros en el pueblo primitivo que construimos en el bosque, para ensamblar balsas que pudieran llevarlos al otro lado del río. *Por favor que la horda no los haya visto. No necesitan ayuda para destruirnos.* Tomé aliento profundamente y contuve mi miedo.

—Di lo que tengas que decir rápidamente.

No puedo creer que no esté atacando a esta criatura.

—Me llamo Szarok. En vuestra lengua significa más o menos El Que Sueña.

La sorpresa me paralizó durante un par de segundos. Jamás me habría imaginado que los Freaks dieran nombre a sus crías, o que su idioma pudiera traducirse con tanta elegancia. Antes de aquel momento solo los había visto como monstruos que debían ser destruidos a toda costa. Un escalofrío reptó por mi columna mientras pensaba cuántos camaradas de Szarok había asesinado.

—La hablas bien —susurré.

Respondió al cumplido con lo que habría sido una sonrisa en un rostro humano.

—He estudiado. He aprendido. Es lo que hacemos los jóvenes.

—¿Por qué? Matarnos es vuestro pasatiempo favorito.

—No. Eso es lo único que saben hacer nuestros ancianos porque recuerdan demasiado bien el odio y el dolor de su creación. Pero los jóvenes vemos más allá. Tenemos recuerdos de amabilidad.

—¿Amabilidad? —le pregunté.

—¿Puedo cogerte la mano, Cazadora?

No podía creerme lo extraño que era aquello. Si era una trampa, era demasiado bizarra. Quizá aquella criatura sabía que no podía vencerme en una pelea y tenía algún truco nuevo en mente, alguna nueva habilidad que yo no había visto antes, como veneno en la piel. Aun así, escuchaba a Tegan susurrando a mi oído como si estuviera allí. Ella se había convertido en la nueva voz de mi cabeza, reemplazando a Seda.

La confianza debe empezar en alguna parte. Para conseguir la paz, alguien debe dejar de pelear primero.

Exhalé entrecortadamente.

—Adelante.

La mano de Szarok era fuerte y cálida, y sus garras me pincharon cuando rodeó mi muñeca con sus dedos. Un millar de imágenes atravesaron mi mente; no podía compararlo con nada, pero vi a un joven Freak herido y al borde de la muerte. Una niña de Otterburn lo ayudaba; era demasiado pequeña para comprender que eran enemigos. Ella solo veía dolor, no fealdad, y curó a la criatura. Y esa bestia engendró a Szarok. Vi el vínculo en su sangre y en su carne, y me di cuenta de que podían

transmitir sus recuerdos, justo como el doctor Wilson había predicho.

Cuando me soltó retrocedí, pero no por dolor sino por la sorpresa.

—¿Cómo es poder recordar un pasado tan lejano?

—Hermoso. Y horrible. El mundo siempre es ambas cosas. Estaba de acuerdo con aquellas palabras.

—Así es. ¿Los recuerdos de tus antepasados siempre son tan nítidos?

¿Puedes recordarlos a voluntad?

—Sí —me dijo—. Es una bendición y una maldición, creo, como puedes ver en los más viejos. Ellos no pueden olvidar ni perdonar. No pueden dejar atrás el dolor.

Imaginé el demencial caos de imágenes que los Freaks de la horda tendrían almacenado en sus cabezas, ya que debía de abarcar todo el camino hasta sus orígenes humanos. No era de extrañar que nos odiaran. Lo que más enfurece a la gente son los defectos que perciben en sí mismos. Los Freaks salvajes no eran lo suficientemente listos para comprender su instintiva antipatía, pero yo sí. Y eso me entristeció.

—Me has dicho que tu nombre significa El Que Sueña. Así que dime Szarok, ¿con que sueñas?

—Sueño con la paz... Y con un mundo donde nadie juzgue a los demás por su piel.

Parecía un objetivo valioso, aunque improbable.

—¿Qué tienes en mente?

—Una alianza.

Me quedé boquiabierta, ya que aquella era seguramente la afirmación más sorprendente que podía pronunciarse en una noche que ya estaba cargada de más sorpresas de las que podía procesar.

—No puedes estar hablando en serio.

—Hemos pasado todo este último año manteniendo a la horda a raya, Cazadora, discutiendo con ellos sobre su modo de actuar. —Se inclinó hacia delante; al parecer era hábil leyendo mis reacciones—. No los evitaste por un golpe de suerte; la razón por la que se quedaron en Appleton tanto tiempo y enviaron solo una pequeña parte de su fuerza contra vosotros, fue mi clan. Pero los ancianos no quieren seguir escuchándonos. A la mayoría les quedan menos de tres años, pero antes de morir borrarán a los tuyos de los territorios. No hay tiempo para que la paz se fortalezca como debe. Es necesario que nos unamos.

Eso explica muchas cosas. Pero la Unidad D jamás aceptaría algo así.

—No creo...

Szarok hizo un gesto de impaciencia, uno que me recordó a otros hombres enfadados. En ese instante lo vi como a una persona, no como a un monstruo.

—¿Crees que esto es fácil para nosotros? Debemos unirnos a nuestros odiados enemigos para asesinar a nuestros padres y madres. Pero este es el único modo. No pueden dejar de matar, así que debemos obligarlos a hacerlo.

—¿Estás seguro de que puedes confiar en mí?

Después de todo, había asesinado a un montón de los suyos.

—En el pasado mantuviste los términos de nuestro acuerdo.

Justo cuando pensaba que no podía estar más sorprendida, me venía con aquello.

—¿El emisario era vuestro? ¿Cuándo estábamos luchando en el bosque junto a Soldier's Pond?

—Fui yo quien sugirió que lo mandáramos para ver si estabas abierta a la paz — admitió—. Muchas tribus se reunieron y discutieron el mejor modo de enfrentarse a vuestro grupo. Mi clan siempre se ha opuesto a la extinción humana... Y tampoco queríamos convertirnos en ganado, a diferencia de algunos. Después de la masacre de Appleton propuse muchas soluciones, pero los ancianos no quisieron escucharme. Y por eso los jóvenes nos separamos de la horda. Esta noche te ofrezco quinientos guerreros dispuestos a morir porque uno de los tuyos fue amable.

¿Puedes tú decir lo mismo?

Empecé a decir que nunca había conocido a un Freak amable, pero entonces me di cuenta de que estaba mirando a uno. El dolor que debía sentir al traicionar a su propia gente para hacer del mundo un lugar mejor lo comprendía, porque yo me enfrentaba al mismo dilema. La Unidad D vería aquella alianza como una traición, y me odiaría por ello.

Dudé, porque entendía el beneficio, pero no sabía si podría conseguir que funcionara.

—Tengo menos de doscientos hombres. Aunque unamos fuerzas, parece una causa perdida.

—Vendrán otros aliados —afirmó misteriosamente.

—¿Quiénes?

—No te diré nada más hasta que aceptes mis términos. Mis hombres están acampados en el extremo opuesto de la isla. Ven a vernos y decide si, juntos, podemos construir un mundo mejor. Eso es lo que queremos los jóvenes Uroch.

—¿Uroch? —repetí—. ¿Quiénes...?

Szarok pareció entender qué estaba preguntándole.

—Significa Habitantes y me refiero a mi clan, a los que están dispuestos a luchar contra los suyos para terminar con esta guerra. —Hizo una pausa, como si dudara si debía decir más—. Por eso estoy dispuesto a trabajar contigo. Podemos aprender el uno del otro.

Menuda sorpresa. Jamás me hubiera imaginado una complejidad así, que la tribu de Szarok tuviera nombre. En aquel momento comencé a sospechar que debía estar soñando; estaba escuchándolo pronunciar mis propios deseos después de haber matado a tantos de los suyos. *Para conseguir la paz, alguien debe dejar las armas.* Pero aquella era una elección que la Cazadora nunca haría. Me temblaba todo el cuerpo, el riesgo era altísimo, y podía ser el mayor (y el último) error de mi vida.

—Podría ser una trampa —le dije. Szarok ladeó la cabeza, desafiante.

—Y tú podrías echarme a todo el pueblo encima. Pero no lo has hecho.

Cuando el enemigo decide hablar en lugar de luchar, solo un tonto rechaza la propuesta.

En mi mente, me llevé dos dedos a la frente como despedida a la implacable guerrera que me habían entrenado para ser en los túneles. Yo ya no era una Cazadora, ni siquiera parecía a una de ellas. Trazaría un nuevo camino, guiada por la amabilidad que había aprendido de Tegan y de Mamá Oaks.

—Iré contigo.

—¡No! —Para mi sorpresa, mi hermano, Rex, bajó el muelle hacía nosotros con un cuchillo en la mano—. Estaba esperando que destriparas a este mentiroso. ¡No confíes en él!

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté con tranquilidad.

Szarok se detuvo, pero no sé mostró hostil. Parecía estar dejando aquel problema en mis manos. En el tenso silencio, roto solo por la corriente del río tras nosotros, esperé la respuesta de Rex.

—Tenía algunas ideas sobre cómo ocuparnos de la horda, y salí a buscarte — explotó—. Te vi andando en la oscuridad y te seguí, pensando que por una vez podría hacer el papel de hermano mayor y protegerte. Y ha sido buena idea. Jamás me habría imaginado que eras tan ingenua. Cuando este monstruo te entregue a la horda, la Unidad D se rendirá. Habremos perdido la guerra.

Rex atacó entonces, y me lancé entre Szarok y mi hermano. Él me miró fijamente, con el cuchillo levantado.

—Quítate de ahí, Deuce. Prometí que mataría hasta el último de estos bastardos por lo que le hicieron a Ruth.

Negué con la cabeza, desesperada.

—No lo hagas. Ruth no querría esto. No es justo que lo culpes por algo que hizo otro. No colgarías a todos los hombres por los crímenes de uno solo.

—Pero esto no es un hombre —gruñó Rex—. Es un monstruo.

—Estás amenazando con un cuchillo a tu hermana, a la que aman tu madre y tu padre. ¿Quién es el monstruo aquí?

Mi hermano retrocedió con un gemido de horror. El cuchillo se cayó de sus dedos y repiqueteó en el suelo. Lo abracé con fuerza; estaba temblando.

—¿En qué me he convertido? ¿En qué? —susurraba una y otra vez.

Szarok fue lo bastante prudente o amable para no acercarse mientras lo consolaba. Al final Rex retrocedió, cogió su cuchillo y lo envainó.

—Lo siento. Ha sido una locura. Pero... No voy a permitir que hagas esto sola.

Miré a Szarok con una pregunta muda.

—Si prometes que se comporta civilizadamente, no tengo objeciones a que los dos visitéis nuestro campamento.

Tenía quinientos guerreros en la isla Evergreen y, si nos mostrábamos agresivos, sería fácil acabar con nosotros. Además, cualquier mal comportamiento por nuestra

parte provocaría el ataque a una Rosemere desprevenida. Aquello era más que suficiente para mantenerme a raya, pero creía que la oferta de Szarok era sincera. No había llegado precipitadamente a la decisión de luchar contra su propia gente.

—Esperaba que estuvieras más sorprendido por su soltura al hablar —le susurré cuando nos marchamos.

Rex me echó una mirada triste.

—Lo estuve, al principio. Pero recuerda que os escuché un rato antes de aparecer.

Tardamos casi toda la noche en llegar al extremo oeste de la isla. Cuando nos acercamos atisé varias hogueras lo suficientemente pequeñas para no atraer la atención. Solo detectaba el olor húmedo del limo del río y el aroma de pino de los lechos de agujas donde los Uroch estaban acampados, así como el del humo de madera. Szarok nos condujo a través de sus soldados con total confianza y, aunque nos miraron fijamente, ninguno de ellos se acercó a nosotros. Tenía miedo; nunca había estado tan cerca de mi enemigo sin tomar medidas defensivas. El recuerdo de mi huida a través de la horda amenazaba con ahogarme.

—¿Ves? —Me dijo cuando llegamos a su hoguera, que estaba siendo atendida por un joven Uroch—. Te temen, porque has matado a muchos de sus padres y madres, pero no te harán daño. Todos queremos lo mismo.

—Un mundo mejor —dijo Rex.

La idea de que aquellas poderosas criaturas me temieran me desconcertaba. ¿Era yo la terrible historia que las madres Uroch contaban a sus crías para que se comportaran? Me senté sobre mis rodillas, inquieta por el modo en el que el mundo había cambiado aquella noche.

No quiero ser el monstruo que acecha en el sueño de un niño. Y una pequeña voz añadió: Y ellos tampoco.

Szarok asintió.

—¿Quieres hablar con ellos? Algunos conocen tu idioma, igual que yo.

Un horrible pensamiento me paralizó.

—Mi hombre fue secuestrado hace tiempo. Lo tratasteis como a un animal y sufrió mucho. ¿Habéis aprendido el idioma de los prisioneros humanos?

—Lo siento —me dijo—. Algunos de los ancianos ven la humanidad como una buena fuente de comida. Discutimos, pero cuando solo te apoya una pequeña minoría no siempre puedes evitar que ocurran cosas horribles.

Comprendía aquello muy bien. Con una punzada de arrepentimiento, recordé al chico ciego que Fade y yo habíamos permitido que los Cazadores mataran en los túneles.

—Pero no me has respondido a mi pregunta.

La has esquivado, como mucho.

—Cuando me enseñaron no eran prisioneros —dijo Szarok.

—¿Liberasteis a algunos rehenes humanos? —Rex parecía sorprendido.

—Una noche, en las llamas, hubo un tumulto —explicó el Uroch—. Salvamos a

tantos como pudimos mientras los ancianos los perseguían, pero tu gente era débil. Necesitaban cuidados antes de volver a sus hogares. Mientras nos ocupábamos de ellos, nos enseñaron vuestra lengua.

Estaba boquiabierta.

—Estoy... Estoy totalmente segura de que estás hablando de la noche que salvé a Fade.

Por fin había sorprendido a Szarok. Por la expresión de sus ojos, estaba claro que no sabía que me había infiltrado en la horda y que había abierto los rediles de los esclavos.

—Qué extraordinario. Parece que nuestros caminos han estado cruzándose durante algún tiempo.

Me mostré de acuerdo. Y hablé con los soldados Uroch hasta el alba. Szarok le había mostrado a la chica de Otterburn que había salvado a la vida de su padre y, a diferencia de sus progenitores, los jóvenes Uroch podían elegir otro camino. El odio no estaba marcado en sus huesos.

—Quiero aprender a plantar cosas —me susurró un joven Uroch—. Poner semillas en el suelo y hacer que crezcan.

—Yo también —admití.

Era la habilidad que más codiciaba. El verano anterior había envidiado a los sembradores que sabían qué hacer con la tierra, cómo tratar las plantas y hacerlas más fuerte. Quería sembrar para que la gente pudiera comer y, también, para que tuviera flores que admirar. Era un secreto que nunca había pronunciado en voz alta porque era demasiado bobo para una Cazadora, y aun así se lo conté a aquel Uroch de ojos tan astutos como un gato.

Rex también se movió a través del campamento mientras su hostilidad desaparecía. Reconocí el momento en el que aceptó que aquellos no eran monstruos, sino otro tipo de gente. Con la ayuda adecuada, él y yo podríamos pavimentar el camino a la paz. Me alegré cuando me imaginé un final a la guerra que no tuviera como resultado la completa aniquilación de los nuestros.

—¿Aceptaras la alianza? —me pregunto Szarok cuando amaneció.

Aunque confiaba en mi instinto, no podía estar segura de que aquello no fuera una trampa... Y aún tenía que convencer a mis hombres para que trabajaran con sus antiguos enemigos. El cansancio se transformó en un dolor de cabeza que me tensó las sienes. *No quiero tomar una decisión tan importante.* Pero no había nadie más que pudiera hacerlo.

—Necesitaré convencerlos —le dije—, pero traeré a los hombres. Tus guerreros tendrán que llevar una banda de tela en el brazo o algo así para que no haya confusión cuando atacemos.

Y, si me traicionas, moriré intentando hacértelo pagar. Aun así, estaba dispuesta a apostar todo a la promesa de una paz duradera. Sería muy triste que me equivocara con Szarok y alguien tuviera que tallar en mi lápida: *Aquí yace Deuce*

Oaks. Se creía cualquier cosa, pero al menos lo intentó.

—Encontraré un modo para que podáis distinguirnos de los ancianos. Me ofreció la mano y se la estreché.

Esta vez el contacto no me provocó imágenes ni recuerdos, así que debía controlar aquella habilidad; los Uroch, cuando estaban intentando matarte, eran fascinantes. Me despidió con una inclinación de cabeza que asumí que era una señal de respeto. Desde que había salido de los túneles había mejorado reconociendo las costumbres de otra gente, sobre todo porque tenía que aprenderlo todo de nuevas, fuera a donde fuera.

—Has mencionado a otros aliados —le dije.

Entre sus quinientos y mis doscientos, era difícil imaginar que la batalla terminara bien contra dos mil feroces Freaks. Y estaban atrincherados en la orilla del río, preparados para destruir el último bastión de paz en los territorios: Rosemere.

No van a ir más lejos. Esto terminara aquí.

Szarok asintió.

—He hablado con la gente pequeña. Viven en cuevas y túneles y ellos también están sufriendo por esta batalla sin fin.

—¿La gente pequeña? —le pregunto Rex.

Pensé en Jengu y en los suyos y se los describí al líder de los Uroch, que me dijo:

—Entonces los conoces. Se llaman a sí mismos Gulgur.

—¿Cuántos son? —le pregunté.

—¿Dispuestos a luchar? Un centenar, más o menos. Son pocos, pero astutos, expertos en moverse sin ser vistos. Se acercarán mientras los ancianos duermen y envenenarán su carne.

—¿Estaréis preparados dentro de dos días?

Aquello me daría tiempo para hacer los preparativos y convencer a los hombres.

Szarok asintió.

—Me pondré en contacto con los Gulgur y me aseguraré de que llevan a cabo su parte.

—Mis hombres atacarán desde el este. Vosotros desde el oeste. Y esperemos que sea suficiente.

Si la horda estaba debilitada y enferma por la carne envenenada, ochocientos de nosotros podríamos derrotarla, aunque tendríamos muchas bajas. Intercambié una mirada con Rex.

—Es el momento de contárselo a los demás —me dijo Rex—. Podemos ganar.

Cuando Rex y yo regresamos, la aldea estaba alborotada. Después de tanto tiempo sin dormir me tambaleaba por el cansancio y tenía la mente confusa. Habíamos dejado a Szarok en el campamento Uroch por razones obvias y, cuando entramos en la aldea, vi que la Unidad D estaba ya reunida y escuchando órdenes que Tully, Spence y Fade gritaban alternativamente. Thornton estaba comprobando las armas con el herrero; era como si hubieran decidido marchar a la guerra durante la noche.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Al oír mi voz, Fade giró y corrió la distancia que nos separaba en tres zancadas. Me aplastó contra él, temblando. Durante un par de segundos no pude respirar y su reacción me confundía. Entonces lo supe. Antes de que hablara, lo supe.

—Pensé que te habían atrapado.

Como hicieron contigo.

Habían pasado tantas cosas que no me había parado a pensar en lo preocupado que debía estar. *Salí a dar un paseo y no volví. Que estúpida. Debería haber enviado a Rex para que supieran que estaba bien.* La sorpresa por los sucesos de la noche había alejado el resto de cuestiones de mi mente, pero no tenía suficiente aire para hablar, y mucho menos para disculparme.

—Ya sé que te alegras de ver a mi hermana —le dijo Rex—, pero estás aplastándole las costillas.

No intenté apartarme de Fade, sino que lo abracé tan fuerte como pude. El resto de la Unidad D podía esperar. Fade tardó bastante en tranquilizarse y, cuando retrocedió, su oscura mirada brillaba con ferocidad.

Más tarde tendría que enfrentarme a una discusión. Era evidente que no me habían raptado y que ni siquiera estaba herida; no tenía excusa para haberlo hecho sufrir tanto.

Y además, Fade no tenía a Stalker para que descubriera por donde me había marchado. Ha debido de sentirse muy impotente.

Sin embargo, los asuntos personales tendrían que esperar.

—Ha pasado algo inesperado —dije, lo suficientemente alto para todos lo oyeran—. Si venís conmigo os lo explicaré todo.

Como estábamos en el centro del mercado, pensé que era mejor no hablar sobre los Uroch que estaban acampados en el extremo oeste de la isla. Los aldeanos podrían asustarse y eso era lo último que necesitábamos dos días antes de enfrentarnos a la horda. Afortunadamente, la Unidad D estaba bien entrenada, así que me siguieron más allá del muelle, hacia el este. Marché hasta que fue seguro hablar. El único pescador que vimos estaba en el río, en lugar de trabajando en la orilla.

—Me gustaría saber por qué me he pasado una noche sin dormir, buscándote — me dijo Thornton—, cuando está claro que estás bien.

Tomé aliento profundamente y respondí:

—Me alegro de que lo preguntes. Es posible que no os gusté lo que vais a escuchar, pero no digáis nada antes de que termine. Después tendremos tiempo para hablar. Pero no durante. —Examiné los rostros de todos los hombres y añadí—. Es una orden.

Rex me puso una mano en el hombro para darme apoyo moral. Entonces expliqué dónde habíamos pasado la noche y con quién. La sorpresa y la ira gobernaban la mayor parte de rostros, aunque Tegan y Morrow parecían más intrigados que enfadados. Aquello era lo que me esperaba. Cuando terminé de explicar la historia, la Unidad D estalló en protestas indignadas e incrédulas. No hice nada para aplacar su furia, y esperé a que se disipara. Cuando se dieron cuenta de que no iba a discutir con ellos, los hombres hicieron una pausa y se miraron unos a otros, reflexionando.

Como era nuestra única posibilidad contra la horda, no me importaba demasiado lo que pensarán de aquella idea.

—No espero que os caigan bien, ni siquiera que confiéis en ellos. Pero nuestro objetivo no ha cambiado: aún sigue siendo derrotar a la horda. Lo único que os pido es que no hagáis daño a los Uroch. Lucharán a nuestro lado, y si creéis que no pueden pensar, sentir, y sufrir... Bueno, os equivocáis. Son gente. No como nosotros, es cierto, pero no son monstruos. El hecho de que están dispuestos a luchar contra los suyos para salvarnos lo demuestra.

—¿Nosotros no tenemos nada que decir? —gritó un soldado desde la parte de atrás.

—Podéis marcharos —le dije—. Pero entonces tendréis que vivir sabiendo que fuisteis demasiado cobardes para terminar vuestra misión. Es decisión vuestra. No voy a obligar a nadie a luchar, pero me sentiré muy orgullosa de aquellos que lo hagáis.

Mi hermano dio un paso adelante.

—Anoche casi apuñalé a mi hermana porque no estaba dispuesto a razonar. Espero que no cometáis el mismo error. Yo estuve allí. También hablé con ellos. Es posible que no se parezcan a nosotros, pero no son bestias sin cerebro.

—Mis hombres lucharán —dijo Tully, echando una dura mirada a la multitud.

Recibieron sus palabras con un murmullo de acuerdo. Fade estaba inquietantemente callado, pero creía que era porque estaba enfadado conmigo por haberlo asustado. También podría tener fuertes objeciones a cooperar con los Uroch; solo esperaba conseguir que comprendiera que los jóvenes no eran como sus padres, igual que él y yo no éramos como los ancianos del enclave. Era una locura, pero me había convertido en la defensora de los monstruos.

—Tully no irá a la guerra sin mí —dijo Spence—. Y me aseguraré de que mis chicos estén preparados para el combate.

—No me perdería esto por nada del mundo —añadió Morrow. Thornton habló entonces.

—Es posible que no nos gusten las órdenes, pero las seguiremos.

¿Cuándo será el asalto?

Me sentí aliviada. Al menos no había perdido a mis oficiales.

—Necesito que todos os reunáis aquí dentro de dos días, tres horas antes del amanecer. Hablaré con los barqueros para que nos ayuden a cruzar el río. No podemos luchar si estamos agotados y empapados de agua.

—Buena idea —dijo Tegan.

—Los Uroch llevarán algo, no estoy segura de qué. Para que podamos diferenciarlos de los ancianos. Podría ser difícil localizarlos en la batalla, pero, por regla general, si están luchando contra otros Mutantes están de nuestro lado, así que dejadlos en paz.

Aquello hizo que los hombres se rieran con nerviosismo e incertidumbre. Suponía que era duro para ellos aceptar aquella idea. Afortunadamente, tendrían casi dos días para digerir aquella nueva realidad. Si alguno de ellos abandonaba la unidad o se negaba a luchar, que así fuera.

—Una última cosa —continué—. Ni una sola palabra a los aldeanos. No hay necesidad de preocuparlos, ya que el combate tendrá lugar al otro lado del río. ¿Comprendido?

—Sí, señor —respondieron los hombres al unísono.

—Podéis marcharos. Os veré pasado mañana, tres horas antes del amanecer.

Mientras se marchaban, algunos hombres iban hablando sobre la increíble idea de que los Uroch nos ayudaran y otros sobre que preferían matar Mutantes a luchar junto a ellos. Morrow se abrió camino entre los soldados con aire pensativo. Creía saber qué era lo que le preocupaba, pero dejé que fuera él quien comenzara la conversación.

—Este es mi hogar. No sé si puedo dejar que esto siga adelante sin decírselo a mi padre. Él es el gobernador, el responsable de la seguridad de la gente. Tiene que saber lo del ejército al otro lado de la isla.

—¿Podrá asimilar la información? —le pregunté—. Si los Uroch pretendieran atacar Rosemere lo habrían hecho anoche. Szarok no se habría adentrado en el pueblo en silencio para buscarme y que pudiéramos llegar a un acuerdo.

—Seguramente es cierto, pero si me quedo callado sería como una traición.

Asentí.

—Haz lo que te dicte tu conciencia, entonces. Pero, si la situación se nos va de las manos, si tu padre informa al consejo, se asustan y una turba de aldeanos cae sobre las Uroch, será una masacre. Lo sabes.

Tegan se acercó y le puso una consoladora mano en el brazo.

—¿Podríamos conocerlos? Debo confesar que siento curiosidad... y James podría tranquilizarse si comprueba que esos Mutantes... quiero decir, Uroch, son como tú

dices.

Morrow la miró como si fuera la respuesta a todos sus sueños.

—Así podría asegurarme de que no van a atacar Rosemere. ¿Estaría Szarok de acuerdo?

—Seguro que sí. —Miré a mí alrededor, buscando a Rex—. ¿Te importaría guiar a Tegan y Morrow hasta el campamento?

Mi hermano sonrió.

—En absoluto. Me alegro de sentirme útil por fin. Soy el peor de la unidad con cualquier arma, excepto con un cuchillo peletero.

Tully y Spence habían estado escuchando la conversación.

—Nos gustaría ir con ellos —dijo la mujer—. Tengo algunas preguntas para nuestros nuevos aliados. No es que no confíe en ti, Deuce, pero si voy a ordenar a mis hombres que luchen a su lado, quiero dejar claras algunas cuestiones.

—¿Me haréis el favor de ser educados? —les pedí.

Todos asintieron como si lo dieran por hecho. Un pequeño grupo compuesto por Tegan, Morrow, Tully, Spence y Rex no alarmaría a los Uroch. Di mi bendición a la expedición.

—Preferiría que regresarais a medianoche. Mis oficiales no pueden estar merodeando por la costa cuando se supone que deberían estar aquí.

—Hecho —asintió Tully.

Se marcharon y me quedé sola con Fade, que llevaba furioso a mi lado quince minutos. Su silencio era como una quemadura solar. El resto de los hombres estaban a medio camino de Rosemere. Era mejor dejar que me gritara en privado... si es que iba a dirigirme la palabra.

Tragué saliva para que mi disculpa pasara el nudo que tenía en la garganta.

—Lo siento. No pretendía asustarte. Su respuesta fue un gruñido grave.

—¿Tienes idea de lo que pasé anoche? ¿De lo que me imaginé que estarían haciéndote? Creí que la horda te había atrapado. La Unidad D estaba preparada para ir a la guerra, aunque no teníamos ninguna posibilidad de ganar. Todos estaban dispuestos a morir por ti y, si hubieras llegado media hora después, ya habríamos cruzado al otro lado del río.

Se me cayó el alma a los pies.

—Aunque me hubieran atrapado —dije, incrédula—, no deberíais haber reaccionado así. Solo soy una persona. No soy irremplazable.

Fade me cogió por los hombros como si no pudiera evitarlo. Aunque no pretendía hacerme daño me clavó los dedos, y sentí la furia que lo atravesaba y su pulso amartillando sus muñecas.

—Lo eres. ¿Cómo es posible que no lo sepas?

Empecé a responder, pero su boca tomó la mía en un beso duro y hambriento, furioso y voraz. La necesidad que Fade siempre mantenía escondida me encendió. Intentaba ser amable conmigo, pero estaba airado y ansioso, desesperado. Su aliento

se entremezcló con el mío cuando se apartó y susurró contra mis labios:

—A veces casi te odio, porque no comprendes cuánto significas para mí, lo oscuro y vacío que estaba antes de conocerte. *Solnyshko moyo*.

Nunca antes había escuchado esas palabras, pero estaba un poco confusa por el cansancio.

—¿Qué significa eso?

—Es el idioma de mi padre. No recuerdo más, pero él solía decírselo a mi madre. *Solnyshko moyo*. Significa, mi sol. —Fade apoyo su frente contra la mía y cerró los ojos—. Cada vez que Stalker te llamaba paloma quería golpearlo. Porque tú no eres un pequeño pájaro gris... Tú eres toda la luz del mundo.

—Y tú también —dije, colocando las palmas de las manos en su pecho. Se estremeció con el contacto, pero no por el trauma. Su respiración siseó entre sus dientes y abrió los ojos para mirarme con un deseo que ardía como una señal de fuego—. Y lo entiendo. Tú eres lo que me mantuvo en pie cuando parecía que no había esperanza. También es la razón por la que hice todo lo necesario para traerte de vuelta. Eres mi corazón y, sin ti, no podía vivir.

—¿Ahora? ¿Me dices eso ahora? —Fade me señaló la orilla rocosa, extrañamente indignado—. ¿Aquí? ¿Cuándo ambos llevamos toda la noche despiertos, Stone y Thimble están esperándonos en la casa, y no hay una cama a la vista?

Ah. Cuando comprendí a lo que se refería me sonrojé.

—Allí hay un barco de musgo.

Suspiró y me acerco a él, más suavemente esta vez.

—Vamos a descansar un poco. Mañana hablaremos con los barqueros.

—Temía que no...

—Si juras que son distintos del resto, te creo. NO voy a fingir que me gusta la idea, pero si la alternativa es que nuestros asentamientos sean destruidos, entonces lo soportaré.

Fade debería haberme gritado más, me lo merecía. No había sido mi intención asustarlo, pero las consecuencias podrían haber sido muy graves. Me estremecí al imaginar a mis soldados muertos en el lado equivocado de la isla, solo porque no había sido lo bastante prudente como para avisar de que estaba bien.

—Lo siento —dije de nuevo mientras paseábamos hacia la aldea, demasiado cansados para ir más rápido.

—Todavía estoy enfadado, pero pensaré un modo en el que puedas compensarme. Sonreí con picardía.

—Apuesto a que en el próximo entrenamiento me darás una paliza.

—No es eso lo que tenía en mente —murmuró Fade.

Cuando volvimos al pueblo me inventé una historia ridícula sobre que me había perdido caminando por la costa. A juzgar por sus expresiones, Stone y Thimble sospechaban que estaba mintiendo y no sabía si sentirme halagada porque mi mentira pudiera haberlos decepcionado. Aun así, dejaron sus recelos de lado y nos invitaron a

volver a su casa, donde nos dieron de comer. La charla fue escasa y forzada, pero mis amigos de la infancia parecían tener conversaciones enteras con la mirada.

—Estáis agotados. No os preocupéis por nosotros. Descansad un poco.

Con su permiso, subimos a la buhardilla inmediatamente. Stone continuó con sus quehaceres en la planta de abajo y jugó con Robín, y Thimble se marchó a su taller. Fade me abrazó y me acomodé contra su pecho. Durante algunos segundos, escuché su corazón.

—¿Cuándo lo supiste? —le pregunté, somnolienta.

—¿El qué?

—Que sentías algo por mí.

—Siempre he admirado tu destreza —me dijo, pensativo—. Entrenabas con tantas ganas que me preguntaba si te entregarías con la misma ferocidad a alguien a quien amaras.

—¿Y lo hago?

Fade me besó la coronilla.

—Más de lo que habría imaginado. Por eso le pedí a Seda que nos pusiera como compañeros.

Aquello me sorprendió.

—¿De verdad?

—Ella no quería malgastarte conmigo, ¿sabes? Me pasé semanas convenciéndola de que me merecía una segunda oportunidad.

Me estremecí, imaginando lo distinta que habría sido mi vida si él no hubiera conseguido convencerla.

—Me alegro de que lo hicieras. Pero no es eso lo que te he preguntado.

—Estoy prolongando el suspense.

Sonreí y le puse una mano sobre el pecho, lo que hizo que respirase entrecortadamente.

—Cuéntamelo.

—Creo que comenzó cuando me dejaste rodearte con el brazo durante el viaje de vuelta de Nassau. Muchas chicas del enclave me trataban como si fuera un salvaje mugriento que iba a mataros a todos mientras dormíais.

—A veces debiste desear hacerlo.

—Después de conocerte, no. Creía... —Hizo una pausa, como si intentara encontrar las palabras adecuadas—. Creía que me necesitabas un poco, como si estuvieras dispuesta a dejar que me acercara a ti. Pero el momento en el que realmente lo sentí... Acabábamos de abrir una lata de cerezas y me lamiste el jugo de los dedos. Entonces me miraste como si fuera lo más maravilloso del mundo. Y pensé que daría cualquier cosa por que te sintieras así siempre. Cuando creí que preferías a Stalker, casi me morí.

Negué rápidamente con la cabeza.

—Lo siento. No lo comprendía, pero tú recordabas a tus padres, y cómo se

comportaban juntos. Ojalá no te hubiera hecho daño antes de descubrir cómo funcionaba eso.

—Yo también te hice daño.

Fade se refería a las duras palabras que pronunció el día de mi nombramiento, cuando me dijo que todo había acabado entre nosotros.

Para convencerlo de que aquello era agua pasada, me acerqué y rocé su áspera mandíbula con mis labios. Quería que nos besáramos un rato tranquilamente, pero me quedé dormida antes de hacer algo más que acariciarle la mejilla. Estábamos tan cansados que ambos nos pasamos el día durmiendo. En algún momento después de que oscureciera, me desperté y Fade me ayudó a bajar la escalera. Mis amigos de la infancia nos proporcionaron comida. Tenía tanto sueño que mi chico tuvo que ayudarme a llegar hasta el baño exterior, y después subimos las escaleras de nuevo. Se mantuvo a mi lado como un cálido consuelo en mi sueño. En total pasé durmiendo casi dieciocho horas. Teniendo en cuenta que llevaba semanas viviendo en el campo, que casi me había ahogado y que después había caminado hasta el lado oeste de la isla y había vuelto tras pasar toda la noche despierta, no era de extrañar que estuviera demasiado cansada para funcionar. Cuando desperté, era el momento de prepararse para la batalla.

Me pasé el día ocupada con los detalles de última hora, asegurándome de que todos estuvieran preparados para la batalla. Hice varios recados, pedí varios artículos a los vendedores y hablé con los barqueros. Morrow pidió ayuda a su padre, que se mostró dispuesto aun sin saber la razón. Me caía bien, porque parecía confiar en el criterio de su hijo. Me alegré de haber dormido la mayor parte del día anterior, porque no pude descansar de nuevo antes de la hora señalada. Los aldeanos no sabían qué estaba pasando, solo que los soldados a los que habían acogido estaban dándoles las gracias y despidiéndose de ellos.

Aquella noche, después de terminar mi trabajo, me reuní con los oficiales de la Unidad D en la Taza y Platillo, el único bar de Rosemere. Era más acogedor que el de Otterburn; los muebles eran bonitos y la gente, amistosa, no estaba asustada. Cuando la camarera se acercó a nuestra mesa me pregunté si a todas las islas les habría ido tan bien. Me consoló imaginar grupúsculos de alegría y seguridad por todo el mundo, a los que no habían llegado las armas químicas, los Freaks o la violencia.

—Para mí nada —empecé a decir ya que no tenía dinero local. Morrow me interrumpió.

—Yo invitó al grupo.

Me encogí de hombros. Si el cuentacuentos quería pagar nuestras bebidas, me parecía bien. En respuesta a su petición, la chica nos trajo una jarra de cerveza que a mí personalmente me pareció que estaba asquerosa. Solo el olor convencería a cualquiera de no beberla, pero los demás parecieron alegrarse cuando Tegan la sirvió. Acababan de volver del campamento Uroch y parecían asombrados y esperanzados. Mientras bebían, Morrow y Tegan hablaron sin cesar sobre Szarok en voz baja que nadie excepto nuestra mesa podía oírlos.

—Confío en él —murmuró Tegan—. Parece sincero sobre la alianza. Y me sorprendieron cuántas diferencias fisiológicas noté entre ellos y los ancianos. —Se extendió al respecto, pero yo no estaba interesada en las propiedades de su sangre u otras distinciones.

Cuando se detuvo para respirar, Morrow añadió:

—Su cultura me parece fascinante. ¿Sabes que comparten los recuerdos al tocarse?

—Szarok me lo enseñó... Una niña de Otterburn lo cambió todo.

—¿A qué te refieres? —me preguntó Spence.

Les conté la historia sobre cómo aquella pequeña niña que había salvado a un Freak había dado lugar a aquella alianza.

Cuando terminé, Tegan tenía los ojos llenos de lágrimas. No comprendí la razón hasta que dijo:

—Si sobrevivimos será gracias a ella, pero nunca lo sabrá.

—Podría estar aún viva —sugerí, esperando animarla—. Cuando recorra los territorios informando a las familias de los caídos, también la buscaré a ella.

Tegan asintió.

—Eso significaría mucho para mí.

Tully parecía menos conmovida por la historia. Tenía la mente en la batalla que se avecinaba y no en lo que vendría después, lo cual era prudente.

—No sé cómo funcionará este acuerdo a largo plazo, pero necesitamos sus guerreros.

Spence se bebió su cerveza de un trago.

—No hay duda. Todavía no me gusta la perspectiva, pero es la mejor oportunidad que tenemos, si es que esos Gulgur hacen su parte.

—¿Habéis visto a alguno en el campamento? Morrow sonrió.

—Llegó un grupo cuando nos marchábamos, y hablé con ellos un momento. Son unos pequeñajos extraños, ¿verdad?

Asentí y pensé en la batalla. Había demasiadas variables en juego; el combate podría convertirse en una masacre, pero sin ayuda, la Unidad D estaría condenada. Había hecho todo lo que había podido, pero no era posible sacar soldados del aire, así que teníamos que aceptar a nuestros extraños aliados. Deseé por un momento poder despedirme de Edmund y Mamá Oaks, por si las cosas salían mal en el río, pero al menos Rex estaba allí; haría todo lo que estuviera en mis manos para protegerlo.

Tegan sacó algo de la bolsa y me lo entregó. Cuando lo abrí, descubrí que era un extraño artefacto. Tenía un largo palo con un pequeño cilindro rojo en lo alto del que bajaba una cuerda.

—¿Qué es esto?

—Szarok dice que es útil para enviar señales. Cuando estemos preparados para atacar clava el palito en el suelo, enciende la mecha, y retrocede.

Examiné el extraño objeto un par de segundos más y después me encogí de hombros y lo guardé en mi mochila.

—Si él dice que funcionará, habrá que probarlo.

—Dice que contemos hasta doscientos después de encenderlo antes de atacar. Ellos harán lo mismo en el oeste.

—Son más inteligentes de lo que esperaba —dijo Spence.

—Y hablan mejor —añadió Morrow.

Fade estaba en silencio; la idea de cooperar con los Uroch debía de molestarle, después de lo que sus mayores le habían hecho. Le rocé la pierna y él la apretó contra la mía, de modo que nuestros muslos se mantuvieron unidos mientras los demás hablaban. Era consciente de que aquello podía ser el fin de todo. Cualquiera de nosotros podía caer al día siguiente; no había garantías, y el corazón me dolía por aquella incertidumbre.

Levante mi vaso.

—Solo quiero decir que ha sido un honor haberos conocido.

—Brindo por eso —dijo Tully.

—¿Alguien tiene alguna pregunta?

Hubo un par y las respondí. Cuando terminemos de beber decidimos que era el momento de ir a descansar un poco, ya que pronto tendríamos que reunirnos con los barqueros en el muelle. Como había tantos soldados, tendrían que hacer varios viajes. Cuando cruzáramos, no había vuelta atrás.

Pero para mí no la había desde que Tully dijo que si dejábamos morir a todo el mundo para quedarnos a Rosemere, no podríamos seguir adelante con nuestras vidas.

Morrow me detuvo cuando nos marchamos del Taza y Platillo.

—Tenías razón sobre los Uroch. Y creo que también sobre los aldeanos.

Me alarmé.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Pero, cuando vi acampados, supe cómo reaccionaría la gente. Habría sido terrible... y totalmente inevitable.

—¿Le has contado algo a tú padre? Morrow negó con la cabeza.

—No me dará las gracias por mantenerlo en secreto, pero el consejo habría insistido en tomar en alguna imprudente y precipitada estrategia de defensa y, en lugar de nuevos aliados, estaríamos luchando en dos frentes. No podemos permitirnoslo.

—Cierto. Sonrió, mirando la calle.

—Debería continuar. Tegan está esperándome.

—La has llevado a casa para que conozca a tus padres, ¿verdad? El cuentacuentos bajó la cabeza.

—No para eso. Pero sí.

—Y no se ha dado cuenta —supuse—. Dale tiempo.

—Tengo una paciencia infinita.

Hizo una exagerada reverencia y se marchó hacia la farola bajo la que lo esperaba la chica. Cuando Tegan lo cogió del brazo vislumbré el futuro, y este era como el viento soplando a través de un campo de flores silvestres.

La luna llena brillaba sobre mi cabeza, aunque su curva estaba menguando. Me gustaba más cuando era un gajo plateado en el cielo nocturno, no tan brillante como para apagar la luz de las estrellas. Esa noche relucían como esquivas de hielo, tan brillantes que la oscuridad, en contraste, parecía casi azul. El cielo sobre Rosemere era el más bonito que había visto nunca. Fade se acercó a mí y levantó la mirada.

Entonces me di cuenta de que no le había contado lo más importante, lo que podía hacer que aceptara aquel pacto con mayor facilidad. Rápidamente, repetí la explicación de Szarok sobre cómo habían aprendido nuestro idioma.

—Así que lo que sufriste sirvió para algo. De no haber sido por ti, los Uroch no habrían conseguido escapar con el resto de prisioneros. No serían capaces de comunicarse con nosotros, aunque hubieran querido. —Le cogí la mano—. Tú eres la

razón por la que tenemos esperanza de ganar.

Se quedó inmóvil, como si estuviera escuchando a las estrellas.

—Eso no es cierto. Has sido tú quien lo has conseguido, mi sol. Pero sí... eso me ayudó, saber que mi sufrimiento no fue en vano.

—Estoy contenta. Casi no puedo creer que por fin estemos aquí —le dije en voz baja.

—¿La noche antes del fin? —Asentí y Fade me pasó la punta de los dedos por la muñeca, con los ojos brillantes—. Creo que es una noche para asumir riesgos.

Lo miré.

—Y para no dejar nada sin hacer.

El recuerdo de su último beso me abrumó. Había estado tan cansada entonces... Pero, gracias a que había dormido mucho y a la emoción por la batalla, aquella noche no conseguiría cerrar los ojos. En aquel momento, solo deseaba a Fade.

—Apuesto a que Stone y Thimble están ya dormidos —susurró.

—Seguramente. —Debido a Robín, se despertaban temprano—. Tendremos que ser silenciosos.

—Espero que eso sea posible. —La sonrisa de Fade tenía un toque malicioso.

Y me estremecí porque era evidente que estaba hablando de algo más que subir la escalera. Cerré mis dedos sobre los suyos y comenzamos a correr. Afortunadamente, había poca gente por allí que pudiera ver nuestra prisa, y cuestionarla. Cuando llegamos a la casa, la puerta estaba abierta. Entré con Fade a mi espalda.

El fuego estaba extinguiéndose en la chimenea y los platos de la cena estaban recogidos. Había dos habitaciones en la parte de atrás de la casita: en una de ellas dormían Stone y Thimble, y en la otra Robín. Cuando entre, me quité las botas y las llevé conmigo hasta la buhardilla. Fade apareció un poco después; arriba había un acogedor espacio con un colchón de plumas, en cuyo punto más alto solo podía mantenerme erguida si me sentaba. Fade y yo ya habíamos dormido allí juntos, pero apenas lo recordaba.

Esta noche la memorizaría cada segundo.

Fade se arrodilló en el borde de la cama y la chimenea de la planta inferior iluminó sus rasgos lo suficiente para que viera su incertidumbre.

—¿Tú también deseas esto? Puedo esperar, si...

—No. —Tragué saliva, nerviosa y excitada—. No quiero que nos arrepintamos de no haberlo hecho.

Estaba admitiendo lo mucho que me asustaba que él no estuviera allí cuando la pelea terminara. La perspectiva de mi propia muerte no me molestaba tanto, excepto porque eso le dolería. Había crecido con la creencia de que moriría protegiendo a los demás y mi naturaleza no había cambiado del todo, aunque ahora era capaz de percibir la belleza de una vida sin una daga atada al muslo.

—No nos arrepentiremos —susurró.

Abrí los brazos y Fade se acercó a mis rodillas, pero solo porque el bajo techo así

lo exigía. Entre nosotros no habría suplicas. Me besó con suaves y delicados deslizamientos de labios y lengua, como si me hubiera convertido en algo frágil. Hundí los dedos en su cabello y me eché sobre él; aquello fue suficiente durante un rato, hasta que Fade reunió valor y sus manos bajaron hasta mis caderas. Como yo no era una Criadora, nadie me había dicho cómo funcionaba aquello, aunque intuía lo esencial por los ruidos que había escuchado en los túneles. Deseé no estar tan nerviosa, pero era difícil, sobre todo si teníamos en cuenta lo poco que sabía.

Se quitó la camisa, seguramente suponiendo que así me asustaría menos. No sabía si estaba preparada para estar desnuda con él, pero tampoco quería esperar.

—¿Puedo tocarte?

Cuando las puntas de mis dedos encontraron su pecho, se estremeció.

—En cualquier parte.

Me ayudó que me dejara perderme en su esbelto cuerpo, y recorrí sus líneas hasta que comenzó a temblar. Entonces deslicé mis uñas por su nuca y Fade presionó la boca contra mi hombro, jadeando con fuerza. Para probar su reacción lo hice de nuevo y, esta vez gimió.

—Te gusta.

—Me gustaría cualquier cosa que me hicieras.

Aunque dudaba que fuera cierto, eso me dio valor. Giramos hasta que estuvo sobre mí y nos besamos mientras acariciaba su espalda. Pronto comenzó a moverse sobre mí como si no pudiera evitarlo y me gusto; incluso las partes que eran nuevas y extrañas.

—Fade...

Su voz se hizo más profunda, sus palabras entrecortadas por el deseo.

—Me encanta sentirte así. Necesito... Deja que...

Me sentía valiente, así que me despojé de la camisa. Cuando volvió a tumbarse sobre mí, gimió de nuevo, y me exploró con sus labios y sus manos. Entonces perdí la cordura, porque no me di cuenta de cuándo desapareció el resto de nuestra ropa. La noche era solo calor, luz del fuego y Fade. Presionó mi mano con la suya y no tardó mucho en empezar a jadear. En la necesidad de sus ojos había locura, pero yo no tenía miedo; jamás lo tendría de él. Se había contenido más de una vez y sabía que, si se lo pedía, se detendría. Pero, en lugar de eso, lo animé a seguir.

Me dolió un poco, pero había pasado por cosas peores. Mientras me abrazaba, me besó tan profundamente que no sentí nada excepto a él, y el resto fue maravilloso. Descubrí lo que tenía que hacer bastante rápido y, cuando terminamos, ambos estábamos sudorosos y sonriendo. Nos acurrucamos juntos y decidí que no me importaba estar desnuda a su lado. Con la persona equivocada aquello habría sido horrible, pero amaba a Fade con todo mi corazón.

—Así es como se tienen los niños —dije.

Fade se apoyó sobre un codo.

—Puede que ya haya uno en camino.

—¿Es posible la primera vez?

Quizá había que aprender a hacerlo bien primero.

—Creo que sí, pero no tengo claro los detalles. —Fade me besó la sien—. ¿Te ha gustado?

Para burlarme de él, simulé que tenía que pensarlo.

—Lo haría otra vez. Seguramente es como luchar: mejoraremos con el entrenamiento.

—No sé si sentirme triste porque no haya sido perfecto o emocionado por lo de volver a hacerlo.

—Lo segundo —le aconsejé.

Fade nos tapó con las mantas y me acurruqué sobre su pecho. Ya habíamos estado así antes, pero nunca sin ropa o mantas entre ambos. Aquello era lo que más me gustaba, después de las caricias y los besos.

—¿Estás asustada? —susurró.

Cerré los ojos contra el inexorable paso del tiempo.

—Mucho.

—Aún tenemos un par de horas —señaló.

Resultó que había un montón de cosas que descubrir en aquel tiempo. La segunda vez fue mejor, y entonces comprendí por qué Mamá Oaks había pasado tanto tiempo advirtiéndome. Seguramente era bueno que la mayor parte de los Cazadores lo descubrieran, o habríamos tenido más niños de los que podíamos alimentar.

Recogimos nuestra ropa en silencio, nos vestimos rápidamente y fuimos al lavadero para asearnos antes de encontrarnos con el resto de la Unidad D. Nunca antes me había sentido tan cerca de otra persona, fue como si el apareamiento hubiera destruido las barreras entre nosotros. Fade esperó mientras me bañaba, y después yo hice lo mismo. Cuando salió, no pude evitar besarlo; parecía imposible que una noche como aquella debiera terminar en muerte.

No la suya, recé en silencio. No la de Fade. Por favor, que no me lo arrebaten.

Tres horas antes del amanecer no reunimos en la orilla como habíamos acordado. Los barqueros se encontraban allí con nosotros y nos llevaron al otro lado por turnos. Ordené a los hombres que se sentaran en silencio y esperaran; no estaba segura de lo bueno que era el oído del enemigo, y aquel ataque no comenzaría hasta que todos llegaran a salvo al otro lado. Después pasé lista y me di cuenta de que faltaban algunos hombres. Al parecer no se atrevían a continuar y yo lo entendía.

—¿Estáis todos preparados? —pregunté.

—Sí, señor.

Fade me apartó a un lado. Los hombres se giraron y yo les agradecí su discreción. Sin embargo, no éramos los únicos que tenían que despedirse por si acaso. A nuestro alrededor se formaron otras parejas: Morrow con Tegan, Tully y Spencer, y también un par de hombres. El corazón me latía con fuerza en el pecho, tan fuerte que me dolía. Los momentos de dulzura y seguridad que habíamos pasado en la buhardilla parecían estar muy lejos. Lo abracé sin preguntarle si quería que lo hiciera, porque sabía que sí. Su respiración agitó mi cabello y, por un momento, solo escuché el latido de su corazón.

—Las perspectivas siguen sin ser buenas —le dije en voz baja.

Me tragué las lágrimas, ya que en aquel momento tenía que mostrar valor y fortaleza, justo lo que no sentía. Fade se separó de mí lo suficiente para poder levantar mi rostro hacia el suyo, y me habría ahogado en sus ojos.

—Para nosotros, nunca lo han sido. Recuerda donde nos encontramos.

Tenía razón; la vida en los túneles había sido horrible.

—Nunca lamentaré haber salido a la superficie. Nunca lamentaré nada.

Incluyendo lo que hicimos anoche. No dije aquello en voz baja, pero Fade me entendió. Siempre lo hacía. Cuando Seda nos hizo compañeros, él parecía entenderme mejor que yo misma, como si notara qué quería y qué cosas me harían feliz. Recordé cómo me había consolado, rodeándome con su brazo, y que aquel fue el primer paso hacia un mundo en el que él lo significaba todo para mí, donde sus caricias eran mi hogar.

—Deja que lo diga para que nunca lo olvides, por si esta es la última vez. Siempre te amaré, Deuce. No importa a dónde vayan las almas; la mía siempre estará observándote, *Solnyshko moyo*.

Aquellas palabras me partieron en dos.

—No. En lugar de eso, quiero una promesa. Prométeme que lucharás como nunca lo has hecho para que, cuando todo termine, puedas buscarme.

—Lo juro.

Pero no había garantías. Lo sabía incluso mientras le arrancaba la promesa, así que lo besé porque, si encontraba mi fin en forma de garras o colmillos, quería morir con el sabor de Fade en mis labios.

En un momento como aquel parecía adecuado dirigirse a los hombres, pero hacía frío y todos estábamos preparados para la pelea. Así que extendí la mano y Fade me entregó el encendedor de su padre. Clavé el artefacto en el suelo. Como Tegan me había dicho, encendí la mecha y después todos retrocedimos. Se produjeron unas chispas, salió disparado hacia el aire con una estela naranja y un silbido y después explotó en una cascada de colores. Durante un par de segundos todos miramos sobrecogidos, porque nunca habíamos visto algo así.

—Estoy contando —dijo Morrow.

Cuando llegó a doscientos, una luz se elevó al otro como respuesta, solo lo bastante alta para que pudiéramos verla. Tomé aliento profundamente, más asustada de lo que nunca había estado. Ya no creía que fuera una Cazadora y por tanto, que estuviera destinada a una muerte gloriosa. Si moría en batalla me dolería tanto como a los demás, y había demasiadas cosas que nunca llegaría a hacer. Pero el valor no era la ausencia de miedo; era luchar a pesar del nudo en el estómago.

—Esa es la señal. Buena caza, Unidad D.

Los hombres me lo repitieron y, en la tenue luz de antes del amanecer, vi su miedo y su incertidumbre. No podía hacer nada para remediarlo. Morrow se llevó a sus exploradores y Tully, Fade y Spence hicieron lo mismo con sus hombres. Thornton se mantuvo cerca de Tegan, atrás, y me alegré de que pretendieran protegerla. Quería agarrar a Fade y suplicarle que no fuera demasiado valiente o temerario. En lugar de eso, guie a los hombres como lo había hecho siempre, corriendo hacía el enemigo con las dagas preparadas.

La mayor parte de los Freaks del campamento estaban durmiendo, aunque había algunos intentando vomitar. Nunca antes los había visto vomitando. El modo en el que la bilis caía entre sus colmillos era asqueroso. No tendrían ninguna oportunidad de dar la alarma antes de que cayéramos sobre ellos. La Unidad D corrió hasta el corazón del campamento y lo apuñaló. Las tácticas que habíamos utilizado antes funcionaron de nuevo. Los hombres estaban armados con todo el licor que el propietario del bar nos había prestado sin saber para que lo necesitáramos, y lanzamos diez bombas incendiarias a la horda. Los rifles ladraron y escuché el suave sonido de la ballesta de Tully. Entre el caos y las embestidas perdí a mis oficiales de vista inmediatamente. Las bestias estaban por todas partes, tantas que no podía respirar, pero estaban torpes y lentas, como nos habían prometido, lo que significaba que los Gulgur habían mantenido su parte del trato.

El aire se espesó con el humo hasta que fue difícil ver contra quien luchábamos. Apuñalé a un Freak, y después a otro que se tambaleaba hacia mí. Uno más apareció de entre el miasma, pero llevaba una tira blanca de tela alrededor del brazo. Levanté mi daga como saludo y juntos atacamos al siguiente enemigo. Me dolió por él; podría

ser su padre o su madre el que sufriera bajo sus garras, pero no flaqueó.

Mis oídos se hicieron eco de los gritos y maldiciones, de los gruñidos y los gemidos de dolor. Había cadáveres por todas partes y no dejaban de oírse disparos mientras el acre olor de la sangre cargaba el viento. No sabía cómo lo estaban haciendo los míos; solo tenía la certeza de que, dejaba de luchar, moriría. La horda era enorme, numerosísima a pesar de la carne envenenada que estaba quemándoles las entrañas. Diez de ellos me rodearon, y más allá había diez más, y otros diez, hasta donde la noche y los juncos en llamas me permitían ver. Se escuchaban chapoteos en el río cercano, quizá los hombres luchando o huyendo.

El Uroch que estaba a mi lado golpeó a un Freak que pasó junto a él para llegar hasta mí, y yo terminé con él. Los monstruos estaban perplejos, incapaces de entender por qué estaban luchando contra los suyos. Seguí luchando hasta que me dolieron los brazos y los muertos se apilaron a mí alrededor. Aun así, siguieron apareciendo hasta el alba. De vería haber sido una visión inspiradora, la luz del sol sobre el agua, pero en lugar de eso solo iluminaba nuestras pocas posibilidades. La fuerza combinada de la Unidad D, los Uroch y los Gulgur no parecía ser suficiente. Habíamos matado a muchos, pero también muchos de nuestros soldados yacían heridos y agonizando en el sangriento campo de batalla, y los Freaks aún tenían un millar más que lanzarnos. Por el camino oí a Tully gritando a sus hombres que se reagruparan mientras los disparos se hacían cada vez más espaciados. Supuse, mientras me quitaba el sudor y la sangre de la frente, que los hombres se estaban quedando sin munición, y seguí luchando concentrada en el peligro inmediato. Un Freak desgarró al Uroch que estaba a mi lado, y fui demasiado lenta para salvarlo. El joven expulsó sangre por la boca y después cayó sin decir una palabra. Me quedé sola en el centro de la horda.

Necesito a Fade.

Pero tenía la garganta seca y estaba cansada después de tantas horas de combate. Gritar sería un desperdicio de aliento. Había Freaks hasta donde el ojo podía ver y parecían eufóricos, a pesar de su debilidad, porque creían saber cómo terminaría aquel combate. Seguí luchando con una ráfaga de renovada energía, alimentada por el recuerdo de toda la gente a la que jamás volvería a ver si me rendía. Me ardían los hombros, y mis brazos eran dos columnas gemelas de fuego.

Una nueva oleada de monstruos me tragó hasta que no pude ver nada más que la rugiente masa de garras y colmillos que intentaban apresarme. Con total determinación levanté las dagas, pero la fuerza de voluntad no era suficiente. Mi cuerpo tenía límites y yo ya los había alcanzado. Siguieron intentando golpearme; solo era cuestión de tiempo que uno de ellos tuviera suerte y me asestará el golpe mortal. *Corazón, garganta, muslo. Una de esas partes, y estoy acabada.*

Un Freak hundió sus dientes en mi antebrazo y otro me marcó el hombro. Con un movimiento que Stalker me había enseñado, corte la garganta del primero y giré bajo para golpear sus piernas. *Si no pueden mantenerse en pie, tampoco podrán luchar.*

Además eso me convertía en un objetivo más difícil. Sajé las venas de sus piernas y casi vomité cuando el rocío de sangre me salpicó la cara.

¿Cuántos quedan? Demasiados.

Tres de ellos murieron a mis pies y me quedé mirándolos fijamente, incapaz de entender lo que estaba viendo. Pero Tegan le había roto el cráneo a uno y Thornton se había ocupado del otro. El tercero... bueno. Gavin de Winterville llevaba la bandera en las manos y esta ondeaba en el viento; había empalado al Freak con el afilado extremo. Antes de que pudiera darles las gracias la cabeza de Thornton se movió bruscamente hacia un lado y su cuello se tiñó de rojo. El veterano cayó antes de que pudiera reaccionar, y ocho monstruos más se lanzaron sobre mí, Tegan y el niño. Gavin sacó la bandera del cuerpo de su víctima y la usó como vara, pero no tenía fuerza suficiente para convertirla en un arma mortal. Tegan y yo lo cubrimos lo mejor que pudimos, pero yo estaba muy cansada y, a juzgar por sus movimientos, a Tegan le dolía la pierna. Un médico no debería estar luchando en el campo de batalla, pero no tenía tiempo de ocuparse de los heridos. Uno de nuestros hombres grito piedad y la angustia atravesó brevemente su rostro porque no podía detenerse para hacer su trabajo.

Lo siento, intenté decirle, pero no tenía aliento. El dolor de mi costado estaba provocado por una compleja mezcla de extenuación y sufrimiento, tanto emocional como físico. Nunca había luchado un combate sin fin, pero aquello parecía que no iba a ninguna parte y que no tendría más final que la tumba. Tegan se tambaleó y la agarré, de algún modo, aguantamos mientras los Freaks nos embestían. Gavin no cesaba de dar muestras de gallardía, y ondeaba la bandera como si su poder pudiera alejar a los monstruos.

Tegan golpeó a un Freak y yo lo apuñalé mientras Gavin empalaba a otro. Era bastante bueno con aquella maldita bandera. Pero había demasiados.

—¡No voy a morirme! —Gritó Gavin—. ¡Se lo prometí a mi madre!

Su resistencia me dio la fuerza para matar a uno, y después a otro. Tegan pareció animarse también y apartamos a un lado el dolor hasta que tuvimos ante nosotras un montón de cadáveres tan alto que podría haberme subido sobre ellos. Y lo hice. Trepé sobre los cuerpos y caí al otro lado a través del aire cargado de humo. En otras partes, a lo largo del río, el combate continuaba.

Vi grupos de Uroch luchando contra los de su propia raza y a los Gulgur lanzando piedras con tiras de cuero desde los límites del campo de batalla. Cuando los Freaks se giraban para perseguirlos, los pequeñajos salían corriendo y desaparecían y, en ese momento, los monstruos eran atacados desde atrás. Exhausta, me detuve a recuperar el aliento, y mis dos camaradas hicieron lo mismo.

—¿Estamos ganando? —me preguntó Tegan. Negué con la cabeza.

—No lo sé.

Entonces, increíblemente, la esperanza apareció en forma de varias columnas de hombres que marchaban desde el sur y el este. Reconocí a Morgan a la cabeza de uno

de los grupos, así que debía ser hombres de Soldier's Pond. Vi a gente que había conocido en Gaspard, Otterburn y Lorraine; parecían cansados, pero todos tenían una expresión de determinación. La mayoría estaban mal equipados. No tenían uniformes, y algunos estaban armados con azadones y palas, cualquier cosa que hubieran podido coger rápidamente. Marlon Bean levantó una mano como saludo, y también Vince Howe.

John Kelley conducía su carreta a la cabeza y, cuando me vio, gritó:

—Has empezado sin nosotros, Cazadora. ¿Te importa si te quitamos a algunos de esos Mutantes de las manos?

—No ataquéis a los Uroch ni a los Gulgur —le respondí—. Están con nosotros.

Tegan le gritó rápidamente la descripción de nuestros aliados. Kelley parecía atónito, pero asintió y repitió las instrucciones a sus hombres. Nadie discutió. Había tanto movimiento que no sabía cuántos habían venido a unirse al combate ni cuántos Freaks quedaban, pero la esperanza resurgió en mi interior.

Corrí hacia los Freaks restantes con una ferocidad renovada. Mientras luchaba, busqué a Fade. A veces creía oír su voz gritando órdenes, pero no podía detenerme para buscarlo. Vi a Spence, que se había quedado sin balas y estaba usando su arma para aporrear la cabeza de los Freaks y atontarlos antes de apuñalarlos. Me sonrió, mostrando sus dientes blancos en un mugriento rostro, y me animó ver que había conseguido llegar hasta allí. Sus hombres lo rodeaban, los veinte que le quedaban de los cincuenta que había tenido al principio. Sus muertes me dolieron, pero no podía detenerme.

No cuando estábamos tan cerca.

Había perdido de vista a Tegan y a Gavin. Entonces vi al chico levantar su bandera para clavarla en un Freak que Tegan había abatido para él.

—Esto es por Stalker.

No sabía cómo podía estar tan seguro de que era el mismo, pero me abrí camino hacia ellos. Cuando miré al monstruo en el suelo reconocí la cicatriz que le cruzaba el ojo izquierdo. Quizá no debería importarme, porque eso no me devolvería a mi amigo, pero asentí.

—Buen trabajo.

El tono de la batalla cambió en cuestión de minutos. No eran soldados, pero sí hombre valientes, y luchaban con ferocidad. No sé si fue una hora o si fueron cinco, pero al final la horda cayó. Los Freaks intentaron huir, pero los fusileros de Soldier's Pond habían pasado años practicando para aquel día, y los abatieron.

En el bando enemigo no quedaron supervivientes.

Los cuervos cayeron sobre los muertos mientras aún estábamos intentando ayudar a los vivos. Tegan estaba consternada; no teníamos ningún plan si vencíamos, ni instalaciones para los heridos. Grito a la gente que la ayudara a alejar las camillas del campo de batalla, y los hombres respondieron a su llamada. Encontró a una mujer de aspecto capaz para que le hiciera de enfermera y discutieron el mejor modo de salvar tantas vidas como fuera posible.

En cuanto a mí, estaba buscando a Fade. Caminé entre los cadáveres mirando sus rostros ensangrentados. Cada vez que veía a un hombre delgado, o una mata de cabello negro, me quedaba sin aliento y sin valor. Necesitaba toda mi fuerza de voluntad para seguir buscando. Encontré muerto a Zach Bigwater y deseé que hubiera encontrado la paz, la redención a su cobardía pasada. Yo sabía que había luchado con ferocidad, y susurré: «Gracias».

Un par de minutos después le di la vuelta a Harry Carter. El hombre estaba sonriendo, como si hubiera visto algo adorable antes de morir. El miedo arraigó en mi estómago. *Fade me lo prometió. Estará bien. Solo tienes que encontrarlo.*

Di con Spence por accidente. Estaba junto al río, rodeado de cadáveres y medio oculto por una loma. Los pájaros negros de ojos brillantes se acercaron sobre sus patas, y con un grito lo obligó a alejarse revoloteando. Demasiado tarde, vi que tenía a Tully entre sus brazos. El carcaj estaba vacío, y sus cuchillos no estaban a la vista. Su sangre se había coagulado y se había vuelto marrón, pero él no la soltaba. La abrazaba y acunaba. Abrió los ojos cuando me vio, parecía demasiado joven para tanto dolor, con su cabello cobrizo y su rostro lleno de pecas.

—No podía encontrarla. —Su voz era un canto nacido del dolor—. Llegué demasiado tarde.

Caí de rodillas y le puse la mano en el hombro.

—Lo siento. Lo siento mucho.

Tully siempre decía que me cansaría de ella. Nunca... Nunca... Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Quizá no lo dijo en voz alta, pero sabía que la querías. Era evidente.

—No puedo más. —Sin advertencia previa, dejó caer el cuerpo de Tully y buscó su arma.

Le agarré el brazo, aterrorizada, y forcejeé con él para quitársela usando toda mi fuerza para apartar el cañón de su cuerpo. Me golpeó lo bastante fuerte como para que se me nublara la vista, pero le clavé los dedos en el brazo y no lo solté. Giramos en el barro y me coloqué encima, a punto de desfallecer. No podía dejar que muriera. Afortunadamente, su estallido de rabia no duró mucho y, cuando se rindió, tiré el arma al río.

—Encontraré otra —me dijo débilmente.

—¿Crees que ella querría que hicieras eso?

Sus ojos azules me miraron tan duros como hielo.

—No. Pero está muerta, y no puede decir nada.

—Recomponte. Hay gente entre los vivos que aún necesita tu ayuda, y yo no te he dado permiso para abandonar tu labor.

Spence me ofreció una brusca sugerencia sobre dónde podía meterme mis órdenes y, si no hubiera estado tan preocupada por Fade, habría sonreído. En lugar de eso, me puse en pie y señale.

—Lleva a Tully hasta el hospital de campaña. Cuando hayamos terminado con los heridos, nos ocuparemos de los muertos.

Discutió un poco, pero, al final, cogió a su amada en brazos y la llevó hasta Tegan, llorando sin vergüenza alguna. La chica entendió inmediatamente a quién llevaba y qué significaba para Spence. Tegan llamó rápidamente a Morgan, que tenía algunas carretas. Sus hombres debían de haber cruzado el río para pedir ayuda a Rosemere.

—Necesito que te ocupes de ella por mí —le dijo Tegan.

—Lo haré. —Morgan había demostrado que era tan firme como una roca, así que podíamos confiar en su palabra.

—¿Cómo demonios conseguisteis llegar justo a tiempo? —le pregunté.

—Gracias a los comerciantes. Estuvieron semanas arengando a los pueblos de los territorios para que enviaran hombres. En el último viaje que hicieron sin vuestra protección juraron que no habría más provisiones hasta que todos nos pusiéramos las pilas e hiciéramos nuestra parte.

—Les debemos la vida. —Bajé la voz y eché un vistazo a Spence, que estaba como un fantasma junto a Tegan—. No está bien. ¿Podrías vigilarlo mientras sigo buscando? Faltan algunos hombres.

Morrow, Fade y Rex. No podía pronunciar los nombres de los hombres a los que había perdido.

Morgan asintió.

—¿Sabes? La coronel Park quiere hablar contigo lo antes posible.

Era curioso que se refiriera de un modo tan formal a su propia esposa, pero el rango de su mujer hacía que su relación fuera un asunto privado.

—Tengo un montón de cosas que hacer primero, pero cuando termine me dirigiré a Soldier's Pond.

Sin hablar más, continué mi labor. Encontré a Rex poco después y el estómago se me revolvió cuando lo vi allí tirado. Mamá Oaks jamás me perdonaría que le hubiera arrebatado a otro hijo. Pero cuando puse los dedos en su garganta encontré pulso. Lo examiné de la cabeza a los pies y encontré una herida en su pecho y una magulladura en la mandíbula. Como estaba cubierto de sangre, los Freaks, confusos por el envenenamiento, debían de haber creído que estaba muerto.

Lo sacudí suavemente y le acerqué una jarra a la boca. Al principio el agua corrió por su cuello, pero al parecer eso fue suficiente para que recuperara la consciencia. Me apartó las manos e intentó ponerse en pie, con la mirada borrosa. Entonces se concentró en mí y se dio cuenta de que estaba aún vivo.

—Menuda sorpresa —dijo.

—Una buena. Ponte en pie. Necesito que me ayudes a encontrar a Morrow y a Fade.

En realidad estaba interesada en descubrir si podía levantarse, lo que me daría una idea de la gravedad de sus heridas.

Con mi ayuda, Rex se incorporó y miró a su alrededor. Palideció.

—Esto es...

—Si —dije en voz baja—. Lo es.

Aunque su paso era inseguro parecía estar bastante bien, así que se mantuvo a mi lado mientras separaba a los vivos de los muertos. Encontramos a tres hombres que parecían haber fallecido, pero les encontré pulso y llamé a los ayudantes de Tegan para que los ayudaran. Aquella era una tarea terrible y agotadora. En algún momento, pasado el mediodía, Szarok me encontró. Sus duros rasgos me eran familiares de un modo que me parecía extraño, teniendo en cuenta que solo habíamos pasado una noche hablando. Rex se acercó a mí instintivamente, hasta que recordó que los monstruos se habían muerto.

—Tus soldados lucharon bien —me dijo.

—Y los tuyos. Uno de ellos me salvó la vida.

—Ojalá hubiera un modo de extraer los recuerdos se perdiera. —Antes de que pudiera contestarle se acercó otro Uroch y ambos sisearon y gruñeron una conversación. Después el otro se marchó apresuradamente—

—Tenemos que establecer los términos de nuestra alianza. Nos quedaremos en Appleton. Aunque el modo en el que la adquirimos fue lamentable, dudo que tu gente quiera asentarse allí ahora.

—No tengo el poder de...

—Y un carajo que no —me interrumpió Rex—. Tú guiaste este ejército. Tú uniste a todas las personas capaces de los territorios que estaban dispuestas a luchar. Tú derrotaste a la horda. Así que, si ofreces Appleton a nuestros aliados, nadie se atreverá a discutirlo.

¿Sería eso cierto? Suponía que sí.

—Está bien. Appleton es vuestro. Este no es el momento adecuado para hablar de ello, pero tendremos que hacer... —Ni siquiera conocía la palabra adecuada.

—Tratados —me ayudó Rex—. Acuerdos comerciales. Y los Uroch seguramente deberíais seguir llevando esos brazaletes, al menos hasta que el último de los viejos Mutantes haya desaparecido.

El dolor se reflejó en los ojos dorados de Szarok. Los monstruos de los que Rex estaba hablando tan despreocupadamente eran su gente. No los habíamos matados a

todos; habría rezagados en el bosque y en el campo, pero, si teníamos cuidado, morirían en un par de años y su legado de violencia lo haría con ellos.

Pero no pude evitar preguntarme algo.

—¿Podrían aparearse los pocos que quedan y empezar el ciclo de nuevo?

Szarok negó con la cabeza.

—Ya han pasado la edad de la reproducción. El futuro de mi pueblo descansa ahora en nuestras manos.

—Me alegro de oírlo —murmuró Rex.

El Uroch le echó una mirada dura antes de decir:

—Regresaremos a Appleton ya. Estos cuerpos no significan nada para nosotros, ya que no podemos recoger sus recuerdos. Pueden quedárselos los cuervos.

En aquello éramos diferentes, pero yo no lo juzgué.

—Quizá sea lo mejor. No sé cómo reaccionarán los hombres ahora que la batalla ha terminado.

Rex asintió.

—La paz necesita tiempo.

—Los Gulgur han vuelto a sus madrigueras —continuó Szarok—. Me pidieron que te dijera que enterraras a sus muertos con los tuyos. No sé si están interesados en tratados o acuerdos comerciales, pero se alegrarán de saber que es seguro salir a la superficie, si deciden hacerlo.

—Me ocuparé de ello. Dales las gracias de mi parte —le dije.

Levantó una garra, se giró e hizo una señal a sus guerreros supervivientes con otra de esas cosas explosivas. Se marcharon siguiendo el curso del río y desaparecieron de nuestra vista, así que continué identificando cadáveres. Con cada cuerpo que giraba y cada rostro que examinaba, mi esperanza se volvía más débil. El sol había pasado su cenit cuando encontré a Morrow.

—¡Tegan! —grité, sabiendo que dejaría todo lo que estuviera haciendo para ayudarlo.

Estaba cubierto de tantas heridas que no sabía cómo podía seguir respirando. Vinieron dos hombres con Tegan, alertados por mi brusquedad, y lo llevamos hasta la tienda que habían montado lejos de los cadáveres. Supuse que la habían traído de Rosemere, y les di las gracias en silencio por su ayuda. Había hogueras y agua hirviendo en enormes cazuelas, y las mujeres de la aldea se movían entre los soldados heridos con vendas que parecían haber rasgado de velas.

—Alguien debería ir a buscar a su padre —dije.

Por si no sobrevive.

Deseé haber permitido que informara al gobernador como él quería. En ese caso, podrían haberse despedido. Pero Tegan me echó una mirada con una negación tan feroz que retrocedí hasta la entrada de la tienda.

—Nadie va a ir a ninguna parte. Tráeme una maldita cazuela de agua, trapos limpios y mi bolsa médica.

Hice lo que me pidió y después Rex y yo la ayudamos mientras limpiaba las heridas y después preparaba el ungüento que había salvado a Harry Carter. Vertió la pestilente mezcla con una mano firme sobre las mordeduras y heridas de Morrow. Sus hombres se habían enterado de su estado, y quince de ellos esperaban fuera de la tienda. Habíamos sufrido muchas bajas antes de que llegaran los refuerzos... Interrumpí ese pensamiento mientras limpiaba la sangre que se filtraba de su costado. No podía permitir que el miedo y el dolor me distrajeran. La vida de un amigo pendía de un hilo.

Pareció pasar una eternidad antes de que Tegan terminara de trabajar con el cuentacuentos. Estaba tan pálido que no parecía que le quedara sangre en el cuerpo. La chica cayó de rodillas y presionó la mejilla contra la suya; aquel me pareció un momento adecuado para salir de la tienda. Tropecé, pero no había nada donde pudiera agarrarme, solo la hierba del suelo.

Rex me prestó su brazo como apoyo y me dijo: Tienes que comer algo.

—No puedo. Tengo que encontrar a Fade.

—Come —me exigió con cariño—. O le diré a mamá que no haces caso a tu hermano.

Asentí, temblorosa, pero solo porque sabía que, si me desmayaba, nunca encontraría a Fade. Si estaba herido y no podía gritar pidiendo ayuda, si estaba enterrado bajo un montón de cadáveres... Al pensarlo me estremecí. Si no había mantenido su promesa, aquella batalla nunca terminaría para mí.

Rex me condujo hasta una fogata donde las mujeres de la aldea estaban calentando sopa. Cogí un cuenco de madera y me lo bebí de un par de tragos furiosos... furiosos porque el dolor me destrozaría si no me ponía una armadura protectora. A continuación bebí un poco de agua y miré a Rex.

—¿Ya estás contento? ¿Puedo seguir buscando?

Sabía que mi hermano no se merecía que le hablara en aquel tono, pero él asintió.

—Seguiremos buscando.

Más cadáveres giraron bajo mis manos, más rostros muertos para acosar mis sueños. A mi lado, Rex estaba serio y en silencio, pero me alegraba de contar de él. Ahora que Tegan trabajaba sin descanso con los pacientes y que los hombres estaban buscando a sus amigos y seres queridos, de otro modo habría estado sola. Y, sin su tranquila determinación, seguramente estaría gritando y arrancándome el cabello. Llevábamos bastante tiempo buscado y empezaba a oscurecer cuando Gavin llegó corriendo hasta nosotros.

El niño jadeaba tanto que apenas podía hablar, así que sus palabras salieron a empellones.

—Deuce, por aquí... Por favor. Date prisa.

Su urgencia era contagiosa. Me puse en pie y corrí a trompicones tras él. La orilla del río era un caos de cuerpos y muerte. Había siluetas pequeñas, los Gulgur, y más grandes, Uroch que llevaban brazaletes; aldeanos con azadones junto a ellos, y los

hombres caídos de la Unidad D. El hedor empezaba a ser insoportable. Si no hacíamos algo pronto, los cadáveres envenenarían el río, destruyendo la tranquila belleza que tanto había admirado. Rex corrió a mi espalda con paso cada vez más firme.

Esperaba de todo corazón que fueran buenas noticias.

Gavin condujo el camino con la sanguinolenta bandera todavía ondeando al viento. El niño cojeaba al correr, pero, si era capaz de moverse, estaría muy bajo en la lista de heridos a los que Tegan tenía que ver. Había muchos que no superarían la noche, quizá el pobre Morrow. Mis propias heridas me escocían mientras pateaba la tierra intentando mantener el ritmo.

Cuando el chico se detuvo vi que había un cuerpo delgado sobre la tierra. Y había tanta sangre, tanta, sobre su rostro, que tenía miedo de acercarme más. Cuando estaba punto de gritar, Fade abrió los ojos.

El alivio me ahogó y perdí el aliento.

—Me prometiste que me buscarías.

Fueron necesarios treinta y dos puntos para reconstruir a Fade. Mientras Tegan cosía, yo caminaba de un lado a otro con Rex como si fuera mi sombra, porque parecía pensar que iba a hacer alguna locura. Afortunadamente, Fade se desmayó antes de que Tegan terminara. Cuando levantó la cabeza, la chica tenía los ojos sombríos.

—Está herida podría ser complicada.

—Dame todo lo que el doctor usó contigo. Yo me ocuparé de él y combatiré la infección.

Tegan me entregó un montón de hierbas secas y remedios embotellados sin protestar. Escuché sus instrucciones, las memoricé, y después me dirigí a Rex.

—Necesito tu ayuda para llevarlo a Rosemere. No podemos quedarnos aquí.

En respuesta, mi hermano cogió a Fade en sus brazos y nos marchamos de la tienda médica. Tegan se quedó junto a Morrow mientras esperaba a que le llevaran el siguiente soldado. Gavin vino con nosotros. Estaba ansiosa por escapar de aquel olor a muerte. Había moscas por todas partes que zumbaban entre los juncos y ponían sus huevos en algo que no podía ver. Rex gritó a un barquero; estaban en constante movimiento, trayendo y llevando suministros y heridos sobre el agua. Estaba desesperada por llegar al santuario que representaba Rosemere. Aunque en tierra firme no hubiera peligro, necesitaba alejarme del campo de batalla.

Un pescador llegó a la llamada de Rex. No podía acercarse a la orilla, ya que su bote zozobraría, así que nos metimos en el agua y ayudé a mi hermano a subir a Fade al bote. Gavin subió solo, con la bandera aún en la mano. Parecía un trapo y estaba manchada de sangre y barro, pero mi amuleto aún se discernía en el centro. Subí al bote torpemente y el hombre nos llevó en silencio a la isla Evergreen. Los pescadores charlaban en los muelles sobre la batalla, y algunos voluntarios se habían reunido para ir a ayudar con los heridos.

Nuestro barquero volvió a cruzar y lo acompañaron dos botes más, por si era necesario. Los aldeanos me acribillaron a preguntas y les respondí con desgana, sin pensar en nada más que en poner a Fade a salvo. Justo cuando estaba a punto de perder los nervios, Stone se abrió paso a través de la multitud. Su atractivo rostro se iluminó, aliviado, cuando me vio.

—Deja que lo coja —dijo Stone, pero mi hermano negó con la cabeza.

Debía de ser cuestión de orgullo, porque Rex tenía que estar tan cansado como yo. Stone guio el camino hasta su casa, donde Thimble estaba esperándonos con Robín sobre su cadera. Retrocedió para dejarnos entrar con el rostro arrugado por la preocupación.

—¿Está grave? —me preguntó. Aún no lo sabía, de modo que me mantuve en

silencio y ella empezó a ocuparse de Gavin y Rex, que parecían complacidos con sus cuidados.

—Si queréis podéis ir a lavaros. Luego os daré de comer y podréis descansar en la buhardilla.

Stone llevó a Fade a la habitación de Robín; era pequeña, casi un recoveco, pero lo suficientemente grande para una cama pequeña con colchón de plumas.

—Robín dormirá con nosotros un par de noches. ¿Necesitas algo?

—Un poco de sopa y agua. Y vendas limpias.

Cuando se marchó, despojé a Fade de los harapos en los que se había convertido su ropa. Tenía varios cortes menores en los hombros y en el pecho, aunque ninguno tan importante como la herida de su costado. El estómago se me tensó cuando recordé cómo había atravesado la aguja su músculo para unirlo antes de coser la piel. Stone regresó con lo que le había pedido y lavé a Fade de la cabeza a los pies. Afortunadamente, estaba aún inconsciente.

Nunca se me pasó por la cabeza que pudiera morir, ni siquiera cuando le subió la fiebre aquella noche. Sudó y se agitó mientras lo bañaba y le aplicaba los tratamientos que Tegan me había dado. Había infusiones especiales y cataplasma para alimentar la infección. Mientras atendía a Fade, los demás enterraron a los muertos, quemaron los cadáveres de los Freaks y limpiaron el campo de batalla. No dormía demasiado; me recostaba en una manta en el suelo junto a su cama. No era cómodo, pero al menos podía sostenerle la mano. Estaba convencida que, si no me apartaba de él, su fiebre desaparecería y su cuerpo sanaría. Seguramente estaba engañándome a mí misma, debido a la falta de sueño y de comida, pero no pensaba moverme. Thimble lo intentó, pero le gruñó y salió de la habitación.

El tercer día, la chica apareció en la puerta de nuevo.

—¿Cómo está?

—Mejor, creo. ¿Se sabe algo de Morrow?

—Tegan está con él en casa del gobernador. Casi murió durante la noche, pero le abrieron una de las heridas y lo trajeron de vuelta.

—¿Infección múltiple? —Eso explicaba por qué no había venido a vernos.

Thimble asintió con seriedad.

—¿Por qué no me contaste lo de la batalla, Deuce?

—Porque sabía que lucharías. Y también Stone. Ambos creéis que tenéis que compensarme de algún modo, pero tenéis que pensar en Robín, que es mucho más importante que un estúpido sentimiento de culpabilidad.

—La superficie te ha sentado bien —me dijo, sonriendo—. Eres más lista que antes.

—Ahora entiendo mejor a los demás. Pero eso no me hace siempre feliz.

Pensé en Stalker, y la melancolía me retorció el corazón. Fade gimió y le di un poco de agua con una cuchara. Thimble se marchó sin hacer ruido. Tenía los labios secos y pálidos, y las mejillas marcadas de color. Sabiendo que le dolería, le cambié

el vendaje de su herida. Supuraba un poco, como Tegan me había advertido, pero la cataplasma evitaba que se hinchara y se pusiera roja. Preparé un poco más del emplasto negro y le embadurné los puntos; no parecían limpios, ni saludables, pero Tegan me había prometido que eso era lo que había usado el doctor Tuttle para salvarle la vida. Y cuando secaba olía fatal, como si de verdad estuviera extrayendo las impurezas. Se la quité y comencé de nuevo con el vendaje.

Me vino el periodo al día siguiente, lo que según Mamá Oaks significaba que no estaba embarazada. Fue un alivio, tenía que preguntarle cómo evitar el embarazo la próxima vez que la viera. No era que estuviera en contra, pero quería tener hijos solo cuando estuviéramos preparados. Ahora que Fade estaba tan grave, definitivamente no era el momento.

Pasaron cinco días más o menos del mismo modo, pero, durante la noche, le bajó la fiebre. Y cuando abrió los ojos estaban tan claros como el cielo nocturno, y me reconoció. Ni siquiera me sorprendió, solo me sentí abrumada de amor y satisfacción, como si mi tenacidad hubiera tenido algún impacto en su salud. Su bonita boca se curvó en una sonrisa.

—Tienes un aspecto horrible —susurró.

—Entonces hacemos buena pareja.

—Me duele el costado como si alguien me hubiera marcado con un hierro al rojo vivo.

—No me sorprende. La garra de un Freak te abrió en dos.

Exhaló e intento acercarse a mí. El movimiento le provocó un grito de dolor, así que me senté en el borde de la cama.

—Para, estoy aquí. No te he dejado solo ni un segundo.

—Recuerdo la batalla... Los Gulgur esquivaban a los Freaks y les lanzaban piedras. No eran feroces, pero si molestos. Maté a un montón de monstruos que fueron lo suficientemente tontos como para intentar perseguirlos.

Asentí sonriendo.

—Hicieron su parte. Me pregunto si Jengu estará aún por ahí.

—Eso espero. —Hizo una mueca al tocarse los puntos con los dedos, y detuve su mano cubriéndola con la mía—. Cuando llegaron los refuerzos me volví descuidado. Intenté llegar hasta ti, pero debí de desmayarme.

—Gavin te encontró. Yo estuve buscándote todo el día.

—Entonces le debo una.

Fade se movió para que el costado herido le doliera menos, y me acercó a él. Debía de apestar, pero teniendo en cuenta el olor de la pasta que embadurnaba su herida, era posible que no lo notara.

—Y yo también.

Por primera vez en días, me acurruqué y me dormí. Después de eso Fade mejoró constantemente, lo suficiente para mantenerse despierto durante horas, comer solo, y beber las interminables tazas de un té de hierbas que Thimble afirmaba que aceleraría

su recuperación y que Fade decía que sabía a rayos. Me relajé lo suficiente como para tomar un baño y peinarme.

—¿Cómo está Morrow? —le pregunté a Tegan la primera vez que vino a vernos.

—Sanando, pero más lento que Fade.

Sus profundas ojeras indicaban que estaba cuidándolo con el mismo cariño que yo a Fade, pero seguramente aún no se había dado cuenta de lo que eso significaba. Me pregunté cuanto tardaría en darse cuenta de que estaba enamorada de él. Sin embargo, ella había dejado que la ayudara su familia, y yo era como una madre osa con un solo cachorro; gruñía y amenazaba para alejar a todo el que se acercaba a mi hombre.

—¿Cuántos quedan de la Unidad D?

—He estado repasando el diario de Morrow mientras lo atendía.

Menos de setenta.

Incliné la cabeza unos segundos.

—Necesito sus nombres.

—Le pediré a Sands que haga una lista. Tegan se marchó poco después.

Solo uno de los exploradores de Stalker había sobrevivido a la batalla. Como había estado con nosotros desde el principio, seguramente conocería los nombres de los muertos y su procedencia. *Es el momento de cumplir mi promesa.* Un poco de comida y sueño había hecho milagros en mí, sobre todo desde que sabía que cuando cruzara el río ya no habría nada que temer.

Al día siguiente, Fade protestó cuando lo besé la frente y le dije:

—Te veré pronto.

Intento seguirme, pero aún no estaba recuperado del todo. Empezó a maldecir, pero se detuvo rápidamente cuando Thimble metió la cabeza en la habitación con gesto feroz.

—Si mi hijo aprende ese lenguaje de ti, Fade, te las verás conmigo.

—Déjame acompañarte. —La voz desesperada de Fade me siguió, y me giré.

—Tienes que curarte... y yo tengo que terminar esto antes de que caiga la nieve. No te preocupes. Esta es la última vez que estaremos separados. Te lo prometo.

No le gustó, pero se acomodó en sus cojines. Volví rápidamente y lo besé para darle una motivación, y después salí de la casa, sabiendo que no podía retrasarme o mi decisión flaquearía. No deseaba realizar aquella tarea, pero mi conciencia no descansaría a menos que diera a aquellas familias la mala noticia sobre sus seres queridos. Se merecían saber lo que había pasado, por qué sus hijos e hijas no iban a volver a casa.

Tras una pequeña búsqueda encontré a Rex y a Spence en el bar. Morgan se había tomado mi petición en serio y, antes de marcharse, ordenó a mi hermano que vigilara a Spence. Después de la muerte de Tully no estaba en sus cabales, y aún estaba buscando un modo de hacerse daño. Esperaba que su dolor disminuyera con el tiempo.

—Cuando esté mejor —les dije a ambos—, me gustaría que lo llevarais a Soldier's Pond. Os vendría bien una carreta. Yo iré tan pronto haya terminado una última tarea.

—Extender la noticia. Los ojos azules de Spence estaban tristes e inexpresivos.

Asentí.

—¿Lo haréis?

—Nos ocuparemos de él —me prometió Rex.

Thimble me recibió en la puerta de la casa con mi mochila; seguía siendo tan ingeniosa como recordaba de nuestros días en los túneles. Debía de haber adivinado que me marcharía tan pronto como fuera posible para terminar con aquel triste viaje. La abracé con fuerza, pero no le dije adiós. Ahora que sabía que estaban allí, volvería. Solo tenía que viajar un poco más.

Para mi sorpresa, Gavin se encontró conmigo en los muelles. Aún tenía la bandera de la Unidad D, pero la había quitado del asta y la llevaba sobre los hombros como una capa. No tuve corazón para decirle que estaba ridículo; parecía muy orgulloso de aquel trapo sucio. Quizá Mamá Oaks pudiera hacerle un abrigo de verdad cuando llegáramos a Soldier's Pond, uno con nuestro emblema, si eso lo hacía feliz.

—Voy a ir contigo —me dijo. No intenté disuadirlo.

—Sabes que será un viaje largo y triste. Se encogió de hombros.

—No tengo ningún otro sitio al que ir.

Los supervivientes de la Unidad D se habían separado mientras me ocupaba de Fade y se habían marchado de Rosemere en parejas y tríos para volver a sus hogares. Parte de mí habría deseado darles algo para recompensar su valor, pero solo tenía palabras y yo nunca había sido buena con ellas. Me alegraba de que se hubieran marchado antes de que pudiera estropear sus alegres pensamientos.

Un barquero nos llevó al otro lado del río. Nos mostró un extraño respeto. Cuando me incorporé para bajar del bote, me besó el dorso de la mano. Me aparté y lo miré, perpleja.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté.

—Porque tú eres la cazadora —me dijo—. Y has ganado la Guerra del Río. Has conseguido que los territorios vuelvan a ser seguros.

Lo había conseguido con un montón de sangre y dolor, con muchos sacrificios de personas más listas, valientes y mejores que yo. Pero sus palabras me desconcertaron tanto que dejé que Gavin tirara de mí para que saliera de la barca y todo el camino por el agua hasta la orilla. Eché una mirada atrás, pero el hombre ya estaba moviendo la vela para regresar a la isla Evergreen.

Cuando Gavin y yo volvimos al campo de batalla, este se había convertido en un cementerio. Hilera tras hilera de señales de madera se alzaban ordenadamente para conmemorar el lugar donde habían muerto tantos hombres y mujeres valientes. Me detuve unos segundos con la garganta tan tensa que no podía respirar. El niño me dio

la mano y se la apreté. Pensé en la ausencia de Stalker, Tully y Thornton estaban seguramente enterrados bajo aquellos montículos negros.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué ellos, y no tú? —me preguntó.

—Todo el tiempo.

Las rutas comerciales estaban extrañamente despejadas. Tras la derrota de la horda, los ancianos supervivientes se estaban escondiendo, y no había duda de que cazarían presas pequeñas hasta que murieran. Si se envalentonaban demasiado de nuevo, los Uroch nos avisarían. De vez en cuando veíamos a nuestros aliados en la carretera, atareados con sus quehaceres. Llevaban brazaletes blancos y levantaban sus afiladas garras como saludo. Me pregunté si alguna vez llegaría a acostumbrarme a aquello.

Gavin y yo viajábamos sin problemas, y como era otoño era sencillo encontrar comida: bayas y frutos secos, fruta madura en árboles silvestres y gordas liebres perezosas después de comer todo el verano. De ese modo viajamos de pueblo en pueblo, llevando las noticias. Gavin se mantenía a mi lado cuando hablaba con las familias, una a una. En Gaspard no fueron muchos, pero en Lorraine los llantos fueron desoladores. Nos quedamos allí durante dos días, contando historias que pudieran consolar a los apenados familiares sabiendo que sus seres queridos habían sido héroes. Y era cierto, por supuesto; hasta el último de ellos había luchado heroicamente. Para ser un héroe no era necesario llevar a cabo una osada hazaña; solo había que tener el valor suficiente para quedarse cuando todos los demás huían.

En Lorraine también visité la tumba de Stalker. Como me prometieron, se había tallado su nombre en la lápida: Stalker el Lobo. Rocé las letras con reverencia. Gavin me miró en silencio un par de minutos.

—¿Lo echas de menos? —me preguntó.

—Todos los días.

Hemos ganado, amigo mío. Ojalá hubieras estado allí para verlo.

A continuación fuimos a Otterburn, y me sorprendió un poco porque no esperaba que hubiera enviado a alguien. El mesonero se había mostrado muy firme sobre el tributo y su determinación de no verse involucrado en la guerra. Pero en mi lista quince nombres, hombres y mujeres que habían decidido que era mejor luchar que esconderse.

—Qué pueblo más feo —me dijo Gavin cuando nos acercamos.

Aunque estaba de acuerdo no era adecuado decirlo, porque los residentes podían oírnos, así que le pedí que se callara. La gente estaba reuniéndose; al principio no entendía por qué, pero John Kelley alzó la voz.

—Me preguntaba cuándo llegarías.

El comerciante debía de haber informado a la gente de mi misión, de modo que estaban todos preparados y esperándome. Sin demorarme más leí los nombres y dos mujeres cayeron de rodillas llorando. Los demás las consolaron. Estaba cansada de caminar, cansada de dar malas noticias, pero aún teníamos que pasar por Winterville

antes de poder regresar con mi familia a Soldier's Pond. Rex, Fade y Spence debían de estar allí ya.

Eso esperaba en cualquier caso.

—Gracias —dije, caminando a través de la multitud que ya se estaba dispersando para encontrarme con el comerciante—. Si conseguimos ganar la Guerra del Río fue gracias a que chantajeaste a los pueblos para que enviaran ayuda.

El hombre sonrió.

—No fui yo solo. Vince Howe y Marlon Bean también se pusieron manos a la obra. Todos pegamos algunos tiros ese día. No me he sentido tan vivo en años.

—Fue un día para recordar —admití.

Y no solo en el buen sentido. Pero no iba a estropear el momento con mis recuerdos más oscuros.

—¿A dónde iréis ahora?

—Mañana saldremos hacia Winterville —le dije—. Después iremos a Soldier's Pond.

—Os invitaré a una ronda en el bar, si queréis. Negué con la cabeza.

—Tengo que buscar a alguien aquí.

—¿A quién? Es posible que lo conozca. Otterburn es un lugar muy pequeño.

Intente recordar a la niña que Szarok me había metido en la cabeza, y después hice todo lo posible para describirla.

—No sé cómo se llama y seguramente ahora será unos diez años mayor.

—No hay muchas chicas de cabello negro y ojos azules viviendo por aquí. Deja que pregunte.

Antes de que pudiera decirle que aquella era mi responsabilidad, John Kelley se marchó.

Y, honestamente, estaba tan cansada que no me importó. Abrí mi mochila y me comí algunos frutos y bayas que habíamos recogidos de camino al pueblo. A mi lado, Gavin devoró su parte; me había dado cuenta de que siempre se mantenía cerca de mí y de que compartíamos gestos cómplices a menudo. En cierto momento durante las últimas semanas, nos habíamos convertido en familia.

John Kelley llegó un poco después con noticias.

—Hay dos chicas que podrían ser la persona a quien estáis buscando.

¿Queréis que te las traiga?

—Si no te importa, sí, por favor.

Reconocí a la niña del recuerdo de Szarok a primera vista, así que le pedí a la otra que se marchara. Cuando lo hice, pareció ponerse nerviosa. Era un año más joven que yo y tenía el cabello largo y negro, y los ojos como el centro de una flor. Antes de que pudiera detenerla se puso de rodillas, como si yo fuera el príncipe de alguna de las historias de Morrow. Miré a Gavin, sorprendida, y el chico se encogió de hombros. Había pasado demasiado tiempo conmigo en la carretera como para pensar que yo era especial.

Un grupo de habitantes de Otterburn se detuvieron para enterarse de lo que quería de ella, pero los ignoré. Cuando la ayudé a ponerse en pie, la chica estaba temblando. Mantuvo la mirada baja.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté amablemente.

—Millie, señora.

No sabía si debía decírselo en privado, pero pensé que un reconocimiento así seguramente elevaría su posición social en el pueblo y se lo merecía.

—¿Recuerdas haber ayudado a una criatura herida en el bosque, cuando eras pequeña?

Levantó la cabeza bruscamente.

—Sí, señora.

—Lleva animales heridos a casa continuamente para curarlos —me informó un hombre.

—Pero no era ni un conejo ni una ardilla, ¿verdad, Millie? Palideció.

—No. ¿Estoy metida en un lío? Nunca lo traje cerca del pueblo.

—Justo lo contrario —le aseguré—. En realidad he venido para darte las gracias, porque lo que hiciste cuando eras pequeña nos has salvado la vida a todos.

Por su expresión parecía no tener idea de lo que estaba diciendo y seguramente creía que yo estaba loca. Así que le expliqué lo que Szarok me había contado (omitiendo que había compartido el recuerdo conmigo directamente) y, cuando terminé, todos los de Otterburn la miraron como si fuera la mayor heroína que hubieran visto nunca.

—Entonces, ¿se acordó de mí? —me pregunto en voz baja.

—Sí. Y le contó a su hijo lo amable que fuiste. Es lo que hizo que los Uroch decidieran aliarse con nosotros en lugar de luchar junto a los suyos. Les diste la esperanza de que pudiéramos llegar a convivir en paz.

—¿Yo hice eso? Le sonreí.

—Nunca subestimes tu importancia, Millie. Eres una heroína, tanto como los que lucharon junto al río y quizá más. Porque se necesita más valor para sanar las heridas del mundo que para infligirlas.

Aquella noche, Otterburn celebró una fiesta en honor de Millie y para celebrar el fin permanente a los tributos. Gavin y yo nos escabullimos mientras ella disfrutaba de la atención. Proseguimos nuestro viaje hasta que estuve demasiado cansada para continuar, y acampamos bajo la luz de la luna. Por la mañana seguimos adelante y, un par de días después, conseguimos llegar a Winterville, donde repetí las noticias con los mismos resultados que había recibido en el resto de pueblos.

El Doctor Wilson no había perdido a nadie, pero salió a verme antes de que nos marcháramos.

—¿Está bien Tegan? Me reí.

—Sí. La última vez que la vi estaba ocupándose de los heridos en Rosemere.

El científico asintió.

—Bien. ¿Le recordarás que me prometió que estudiaría conmigo si sobrevivía a tu demencial guerra?

—Lo haré.

—¿Hemos terminado? —me preguntó Gavin.

Había tenido paciencia, pero los días eran cada vez más fríos y yo estaba cansada de vagabundear. Un comerciante al que no conocía nos llevó hasta Soldier's Pond y, aunque las mulas eran lentas, no me quejé. Aquella noche soñé con Improbable; fue el sueño más corto que he tenido nunca, pero uno que atesoraré hasta el día de mi mente. Estábamos en un campo dorado y el sol brillaba sobre nuestras cabezas. Improbable tenía un aspecto estupendo, y caminaba a mi lado en silencio.

—Estoy orgulloso de ti, niña.

Entonces se giró y se fundió con la luz hasta que solo pude ver su rostro. Me ofreció un saludo final con dos dedos y me desperté sonriendo. Gavin se quedó mirándome fijamente, porque por lo general no despertaba de tan buen humor. Las mulas no dejaban de ventosear, así que no había muchas razones para estar contenta, en la parte de atrás de aquella carreta entre cajas de provisiones. Pero lo estaba.

—Casi hemos llegado —me dijo.

No le había preguntado si quería quedarse en Winterville. No había duda que no quería, ya que había perdido a sus padres y parecía verdaderamente ansioso por alejarse de allí. En aquel momento no sabía qué hacer con él, pero lo averiguaría. Un par de horas después, Soldier's Pond apareció a lo lejos. Las carretas tardaron una eternidad en llegar a la valla. *Ya no la necesitaban*, pensé. Las medidas de seguridad estaban desactivadas por primera vez, y los guardias salieron corriendo a recibirnos. Creí que estaban ansiosos por comprobar los suministros, pero, en lugar de eso, me sacaron de la carreta y me subieron sobre sus hombros. En otros pueblos me habían dado la bienvenida, pero nunca así.

Mientras los soldados me llevaban, la multitud tras las puertas coreó: «¡Cazadora! ¡Cazadora!». Hasta que no pude oír nada más. La ferocidad de la bienvenida era inquietante, como si pudieran despedazarme con la emoción, como perros demasiado hambrientos con un mismo hueso. Toleré la atención hasta que nos adentramos en el

pueblo, y después grité:

—¡Bajadme!

—Dejad un poco de espacio a la heroína —ordenó la coronel.

Park se abrió paso entre la multitud ordenando a todo el mundo que retrocediera, y se lo agradecí.

—No quiero una fiesta. Infórmame de las cosas importantes.

—Hemos recibido un mensaje de Appleton... Tu Szarok quiere que firmemos un tratado permanente de paz, y acuerdos comerciales. Como parte del trato ofrecen compartir cierta nueva tecnología con nosotros. Al parecer encontraron algunos objetos fascinantes en las rutinas y están investigando cómo usarlos.

Recordé los palos explosivos que Szarok y yo habíamos usado para hacer señales, y asentí.

—Sería un error subestimarlos o tratar a los Uroch de un modo poco respetuoso.

Habían hecho algo horrible y valiente al matar a los suyos. Si mis ancianos se hubieran vuelto locos, no sé si me habría aliado con el enemigo para terminar con la amenaza, por mucho que se lo mereciera. Solo pensar en ello hacía que se me revolvería el estómago.

—Es un nuevo mundo, Deuce. La coronel sonrió. La miré con dureza.

—Puedo confiar en ti para esto, ¿verdad?

La coronel Park no pareció ofenderse por la insinuación.

—Les ofreceré términos justos y respetaré sus costumbres. Nadie quiere que las hostilidades se reanuden.

Satisfecha, supuse que era el momento de dejar los detalles a los demás. Los consejeros y los alcaldes de los pueblos de los territorios firmarían documentos y llegarían a acuerdos. En mi opinión, yo ya había hecho suficiente.

—Creí que tenía las manos atadas —le dije entonces—. Que tu poder era limitado.

Se encogió de hombros.

—Los ignoré. Estuvieron un rato vociferando, pero los hombres exigieron salir en vuestra ayuda, sobre todo cuando Vince Howe comenzó a gritar que no volveríamos a ver una sola carreta cargada si éramos tan cobardes como para dejaros morir.

—Menudo discurso. ¿Dónde está mi familia?

Me puse de puntillas y miré a través de la multitud. Los hombres me conocían de hacía tiempo, pero todos parecían exageradamente impresionados, como si yo fuera una visión increíble a pesar de estar demacrada, de mal humor y cubierta por el polvo de la carretera. También me dolía la espalda, gracias a la carreta.

—¡Aquí! —gritó Mamá Oaks.

Juro que tiró al suelo a dos hombres con las risas por llegar hasta mí. Tenía más arrugas, pero su mirada era cálida y tranquila, Cuando me rodeó con sus brazos inspiré profundamente. Me aferré a ella, prometiéndome que jamás volvería a preocuparla.

—¿Ha vuelto Rex a salvo? —le pregunté, retrocediendo.

—Claro que sí. Fade también, y ese pobre chico, Spence.

Por la suavidad con la que pronunció su nombre supe que ya lo había acogido y que no dejaría de dedicarle sus cuidados maternos. Quizá eso fuera suficiente para salvarlo.

Gavin miró sobre mi hombro y captó la atención de mi madre.

Sonreí.

—Tengo una sorpresa para ti. Me llevé a uno de tus hijos a la guerra, pero te he traído dos de vuelta.

La mujer levantó las cejas.

—No está bien que te burles de mí, Deuce.

—No lo estoy haciendo —le dije—. Gavin ha perdido a sus padres y necesita un lugar donde quedarse. ¿Crees que Edmund podría acoger a otro ayudante en el taller?

Mamá Oaks examinó al chico, deteniéndose en los jirones de su ropa y en lo mucho que necesitaba un baño. Después lo rodeó con el brazo.

—Seguro que sí. Y tenemos camas de sobras.

Aunque estaba ansiosa por verlos, me alegré de que los demás no hubieran venido a la puerta. No quería reencontrarme con Fade frente a tantos testigos y Edmund lloraría, sin duda, aunque fingiría que se le había metido algo en los ojos. Mamá Oaks apartó a la gente de su camino y, si se quejaban, los paralizaba con su mirada más severa. Funcionó increíblemente bien, porque abrió una vía en un abrir y cerrar de ojos.

Nada más llegar vi a Fade esperando fuera de la casa. Estaba lo suficientemente recuperado como para estar levantado. Olvidando mi agotamiento, corrí hacia él. Me rodeó por la cintura y me dio un beso de infarto delante de mi familia. Parecía haber pasado mucho más de un mes desde la última vez. Cuando nos separamos, Edmund estaba dando golpecitos con el pie.

—¿Hay algo que quieras decirme, niña?

Me sonrojé y empecé una protesta. Afortunadamente, Mamá Oaks intervino presentando a Gavin y después señaló el mal estado en el que estaban los zapatos del chico. Nada motivaba más a mi padre que la visión de un niño con el calzado roto, así que se marchó como un rayo a su taller. Fruncí el ceño un momento, porque no me había dado un abrazo, ni siquiera una palmadita en el hombro.

Mamá Oaks me guiño el ojo.

—Tendrás que acostumbrarte a eso. Ya no eres una niña.

Me reí y dejé de lado mi enfado porque era genial estar de nuevo con ellos. Rex me dio el abrazo fuerte que había estado esperando y me hizo girar para plantar un ruidoso beso sobre mi cabeza.

—Me alegro de verte. Estaba empezando a preocuparme.

—Ya no hay peligro —le dije—. Bueno, los riesgos normales de un viaje.

Después de eso me separé de Fade a regañadientes para darme un baño. A

continuación, Mamá Oaks me arregló el cabello. Me puse un vestido por primera vez desde hacía más tiempo del que podía recordar, y no porque alguien me obligara a hacerlo, sino porque quería estar tan guapa como pudiera. La vida en el campo me había hecho adelgazar y ya no era tan femenina, pero Fade se iluminó cuando me vio.

Espero que nunca deje de mirarme así.

A pesar de mi reticencia, me hicieron una fiesta. Fue una noche dichosa con gaitas, tambores y baile. Me senté, porque Fade no estaba para hacer acrobacias. Lo peor de aquel pueblo era la falta de intimidad.

Más tarde nos escabullimos y no pudimos encontrar ni una sola esquina tranquila donde tener un momento a solas. Las casas que habían estado vacías estaban ahora llenas de hombres que habían venido de otros pueblos y de los que habían llegado hasta Soldier's Pond con los supervivientes de la Unidad D. Seguramente fue bueno, ya todavía no había hablado con Mamá Oaks sobre ciertos asuntos privados. Volvimos a la fiesta y nos sentamos, satisfechos por estar juntos.

Los días volvieron a ser rutinarios pronto. Fade seguía recuperándose, Gavin y Rex trabajaban con Edmund en el taller, y Mamá Oaks se mantenía ocupada lo mejor que podía. La mujer no era feliz en Soldier's Pond, y había llegado el momento de que le ofreciera un regalo a cambio de todos los que ella me había hecho a mí.

Así que, dos semanas después de llegar, me senté con ella a desayunar. Era tarde, porque me había dejado dormir mucho, así que había poca gente por allí. En el exterior, los hombres corrían en formación y los soldados entrenaban, como siempre. Para algunos aquello era su hogar, pero para mí solo era un lugar que nos había acogido durante un tiempo.

Sin embargo, primero...

—Me estaba preguntando si podrías contarme cuál es el mejor modo para evitar tener niños.

Me sorprendió proporcionándome información detallada. Cuando terminó yo estaba teñida de rojo, pero bastante bien informada. Sus ojos brillaron al ver mi expresión. Aquella mujer nunca dejaba de sorprenderme, así que le besé la mejilla y le di las gracias.

—No quiero quedarme aquí —añadí en voz baja.

Levantó la barbilla, sorprendida, y sospeché que estaba preparada para que le hablara de alguna otra alocada misión que terminaría conmigo cansada y herida y con ella sentada en casa, preocupada, y con el cabello aún más gris.

—¿A dónde vas a ir?

Nunca se quejaba, ni discutía ni intentaba que cambiara de idea.

Jugué un poco con ella.

—A un pueblo llamado Rosemere.

—Háblame de él.

Y lo hice. Con una elocuencia que pocas veces poseía, le describí la aldea con todo detalle. Su rostro se fue suavizando mientras escuchaba, y una sonrisa se formó

en sus labios. Mamá Oaks me acribilló a preguntas sobre la gente, las costumbres, las barcas y el mercado. Antes de que terminara mi relato parecía haberse enamorado del lugar, y eso que ni siquiera sabía lo que tenía en mente.

—Pero yo no soy la única que se va a mudar —le dije al final—. Edmund y tú deberíais hacer las maletas. Soldier's Pond es un buen sitio, pero no es para nosotros.

—¿Nos dejaran quedarnos? ¿Hay suficiente espacio?

Aún pensaba como una refugiada, como alguien que ha vivido toda su vida con las restricciones de Salvación. Cubrí sus manos con las mías.

—Mamá, allí no hay murallas. La isla Evergreen es enorme, y la aldea tiene un montón de espacio donde construir casas nuevas. Te encantará. Confía en mí.

—Lo hago —me dijo, con lágrimas en los ojos—. Estoy segura de que es exactamente como me has contado.

—No quiero pasar el invierno aquí. Si nos damos prisa, podremos llegar allí antes de las primeras nieves. Y podríamos empezar a construir antes de que la tierra se congele.

Decir esas palabras fue como encenderle un fuego debajo.

—Te sorprenderá lo rápido que puedo prepararlo todo cuando tengo que hacerlo.

—No hay nada bueno en ti que pueda sorprenderme —susurré, pero la mujer había salido ya por la puerta.

No me merezco tanta suerte.

Fade se encontró conmigo fuera del barracón.

—He oído que vamos a mudarnos a Rosemere.

—¿Te parece bien?

—Es un poco tarde para preguntarme mi opinión, ¿no crees? —No podía leer su expresión. A veces me preocupaba que las cosas hubieran cambiado entre nosotros, pero esperaba que fuera porque dormíamos en una habitación con mis padres, y no porque estuviera enfadado conmigo por haberlo dejado curándose solo mientras cumplía con mi deber con las familias de los caídos.

—Fuimos muy felices allí —susurré. Entonces sonrió, mitigando mi ansiedad.

—No se me ocurre nada que desee más. Me encanta.

—Tegan aún está allí con Morrow. Quizá también se quede.

Eso me gustaría mucho, ya que tendría a todos mis amigos y seres queridos cerca.

—Eso espero —dijo Fade.

Entonces se me ocurrió que podría tener la duda, pero que le daba vergüenza preguntar, así que susurré:

—No estoy embarazada, por cierto. Fade se encogió de hombros.

—Creo que Edmund lo sabe. No deja de mirarme fijamente.

—Eso solo funciona si tienes mala conciencia, hijo.

El comentario de mi padre nos sobresaltó a ambos. Estaba en el sendero con los brazos cruzados y golpeaba el suelo con el pie.

—Creí que habías dicho que tus intenciones eran honradas.

No me han matado en la guerra, pero van a acabar conmigo de un susto.

—Lo son —afirmó Fade en voz baja.

—Si tenéis la intención de comenzar una vida juntos, deberías hacer valer esa promesa.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté.

Pero Edmund estaba ya llamando a Mamá Oaks.

—Necesitáis dos testigos.

Miré a Fade, preguntándome qué estaba pasando. Mi madre salió con un rollo de tela en las manos. Parecía molesta por la interrupción.

—¿A qué viene tanto jaleo?

Edmund me examinó con dulzura, así que, fuera lo que fuera, no sería malo.

—Fade, ¿prometes que serás suyo, para siempre?

—Lo prometo —respondió.

—Y Deuce, ¿prometes que serás suya, para siempre?

—Sí —dije molesta—. Él ya es mío, y yo ya soy suya.

—Eso pensaba —murmuró Edmund—. Por eso tenéis que hacerlo oficial.

—Estás como una cabra —lo reprendió Mamá Oaks. Fade y yo intercambiamos una mirada perpleja.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunté.

—¿No les dijiste que estaban haciendo sus votos matrimoniales? —exigió saber mi madre.

—Ellos ya lo sabían. —Edmund no parecía arrepentido.

—Una boda debería ser más ceremonial. Ella debería llevar su mejor vestido, y debería haber comida, invitados, música, un pastel...

—¿Quieres algo de eso? —me preguntó mi padre.

Negué con la cabeza. Solo quería a Fade y, por lo que sabía, esto no cambiaría nada. Yo ya me había prometido a él para siempre aunque no hubiéramos tenido testigos, que parecía ser una parte crucial. Así que, si Edmund quería que se lo dijera a todos en Soldier's Pond, lo haría.

Fade era mío, y nunca iba a dejarlo marchar. Se lo dije una vez y, como demostré siempre que tuve ocasión, lucharía por él.

Jamás dejaría de hacerlo.

Dos días después, Soldier's Pond no quería que nos marcháramos. Al final, convencí a la coronel Park prometiéndole que le enviaría cartas por medio de los comerciantes cada vez que estos pasaran por Rosemere. Me apretó las manos y me habló con una cercanía que nunca había usado conmigo.

—¿Me darás tu consejo, si lo necesito? Tú tienes más experiencia con los Uroch que nadie. Me preocupa ofenderlos.

—Trátalos como a la gente normal —le dije—. Así no podrás equivocarte. Pero sí, te ayudaré si necesitas que lo haga.

Esperaba que no hubiera solicitudes ni emergencias. El mundo, en lo que a mí concernía, tendría que arreglárselas solo. Me cuadré ante ella y abandoné el cuartel general por última vez para reunirme con mi familia junto a la puerta. Los guardias habían cargado una carreta para nosotros con la telas de Mamá Oaks habían pedido o tomado prestadas, con los artículos de Edmund, y con los pocos efectos personales que teníamos. Rex sacudió las riendas y las mulas comenzaron a trotar. Spence nos acompañó de mala gana, pero todos estuvimos de acuerdo en que no podíamos dejarlo solo. Fade se sentó en la parte de atrás con Mamá Oaks, y Edmund iba delante con su hijo. Gavin y yo caminamos porque habíamos descansado mucho, y yo ya estaba algo saturada de viajar en carreta.

Mientras nos alejábamos, los centinelas gritaron: «¡Cazadora!», Como si no me hubiera cansado ya de escucharlo.

Rex echó una mirada sobre su hombro.

—¿No te hartas?

—Ni te imaginas —murmuré.

El viaje fue largo, pero resultaba agradable emprenderlo con mi familia. De vez en cuando nos cruzábamos con otros viajeros, y no todos eran comerciantes, como ocurría antes de la victoria del río. Algunos eran humanos, otros Uroch, y de vez en cuando veíamos grupos pequeños de Gulgur, aunque parecían tímidos y no hablaban.

Por el día no hacía demasiado frío, pero por las noches la temperatura bajaba y nos acurrucábamos juntos bajo la carreta para estar calentitos y cómodos. Gavin estaba un poco nervioso al principio, como si sospechara que todo era un truco y que, cuando se acostumbrara a la idea de ser parte de la familia, se lo arrebataríamos todo. Pero cuando llegamos al gran río estaba acurrucado junto a Mamá Oaks. Yo sabía exactamente cómo se sentía, porque había pasado por lo mismo que él. Yo también me había mostrado cauta y desconfiada, incapaz de creer que alguien pudiera preocuparse por mí sin pedirme nada a cambio.

Para entonces, los árboles de la isla Evergreen ya estaban teñidos de color. Aunque Evergreen significaba siempre verde, lo cierto era que solo una parte del

follaje tenía siempre agujas verdes. El resto habían adquirido tonos escarlatas y dorados, y todos encuadraban la aldea que apenas era visible en su extremo. Rex se detuvo en una loma y las mulas se movieron con nerviosismo. Edmund tenía la mano sobre su hombro y Mamá Oaks se puso en pie para ver mejor. Observó las hileras de tumbas en el campo cercano. No había pasado tanto tiempo como para que la hierba pudiera crecer, y además no era la época, así que las sepulturas contrastaban abruptamente con la hierba.

—Cuantos muertos —susurró—. Podríais haber sido cualquiera de vosotros. Todos vosotros.

Edmund se movió en su asiento e intentó sonreír. Por eso lo quería tanto: se esforzaba siempre para que no anidara la tristeza en Mamá Oaks.

—Pero no lo fueron.

Mientras hablaban, Gavin me dio un codazo y me ofreció la harapienta bandera.

—Esto es tuyo.

Pero me habían dado cuenta de cuánto la apreciaba. Saqué mi daga, corté la tela que Mamá Oaks había usado para coser mi amuleto, y me quedé con la carta.

—No, esto es mío. La bandera es tuya. Tú la protegiste.

Gavin inclinó la cabeza y se acurrucó junto a Mamá Oaks. Sabía que estaba contento.

—Vayámonos —dijo Edmund—. Me gustaría ver el lugar al que voy a llamar hogar.

La carreta se puso en marcha de nuevo y continuó el camino hasta el agua, donde los barqueros estaban pescando. Rex silbó y yo grité hasta que uno de ellos nos vio. Viró su embarcación, deseoso de ayudarnos a cruzar. Cuando me reconoció me tragué una maldición, porque pasó de ser amistoso a ser reverente.

—No puedo llevaros a todos —se disculpó, con aspecto afligido—. Enviaré algunos botes más para el resto, además de para vuestras pertenencias.

—Cruzad Edmund y tú primero. —Abracé a Mamá Oaks. Mientras mi padre la ayudaba a subir al bote, parecía nerviosa.

Se agarró fuerte al lateral del bote mientras el barquero movía la vela para que el viento lo enviara de vuelta a la isla. No mucho tiempo antes de que llegaran más barqueros. Era una suerte que tuviéramos pocas posesiones (y ninguna demasiado pesada), pero Edmund y Mamá Oaks eran artesanos hábiles, así que pronto viviríamos cómodamente.

Rosemere no ha cambiado, pensé mientras Rex me ayudaba a bajar a la orilla. Mis padres estaban cerca, asombrados por la belleza del lugar. Tan pronto como se extendió la noticia, el gobernador vino a recibirnos. Me estrechó la mano con firmeza y se alegró de que hubiera traído a mis padres. Ellos parecían sorprendidos por la atención que nos ofrecían y su alegría fue razón suficiente para que no saliera corriendo con Fade para Buscar a Stone y Thimble.

—¿Cómo está Morrow? —le pregunté cuando hizo una pausa en sus educadas

indicaciones.

—Está bien, aunque le faltó poco. Está vivo gracias a la doctora Tegan.

—Es una chica increíble —asentí—. Siento que terminara herido. Seguramente me culparás por haberlo metido en problemas, y también lo siento por eso.

Para mi sorpresa, el padre de Morrow se ríe.

—En absoluto. Nadie ha podido nunca evitar que James haga lo que quiere, ni siquiera yo. Lo único que puedo hacer es estar aquí cuando vuelva a casa.

Mamá Oaks echó una mirada mordaz en mi dirección.

—Parece que tenemos algo en común, señor. El gobernador sonrió.

—Eso he notado. Lleváis un número impresionante de bolsas y cajas para una visita. ¿Habéis venido para quedaros?

—Si nos lo permite, sí —dijo Edmund.

Antes de que pudiera responder ya estaba hablándole el señor Morrow sobre su habilidad como zapatero y sobre lo buena costurera que era Mamá Oaks.

—No hay duda de que nos vendrá muy bien alguien con tal habilidad —dijo el gobernador, y me dieron ganas de abrazarlo.

Si había un modo de hacer que mis padres se sintieran en casa, era sugiriendo que los necesitaban. Los escuché sin prestar atención, con Fade a mi lado, hasta que el gobernador decidió que no podía hacer menos que acogernos como sus invitados. Yo me negué, ya que prefería ocupar la buhardilla de Stone y Thimble, pero Mamá Oaks, Edmund, Rex y Gavin acompañaron al señor Morrow. Su familia vivía en la casa más grande de toda la isla, así que tenían espacio de sobra.

Fade y yo fuimos a casa de nuestros amigos. Llamé a la puerta. Esperaba que se alegraran de verme. El rostro de Thimble se iluminó cuando abrió, y me abrazó con fuerza. No era la única que había dejado de lado las lecciones que habíamos aprendido en los túneles a favor de unas mejores y más esperanzadoras.

—¿Habéis venido para quedaros? —me preguntó.

—Sí. Pero no con vosotros —añadí—. Al menos, no para siempre. Sin embargo, estaría bien que nos permitieras quedarnos aquí mientras encontramos algo más permanente.

Thimble sonrió mientras retrocedía para dejarnos entrar.

—Por supuesto, sois bienvenidos.

Stone repitió su cálida bienvenida, y pareció realmente contento de vernos. Todos habíamos cambiado mucho, pero no hasta el punto de ser extraños los unos para los otros. Aquella noche, durante la cena, hablamos hasta quedarnos roncos, llenando todos los huecos y suavizando las partes duras. Robín era adorable y, mientras Thimble limpiaba los platos de la cena, lo cogí en brazos. Entonces, Fade me pilló oliendo el cabello del niño. Agaché la cabeza, consciente de lo absurda que debía parecer, pero me siguió mirando con calidez.

Más tarde, en la buhardilla, me susurró:

—Me muero por pasar un poco de tiempo a solas contigo.

Ya me había dicho eso más de una vez, pero en aquel momento sabía a qué se refería. Me giré, lo besé, y después practicamos un poco más en silencio, y esta vez lo hicimos a la perfección. Después recorrí la cicatriz de su costado. Fade se estremeció y se acercó más a mí.

—He estado muy cerca de perderte —murmuré.

—Nunca lo harás.

Lo bese sin descanso para compensar todas las veces que él me había besado, hasta que perdí la cuenta. Eso provocó que se excitara de nuevo y pasó un rato antes de que nos calináramos. Pero una duda muda se filtró en mi mente.

—¿Qué pasa?

A Fade siempre se le había dado muy bien leer mis expresiones.

—¿Ya no te disgusta que te toque?

—Es lo mejor del mundo. —Pero no era eso lo que le había preguntado y él lo sabía, así que añadió—. No sé si alguna vez estaré totalmente bien. Y a veces tengo pesadillas. Pero, cuando tú estás cerca, todo es mejor.

—Entonces me mantendré cerca —le prometí.

Se levantó inesperadamente y buscó en su mochila.

—Tengo algo para ti. Me senté, intrigada.

—¿Qué es?

En respuesta sacó un brillante brazalete dorado con resplandecientes piedras incrustadas, y me quedé sin respiración.

—¿Qué...? ¿Cuándo...?

De algún modo, interpretó correctamente mis incoherencias.

—Te lo compre después de que te marcharas. Recordé lo mucho que te había gustado. Probablemente debería habértelo dado cuando Edmund nos casó en Soldier's Pond, pero estaba esperando el momento adecuado.

Mientras me lo ponía en la muñeca, susurré:

—Es perfecto.

Y, en silencio, prometí que jamás me lo quitaría.

Por la mañana comenzamos nuestra nueva vida juntos.

Después de desayunar caminamos por la aldea cogidos de la mano; yo no tenía ningún destino concreto en mente, pero, cuando Fade me condujo más allá del muelle, me di cuenta de que él sí lo tenía. No fuimos lejos, justo después de las casitas, sobre una suave loma desde la que había una vista increíble. Desde aquel lugar se podía ver el mercado, las barcas en el río y la casa del gobernador en el otro extremo de Rosemere.

—Aquí es donde quiero construir nuestro hogar —me dijo—. Si te parece bien.

Como yo había decidido dónde íbamos a vivir sin consultarlo con él, me parecía justo que fuera Fade quien eligiera el lugar donde íbamos a construir nuestro hogar y, si la vida nos bendecía con ello, envejecer juntos, no como lo hacía la gente en los túneles, sino como Edmund y Mamá Oaks. Mi corazón se hinchó de emoción:

pasaríamos muchos años en aquel hermoso lugar. Era mucho más de lo que nunca había soñado.

—Es precioso. ¿Necesitamos permiso?

—Ya he preguntado.

Ladeé la cabeza, sorprendida.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, antes de que te despertaras. Por alguna razón, estabas muy cansada.

Fade sonrió con malicia, con una tentación tan pura que pensé en tirarlo sobre los helechos para demostrarle lo que era estar cansado.

Pero antes teníamos trabajo que hacer.

Al menos ser Cazadora tenía una ventaja. El modo en el que me miraba la gente cuando caminábamos por el pueblo me molestaba, pero eso también significaba que vendrían muchos voluntarios para ayudarnos a construir nuestra casa cuando hubiéramos reunido los materiales necesarios. Con la mitad de Rosemere echándonos una mano, los muros se alzaron rápidamente, y después los constructores rellenaron las piedras y colocaron el suelo. Stone y Thimble nos ayudaron, ya que ellos también habían levantado su propia casita. Mi amiga había inventado un montón de ingeniosos trucos para convertirla en un lugar acogedor y hogareño.

La única nube oscura en mi vida era Tegan. Un día, mientras estaba trabajando junto a Fade, vino a vernos y se quedó mirándonos con expresión pensativa. Dejé la piedra que estaba cargando y me acerqué a ella. Con las prisas por tener nuestra casa terminada no la había visto tanto como me hubiera gustado. Había pensado que tendría un montón de tiempo para visitarla durante el invierno. Pero la melancolía de su expresión me dijo que seguramente no sería así.

—No puedes irte —le dije en voz baja—. No puedo despedirme de ti, Tegan. No me pidas eso.

El corazón se me rompió un poco cuando recordé que Stalker me había susurrado aquellas mismas palabras justo antes de que me infiltrara en la horda. Pensaba en él a menudo, a pesar de mi felicidad, y su muerte era uno de mis mayores pesares. También veía esa sombra en el rostro de Tegan.

—Deuce —susurró—. Ha llegado el momento de cumplir mi promesa.

Sabía a lo que se refería: al doctor Wilson. Supuestamente yo debería habérselo recordado, pero había esperado egoístamente que lo olvidara. Ella no pertenecía a Winterville. O quizá sí, y yo deseaba que no lo hiciera porque la necesitaba cerca.

—Él sabe mucho, y yo quiero aprenderlo todo. Siento que tengo que hacerlo.

Comprendía ese impulso, pero deseaba poder convencerla de que no tenía que hacer nada concreto para sentir que había merecido la pena que la salvaran. Me acerqué a ella sin poder emitir palabra y me abrazó con fuerza durante largos minutos. De algún modo conseguí no llorar sobre su hombro. Nos susurramos que no sería para siempre (nos visitaríamos y en enviaríamos cartas con los comerciantes),

pero ambas sabíamos que habíamos llegado al punto en el que nuestros caminos se separaban. Desde aquel momento no habría más aventuras, más expediciones. Ella iría a Winterville y estudiaría mientras yo me quedaba allí, en la isla.

—Déjame ir —me ordenó. Y lo hice.

Le di la espalda para no tener que verla marchar, y después caí de rodillas y lloré. A veces parecía que la felicidad tenía un precio. Nunca es perfecta, jamás. La vida te da momentos de alegría para que puedas aguantar las situaciones dolorosas. Al final me sequé las lágrimas, ya que si Fade veía mi melancolía no sabía cómo podría reaccionar. Tegan no me daría las gracias si mi hombre salía tras ella y la traía de vuelta porque su marcha me estaba entristeciendo.

Hice una pausa en mi trabajo en la casita para ir a la mansión del gobernador. Solo había una persona en Rosemere que podría entender mi dolor.

Morrow abrió la puerta cuando llamé como si hubiera estado esperándome. Tenía el rostro delgado y pálido, y lo marcaba una nueva cicatriz roja. Por lo demás parecía estar bien, aunque aún no había recuperado todas sus fuerzas. Dejé que me tomara del brazo para escoltarme a una enorme habitación en la que la chimenea crepitaba. Mientras trabajaba no notaba tanto el frío como cuando me detenía.

—Se ha marchado —le dije en voz baja.

El hombre bajó la cabeza cayó sobre su inteligente rostro.

—Lo sé.

—¿Cuándo irás tras ella?

—Le daré el invierno, lo suficiente para que me eche de menos.

—¿Y si eso no funciona? —suponía que Morrow no le había dicho lo que sentía por ella; yo podría haberle explicado por qué Tegan era tan desconfiada con los hombres, pero, como prometí, había mantenido su secreto y nadie sabía lo que había sufrido en las ruinas. Ahora que Stalker había muerto, la verdad moriría conmigo.

—Entonces iré y vendré hasta que me pida que me quede. —Su sonrisa era dulce y sombría—. Estoy trabajando en tu historia, ¿sabes? Me está manteniendo ocupado durante mi convalecencia. Espero tener un borrador en primavera. Entonces podrás leerlo.

Sonreí.

—Me lo leerá Fade. La lectura no es mi punto fuerte.

Durante algunos segundos me imaginé acurrucada con mi hombre ante la chimenea, escuchando las palabras de Morrow. No podía imaginar nada mejor. Hablamos un poco más, lo suficiente para asegurarme de que estaría bien en ausencia de Tegan, pero el cuentacuentos era más fuerte de lo que parecía y tenía un valioso don que lo hacía invencible: una esperanza sin fin. O eso o estaba loco, lo que explicaría por qué me había seguido en un principio.

—Tengo pensado llamarlo *Razorland* —me dijo.

—¿Por qué?

—Porque fue algo que me dijiste cuando me hablaste de vuestro viaje al norte...

que, hagas lo que hagas, el mundo tiene cuchillas con las que puede cortarte.

—Ya no es así —dije en voz baja.

—Gracias a nosotros.

Morrow me dedicó una sonrisa encantadora, pero noté algo agridulce en su mirada. Él también echaría de menos a Tegan.

—Hay una cosa que siempre me he preguntado. ¿Por qué saludaste a la coronel dándole un beso en las mejillas? Creo que eso podría haber molestado a Morgan.

—Soy el embajador de Rosemere —me contestó—. Mi padre sabía que tenía que encontrarme un trabajo que satisficiera mi necesidad de viajar. Ese es el saludo acostumbrado en los territorios, el beso de la paz.

—Ah. —Debería haber sabido que era más importante de lo que dejaba entrever, que no era solo un contador de historias—. Entonces, ¿por qué no me lo dijiste nunca?

Me miró con timidez.

—Porque no tenía permiso para aquella misión. Mi padre no habría querido verse involucrado, así que no podía presentarme ante la Unidad D como un representante de Rosemere. Lo hice como James Morrow.

Me levanté, le besé la mejilla y le dije:

—Siempre te estaré agradecida.

Entonces volví al trabajo junto al resto de voluntarios de la aldea. La construcción parecía estar sentado bien a Spence, ya que le proporcionaba algo en lo que pensar, y Rex seguía haciéndole compañía. A Spence le caía bien porque ambos habían perdido a alguien. No hablaban mucho, pero se estaba formando entre ellos cierto lazo. También estaban trabajando en una casa para Edmund y Mamá Oaks, y eso me encantaba. Había mantenido mi promesa hasta el final, y le había proporcionado un nuevo hogar. Gavin jugaba más de lo que trabajaba, orgulloso como un pavo real de su nuevo abrigo, que llevaba la insignia de la Unidad D.

Trabajando constantemente, tardamos menos de un mes en terminar la casa, justo antes de la primera nevada. Entré con Fade, sobrecogida y deleitada, incapaz de creer que tuviéramos nuestro propio hogar. La gente llegó pronto con regalos para la casa, una tradición de la isla. Stone nos trajo muebles que Thimble había construido y Mamá Oaks nos regaló cojines y cortinas para las ventanas. Me ayudó a colocarlas mientras otras mujeres de la aldea nos ofrecían platos y cazuelas para cocinar, sábanas, mantas y cajas que no abrí inmediatamente.

Cuando se marcharon ya era tarde y, junto a los pequeños objetos, teníamos una mesa, sillas, y una cama con un colchón nuevo. La casa era muy parecida a la de Stone y Thimble; por un momento dejé que mi mente vagara, imaginando cómo pasarían los años. Mientras meditaba, Fade encendió el fuego en la chimenea, el primero que alumbraba nuestro hogar. Estaba maravillada y sin aliento, y los ojos se me llenaron de lágrimas, pero me negué a dejarlas caer.

Abrí nuestro primer regalo. Alguien nos había regalado un marco, y sabía qué

pondría en él.

—¿Todavía tienes tu amuleto de los túneles?

—Por supuesto —me contesto Fade—. Es una tontería, pero no he sido capaz de deshacerme de él.

—Me alegro.

Coloqué su trozo de papel y mi naipe en el interior del marco y después fui a buscar un martillo y un clavo.

Nuestros talismanes adornarían nuestro hogar. Parecía adecuado, llevar parte de nuestra antigua vida a la que acababa de empezar. A continuación busqué en mi mochila y saqué mis dos mayores tesoros: los mapas de Improbable y el libro que Fade y yo habíamos encontrado en las ruinas. Fade se acercó para ver que hacía y rozó el cuero de la cubierta con manos reverentes, como si aquella historia significara mucho para él.

—No me puedo creer que todavía lo tengas. Y está intacto.

—Lo guardé envuelto en tela impermeable. ¿Me leerás el final?

Fade comenzó en hacerlo en voz grave, ya que la historia tenía más importancia ahora.

«Se casaron aquel mismo día, y al día siguiente partieron de viaje para ver al rey y contarle toda aquella historia. Pero a quienes se encontraron en la corte fue a los padres de Fotogén, que gozaban del más alto favor tanto del rey como de la reina. Aurora estuvo a punto de morir de alegría, y contó a la joven pareja cómo Watho le había mentado vilmente, haciéndole creer que había parido un hijo muerto.

»Nadie fue capaz de dar razón ni del padre ni de la madre de Nycteris. Pero cuando Aurora vio en el rostro de aquella encantadora muchacha sus mismos ojos azules, como brillando entre nubes y a través de la noche, pensó que a veces pasan cosas raras, y se preguntó si no podría ser que incluso los seres más pérfidos sirvan a veces de enlace entre las cosas buenas. Así, a través de Watho, aquellas dos madres que nunca se habían visto una a otra, habían intercambiado el color de ojos de sus hijos.

»El rey entregó como regalo a los recién casados el castillo y las tierras de Watho, y allí vivieron, y siguieron enseñándose cosas uno al otro, durante muchos años, que no se les hicieron largos, y cada día que pasaba, Nycteris amaba más el día, porque era el ropaje y la corona de Fotogén, y vio que el día valía más que la noche, y el sol era más soberano que la luna, y Fotogén llegó también a encariñarse de la noche, porque era la madre y el hogar de Nycteris.

»—Y además, quien sabe —le solía decir Nycteris a Fotogén- si cuando dejemos esta tierra no veremos un día mucho más grande que tu día es mucho más grande que mi noche».

Cuando terminó, lo besé y susurré:

—Te quiero, Fade —porque eso era lo que no había podido decirle cuando estaba febril en la carreta. Con una sonrisa tan amplia que amenazaba con romperle las

mejillas, me alzó en sus brazos y me llevó hasta una butaca, un espacioso asiento con amplios brazos y gordos cojines que era lo suficientemente cómoda para los dos. Me pregunté perezosamente si Thimble la habría diseñado específicamente para el amor.

Aquel día los músculos me dolían por el trabajo, pero era más agradable que el dolor por los combates constantes.

Seda se equivocaba, pensé. Tengo corazón de Constructora.

—Me alegro de que la historia termine así. Ni siquiera el rey pudo separarlos. Como nosotros.

—¿Qué son los reyes para nosotros? —me preguntó Fade con una sonrisa altanera—. Hemos cambiado el mundo.

Por increíble que pareciera, era cierto. Me levanté para dejar el libro en el estante sobre la chimenea y también dejé allí la carpeta de Improbable.

—Aquí. Este sitio es perfecto.

—¿Qué vas a hacer con esos mapas? —me preguntó Fade, siguiéndome con la mirada.

—Se los daré a nuestros hijos —le contesté.

Era el mejor legado que podía imaginar, como si les entregara el mundo.

—No quiero esperar para ponerles nombres.

Por su expresión, Fade parecía firme al respecto.

—Yo tampoco. Seguiremos la tradición de la superficie, como Stone y Thimble.

—¿Has visto cuánta comida han dejado en nuestras alacenas? —me preguntó perezosamente, cambiando de tema.

Me alegré; era un poco pronto para empezar a hablar de ampliar nuestra familia. Sonrojada, negué con la cabeza. Había estado ocupada con Mamá Oaks, haciendo el lugar acogedor.

—¿Mucha?

Fade miró con muda admiración. Dentro de poco daría paso al deseo, y teníamos todo el derecho a entrar en la habitación trasera. Nadie nos interrumpiría ni nos pediría que hiciéramos otra cosa. Aquello era... sorprendente.

—Suficiente para todo el invierno, espero.

—Nos hemos ganado un par de meses libres —le dije.

—¿Qué vas a hacer cuando llegué la primavera?

Me abrazó y me hundí en su regazo. Fade me acarició el cuello, y yo le puse la mano en la rejilla.

—Estar contigo.

Y mantendríamos mi promesa. Siempre.



En la isla Evergreen está el pueblo de Rosemere y, en el interior de esa aldea, hay una casita de piedra blanca en la que vive una pareja de ancianos. Las rosas se entrelazan alrededor del enrejado pintado de blanco de la parte delantera, y la hiedra trepa por los muros del jardín en la trasera. Es un lugar tranquilo, bañado por la luz del sol y moteado de verde. En el patio hay un cerezo y, cuando le pregunto al hombre que hace años lo plantó, «¿Por qué Cerezas?», Él sonrío y me responde: «Porque a ella le encantan».

En el interior de la casa hay un marco que contiene un viejo trozo de papel y un naipe, el dos de picas. Sobre la chimenea hay un estante en el que descansan dos libros entre tallas de madera. Uno es muy antiguo, perteneciente al mundo anterior, y su lomo está marcado con el título *Niño se Sol y niña de Luna*. El otro está escrito delicadamente sobre pergamino, ilustrado con tintas de color, y encuadernado a mano en cuero. En la primera página pone «*Saga Razorland*, por James Morrow». Aunque tienen una biblioteca llena de libros entre los que elegir, los niños de la aldea piden a menudo esta historia, porque les encantan Tegan la del Cayado, Stalker el Lobo, Deuce la Cazadora y Aquel Cuyos Colores No Se Fade. Aquellas leyendas familiares y el relato de cómo el mundo llegó a su estado actual los consuelan.

Cuando no está leyendo a los niños que se han escabullido de sus tareas, el hombre se pasa el día haciendo armaduras para los jóvenes que están decididos a buscar fortuna y ver el mundo. Hasta hace poco, su esposa ha enseñado a esos aventureros a luchar y prepararse para el viaje. Pero, ahora que su cabello se ha vuelto blanco, y el de ella plateado, prefiere ocuparse de su jardín. Esta pareja tiene hijos. Crecieron hace mucho y se marcharon para explorar un legado de mapas. A veces ellos también nos visitan con sus historias; piden al barquero que los lleve a casa y sus padres siempre se alegran y los reciben con la misma felicidad que aprendieron hace mucho de gente que los quería demasiado para mantenerlos encerrados cuando el mundo los estaba llamando.

Abundaban las historias sobre el papel que ambos jugaron en la Guerra del Río, antes de que los Gulgur salieran de la tierra y antes de que los Uroch firmaran el tratado de paz, pero, conforme pasa el tiempo, sus vecinos apenas pueden creer que esta dulce pareja sea tan peligrosa como afirma la leyenda. Por tanto, la gente sospecha que su amigo, Morrow el Cuentacuentos, ha exagerado mucho la historia. A veces se ve una figura embozada entrando y saliendo de la casa, pero nadie sabe quién es. Esta pareja de ancianos disfruta incluso ahora de sus pequeñas intrigas.

La mayoría de los aldeanos rechazan el folclore por completo, pero una vez al año (el Día de la Paz), comienzan las peregrinaciones. La gente llega desde lugares tan

remotos como Gaspard, Winterville, Otterburn, Lorraine y Soldier's Pond y traen regalos. Durante tres días y noches acampan fuera de la casa de Rosemere, esperando conocer a la Cazadora y a Aquel Cuyos Colores No Se Fade. Una vez al año, la pareja cuenta la historia con sus propias palabras en lugar de usar las de Morrow a todos los que quieren escucharla.

Como la Cazadora eligió la paz, perdonó a su enemigo y abandonó sus dagas, los territorios cambiaron para siempre. Esta es la lección definitiva de valor que nos enseñó Tegan la del Cayado, que ha dedicado su vida a aprender para honrar un sacrificio que se hizo hace mucho tiempo. Esta es la leyenda escrita en los huesos, que perdurará mientras el mundo gire, hasta que vuelva a estar en la cuerda floja y surjan nuevos héroes.

Pero eso ya es otra historia.



Ann Aguirre es una escritora norteamericana nacida en el Medio Oeste (27-8-1970).

Licenciada en Literatura inglesa por la Universidad de Ball State. Antes de convertirse en escritora a tiempo completo realizó varios trabajos (sin dejar de escribir) para pagar sus gastos, fue payaso, cocinera, obrera, actriz de doblaje y salvadora de gatitos perdidos, no en este orden.

Creció en una casa amarilla frente a un gran maizal, pero ahora vive en México, encantada de la vida con su esposo, hijos y varias mascotas (un gato quejumbroso y dos perros nostálgicos). Le gustan los libros, la música emo y las películas de acción. Su marido, Andrés Aguirre, de pasado mucho más «interesante» que ella, colaboró en sus primeras novelas con la construcción meticulosa de mundos fantásticos mientras ella se centraba en desarrollar personajes convincentes, el equipo de redacción de marido y mujer: A. A. Aguirre.

Escribe ficción para adultos y adolescentes, aunque fantasía urbana, ciencia ficción romántica, *thriller*-romántico paranormal apocalíptico, ficción distópica *post-apocalíptica*... serían algunas de las etiquetas que mejor la definen.